



# CRAIG RUSSELL

## MIEDO A LAS AGUAS OSCURAS

Una novela protagonizada por Jan Fabel





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Una cumbre medioambiental está a punto de celebrarse en Hamburgo cuando llega una tormenta a la ciudad que inunda sus calles por completo. Cuando las aguas bajan por fin, dejan al descubierto múltiples destrozos y algo siniestro: un cadáver decapitado.

En principio, el comisario Jan Fabel cree que puede tratarse de una víctima más de un violador y asesino en serie, un criminal que acosa a sus víctimas a través de las redes sociales para, después de localizarlas y matarlas, deshacerse de sus cuerpos en los canales que surcan la ciudad de Hamburgo.

Sin embargo, la situación es mucho más complicada y espeluznante. La investigación de Fabel le lleva hasta una secta secreta, Pharos, cuyos adeptos creen en el fin del mundo a causa de la degeneración medioambiental y que está financiada por Dominik Korn, un billonario paralítico que vive alejado de la sociedad...

**«Russell vuelve a marcarse un tanto gracias a su bien ambientado retrato de Hamburgo y su oscuro río Elba y a la inteligencia de sus argumentos». The Times.**

**L**  **LIBROS**

Craig Russell

**Miedo a las aguas oscuras**

**Jan Fabel - 6**

*A Jonathan y Sophie*

*Und das Meer gab die Toten, die darin waren.*

Offenbarung, Lutherbibel

Y el mar entregó a los muertos que estaban en él.

Apocalipsis

*La talasofobia es el temor a las grandes masas de agua, tales como mares o lagos, donde no puede distinguirse el fondo. Se trata de una fobia específica, no relacionada con la acuafobia ni con otras fobias al agua, aunque resulta bastante similar por sus características a la agorafobia.*

No es propiamente un miedo al agua. Es un miedo al vacío, a lo que se oculta bajo la superficie.

*El Klabautermann* es una figura tradicional de las supersticiones marineras del norte de Alemania.

Existían dos versiones del *Klabautermann*: una de ellas lo identificaba con un elfo amigable y servicial que ayudaba a reparar los barcos dañados, o los guiaba hacia aguas más seguras; la otra versión equivalía a un demonio malévolo que les gastaba a los marineros crueles jugarretas y conducía los barcos a su perdición. Había un rasgo común en ambos: el *Klabautermann* era invisible para casi todo el mundo.

Si llegabas a divisarlo, solo podía significar una cosa: que estabas a punto de morir.



## PRÓLOGO

## Capítulo uno

### Quince años antes de la tormenta

Demasiado profundo.

Korn volvió a pulsar el transmisor del *Pharos Uno*. Oyó la voz de Wiegand, pero la comunicación se estaba cortando. Ni silbidos ni interferencias: el sistema digital de comunicación no tenía grados de funcionamiento; había señal o no la había. La ansiedad de Wiegand le llegaba a Korn por medio de silencios y sílabas mutiladas. Fragmentos de palabras, afilados como esquirlas.

Korn miró el indicador de profundidad del sumergible. ¡Oh, Dios, demasiado profundo! Y seguía hundiéndose. Cada vez más deprisa: tres mil metros, tres mil doscientos, tres mil seiscientos... Pero sin sensación de caída, de descenso. Solamente la incesante inmersión reflejada en el indicador.

Por debajo de él, la fosa oceánica. Alrededor, el agua: helada, densa, aplastante. Negra.

Era un universo diferente. Una realidad diferente.

El *Pharos Uno* había recorrido una distancia infima: tres kilómetros y medio. En tierra, podías cubrirlos en tres cuartos de hora. Y sin embargo, Korn se encontraba ahora en un lugar tan remoto como el espacio exterior. Como la Luna.

Cuatro mil metros.

Korn se hallaba al borde del abismo. Literalmente. Aquí era donde empezaba la zona abisopelágica. El agua que rodeaba la nave ultrapasaba el concepto de lo que se entendía normalmente por agua, por un líquido. Se hallaba en las profundidades afóticas del océano, donde toda forma de vida era ciega y se desarrollaba en un universo desprovisto de luz. Los indicadores mostraban que, afuera, la temperatura del agua se acercaba al punto de congelación, aunque siguiera siendo fluida debido a su elevada salinidad. Era un líquido, pero de una densidad inimaginable, aplastante. Korn sabía que la presión ya era cuatrocientas veces la de la atmósfera al nivel del mar, y también que aumentaba una atmósfera cada vez que el sumergible descendía diez metros.

—He perdido el control —gritó por el transmisor—. El cuadro de mandos está totalmente muerto. Tienes que intentar subirme por control remoto...

Le llegaron más fragmentos de voz. Se dijo que él debía de sonar del mismo modo en el barco madre, allá en la superficie. Si las comunicaciones básicas no funcionaban, no era posible que ellos pudieran establecer una conexión fiable por control remoto. Y si llegaban a establecerla, no había garantía de que el fallo del sistema que le había dejado sin controles no hubiera cortado también la conexión con el ordenador de navegación remota.

Otra lluvia de sílabas hechas añicos.

No trató de responder. Trató de pensar. O más exactamente: intentó serenar la mente, despejarla del pánico para poder pensar. ¿Por qué se habían parado los motores principales del *Pharos Uno*? ¿Por qué no podía controlar el timón? ¿Y por qué había sufrido el sumergible una pérdida tan catastrófica de flotabilidad? Era como si todo el sistema se hubiera colapsado. Estaba seguro de que ni los motores ni el mecanismo del timón se habían estropeado. No se trataba de un fallo mecánico, sino electrónico. ¿Cómo era posible que no lo entendiera? Él había contribuido a diseñar el *Pharos Uno*, había concebido su sistema electrónico y creado con Wiegand métodos a prueba de fallos. ¿Cómo había sucedido algo así?

Y puesto que había contribuido a diseñarlo, Korn sabía que el *Pharos Uno*, a diferencia de un batiscafo, no tenía mucha flotabilidad. El lastre combinado de petróleo y pesos de acero sujetos con electroimanes era limitado. Él se había empeñado en construir un sumergible capaz de alcanzar grandes profundidades, pero que pudiera «volar» a través de su entorno. No obstante, sin fuerza motriz, su propio peso lo acabaría hundiendo.

Contempló las oscuras aguas a través del vidrio de cuarzo. Los haces de los focos de yodo dejaban ver una ventisca ascendente de partículas. Y de repente, las luces externas de navegación iluminaron un pálido cuerpo: una intrincada estrella de mar, como una blonda de encaje perdida, se deslizó junto a la ventanilla. El único signo de vida que veía..., si es que a eso podía llamarse vida: una criatura sin sangre, capaz de regenerar cualquier parte de su organismo y de reproducir una nueva criatura a partir de un tentáculo. Un ser con un pedigrí de sesenta y cinco millones de años.

«Yo no debería estar aquí».

La idea le vino a Korn a la cabeza mientras observaba cómo la estrella de mar ascendía y se perdía de vista. No era una idea fugaz, sino una revelación. Una impugnación radical de años de estudio, de millones invertidos; de la dedicación de toda una vida.

«Yo no debería estar aquí».

De repente comprendió que su presencia en este lugar no era menos absurda que la posibilidad de que la estrella de mar que acababa de ver se pusiera a explorar las estribaciones del Everest.

«No tengo derecho a estar aquí. Esto no es nuestro mundo». Reflexionó acerca del tiempo, del esfuerzo, de todo el dinero que había destinado al Proyecto Pharos. Millones.

«Vacío». Captó una palabra completa de Wiegand antes de que el transmisor enmudeciera del todo. Vacío. ¿Vacío... de qué? Era una palabra muy adecuada para describir el espacio negro y aplastante que lo rodeaba. Pero Wiegand había tratado de decirle algo. Korn volvió a intentar la conexión con el barco madre, pero no obtuvo respuesta. Accionó el mando del motor principal. Nada. El panel de control seguía totalmente muerto.

«Voy a morir aquí —pensó—. Voy a morir y jamás encontrarán mi cuerpo. Y lo merezco porque no debería estar aquí».

Un crujido.

No, no era un crujido, sino un ronco gruñido, como el lamento de una criatura marina en el fondo del abismo. Él sabía que se trataba de las cuadernas del casco de alta presión que empezaban a protestar. Recorrió la cabina con la vista a la desesperada; examinó el angosto y claustrofóbico espacio de acero reforzado en el que se hallaba; las portillas de grueso vidrio de cuarzo... Quizá sería rápido. Se había imaginado a sí mismo posándose en el fondo de la fosa oceánica, atrapado e inmóvil, volviéndose loco de claustrofobia mientras esperaba a que se agotaran las reservas de cien horas de oxígeno, chillando y arañando las paredes. Advirtió que el *Pharos Uno* pronto habría excedido sus parámetros de funcionamiento seguro. Quizá lo mataría un remache: un remache que saldría disparado como una bala de su orificio a causa de la presión brutal del agua. O quizá, y esto era más probable, la implosión del acero al ceder el casco lo aplastaría como a un insecto.

De nuevo la voz de Wiegand. Ahora con claridad:

—¡Dominik!

Korn miró el indicador de profundidad. Cuatro mil ochocientos metros. Cinco mil. ¡Oh, no, por Dios! Demasiado profundo. Demasiado profundo.

—¡Dominik!

—Estoy aquí —dijo, y le sorprendió lo apagada que sonaba su voz. Había un ruido de fondo. No muy fuerte, pero constante: un zumbido mecánico. Los motores.

—Hemos desactivado los controles, Dominik. Dominik, ¿me oyes?

—Estoy aquí —repitió—. No debería estar aquí.

—Dominik, escúchame. Concéntrate. Ponte el traje de evacuación.

—¿El traje de evacuación? —Korn se despejó bruscamente. Una voz situada a cinco kilómetros, a todo un universo de distancia, removió algo en su interior—. ¿De qué demonios me va a servir un traje de evacuación? Estoy a casi cinco mil metros.

—Tenemos el registro de tus niveles de potencia. Algo ha dañado las baterías.

Pero creemos que podemos subirte. Tal vez todo el trayecto, tal vez no.

Korn miró otra vez el indicador de profundidad. Durante un segundo que pareció durar eternamente el aparato se mantuvo estático. Luego, con desquiciante lentitud, empezó a indicar el ascenso.

—¿Me oyes, Dominik?

—Te oigo, te oigo. —Ahora estaba totalmente despejado y angustiado. El dolor insoportable de la esperanza—. Ya voy. Ya lo estoy haciendo. —Manipuló furiosamente el cinturón de seguridad, forcejeó entre las angosturas de ataúd de la cabina para sacar el traje de su funda, detrás de la silla de mando, y, retorciéndose, se lo puso. Neopreno y mangas elásticas de goma que le estrangulaban las muñecas: el anaranjado traje de evacuación lo recubrió como una segunda prisión.

—Vas a tener que darte prisa, Dominik... —La voz de Wiegand sonaba tensa en el transmisor. Forzada. Revestida de una calma falsa que disimulaba el pánico —. Escúchame: cuando se agote la potencia, soltaremos todo el lastre. Tendrá un efecto explosivo. Confiamos en que el impulso te traiga a la superficie. Pero subirás deprisa. Demasiado deprisa. ¿Entiendes?

—Entiendo —contestó Korn con la voz amortiguada por la rejilla de plástico de la capucha.

—Quizá pierdas la comunicación de nuevo. Tienes que estar muy atento al indicador de profundidad. Si el ascenso se detiene, has de salir y subir con el traje de evacuación puesto. Tal vez consigamos subirte todo el trayecto a la superficie sin necesidad de hacer esa maniobra, pero, si no, habrás de actuar rápido. De lo contrario, volverás a caer hacia el fondo como una piedra. ¿Lo has entendido, Dominik?

—Entendido. Tú sácame de aquí, Peter.

—Vamos a cortar toda la corriente, salvo la de los motores y el transmisor. Sujétate bien hasta que volvamos a encender las luces del panel de control.

Oscuridad. Una oscuridad que superaba la de la noche. Al principio no veía nada; luego le pareció que algo se deslizaba junto a la portilla de cuarzo. Algo que relucía a lo lejos: un puntito brillante. Bioluminiscencia: un rape o un tiburón cigarro que creaba su propia mota de luz en el abismo, como un faro lejano. Durante un segundo, Korn fijó toda su atención en esa luz trémula y diminuta, y tuvo la sensación de que encerraba un profundo significado que él no lograba captar.

El panel de control que tenía delante volvió a encenderse: los tres o cuatro botones parpadeantes y la pantalla del indicador de profundidad le resultaron cegadores bruscamente, después de toda aquella oscuridad abisal. Tres mil metros. El traje de neopreno llevaba incorporada una luz de emergencia. En cuanto la encendió, su parpadeo inundó la cabina. Más crujidos. El mar aún quería estrujarlo y aniquilarlo.

—Dominik... —se oyó otra vez la voz de Wiegand.

—Adelante.

—Tenemos que subirte al menos a ciento ochenta metros. El traje de evacuación está probado para resistir esa profundidad. Tú relájate y deja que te lleve a la superficie. El traje ha sido diseñado de manera que no asciende a más de tres metros por segundo, así que no te preocupes por un posible síndrome de descompresión. Pero habrás de salir si observas el menor signo de que el módulo no va a llegar a la superficie.

Mil quinientos metros.

«No debería estar aquí —se dijo Korn—. No deberíamos estar aquí».

—Repíte, Dominik...

—Digo que no deberíamos estar aquí. No tenemos derecho. No deberíamos ser tan presuntuosos, tan arrogantes...

—Necesito que te concentres, Dominik. —Wiegand lo cortó en seco—. Mantente concentrado, ¿de acuerdo?

Novecientos metros. Ochocientos.

—Estoy concentrado, Peter. Más de lo que crees...

El agua del exterior se había vuelto menos oscura. No clara, precisamente: menos oscura.

—No apartes los ojos del indicador, Dominik...

El zumbido constante y tranquilizador de los motores se detuvo.

—Peter...

—¡Prepárate, Dominik! —La orden le llegó acuciante por el transmisor—. Voy a vaciar los depósitos. ¡Prepárate!

Korn oyó un estruendo ensordecedor: la carga de petróleo incompresible que servía de lastre se escapaba de los depósitos de estabilización; los pesos de acero del *Pharos Uno* se soltaban de su soporte electromagnético. Ahora sí notó movimiento: un impulso ascendente que lo clavó en el asiento. Se sujetó con fuerza a los brazos de la butaca, tratando de controlar la respiración. Los oídos le palpitaban con violencia.

—¿Peter?

El sistema de comunicación se había esfumado de nuevo. Estaba solo otra vez, pero subiendo disparado hacia el medio al que pertenecía: su verdadero lugar en el mundo, lejos de las profundidades. *De profundis*.

Quinientos metros. Cuatrocientos. Trescientos. Quitó la tapa roja del mecanismo de la escotilla de emergencia y retiró el seguro. Debía accionarla en el momento justo. Con toda exactitud. Doscientos ochenta metros. Un poquito más.

Era consciente de lo que ahora veía, pero no quería aceptarlo. Su ascenso se estaba ralentizando. Doscientos cuarenta... veinte... Aún más despacio. Doscientos. Demasiado profundo. Todavía demasiado profundo. El indicador se

mantuvo una eternidad en ciento setenta.

Ahora. Hazlo ahora. Su razón se lo decía a gritos: el impulso proporcionado por el vaciamiento explosivo de los depósitos se había agotado. Ya solo quedaba un camino: volver a descender al abismo. Algo lo paralizaba, sin embargo: la esperanza irracional de que el sumergible superase de algún modo las leyes universales de la física.

Ciento ochenta.

Había perdido diez metros cruciales y ganado una atmósfera extra de presión. Comprobó si tenía el arnés de seguridad atado y pulsó el interruptor. El mecanismo explosivo se disparó y abrió la escotilla.

Fue como ser embestido por un coche. El agua no entró en la cabina en una oleada: chocó contra el respaldo de la silla de mando como una masa sólida. Un intenso y agudo dolor le subió por el brazo hasta el hombro. Comprendió que se había roto el antebrazo y se apresuró a echarse un vistazo: no era para evaluar la magnitud de la fractura, sino para comprobar que la manga del traje no se hubiera desgarrado. No; seguía intacta.

Golpeando con el puño del brazo sano el mecanismo de la hebilla, Korn liberó el arnés de seguridad. Sin hacer caso del dolor que sentía debido a la fractura, rodeó la silla y se impulsó para salir del *Pharos Uno* por la única escotilla, situada en la parte trasera. Iba a salir de un sumergible que se hundía a gran velocidad; tenía que hacerlo rápida y limpiamente. Si se le enganchaba una manga o un cinturón, o si se enredaba con el brazo robot, podía quedar atrapado y ser arrastrado de nuevo al fondo. En conjunto, calculó que debía de haber perdido otros diez o veinte metros. Y, de repente, se halló fuera, en medio del agua. Alejándose. El traje de supervivencia lo protegía del frío y se infló de aire comprimido para resistir la tenaza de la presión; pero su fuerza de flotación lo impulsó hacia arriba en una trayectoria de colisión contra la parte trasera del sumergible, que se hundía hacia las profundidades.

Extendió las piernas hacia la amarillenta superficie del casco y la empujó con los pies. Estaba libre. Estaba libre y ascendía.

Observó cómo se hundía el *Pharos Uno* a sus pies. Silencioso. Desvaneciéndose muy deprisa en las tinieblas; volviéndose más y más pequeño, gradualmente invisible en las oscuras aguas. Miró el indicador de profundidad que llevaba en la manga del traje. Ciento sesenta y subiendo.

Una profundidad razonable. Peligrosa, pero con indudables posibilidades de supervivencia. Lo iba a conseguir.

Siguió subiendo otros noventa y siete metros a un ritmo seguro para evitar la descompresión. Arriba, distinguía vagamente la claridad amortiguada del día.

La superficie.

Fue en ese momento cuando el tejido del traje de evacuación (que, sin que él se hubiera dado cuenta, se había enganchado en un remache y tensado al

máximo de su resistencia mientras abandonaba el *Pharos Uno*), se rajó de golpe y explotó en una gran constelación de burbujas.



## Capítulo dos

### Dos semanas antes de la tormenta

Meliha caminó por la calle pegada al muro, como si el ladrillo rojo la tuviera imantada. Iban tras ella. Iban tras ella y la encontrarían. Siempre encontraban a todo el mundo. Y cuando la encontraran, probablemente la matarían. Quizá no lo harían en ese mismo momento. Quizá ni siquiera de la misma manera que la gente en general entiende por matar. Ellos eran capaces de aniquilar la mente de una persona, destruirle la personalidad y dejar el cuerpo vivo, caminando, respirando. Pero como persona, como ser humano, estaría muerta igualmente.

Hacía frío. Mucho frío. Y humedad. Y estaba oscuro. Y le dolían los pies. Había caminado desde muy lejos. Pero, por encima de todo, tenía miedo. Tenía miedo de la gente que la seguía porque ya no los veía como personas. En cierto modo, habían conseguido lo que ellos siempre habían querido conseguir, lo que afirmaban poder conseguir, es decir, se habían convertido en algo distinto de un ser humano. Advirtió que ni siquiera pensaba en ellos como individuos, sino como un colectivo, como un único ser. Un ente corporativo.

Una singularidad.

Meliha intentó sacarse el miedo del cuerpo. El miedo era una emoción para la que nunca había tenido demasiado tiempo. Había sido una niña lista, valiente y curiosa. Una cría audaz que se enfrentaba al mundo combativamente. Intrépidamente. *Benim küçük cesur kaplanım*, así era como la llamaba su padre: «Mi valiente y pequeña tigresa». Recordó los tiempos en que se sentaba con él horas y horas para charlar y hacerle preguntas sobre el mundo. Fuera cual fuese la pregunta, siempre le daba una respuesta. Quizá no era «la» respuesta a la pregunta, decía él, pero sí una respuesta al fin y al cabo. Una vez, le había enseñado un pisapapeles de cristal que tenía en su escritorio: un objeto recolectado en sus innumerables viajes y sus largos años de geólogo. Le explicó que las cosas hermosas, como los cristales y las joyas, estaban esparcidas por todo el mundo aguardando a que las encontraran: unas veces enterradas bajo un montón de rocas; otras, tiradas de cualquier forma cerca de la superficie. En

ocasiones, le había dicho también, las encontrabas por casualidad. En otras ocasiones, en cambio, tenías que trabajar con ahínco, buscar cuidadosamente o excavar a grandes profundidades, para hallarlas.

Las respuestas, le había explicado, eran exactamente así: estaban esparcidas por el mundo y nunca resultaban más preciosas que cuando las descubrías por ti mismo.

Y así había sido como ella había vivido su vida. Había buscado respuestas, había buscado la verdad. Y ahora estaba aquí, en una ciudad desconocida del gélido norte, acosada y perseguida precisamente por las respuestas que había encontrado.

Meliha estaba en el Speicherstadt de Hamburgo: una ciudad dentro de una ciudad. Los antiguos almacenes de aduanas se alzaban junto a las oscuras aguas del canal. Un foco montado en lo alto de uno de esos almacenes arrojaba un charco de luz sobre los adoquines, donde la lluvia de Hamburgo repiqueteaba con diminutas explosiones plateadas. Ella trató de orientarse. El almacén que buscaba estaba cerca. Si conseguía llegar allí, tal vez no la encontrarían. O al menos, tendría tiempo para pensar cuál debía ser su próximo paso.

Buscó de nuevo en los bolsillos. No, no llevaba el móvil. Lo había dejado en el café donde había almorzado. Lo había colocado sobre la mesa, lo había encendido y tapado con la servilleta. Después había salido del local.

Una comprobación más. Absurda. Sabía perfectamente que lo había dejado en el café, pero tuvo que revisar el bolso y los bolsillos una vez más. Para asegurarse.

Podía ser que los empleados lo hubieran encontrado y guardado por si volvía a reclamarlo. Pero el café estaba en una zona deprimida de Wilhelmsburg, y Meliha creía más probable que alguien se lo hubiera metido en el bolsillo al descubrirlo. Pensó en aquel tipo obeso como un cerdo al que había visto en la mesa contigua, y que no paraba de hacer ruidos desagradables al comer. Aunque no habían sido sus hábitos repulsivos lo que más le había llamado la atención, sino el sofisticado teléfono o agenda electrónica portátil que se había pasado el rato manejando con un estilo mientras se llenaba la boca de comida.

Tal vez ese hombre se había llevado su móvil. O tal vez otro cliente del café andaba ahora por la ciudad con el teléfono de la muchacha en el bolsillo.

Que era, justamente, lo que ella quería. Porque cuando se había revisado otra vez los bolsillos, había sido para asegurarse de que el teléfono móvil no seguía allí. Ahora debía de estar en alguna parte, como el mensaje de una botella arrojada al mar. Quizá alguien comprendiera el significado del tono de llamada y descifrara la información del teléfono. Como mínimo, serviría para enviar un rastro falso a sus perseguidores.

Sacó el plano del bolsillo: no era un dispositivo por satélite ni un navegador GPS, sino un folleto impreso en papel. Estudió su posición desde el punto por el

que había entrado en el Speicherstadt, cruzando el puente, siguiendo por Kibbelsteg y luego por Am Sandtorkai. El almacén quedaba cerca. Si había calculado bien, se hallaba solo a una manzana, a la vuelta de la esquina.

Los almacenes del Speicherstadt, todos ellos de ladrillo rojo, eran inmensas catedrales comerciales cuya construcción se remontaba al siglo XIX. Aunque ahora todo estaba cambiando. Habían prolongado el Speicherstadt y conseguido una versión de sí mismo a lo siglo XXI: el inmenso Kaispeicher A, el almacén del extremo oeste de la zona, que en tiempos había alojado enormes reservas de té y tabaco, estaba siendo reformado y ampliado para adoptar la silueta de un grandioso buque que dominaba todo el horizonte de edificios. Una obra que se había prolongado durante años y que estaba transformando el antiguo depósito en un complejo dotado de una inmensa sala de conciertos, de un hotel y una zona de apartamentos. Como el Speicherstadt en el siglo XIX y el Köhlbrandbrücke en el XX, el Elbphilharmonie se convertiría en el punto de referencia que definiría el Hamburgo del siglo XXI de un modo tan característico como el edificio de la Ópera de Sídney, al tiempo que recordaría el pasado marítimo de la ciudad.

Incluso esa parte del Speicherstadt original estaba cambiando. Cada vez había más agencias de publicidad y más bares restaurantes de moda, que se instalaban en ella, básicamente, para estar cerca del sector ultramoderno de HafenCity, adosado al antiguo núcleo de almacenes.

Pero la hilera de edificios frente a los cuales se encontraba Meliha apenas había sufrido cambios. Como en los dos últimos siglos, el pasaje adoquinado que bordeaba el canal estaba flanqueado por almacenes de alfombras y tejidos importados de Turquía, Irán, Azerbaiyán, Kazajistán y Pakistán.

La joven salió del cerco de luz que arrojaba el foco de un almacén y examinó el pasaje adoquinado del canal en una y otra dirección. Nadie. Ni rastro de ellos. Aunque sabía que eso no significaba nada. Estaban adiestrados para seguirte sin ser vistos, para localizarte sin que lo advirtieras hasta el último momento.

Y por supuesto, contaban con una tecnología que uno habría creído que solamente poseían los servicios de inteligencia de una superpotencia. Tal vez la estaban observando en este preciso instante, a pesar de la oscuridad. Tal vez ella no pasaba de ser un punto de luz infrarroja en la fría oscuridad del Speicherstadt.

Estaba muy cerca. Meliha echó a correr. Los pies le dolían más a cada paso que daba. Había caminado kilómetros para llegar aquí. Sin taxi. Sin transporte público. Evitando todo lo que estuviera conectado con un sistema informático o una red de transmisión por radio. Había atravesado una ciudad entera sin rozar un circuito, sin conectarse con ninguna tecnología, rehuendo inclusive las escasas partes de la ciudad dotadas de cámaras de vigilancia, y dando sinuosos rodeos para sortear los puntos marcados con lápiz en su plano.

Se detuvo de golpe al darse cuenta de que había llegado al edificio al que se

dirigía. Los rótulos del almacén estaban en turco, inglés y alemán. Era este. No disponía de una entrada con alarma ni teclado numérico, sino tan solo de una anticuada cerradura de latón en una robusta puerta de almacén típicamente alemana: madera maciza y recia, reforzada asimismo con placas de latón. Obsoleta y tranquilizadora tecnología: una puerta que había salvaguardado el contenido del local más de cien años. Meliha sacó la pesada llave del bolso y abrió la puerta. Cruzó el umbral con sigilo y se internó en la oscuridad, no sin antes echar un último vistazo al pasaje del canal.

Quizá iba a conseguirlo, al fin y al cabo.

Sacó del bolso una pequeña linterna LED a cuerda y enfocó alrededor. Estaba en un vestíbulo de entrada. Un letrero con la lista de los arrendatarios le indicó que lo que andaba buscando —Demeril Importing— quedaba en la tercera planta. Empujó las puertas de cristal y entró en la parte principal del almacén. A un lado había un enorme montacargas, pero pensó que era mejor subir por la escalera y hacer el menor ruido posible.

Al llegar a la puerta de Demeril Importing —una recargada puerta *jugendstil* — sacó una segunda llave del bolso y abrió. Recorrió con la linterna el interior de la estancia: pilas de alfombras, tapetes y kilims que se alzaban a gran altura. En los dobleces de los bordes se apreciaban los intrincados dibujos turcos, y en las etiquetas figuraban nombres que conocía muy bien: Kayseri, Ye ilhisar, Kirsehir, Konya, Dazkiri... En cierto modo, esos nombres familiares la reconfortaban. Había un robusto escritorio de madera labrada y una silla con tapicería kilim cerca de la puerta; el escritorio estaba cubierto hasta los topes de documentos y libros mayores, de facturas y albaranes clavados en dos pinchos. Los negocios se efectuaban allí tal como se habían hecho durante el último siglo y en el anterior: sin ordenadores, sin páginas web, sin electrónica.

Desplazándose con sigilo, Meliha siguió buscando y encontró un nicho en la parte trasera de la zona de almacenaje, donde había alfombras apiladas con menos cuidado. Escogió el montón más bajo de la esquina del fondo, se tendió sobre ellas y apagó la linterna. Ahora podía descansar. Descansar, pero no dormir. Dormir sería peligroso. Aquí estaría a salvo hasta que se hiciera de día. Entonces..., bueno, intentaría contactar con Berthold. Cómo iba a hacerlo sin utilizar un teléfono ni ningún otro medio electrónico, todavía no lo había pensado. Pero debía contactar con Berthold y contarle lo que sabía. Ahora, sin embargo, podía descansar. Descansar, pero no dormir.

Se quedó dormida.

Seguramente había sido un ruido casi imperceptible. A lo mejor la puerta de entrada, tres plantas más abajo: un chasquido impreciso que había detonado en su dormido cerebro como una bala. En todo caso, prescindiendo de cómo hubiera

sido el sonido, ella había salido del sueño de golpe y ahora estaba totalmente despierta y con los nervios de punta. Durante una fracción de segundo se preguntó si no se habría pasado la noche durmiendo y si lo que había oído era la llegada de los empleados al almacén. Pero estaba oscuro. Permaneció sobre el montón de alfombras, alzando solo la cabeza; contuvo la respiración y aguzó el oído por si captaba algún otro ruido. Pasaron unos pocos segundos, insoportablemente prolongados por las oleadas de adrenalina que le recorrían el organismo. Silencio. Y entonces la sobresaltó otro ruido. Débil, amortiguado. Voces. Dos, tres; quizá más. En la planta de abajo. Hablaban con calma y sigilo desde diferentes posiciones.

Meliha no distinguía las palabras, pero imaginaba que debían de hablarse en inglés. Siempre hablaban en inglés. El corazón le retumbaba en el pecho. Claro que no necesitaban levantar la voz. Debían de estar «potenciados», lo cual los volvía capaces de comunicarse a distancia, de ver en la oscuridad o de captar el ruido más ligero.

Estaban registrando la planta inferior. Sistemática, metódicamente. Tal como lo hacían todo. Una única conciencia. Una mente colectiva. Un «egregor».

Cogiendo la linterna, Meliha apuntó a la oscuridad para buscar algún modo de esconderse o de escapar. La luz LED era muy tenue, pero no se atrevió a dar cuerda a la linterna de nuevo por si oían el ruido.

Detrás de ella, en el fondo del nicho, había una estantería apenas visible a causa de los montones de alfombras, algunas de las cuales yacían tiradas por el suelo a los pies del mueble. Si lograba meterse allí y poner una alfombra enrollada delante, quizá no la vieran.

Se quitó los zapatos de sus doloridos pies y se bajó lentamente del montón de alfombras. Dio unos pasos por el basto suelo de madera hasta la estantería. Esta era mucho más grande de lo que le había parecido y estaba prácticamente vacía, dejando aparte un montón de libros de muestra en un rincón y un rollo de tela de un metro y medio, apoyado contra la pared, de un tejido demasiado ligero para alfombras, pero demasiado tupido para cortinas. Deslizándose por detrás de los libros de muestra, Meliha los recolocó para que la ocultaran, aunque fuera precariamente, y desplazó el rollo de tejido para taparse mejor. Pero pesaba más de la cuenta y se le fue escurriendo de las manos. Intentó sujetarlo a la desesperada y consiguió impedir que se estrellara contra la pared de madera de la estantería, y que alertara a sus perseguidores. Muy despacio, con los músculos en dolorosa tensión, situó el rollo de tela en diagonal frente a ella, como si fuera la barrera de un puesto de control.

Encogiéndose en el fondo de la estantería, la muchacha apagó la linterna y quedó en el acto sumida en las tinieblas. Cuando adaptó la vista a ese nuevo grado de oscuridad, atisbó entre el borde superior del montón de libros de muestras y el ángulo inclinado del rollo de tejido. Veía solamente una estrecha porción del

nicho y nada en absoluto del sector más amplio del almacén de alfombras.

Y no oía nada: ni movimiento, ni voces.

Pero, de pronto, vio algo: como si pasara una sombra.

Justo delante de ella. Alguien o algo pasó rápida y silenciosamente por la estrecha porción de nicho que le era visible. De derecha a izquierda. Un oscuro revoloteo que no podía identificarse como una persona. Meliha casi dio un respingo, pero lo reprimió y se quedó inmóvil, sin respirar siquiera. Estaban aquí. En esta planta. Oyó un leve movimiento. Unas palabras en voz baja pronunciadas en inglés.

Volvió a pasar la sombra, ahora de izquierda a derecha. Más cerca.

Meliha no se movió. Seguía conteniendo la respiración por temor a que captaran incluso ese murmullo. Le rodó lentamente una lágrima por la mejilla. La agónica espera del momento en que echarían abajo su improvisado camuflaje era insoportable. Oyó más ruidos. Y luego, silencio. Pasaron los minutos; nada. Estaba tan concentrada en el silencio que se sobresaltó cuando se quebró de nuevo, aunque esta vez los ruidos eran más amortiguados. Y sonaban arriba de donde se hallaba ella. En la planta superior.

Exhaló muy despacio, sigilosamente. Estaban arriba, no cabía duda. No eran tan buenos como creían. También cometían fallos humanos.



Le resultaba muy difícil saber cuánto tiempo había pasado: el miedo prolongaba incalculablemente cada segundo. Aun así, Meliha dedujo que debía de haber transcurrido al menos una hora desde que habían terminado de registrar la planta superior. No se oían movimientos, ni voces tranquilas y susurrantes hablando en inglés. Atisbó en la oscuridad. Nada. Con cautela, lentamente, cerciorándose de que no tocaba nada, giró la muñeca. Pero su reloj no tenía esfera luminosa y no podía ver la hora. Empezaba a sentir calambres en las piernas, pero no las movió. El dolor aumentaba más y más; las fibras de sus músculos formaban nudos espasmódicos. No hizo caso. Volvió a concentrarse para ahuyentar el temor.

*Benim küçük cesur kaplanım.* Se esforzó en evocar la voz de su padre al decirlo. El tono dulce; el orgullo. *Benim küçük cesur kaplanım.*

Aguardó una hora más. Al fin percibió una leve claridad en el exterior del almacén. Un atisbo del alba. No había vuelto a oír nada más.

Habían fallado. Quizá no sabían, sino solo sospechaban, que ella estaba en el edificio. Había otros lugares que quizá conocían y estaban registrando en este preciso momento. A partir de ahora, decidió, no debía ir a ningún sitio en el que hubiera estado antes. Pero tenía que seguir adelante. El fracaso que habían

sufrido esta noche le daba la oportunidad de poner tierra de por medio y alejarse de ellos. Podía salir de la ciudad, o aun del país, si actuaba ahora.

Apartó el rollo de tejido con infinito cuidado, sin hacer ningún ruido. Salió de detrás de los libros de muestra, se detuvo y escrutó la parte del almacén visible desde su posición antes de dar unos pasos vacilantes fuera del nicho.

Había cuatro de ellos esperándola. De pie, inmóviles, en el centro del cuerpo principal del almacén. Cuatro formas oscuras como sombras. Sin sexo, sin edad. Sus siluetas se recortaban sobre la claridad lechosa del gran ventanal del fondo. Dos de aquellas siluetas llevaban puestas unas enormes gafas de visión nocturna. No hicieron el menor movimiento cuando la joven apareció; ni siquiera un amago de reacción. Habían estado dos horas allí de pie, esperando a que saliera de su escondrijo: un sistema más eficaz y silencioso.

Eran, en efecto, lo que había pensado que serían sus perseguidores. Lo que ella más temía.

Consolidadores.

El consolidador más cercano alzó lentamente su oscuro brazo, como apuntándola. Sonó una especie de chasquido, y Meliha sintió un dolor agudo en el pecho.

Mientras caía hacia atrás sobre el montón de alfombras, el mismo sobre el cual había dormido, creyó oír la voz de su padre llamándola:

*Benim küçük cesur kaplanım.*

## Capítulo tres

### La noche de la tormenta

No había tormenta.

Lo único que había era una vasta extensión de mar abierto y tenebroso. Ni tierra, ni barcos; nadie que presenciara el nacimiento nocturno de la tormenta. Pero sí había sizigia —el alineamiento perfecto del Sol, la Luna y la Tierra, estas dos últimas en su posición más cercana—, y el mar ansioso alzaba y arqueaba el lomo bajo la atracción irresistible de la Luna.

Por encima del mar, el aire era frío, seco. Y más arriba aún había una colosal masa de aire mucho más frío que procedía del norte y del este, y que se había desplazado hacia el sudoeste, sobre el Escudo Báltico. Al desplazarse, se había elevado hasta la troposfera y su temperatura siberiana, debido a la altitud, se había vuelto más gélida. Ahora, con un frío y una altitud extremos, avanzaba silenciosa y altivamente sobre el Atlántico.

Pero no iba a poder seguir avanzando.

Algo se movía a baja altura sobre el lomo combado del mar; algo tan colosal como el frente frío de arriba. La masa baja de aire se había creado en los trópicos y llevaba en su seno un elevado grado de calor y humedad. Y si bien su homóloga de las alturas era más fría de lo normal, esta era tres grados más cálida que las corrientes habituales.

El aire caliente asciende; el frío, desciende: un simple hecho de física, de meteorología.

La tormenta se inició en ese instante: aspiró el aire caliente y húmedo hacia arriba en un violento tornado de convección mesociclónico, y creó corrientes que alcanzaron velocidades de ciento ochenta kilómetros por hora. Se formó una tromba marina que enlazaba el mar y el cielo. El vapor condensado del aire caliente entró en efervescencia y se cargó de electricidad, mientras las nubes se engrosaban y bullían, acumulando densidad. Una vasta supercélula, es decir, una inmensa tormenta en rotación, semejante a un yunque titánico, se formó sobre el Atlántico y provocó que la noche se volviera más oscura.

Cargada con millones de toneladas de agua, fue girando poco a poco y



malévolamente, y se dirigió hacia tierra firme.

## Capítulo cuatro

Kreysig comprendió que el hormigueo que sentía en el pecho se debía a una descarga de adrenalina, y se sintió culpable. Aquello era una verdadera catástrofe: los edificios habían sufrido daños, mucha gente estaba herida; tal vez algunos habían perdido la vida. La ciudad, su propia ciudad, había sido asaltada violentamente, despiadadamente, sin misericordia.

Pero mientras permanecía allí, rodeado del tumulto y el clamor general, Lars Kreysig notó un espasmo de excitación. Era para esto para lo que él había nacido.

La noche se poblaba con el fragor de la maquinaria pesada y de los generadores móviles, con el pitido taladrante de los camiones de bomberos dando marcha atrás y el incesante zumbido de las bombas de agua. Un estruendo de creación humana compitiendo con la tormenta de viento y lluvia desatada por la naturaleza. Todo relucía de humedad y brillaba bajo los arcos voltaicos y las luces rojas, azules y anaranjadas de los bomberos, las ambulancias y las excavadoras de oruga. Lo peor de la tormenta había pasado; ya empezaba el refluo. Aunque ráfagas de viento de la desdéniosa naturaleza agitaban el traje protector de color amarillo de Kreysig, y gruesos goterones le repiqueteaban airados sobre el casco.

Como el cuello de un improbable dinosaurio nocturno, el inmenso brazo de mecano de una grúa Liebherr LTM 1130 se alzó en lo alto, provisto de cables de acero y cadenas colgantes que oscilaban y chocaban entre sí. Un equipo de bomberos ató las cadenas alrededor de un amasijo de madera y metal que había sido arrastrado hasta la gran extensión inundada junto al Fischmarkt. El brazo de la grúa izó los restos limpiamente sobre la zona de la inundación y los depositó en la trasera de un camión. Una segunda grúa, más pequeña, descargó un pedazo de tubo blindado de evacuación, y el mismo equipo de bomberos se apresuró a cerrar los enganches para ensamblarlo con el resto del tubo. En cuanto estuvo lista la conexión, Kreysig gritó una orden por radio y entraron en acción otras dos

bombas.

Todavía sentía la excitación de la batalla. Esto era el combate del hombre contra la naturaleza. Y él era el hombre.

Kreysig había sabido con mucha anticipación que la tormenta se acercaba. Ya había causado estragos en Francia e Inglaterra. El Instituto del Clima de la Alemania Norte y el Servicio Meteorológico Alemán habían seguido su avance. También habían detectado otra masa atmosférica que se estaba formando en el mar del Norte, a ciento ochenta kilómetros al sudoeste de Jutlandia. Eran como dos ejércitos agrupándose antes de lanzarse al ataque a la vez, antes de unir sus fuerzas contra los Países Bajos, Dinamarca y el norte de Alemania. Kreysig había visto otras veces Hamburgo devastado por las inundaciones. La de 1953 se había producido antes de que él naciera; y era un bebé cuando tuvo lugar la tormenta del 62, que mató a más de trescientas personas y dejó a otras seis mil sin casa. Pero recordaba la del 76, y ya se había convertido en un mando de la brigada de incendios y rescates en la de 2007. En cada ocasión el agua había subido más, pero Hamburgo había estado cada vez un poco más preparada, un poco más protegida.

Y esta vez, antes de que llegara la inundación, las barreras de contención, valoradas en millones de euros, habían quedado amortizadas en su primer despliegue, bloqueando y canalizando la tromba de agua provocada por la tormenta. Aunque cierto grado de inundación era inevitable, y ellos ya sabían de antemano dónde debían estar alerta y dónde se situarían las líneas de combate. Lo cual incluía este punto, el Fischmarkt, justo donde el barrio de Sankt Pauli se unía con el centro de la ciudad.

Tramberger, el adjunto de Kreysig, se aproximó e inclinó su curtido rostro hacia él, gritando para hacerse oír entre el fragor de la tormenta y la maquinaria.

—Ahora tenemos todos los sumergibles eléctricos y todos los diésel conectados. Ha empezado el refluo y el agua está bajando. Solo nos faltan algo más de tres metros.

Kreysig sonrió y le dio una palmada en el hombro a su adjunto. Estaban venciendo. Recorrió con la vista a los efectivos que había desplegado: todos continuaban trabajando a pleno rendimiento. Era una tarea dura y hercúlea frente a un oponente mucho más fuerte, pero nadie daba muestras de la fatiga que, a estas alturas, pesaba como una losa sobre cada movimiento. Era un buen equipo. Un equipo de puta madre. Lo había montado él mismo, reuniendo a los mejores miembros del Cuerpo de Bomberos, de la Policía del Puerto y del Departamento de Ingeniería de la ciudad y del estado de Hamburgo.

Comprobó cuál era la situación de sus otras brigadas, desplegadas más al oeste, en Klopstockstrasse y Königstrasse. Las mismas noticias. Miró el reloj: casi las cinco de la mañana. Llevaban doce horas luchando contra la inundación. Entonces alzó la vista hacia el cielo aún oscuro y vio cómo se deslizaban

amenazadoramente sobre la ciudad los enormes nubarrones. Era como observar una escuadrilla de bombarderos cargada de un enorme potencial destructivo. Pero esas nubes, le constaba, causarían estragos en otra parte. El turno de Hamburgo había concluido. Por el momento.

Fue entonces cuando notó que una de las cuadrillas había interrumpido sus trabajos. Los bomberos habían formado un corrillo y miraban algo sobre el asfalto recién despejado de agua de la Elbestasse. El jefe del equipo se volvió hacia donde estaban él y Tramberger, y les indicó con señas acuciantes que se acercaran.

Algo pasaba, dedujo Kreysig de inmediato.

## PRIMERA PARTE

## Capítulo cinco

Jan Fabel se despertó. Gradualmente. Había estado soñando: un sueño que transcurría en la casa de Norddeich donde se había criado; se veía sentado en el viejo estudio de su padre, charlando con un joven que él sabía perfectamente (y el propio joven, también) que estaba muerto. Fabel quería librarse de ese sueño, olvidarlo cuanto antes.

Emergió lentamente desde las profundidades de la pesadilla y cobró conciencia de un rumor de voces: la radio despertador. La NDR. Un debate. Una de las voces le resultaba vagamente familiar.

Estuvo mirando el techo unos segundos mientras iba reuniendo las piezas dispersas de su conciencia y trataba de descifrar de qué estaban hablando en la radio; y sobre todo, de quién era esa voz masculina. Se daba cuenta de que procedía de alguna parte de su mundo de vigilia, pero estaba demasiado adormilado por ahora para identificarla. Se giró y se puso de lado; Susanne le daba la espalda. Le sacudió el hombro, y ella emitió un ruido a medio camino entre el placer adormilado y la irritación.

—Hora de levantarse —dijo.

Otro murmullo ronco y quejoso.

Fabel se sentó al borde de la cama. Berthold Müller-Voigt. De él era la voz que había reconocido. Estaba seguro desde el principio de haberla oído antes. Müller-Voigt era el senador de Medio Ambiente del Senado de Hamburgo, y él lo había tratado en el pasado.

Frunciendo el entrecejo, se apartó el rubio pelo de los ojos. Volvió a sacudir a Susanne: otro gruñido por respuesta. Apagó la radio despertador, se puso de pie, se desperezó y se dirigió a la ducha. Susanne y él llevaban más de dos años viviendo en ese piso, pero Fabel notaba que, a primera hora de la mañana, tenía que pensar para orientarse en su geografía. Se afeitó y se duchó. Por último se vistió: suéter de cuello alto, una lujosa chaqueta inglesa de *tweed*, pantalones de algodón y zapatos de cuero con punteado en las costuras.

Acababa de preparar el café cuando Susanne apareció en la cocina, en albornoz. Su revuelto pelo oscuro era una elocuente declaración de que aún no estaba dispuesta a afrontar el nuevo día.

—Llegarás tarde —le dijo él. Quería decir que los dos llegarían tarde. Normalmente, ella trabajaba en su despacho del Instituto de Medicina Legal de Eppendorf, pero dos días a la semana lo hacía en el Präsidium de la Policía. En esas mañanas usaban un solo coche. Pero él siempre se ponía nervioso por la tardanza de Susanne. Esta mañana estaba más tenso de lo normal: ella iba a asistir a un seminario en la Oficina Federal de la Policía Criminal de Wiesbaden, y Fabel había accedido a llevarla al aeropuerto para que tomara el primer vuelo a Fráncfort.

—Enseguida estoy lista. —Cogió la taza de café que él le ofrecía y se apoyó en la encimera—. ¿Tú has dormido bien? Esta maldita tormenta me ha tenido despierta la mitad de la noche.

—Me parece que a mí también me ha despertado —mintió él. No había sido la tormenta lo que lo había despertado en plena noche, pero ahora ya nunca hablaban de los sueños que tenía; de sus pesadillas.

Susanne encendió el pequeño televisor que había en la cocina: una de las cosas en las que Fabel había transigido. No era muy aficionado a la televisión y nunca había entendido por qué la gente necesitaba más de un aparato en el hogar. Pero un día había vuelto del trabajo y se lo había encontrado sobre la encimera. Una nueva y reluciente intrusión en su mundo. Un *fait accompli* de la vida en común; otra indicación de que su espacio vital —su vida— ahora lo compartía.

—Mira... —dijo Susanne.

El reportaje televisivo hablaba de serias inundaciones a lo largo de las orillas del Elba. Había imágenes del despliegue de barreras contra la inundación en el puerto y el Fischmarkt. El locutor hablaba ante la cámara con gravedad profesional.

—Menos mal que no hemos de pasar por la Elbchaussee esta mañana —comentó ella.

—Quizá tengamos dificultades para llegar al aeropuerto de todos modos. Me imagino que habrá más tráfico, con todos los desvíos y demás. Tendríamos que salir un poco antes —repuso Fabel, mirando con toda intención el reloj. Susanne le hizo una mueca y siguió disfrutando tranquilamente de su café.

—Voy a llamar al aeropuerto para comprobar si los vuelos son puntuales... —Él se dispuso a levantar el auricular.

—¿Para qué telefonear? —dijo Susanne, llevándose la taza a los labios—. Compruébalo *on-line*.

—Nunca se sabe cuándo actualizan estas cosas. Al menos, si hablas con un ser humano...

Ella soltó un bufido.

—¿Un ser humano? Estamos hablando de una persona que trabaja en un aeropuerto. Créeme, usa el ordenador. Es menos robótico. ¿Sabes qué?, lo haré yo misma cuando esté vestida. Pero no entiendo por qué te pones tan tecnofóbico.

—No soy tecnofóbico —masculló él—. Soy tradicional. En todo caso, reconozco sin ambages que no me entusiasma demasiado la era digital. Fíjate, por ejemplo, en el llamado Asesino de la Red, que llevamos seis meses buscando..., o en los estragos que provoca tanta dependencia de los ordenadores. Hemos recibido una infinidad de informes sobre ese virus Klabautermann que han pirateado en el correo electrónico del estado de Hamburgo.

Susanne se echó a reír.

—Un virus no se piratea. Dime una cosa, ¿cómo te las arreglaste para sobrevivir cuando cayó el meteorito?

—¿Qué meteorito? —preguntó Fabel, irritado.

—Ya sabes, el que borró de la faz de la Tierra a todos los demás *dinosaurios*... —especificó ella, subrayando la palabra y riéndose de su propio chiste—. En todo caso, por lo que yo sé, el virus Klabautermann no ha puesto en peligro el sistema de seguridad de la Polizei de Hamburgo. En cambio, en el Instituto de Medicina Legal sí lo tenemos. Es una lata, te lo reconozco. Pero pudimos hacer una copia de seguridad de todos nuestros correos antes de que nos atacara.

—Tengo una solución más sencilla: la impresión en papel.

—¿Ah, sí? —Susanne dejó la taza y pasó junto a él sin prisas, contoneando las caderas—. Entonces no habríamos de preocuparnos del virus Klabautermann ni de colapsos del sistema... Solo tendríamos que preocuparnos de los ratones de biblioteca como tú, ¿verdad, cariño? —dijo alborotándole el pelo al pasar.

Fabel frunció de nuevo el entrecejo.

Ya había dejado de llover cuando salieron, y se encaminaron hacia donde estaba aparcado el BMW descapotable, pero el cielo tenía un aspecto cargado y amenazador y el tono del acero naval. Fabel suspiró mientras colocaba en el maletero el equipaje —maleta y maletín— de Susanne.

—Otro día de mierda —dijo ella lúgubrementes. Cerró la puerta y soltó una maldición cuando le cayó en el pelo un chorrito de agua del techo—. Esto tiene goteras, ¿lo sabías?

—Nunca había constituido un problema —murmuró Fabel—. En mi antigua casa tenía un aparcamiento cubierto.

—Deberías pensar seriamente en cambiar de coche —replicó Susanne, haciendo caso omiso del comentario—. Debe de tener diez años ya. Siempre estás dando la tabarra con el rollo ese de la ecología. Este coche seguro que no es



de tan bajo consumo ni tan respetuoso con el medio ambiente como los modelos que podrías comprar ahora.

—A mí me va muy bien —dijo él, maniobrando para salir—. No veo por qué debería considerarse beneficioso para el medio ambiente añadir un coche más a la circulación. Además, si tan «verde» te has vuelto, ¿por qué vas a Fráncfort en avión? Podrías haber viajado en tren.

—El ecologista eres tú, no yo. —Sonrió maliciosamente—. Será porque apenas viste un árbol mientras te criabas en las viejas llanuras de la Frisia oriental. Supongo que todo ese viento debió de derribarlos.

—Claro que teníamos árboles. Quizá no tantos como tú, en la frondosa Baviera, pero tampoco hay que exagerar.

—Nosotros los teníamos a millares. Bosques enteros. Y montañas. ¿Sabes lo que es una montaña, chico de Frisia? Es como un dique grande, grande, grande.

—Muy graciosa.

—Me sorprende que te trasladaras a Hamburgo. Debemos de estar a dos metros por encima del mar. ¿No te sangra la nariz?

Él se echó a reír y le contestó:

—Si la gente como tú sigue tomando vuelos domésticos, pronto estaremos todos bajo el nivel del mar.

—Entonces viajaré en barco. O en submarino. —Susanne empezó a tararear *Yellow Submarine* esbozando una sonrisa traviesa.

En lugar de circular penosamente por la ciudad, Fabel salió por la Behringstrasse para tomar la A7. Cuando se acercaban a la rampa de acceso, se fijó en un enorme cartel junto a la carretera: una fotografía de un mar embravecido bajo un cielo tempestuoso, y de un pequeño y lejano faro que arrojaba un haz de luz sobre las aguas. Al pie de la imagen había una especie de logo: las palabras PROYECTO MEDIOAMBIENTAL PHAROS, en inglés, junto a lo que parecía un ojo estilizado. Y debajo, en alemán, el eslogan: «La tormenta se acerca».

—¿Tú crees que es cierto? —preguntó Susanne abstraída, mirando cómo los adelantaba a toda velocidad un enorme todoterreno Mercedes.

—¿El qué?

—El cambio climático antropogénico. —Repitió la pregunta mientrasladeaba el espejo retrovisor para aplicarse el pintalabios—. ¿Crees que es cierto que somos los culpables de estropear el clima, de crear tormentas como la de anoche?

—Claro que sí. —Él recolocó el retrovisor en su posición correcta, suspirando con irritación—. Todas las pruebas lo corroboran. Tú eres una científica, has visto los datos. ¿Me estás diciendo que no lo crees?

—No..., no digo eso. Pero tal vez no somos solo nosotros. Tal vez haya un cambio natural. Ha ocurrido en el pasado. Y además de los cambios naturales, un

solo volcán puede causar más daño del que hemos hecho nosotros en toda nuestra historia. Mira el impacto de todas esas cenizas de Islandia arrojadas a la atmósfera. Si ese pequeñín o alguno de sus hermanos mayores explotaran de verdad, podríamos entrar en un invierno que se prolongaría años, y morirían de hambre millones de personas. Quizá se produciría un cambio climático total e irreversible. Eso no es cosa nuestra, sino de la naturaleza.

—Tal vez sí se esté produciendo un cambio natural, pero nosotros estamos acentuándolo sin la menor duda. Es lógico, después de provocar emisiones de carbono equivalentes a millones de años tan solo en un siglo y medio. —Suspiró y miró el reloj. La autopista estaba más congestionada de lo que había previsto. Una congestión de lujo: por la cantidad de Range Rover, Mercedes y Lexus tamaño acorazado, Fabel dedujo que la mayor parte del tráfico matinal procedente del adinerado barrio de Blankenese (situado a pocos kilómetros río arriba y cotizado a precios mucho más elevados que su piso de Ottensen), había sido desviado desde la Elbchaussee, la carretera principal que discurría junto al Elba.

—Quizá sí debería pensar en cambiar, al fin y al cabo —dijo en tono sombrío, mirando la lenta procesión de marcas de lujo.

—Espero que sigas hablando de coches... —Susanne le sonrió, burlona—. Te llamaré esta noche desde el hotel, cuando termine el seminario.

—Seguramente estaré en la brigada.

—¿Por ese caso del Asesino de la Red?

—Sí. Me temo que me quedaré hasta medianoche persiguiendo fantasmas electrónicos —dijo lúgubramente. Iba a añadir algo más cuando lo interrumpió el zumbido del teléfono del coche.

—Hola, *Chef*, soy Anna...

—Hola, Anna. ¿Qué pasa?

—¿Va de camino al Präsidium?

—No... Todavía no, por lo menos. Estoy llevando a Susanne al aeropuerto y luego voy para allá. ¿Qué sucede?

—Quizá le interese pasarse primero por el Fischmarkt. Tenemos un cadáver arrastrado por la corriente.

—Mierda... —Fabel guardó silencio y resopló. Como diciendo: « Otro más, no» —. ¿Parece cosa del Asesino de la Red?

—En realidad, no. Este, no. A no ser que haya cambiado completamente de *modus operandi*. Se trata de un cadáver parcial. Desmembrado.

—Pero ¿es una mujer?

—Sí. No encaja con las otras víctimas del Asesino de la Red, pero da la impresión de ser un caso para nosotros.

—Está bien —dijo Fabel—. Iré directamente desde el aeropuerto.

## Capítulo seis

El hombre del escritorio se sentaba de espaldas al paisaje. La pared que tenía detrás de él estaba hecha totalmente de vidrio templado y reforzado con acero, lo que la convertía en un ventanal sin marco que daba a una gran extensión de agua grisácea bajo un cielo del mismo tono gris sodio. El conjunto creaba la impresión de que la oficina estaba desconectada de todo, simplemente suspendida en el espacio, ajena a la gravedad y aislada de su entorno.

El hombre del escritorio frisaba los cincuenta y era de complexión fornida y hombros musculosos. Tenía el cráneo rapado por completo, pero la mandíbula estaba enmarcada por una oscura perilla recortada al ras. Llevaba gafas sin montura, traje negro y una camisa estilo Nehru de color gris oscuro. Había una pulcritud antinatural en él, lo mismo que en el orden impecable de su escritorio y en la distribución de la oficina; inclusive sus movimientos parecían algo antinaturales de tan metódicos mientras introducía el lápiz de memoria en el portátil y se abría paso entre los archivos almacenados en él.

—¿No hay ninguna duda, entonces? —le dijo al hombre que se hallaba de pie ante la mesa: un tipo alto y delgado, de traje gris, cara pálida y pelo corto muy negro.

—Me temo que no, Herr director.

—¿Cómo demonios se nos puede haber escapado algo así? ¿Cómo puede un extraño haber destapado todo este..., todo este caos, mientras que nuestra propia Oficina de Consolidación y Objetivos ignoraba por completo qué estaba pasando?

—Lo lamento, señor. Evidentemente, esto supera todo cuanto habríamos podido imaginar. Quiero decir, es un comportamiento extremo, en especial tratándose de uno de nuestros propios miembros. Ya sé que no es excusa, Herr director, pero nosotros no estábamos buscando nada parecido, mientras que esa mujer se infiltró en el proyecto expresamente para encontrar alguna cosa que pudiera utilizar contra nosotros. Yo diría que ni siquiera ella misma esperaba descubrir algo de tal magnitud. Pero le puedo asegurar que en cuanto la

información salió a la luz, en cuanto supe quién aparecía en el archivo, y conociendo la posición que ese individuo ocupa en la organización, puse a mis mejores agentes de seguridad y vigilancia para que controlaran sus movimientos las veinticuatro horas del día. Desde entonces hemos controlado toda su actividad por Internet, correo electrónico y teléfono móvil, además de seguir sus movimientos y contactos. Nuestra vigilancia confirma el contenido del lápiz USB que le encontramos a esa mujer.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de que ella haya transmitido una parte de la información a alguien del exterior?

—No puedo afirmarlo con certeza, Herr director, pero yo creo que no. En mi opinión, ella pretendía venderle la información a la prensa o publicarla en una página web. Por tanto, no iba a arriesgarse a explicárselo a nadie que pudiera poner en peligro su exclusividad. Y debía de ser consciente del alcance de nuestros recursos, así que tampoco iba a exponerse antes de la publicación.

—¿Cree que era una periodista?

—No lo sé. Ella se negó a decirlo. Se mostró insensible al interrogatorio. Pero existe, según creemos, un teléfono móvil no controlado.

—¿Qué significa «no controlado»?

—Sencillamente, que no logramos dar con él. Se trata de un Nokia 5800. Pero tenemos un rastreador en su interior. Acabaremos encontrándolo, Herr director.

—Así lo espero, la verdad. No necesito explicarle la cantidad de información que puede almacenar uno de esos teléfonos. —El hombre del escritorio hizo una pausa, pensativo, y luego señaló con la barbilla la imagen que aparecía en la pantalla de su portátil—. ¿Qué me dice de él? ¿Sabe que ha sido descubierto?

—Rotundamente no, Herr director. Tengo la sensación de que se cree inmune a la detección. Sus actos indican cierta arrogancia. Y mis consolidadores son expertos en vigilancia encubierta. No sabe que lo estamos observando, estoy seguro.

—¿Ha oído hablar del «efecto del observador», Bädorf?

—La verdad es que no, Herr director.

—Es un concepto de la mecánica cuántica, surgido de la observación de las partículas subatómicas: la observación en sí misma modifica el comportamiento de la partícula observada. —El director examinó mucho rato la imagen de la pantalla—. Es fundamental que no sepa que andamos tras él. Y nadie, aparte de los integrantes del equipo de vigilancia, debe estar al corriente del asunto. ¿Se da cuenta, Bädorf, del peligro en el que nos ha puesto este individuo con sus actos? ¿Del peligro en el que ha puesto al proyecto entero?

—Desde luego. He dado instrucciones a los consolidadores implicados para que destruyan todos los archivos de la vigilancia, salvo los que tiene usted ahora. Pero yo estoy convencido de que encontramos a esa mujer antes de que pudiera transmitir ningún dato. Y nosotros podríamos ocuparnos... de nuestro hombre...,

antes de que él ponga aún más en peligro el proyecto. ¿Cuáles son sus instrucciones?

Wiegand revisó las imágenes, pinchándolas una a una.

—Nada demasiado precipitado. Esto requiere un plan cuidadoso. Hay que detenerlo, sin duda, pero no de un modo que pueda relacionarse con nosotros.

—Si me permite una sugerencia, Herr director, tal vez *mister Korn* debiera ser informado.

—Está usted hablando conmigo, Bädorf. Lo cual es lo mismo. Lo que quiero es que idee algo discreto y eficaz. Algo innovador. ¿Se siente capaz?

—Por supuesto, Herr director. Tenemos a nuestra disposición varios recursos que no tienen por qué relacionarse directamente con nosotros. Examinaré las opciones y volveré a informarle.

Una vez que Bädorf hubo salido de la oficina, el director giró su silla en redondo para situarse frente a la pared de vidrio. El color grisáceo del cielo se había modificado sutilmente, adquiriendo un matiz glauco, y parecía insinuar turbulencias. Quizá se aproximaba otra tormenta.

## Capítulo siete

Un momento de calma antes de la tormenta.

Sentado en silencio en su coche, Fabel escuchaba música y miraba a través del parabrisas la lluvia, que ya se iba convirtiendo en llovizna. Era consciente de lo que se avecinaba.

Este era su oficio, su trabajo: contemplar la muerte. Tratar de comprenderla. Pero por muy a menudo que la contemplaras, la muerte —la muerte violenta— seguía provocando un trastorno en tu interior. Tal vez no suponía un trastorno tan profundo como quince años (e incontables casos) atrás, pero seguías sintiéndolo: una vaga agitación en las tripas desatada por un instinto irreprimible. Era la reacción natural de «lucha o huye» que se disparaba en la parte más antigua y menos evolucionada de tu cerebro. En especial, si había un montón de sangre. Cuando había mucha sangre, surgía automáticamente una reacción instintiva que anulaba tu raciocinio. Y más tarde, mucho después de que hubieras abandonado la escena del crimen, las imágenes del muerto regresaban a tu mente de modo espontáneo y en los momentos más inapropiados: mientras comías, hacías el amor o te relajabas con un grupo de amigos.

Así que Jan Fabel se tomó un respiro y se quedó en el coche con el limpiaparabrisas parado, mirando cómo se estrellaba la viscosa lluvia sobre el cristal. El día era completamente gris. El cielo, el agua, los edificios: distintos matices de gris grafito. Y este era un momento de paz gris. La música parecía encajar con su estado de ánimo —y con el clima— a la perfección: escuchaba al Esbjörn Svensson Trio en el reproductor de mp3 que había conectado al equipo de sonido del BMW. *From Gagarin's Point of View* («Desde el punto de vista de Gagarin»). Un gran título. Una gran pieza para una mañana de Hamburgo gris grafito, que emanaba esa agradable melancolía que los escandinavos dominan a la perfección.

Unos nudillos fríos y húmedos golpearon la ventanilla del pasajero, sacándolo de su momento de paz gris. Bajó el cristal y, al acercarse, las heladas agujas de

la lluvia le pincharon la mejilla.

—¿Va a venir con nosotros, *Chef*?

Anna Wolff se inclinó junto a la ventanilla, con el entrecejo fruncido frente al frío y la humedad. Impaciente. Siempre había tenido un aire juvenil y atractivo: los ojos negros, el pelo corto y oscuro, un aire aniñado. Pero ahora, ahí bajo la lluvia, se apreciaba un atisbo de la Anna futura: una Anna con más años, ya desprovista de su energía característica. Fabel captó ese cambio sutil y se sintió mal. También advirtió su leve cojera cuando ella se apartó del vehículo, y aún se sintió peor. Su equipo ya había sufrido más bajas de la cuenta a lo largo de los años.

—Se le ve pletórico de alegría —le dijo Anna mientras se bajaba del coche.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tenemos?

—Ya se lo he dicho: un cuerpo arrastrado por la corriente. Y de los apuestos de verdad, se lo advierto. Lo ha encontrado el equipo de bomberos que estaba trabajando junto a la barrera de inundación. El jefe es un tal Kreysig.

—¿Lars Kreysig?

—¿Lo conoce?

—Más bien he oído hablar de él, pero nos hemos visto alguna vez. Es toda una leyenda en el Cuerpo de Bomberos de Hamburgo. Mucha gente no seguiría viva si él no la hubiera sacado de las brasas. Así como suena. ¿Aún está aquí?

—Le hemos pedido que se quedara hasta que llegara usted. ¿Qué era esa mierda que estaba escuchando en el coche?

Fabel se detuvo y se giró hacia ella.

—No tiene usted alma, comisaria Wolff, ¿lo sabía? No es capaz de apreciar las cosas buenas de la vida. En serio, déjame en paz, Anna... Ya he tenido a Susanne metiéndose conmigo durante todo el trayecto al aeropuerto a cuenta de mi coche.

—¿De veras? A mí, personalmente, me gustan las antigüedades. En todo caso, Susanne le sienta a usted muy bien. Lo veo menos gruñón últimamente. ¿Está preparado?

Caminaron hacia donde se hallaba instalada la blanca tienda forense, pisando tubos y mangueras, sorteando los oscuros charcos irisados de agua y petróleo y los negros amasijos de *detritus* arrastrados por la inundación.

—Yo ya he tenido el placer —dijo Anna al llegar junto a la tienda—. Si no le importa, espero aquí fuera.

Fabel asintió. Anna era una chica dura, y había visto muchas más muertes violentas de la cuenta, pero su tendón de Aquiles eran los cadáveres putrefactos. Y no había nada más putrefacto que un cadáver que hubiera pasado en el agua más de dos o tres días. El proceso de descomposición se acelera enormemente en remojo: la carne se reblandece y el cuerpo se hincha debido a los gases acumulados, y entonces asciende y flota en la superficie como una boya

podrida.

En el exterior de la tienda había una mesa con material forense. Anna le pasó a Fabel un traje blanco de papel, guantes de látex, protectores elásticos azules para los zapatos y una mascarilla con filtro. Se sacó del bolsillo de la chaqueta un pulverizador de perfume y roció la cara interior de la mascarilla.

—Va a necesitarlo —murmuró—. Este es de los asquerosos de verdad. Y mantenga la cremallera del traje forense bien cerrada. Como se le pegue el pestazo en la ropa, ya no se lo quita más.

—Ya he visto cadáveres flotantes otras veces, Anna. Conozco el procedimiento. —Fabel sonrió al decirlo: había advertido que la cara de la comisaria, pálida de por sí, palidecía un poco más, sin duda recordando el rato que había pasado en el interior de la tienda.

Fabel alzó la vista al cielo, que mantenía un color gris acero después de la tormenta, y luego echó una ojeada a la zona de limpieza, en la que abundaban los generadores provisionales, las grúas y los camiones de bomberos. Inspiró hondo y trató de reproducir mentalmente unos cuantos compases de *From Gagarin's Point of View* para aliviar el hormigueo que sentía en el pecho. Luego, colocándose la mascarilla exageradamente perfumada sobre la boca y la nariz, entró en la tienda forense.

A pesar de ir protegido por la mascarilla y la intensa fragancia del perfume, el hedor lo golpeó como una bofetada nada más entrar. Lo reconoció de inmediato; no había en el mundo ningún hedor parecido: rancio, agrio y empalagoso a la vez. Se había tropezado con aquel olor en el caso de un par de cuerpos rescatados del río y en el de un cadáver aparecido en el bosque en fase negra de putrefacción. La fase negra era la cuarta etapa del proceso de descomposición, entre los diez y los veinte días posteriores a la muerte. Y era la más hedionda. Pese a que habían puesto el extractor al máximo, el aire dentro de la tienda estaba impregnado del tufo a carne pútrida.

El comisario se preguntaba a menudo cómo se las arreglaban en la Policía del Puerto de Hamburgo para soportar tantos cadáveres flotantes. Entre la policía portuaria y la Polizei de Hamburgo, la demarcación de responsabilidades respecto al caso de los cuerpos encontrados quedaba determinada por la línea de pleamar. Cualquier cuerpo hallado por encima de esa línea era responsabilidad de la policía de la ciudad; por debajo de ella, correspondía a la policía portuaria. Se decía que más de un cadáver arrastrado hasta la orilla había recibido un empujoncito de la bota de algún agente aprensivo de la policía de la ciudad y rodado de nuevo por debajo de la línea de pleamar, cayendo en la jurisdicción de los agentes del puerto.

—¡Hola, Jan! ¿Qué tal? —Desde detrás de su mascarilla, Holger Brauner, el jefe del Departamento Forense de la Polizei de Hamburgo, lo saludó jovialmente al verlo entrar. Brauner, un cuarentón bajito y musculoso, poseía, en opinión de



Fabel, una alegría inagotable. Eran amigos desde hacía años, aunque al comisario nunca le había acabado de cuadrar la *joie de vivre* del amigo con la lúgubre tarea del colega.

No le respondió de inmediato. Estaba concentrado únicamente en esforzarse por no vomitar. La fuente del hedor yacía sobre el asfalto mojado: un torso de piel arrugada que presentaba un color verde negruzco en algunos trechos, y violeta y blanco verdusco en otros; no tenía cabeza, piernas ni brazos, y la carne en la zona donde se habían producido las amputaciones estaba fruncida, hinchada y de un rosado crudo realmente nauseabundo. Daba la impresión de que el torso hubiera pertenecido a alguien que padecía obesidad mórbida, pues todo el vientre se combaba en tensión y los pechos se veían desplazados hacia los lados; pero Fabel sabía que era la presión de los gases apesados dentro del cuerpo lo que lo había distendido e hinchado.

—Estoy mejor que esta. ¿Cómo consigues soportar esta pestilencia? —dijo al fin, controlando la respiración.

Brauner simuló que inspiraba con delectación.

—¡Ah, me encanta el olor de la putrescina y la cadaverina por la mañana! ¿Sabías que la cadaverina es lo que le confiere al semen su aroma característico? Está presente en el comienzo y en el final de la vida.

—Necesitarías buscarte otra afición, Holger. —Fabel señaló el torso con la barbilla—. ¿Arrastrado por la inundación?

—Bueno, no creo que haya llegado nadando... —Tras la mascarilla, el forense soltó una risita.

—La pérdida de la cabeza y los miembros..., ¿es imposible que sea accidental? ¿Un barco o algo así?

—No, no. Es evidente que se lo han hecho adrede. Y con razonable destreza. Amputación de brazos a la altura de la articulación; amputación transfemoral de las piernas... Un trabajo muy eficiente, a decir verdad.

—Cuando atrapemos al asesino le transmitiré tus elogios. —Fabel hablaba con voz tensa porque trataba inconscientemente de efectuar respiraciones breves y superficiales—. Es evidente que no desea que la identifiquemos. O al menos quiere ralentizar la investigación.

—Sí... —afirmó Brauner abstraído, ladeando la cabeza para examinar el cuello seccionado—. Un recurso demasiado anticuado. ¿Quién necesita hoy en día huellas dactilares? Podemos identificarla con alguna persona desaparecida mediante el ADN familiar.

—Siempre y cuando se haya informado de su desaparición y podamos localizar a un pariente. —Fabel se fijó en lo que parecía una red de tatuajes y luego vio un trecho de piel que había reventado y dejado al descubierto un amasijo de carne y grasa viscosa que recordaba un pollo demasiado hecho. Sintió otra oleada de náuseas y desvió la mirada.

—Tenemos *cutis anserina*. Piel de gallina —dijo el forense—. Y hay indicios de maceración en la piel. Pero no hay adipocira significativa en la capa subcutánea. Así que ya puedo decirte que este cuerpo ha estado en el agua más de una o dos semanas, pero menos de seis.

—¿Esas líneas son tatuajes?

—No, son el resultado del trabajo de nuestros viejos amigos el *Bacillus prodigiosus* y el *Bacillus violaceum*. Los tatuadores de la naturaleza... Bacterias cromógenas que pigmentan la piel de rojo y púrpura respectivamente. Es un signo de inmersión prolongada en el agua.

—¿Alguna idea sobre la causa de la muerte?

—Con cortarle la cabeza habría bastado. ¿No te enseñaron nada en la academia de investigación criminal?

—Muy gracioso. Yo supongo que la amputación de miembros y cabeza se hizo *post mortem*. ¿Hay signos de violencia en el cuerpo?

—Lo siento, Jan. Habrás de esperar a los resultados de la autopsia. Con un cuerpo putrefacto como este, hay que hacer un examen muy a fondo para averiguar qué se ha producido antes o después de la muerte. Podría haber orificios de bala cerrados y ocultos por la hinchazón. Y los cuerpos flotantes de este tipo sufren multitud de golpes, chocan con los barcos, suelen ser mordisqueados en el agua... La autopsia determinará también si la descomposición se debe exclusivamente a bacterias acuáticas, así que podremos saber si la víctima pasó un período en tierra después de su muerte.

—Gracias, Holger. Pásale el informe a Anna Wolff en cuanto lo tengas. —Y se dio media vuelta para salir de la tienda.

—¿Qué tal está Anna, por cierto? —preguntó Brauner—. Quiero decir, ¿cómo lo lleva?

—Bien. Está en buena forma y ya hace seis meses que volvió al trabajo. Ya la conoces.

—¿Qué le parece? —preguntó Anna cuando Fabel emergió de la tienda forense—. Un desmembramiento como este apunta a un asesino metódico.

—Podría ser cualquier cosa —respondió él—. Podría ser nuestro hombre, pero también un asesino de tipo organizado o muy cuidadoso, o bien un asesino sexual... O, simplemente, un marido cabreado con una sierra para carne y un bote a remo. —Se calló, y ambos se volvieron a mirar la tienda. Alguien estaba silbando dentro.

—Por lo visto, estuvo viendo *El rey león* anoche —explicó Anna—. No puede resistirse a una melodía pegadiza, según me ha dicho. Brauner es amigo suyo, ¿no?

—Sí. Holger es un buen tipo.

—Ya... pero reconocerá que es un poco raro. Si no fuera un especialista en medicina forense, yo lo tendría en mi lista de sospechosos potenciales de asesinato múltiple.

Fabel soltó una breve risa desganada. Luego, mirando al cielo, inspiró hondo. El aire era frío y límpido, pero el empalagoso olor dulzón de la muerte persistía en sus narinas.

—Espantoso lo de ahí dentro, ¿no cree?

Él asintió y dijo:

—Odio los cuerpos flotantes. Los sigues oliendo una semana entera. Ocupaos del caso tú y Henk. Déjame ver el informe forense y el resultado de la autopsia en cuanto lleguen. Como tú decías, no es la forma de actuar del Asesino de la Red. Es lo que nos faltaba: alguien que se dedica a arrojar cadáveres a los canales de Hamburgo. Le hará un gran bien a la industria turística. Hablando del Asesino de la Red, ¿cómo te va la investigación de posibles contactos?

Encogiéndose de hombros, Anna contestó:

—Hemos determinado otras treinta identidades en las redes sociales que visitaban a las víctimas. Tenemos una orden judicial para que los administradores de las páginas nos faciliten las direcciones IP. Deberíamos tenerlas a mediodía.

—De acuerdo, muy bien. Hablaremos en la oficina. ¿Dónde está Lars Kreysig?

Anna le señaló un grupo de hombres apoyados en un coche de bomberos, en el otro extremo de la Elbestrasse. Pese a la distancia, Fabel notó por su postura lo agotados que estaban. Cuando Anna y él se acercaron, uno de los bomberos se irguió y sonrió débilmente.

—¿Hauptkommissar Fabel? —dijo.

Era más alto que el propio comisario. Un tipo delgado, de profundos surcos labrados en un rostro más bien alargado y coronado con un cabello rebelde, prematuramente canoso.

—Yo mismo. ¿Herr Kreysig?

—Llámeme Lars. Supongo que quiere hablar del cadáver, ¿no?

—Usted ya le ha dado a la comisaria Wolff todos los detalles del momento en que lo han encontrado. Yo quería preguntarle si podría aventurar alguna hipótesis sobre su procedencia. De qué parte del río venía, quiero decir.

—No soy el más indicado para responderle. —Kreysig giró la cabeza para mirar hacia el grupo de hombres apoyados en el coche de bomberos—. Sepp... ¿puedes venir un momento? —Y añadió dirigiéndose a Fabel—: Mi adjunto, Sepp Tramberger, es colega suyo. O al menos pertenece a la Policía del Puerto. Ha sido adscrito provisionalmente a esta unidad especial contra la inundación. Nadie conoce mejor que él cómo funciona el Elba, se lo aseguro. Cuando no se halla en el río físicamente, está en él de modo virtual.

—No le sigo... —dijo Fabel.

—En su tiempo libre, ha creado un «Elba virtual», es decir, un modelo informático del río con todas sus corrientes; lo ha montado con un cerebritito de la universidad. Puede mirarlo en Internet. Una versión del río, vaya. Es verdaderamente impresionante.

Tramberger se acercó y Kreysig, tras presentárselo al comisario y a Anna, le formuló la pregunta. El adjunto era un hombre bajo y fornido, de pelo rubio casi al rape y una cara que parecía curtida no solo por el trabajo al aire libre. A Fabel le constaba que, por lo común, los agentes de la policía portuaria eran tipos muy baqueteados; o dicho de otro modo, que ese cuerpo de policía estaba compuesto en gran parte por antiguos marineros que habían visto mucho mundo antes de patrullar por los muelles y embarcaderos de Hamburgo. Tramberger fijó su vista en un punto indefinido e hizo una mueca, adoptando la expresión contemplativa que Fabel asociaba con los fontaneros cuando iban a emitir un diagnóstico impreciso.

—Es difícil de decir... —opinó rascándose la barbilla—. Depende del tiempo que haya estado en el agua, según el patólogo.

—Más de dos semanas y menos de seis, por lo que me ha dicho nuestro especialista forense.

Tramberger volvió a rascarse la barbilla y siguió mirando a lo lejos con el entrecejo fruncido. Y explicó:

—La cuestión con los cadáveres flotantes es que primero no flotan. Se hunden. A veces se hunden hasta el fondo, o a cosa de un metro del fondo. Si la temperatura del agua es baja, se quedan allí. A veces para siempre. Pero si la temperatura es más cálida y no están desgarrados, vuelven a la superficie y los arrastra la corriente. Si esa chica ha estado en el agua más de una semana, yo diría que la tiraron en algún punto río arriba, pero no muy lejano. El cuerpo no se veía demasiado golpeado o rajado, ni muy mordisqueado por los peces y las anguilas. Quizá lo arrojaron desde la otra orilla. Un poco más arriba.

—Gracias —dijo Fabel.

—¿Por qué no me avisa cuando tenga más información del patólogo? —propuso Tramberger—. Yo podría introducir los datos en el ordenador e intentar reconstruir el recorrido. A lo mejor podría darle una localización más precisa del punto del río desde donde la tiraron.

—De acuerdo. Así lo haré. Gracias.

—¿Se trata de otra víctima de ese asesino de Internet que andan buscando? —preguntó Kreysig con una desganada curiosidad. Al comisario en jefe le parecía que estaba exhausto.

—Tal vez —respondió—. Pero lo dudo. Nuestro hombre no descuartiza a sus víctimas... Aunque ¿quién sabe?

—Bastante apropiado, ¿no? —comentó Kreysig.

—¿El qué?

—El nombre que le han dado a esta tormenta. —El rictus de cansancio del jefe de bomberos indicaba que su comentario debería haber resultado obvio—. El Instituto Meteorológico Federal la ha llamado Störtebeker.

Fabel reflejó perplejidad.

—Es bastante apropiado que una tormenta llamada así haya sacado a flote un cuerpo decapitado.

—¡Ah, y a le entiendo! Sí, supongo que sí.

—¿Qué significaba todo eso? —preguntó Anna cuando se alejaron de los bomberos y volvieron hacia la escena del crimen—. Todo ese galimatías sobre Störtebeker.

El comisario se detuvo y la miró con burlona consternación.

—Primero me sueltas que mi música es una mierda..., ¿y ahora me dices que no sabes quién era Störtebeker?

—Claro que lo sé. Klaus Störtebeker, el Robin Hood de los mares de Hamburgo y todo ese rollo. ¿Qué tiene eso que ver con el cadáver flotante?

—Obviamente tú no conoces la leyenda de la ejecución de ese personaje...

Anna puso cara de « me importa un carajo ».

—Bueno, dégrademe.

—Klaus Störtebeker fue el mayor dolor de cabeza del Hamburgo hanseático. Él y sus compañeros de la « Hermandad Vitaliana » de piratas robaban solo buques hanseáticos y se repartían equitativamente el botín. Simon de Utrecht fue nombrado burgomaestre de Hamburgo, construyó una nueva flota de buques de guerra y atrapó a Störtebeker. —Fabel señaló vagamente hacia el este—. ¿Sabes dónde están construyendo el nuevo Elbphilharmonie? Bueno, allí fue donde lo ejecutaron. En aquel entonces, mucho antes de que fuera construido el Speicherstadt, ese terreno no era más que un largo banco de arena y allí ejecutaban a los piratas capturados.

—El caso... —dijo Anna con impaciencia.

—El caso es que cuando Störtebeker iba a ser decapitado junto con unos setenta secuaces, pidió una última gracia: que el Senado de Hamburgo liberara a tantos de sus hombres como él lograra rebasar andando... *después* de que le hubieran cortado la cabeza. La leyenda dice que, cumplida la ejecución, su cuerpo decapitado se levantó y rebasó a once compinches puestos en fila antes de que el verdugo le echara la zancadilla.

—¿Y el Senado liberó a sus once hombres?

—¡Qué va! Estaba compuesto por políticos, claro, y por hombres de negocios principalmente..., así que, por supuesto, no mantuvieron su promesa. Les cortaron a todos la cabeza. Es más: después de que ejecutaran a aquellos setenta

y pico hombres, el alcalde le preguntó al verdugo si no estaba exhausto de tanto manejar el hacha. Y este bromeó diciendo que aún le quedaban fuerzas de sobra para decapitar al alcalde y al Senado entero, si hacía falta. Los políticos y los hombres de negocios tampoco son conocidos por su sentido del humor... Y, en efecto, mandaron decapitar también al verdugo allí mismo. —Fabel sonrió—. En resumen, es muy apropiado que el Instituto Meteorológico Federal le haya puesto a esta tormenta de nombre Störtebeker. Y como dice Kreysig, no deja de resultar irónico que la tormenta haya sacado a flote un cuerpo decapitado.

—Bueno, ¿qué puedo decirle, *Chef*? —dijo Anna sin entusiasmo—. Siempre es tan instructivo escucharlo...

## Capítulo ocho

Fue poco después del almuerzo cuando Fabel se reunió con todo su equipo.

Justo antes de empezar la sesión, recibió un mensaje a través del correo electrónico interno del Präsidium anunciándole que el director general de homicidios Van Heiden, jefe de la rama de investigación criminal y su superior directo, quería verlo hacia las tres y media. Después de bastantes años trabajando con Van Heiden, ya sabía que «hacia las tres y media» significaba a las tres y media en punto. Él mismo tenía tendencia también, como reconocía sin ambages, a tomarse la puntualidad puntillosamente. Pero el control casi cronometrado de su jefe volvía poco riguroso incluso un reloj atómico. Fabel ya se imaginaba para qué quería verlo. El director era muy escrupuloso —tanto como con la puntualidad— a la hora de mantenerse informado de los progresos de cualquier caso que pudiera tener una mínima trascendencia pública. Sin duda ya debían de haberlo puesto al corriente sobre el cuerpo encontrado en el Fischmarkt.

Cuando el comisario entró en la sala de conferencias, situada al final del pasillo de la brigada de homicidios, su equipo ya estaba reunido. La sala de conferencias era amplia y se hallaba decorada en tonos neutros, pulcros y anodinos, que iban del blanco lino al beis. En abierto y llamativo contraste, saltaban a la vista los vívidos colores de dos grandes lienzos sin marco colgados en la pared lateral. Esos dos cuadros abstractos encarnaban lo que Fabel solía describir como «arte corporativo»: el tipo de obras que veías en el vestíbulo de los bancos, las compañías de seguros, las agencias publicitarias y las firmas financieras, y que pretendían convencerte de que ellos estaban «a la última».

Desde los grandes ventanales de la sala de conferencias se dominaban las copas de los árboles del Winterhude Stadtpark. Sobre la mesa de cerezo, pulcramente dispuestas, había una jarra de agua con hielo, una cafetera de vacío blanca y un montón de tazas, todo con aspecto de haber salido directamente de Ikea. Los agentes que aguardaban sentados alrededor de la mesa tenían ante sí

(como si fuese el cubierto de un convite) sus sujetapapeles y cuadernos de notas.

Sentado en la cabecera, con una pizarra electrónica detrás, Fabel se sentía como si se dispusieran a analizar los objetivos mensuales de ventas, o el lanzamiento de una nueva línea de productos o una campaña publicitaria. Tenía la sensación de que el mundo se volvía cada vez más corporativo, y que los políticos, los médicos e inclusive los agentes de policía estaban, en la actualidad, a punto de venderte algo. El negocio del trabajo policial.

El comisario contaba cuarenta y ocho años, pero a veces le daba la impresión de haber nacido una década o dos demasiado tarde. Ahora todo parecía menos real que cuando había iniciado su carrera. Observó que hasta Anna Wolff, siempre tan provocadora, empezaba a vestir de modo más conservador. Cada rebelión terminaba desembocando, por lo visto, en un resignado conformismo. Además de los miembros habituales de su equipo, había un hombre alto y flaco sentado al otro extremo de la mesa. Debía de tener poco más de cuarenta, pero su actitud seria, el traje de corte clásico y el huesudo y anguloso rostro le conferían un aspecto de mayor edad. Fabel lo había saludado con un gesto al entrar en la sala y luego había tomado asiento.

—¿Quieres manejar tú esto, por favor? —le pidió a Anna para no tener que vérselas él mismo con la pizarra electrónica.

La irrupción de la tecnología era otra de las cosas que lo habían pillado desprevenido: en algún momento, casi inadvertidamente, el asesinato también se había «digitalizado».

—Bien... —Fabel se puso de pie—. Trataremos sobre el llamado Asesino de la Red... Tenemos tres víctimas, y todos conocéis los pormenores de los asesinatos cometidos, puesto que a cada equipo de investigación se le ha asignado un expediente. Antes de empezar, he de explicaros que esta mañana hemos rescatado un cadáver del río, o más exactamente, que las aguas nos han puesto un cadáver en las manos: la víctima fue arrastrada por la tormenta hasta el Fischmarkt.

Salió un ronco gruñido de la concurrencia.

—Fantástico... —El que había hablado era un hombre robusto, que se sentaba encorvado con los codos sobre la mesa. Tendría unos cincuenta y tantos años, el canoso pelo rapado casi al cero y, en general, aspecto de boxeador: el comisario superior Werner Meyer, el adjunto de Fabel—. Otro más.

—Probablemente, no —dijo Anna—. El fiambre de esta mañana era un torso desmembrado: sin cabeza, brazos ni piernas. Y no puede negarse que nuestro hombre es coherente.

—Quizá no... —Fabel le lanzó una mirada significativa a Anna—. El cuerpo encontrado esta mañana parece sin duda distinto, lo cual significa, seguramente, que estamos ante alguien distinto. Así que no tiene sentido que incluyamos este cadáver en el caso mientras no contemos con el informe forense completo y con



el resultado de la autopsia. Mi principal inquietud es que a lo mejor nos hallamos ante un imitador. O podría ser que fuera nuestro hombre y que, simplemente, estuviera experimentando con su arte. Pero como la comisaria Wolff ha tenido la amabilidad de indicar, por ahora nuestro hombre ha sido totalmente coherente. Y a mí no me parece que sea de los que juegan con la comida: él acecha a sus víctimas, las atrapa, las viola y las estrangula. Eso es lo esencial. Todo lo que hace después es meramente práctico, orientado a deshacerse del cuerpo. Nunca, por ahora, insisto, ha sentido la necesidad de descuartizar los cadáveres. Así pues, de momento y mientras no dispongamos de los informes, lo vamos a dejar de lado.

Dicho esto, le hizo una seña a Anna, que pulsó el teclado inalámbrico. Aparecieron cuatro paneles fotográficos. En tres de ellos, se veían las típicas fotos de la escena del crimen, crudamente iluminadas por el *flash*, de las jóvenes asesinadas. En el cuarto, una secuencia de fotografías, todas de hombres jóvenes, pasaban a gran velocidad. Montones de fotos. Centenares. En rapidísima sucesión.

—Nos encontramos ante una nueva área delictiva —prosiguió Fabel—. Nuestro asesino sigue un *modus operandi* conocido para quien haya trabajado en un caso de asesinato múltiple sexual. Todos los presentes tienen experiencia en el proceso investigativo de identificar y localizar a un asesino. Trabajamos con detalles forenses, con la cronología del homicidio y las conexiones entre testigos, con hechos clave y localizaciones. Conseguimos visitar lugares, seguir la pista a los testigos, encontrar pruebas físicas, averiguar antecedentes..., y con todo ese material construir un retrato y obtener una descripción del sospechoso. Pero en este caso no nos las vemos con el mundo físico. El asesino localiza a sus víctimas en el ciberespacio. Tres mujeres, sin ninguna conexión que sepamos, atraídas mediante una trampa y asesinadas por uno de estos hombres... —Señaló la sucesión todavía parpadeante de fotos.

» Estos son los individuos con los cuales sabemos que habían contactado las víctimas por Internet a través de las redes sociales. ¿Podrías reducir un poco la velocidad, Anna? —solicitó Fabel. La comisaria Wolff pulsó una tecla, y las imágenes se sucedieron más despacio. Todas ellas eran fotografías caseras de hombres de veintitantos años o de poco más de treinta, tomadas con un móvil o con una cámara digital ante un espejo. Muchas de las caras resultaban poco definidas: aparecían borrosas o parcialmente veladas tras el reflejo del *flash* de la cámara. Había todo un surtido de las muecas y posturas habituales, así como algunos musculosos torsos desnudos, y la mayoría de los fotografiados hacían el gesto previsible e inane del “shaka”, o bien el de la “mano cornuta”<sup>[1]</sup>—. El problema que tenemos es el siguiente: en el mundo real podríamos identificar a una sola persona de toda esta serie que haya mantenido contacto con todas las víctimas y atribuirle una cara. Pero aquí, en Internet, el asesino podría

corresponder a varias de estas caras. O a ninguna. Es casi seguro que utiliza una identidad distinta para cada mujer a la que “conoce” virtualmente, y que ninguna de esas identidades es la suya real. Por lo que hemos averiguado, cabe la posibilidad de que no se presente como un hombre, sino que se haya citado con las víctimas como si fuera una mujer, o como el representante de una organización.

» Lo único que debemos tener presente sobre este entorno es que, como ya he dicho al principio, ninguna de las reglas que hemos aprendido a lo largo de los años puede aplicarse aquí. En Internet, cualquiera puede ser cualquiera o cualquier cosa que desee. Si averiguáramos la cara de la persona con la que nuestras víctimas accedieron a reunirse, es casi seguro que no sería la suya en la vida real.

—¿Y las pruebas forenses? No hay nada más real que una mujer violada y estrangulada. ¿No tenemos el ADN obtenido a partir del semen, los pelos o restos de piel que el asesino ha dejado en las víctimas? —preguntó Dirk Hechtner, un detective menudo de pelo oscuro que no llevaba mucho en el equipo de Fabel.

Este meneó la cabeza y replicó:

—Nuestro hombre es escrupuloso. Se pone condón y creemos que quizá se haya rasurado la región púbica. En ningún momento hemos encontrado ni rastro de un ADN que no sea el de la víctima. El hecho de que tire los cuerpos al agua también juega en contra nuestra en términos forenses.

—¿Por dónde empezamos, pues? —preguntó Werner Meyer.

—Este es el momento de presentar al comisario jefe Kroeger, aquí presente... —Fabel señaló al hombre sentado al otro extremo de la mesa—. Él dirige el equipo del Präsidium especializado en informática. Herr Kroeger, por favor.

El aludido, el de rostro huesudo y anguloso, asintió y dijo:

—Como ha señalado el comisario en jefe Fabel, la tecnología informática presenta, desde el punto de vista de la aplicación de la ley, tantos desafíos como oportunidades. Uno de los principales problemas al que nos enfrentamos es el de la explotación y los abusos infantiles. Y por desgracia, en esta área delictiva hemos tenido que seguir una línea de aprendizaje muy ardua, pues ha sido este grupo de delincuentes el primero en advertir las ventajas que Internet le proporcionaba. Internet, en efecto, ha cambiado su modo de encontrar y atrapar víctimas, así como de intercambiar imágenes de abusos, y, sobre todo, les ha proporcionado un medio para comunicarse entre ellos e intercambiar datos sin exponer su identidad. En otra época, antes de que Internet existiera, esta gente actuaba sola y solía estar aislada. En casos muy contados encontraban a otros individuos con los mismos gustos; innumerables veces, en la cárcel. En ocasiones, en esas épocas anteriores, te tropezabas con una red organizada de pedofilia. Pero la comunicación entre ellos, y menos aún la colaboración, eran bastante

infrecuentes; y cuando se producían, tenían lugar dentro de un área geográfica circunscrita. Internet cambió todo esto. De golpe, esta gente podía —por primera vez en la historia— adquirir una sensación de «comunidad». Ya no estaban aislados unos de otros, y eran capaces de intercambiar información e imágenes por todo el país y hasta por todo el mundo. Puesto que había tantos otros que participaban de sus mismas perversiones, tenían la posibilidad de convencerse a sí mismos de que estas no eran tales perversiones, y de que su conducta no era aberrante, enfermiza ni retorcida.

Kroeger se detuvo un instante. Fabel había observado que la alargada cara del especialista en delitos de Internet se mantenía impávida mientras se explayaba. Ese anguloso rostro carecía de animación y los ojos —grises— conservaban el mismo aire aletargado. Quizá, pensó, era lo que te ocurría cuando trabajabas utilizando siempre tecnología y máquinas: perdías vitalidad, te volvías menos humano.

—Esto es lo que puede conseguir Internet —prosiguió Kroeger—: ofrecer un entorno de normalidad a las mentes más retorcidas y enfermizas. Pero lo más importante es que brinda a este tipo de personas una sensación de seguridad e impunidad. Y ahí es donde entramos nosotros. No existe nada parecido al anonimato en la Red. Herr Fabel ha hecho una comparación con las investigaciones en el mundo real, donde puedes seguirle el rastro a un delincuente, interrogar a los testigos, etcétera. La verdad es que constituye un error pensar que Internet es diferente. Simplemente es un mundo virtual, en lugar de ser físico. Pero uno sigue dejando su rastro allí donde va. Y por mucho que intente disfrazarse de otra persona, siempre quedan por el camino claves sobre su identidad.

—¿Cómo es posible? —preguntó Fabel—. Si uno dice ser, por ejemplo, una chica de catorce años, en lugar del hombre cuarentón que realmente es, ¿cómo puede usted averiguarlo?

—Muy bien, empecemos por lo más básico. Muchos buscadores te ofrecen la posibilidad de una búsqueda privada, durante la cual ni se guardan datos en tu historial de Internet, ni tu ordenador almacena *cookies* u otros rastros de tus andanzas por la Red. Lo cierto es que la búsqueda privada no existe. Tu proveedor de Internet guarda un registro de cada página que visitas. Y los administradores de esas páginas almacenan igualmente tu dirección IP. Cada vez que te conectas con Internet, dejas un rastro. Y si eres tan tonto como para utilizar un ordenador del trabajo o de tu propia casa, entonces ya solo nos falta una orden judicial para obtener tu nombre y dirección.

—Pero nuestro hombre no tiene un pelo de tonto —intervino Anna.

—En efecto... —Kroeger buscó en el bolsillo y sacó un lápiz USB—. Miren, esto es una «mochila». Esta clase de mochila te permite acceder a cualquier conexión Wi-Fi. Obviamente, sigues teniendo una dirección IP, pero si has

comprado una mochila de banda ancha de « pago según consumo », entonces tu nombre y tu dirección no aparecen en ninguna parte. Mi hipótesis es que el Asesino de la Red, si es listo, está usando uno de estos dispositivos. Pero aun en ese caso, sería posible rastrearlo. Mientras está *on-line* no puede ocultar su ubicación, a no ser que disponga de un *software* muy sofisticado. Nosotros somos capaces de identificar la ubicación física general de la conexión. Si se trata de una mochila de « pago-según-consumo », tiene que cargarla en alguna parte. Y eso implica volver a emerger al mundo real. La persona que está detrás del mostrador del quiosco o la tienda de móviles que le vende los créditos de conexión es el testigo del cual hablaba antes Herr Fabel. La idea que les quiero transmitir es: mi territorio no es tan distinto del suyo. Siempre se dejan huellas, siempre hay una pista que seguir. El esfuerzo y la habilidad invertidos en borrar esas huellas dependen, claro está, de la inteligencia y la destreza del delincuente. Igual que en el mundo real.

—Pero eso no responde a la pregunta sobre cómo se puede detectar una identidad falsa —opinó Werner.

—No sé cuántos de ustedes son miembros de una red social, pero los que lo sean conocerán sin duda ese fenómeno más bien inquietante que consiste en encontrarse anuncios de cosas especialmente pertinentes para ustedes, y además, en el momento justo en que son pertinentes... Anuncios de fotografías de boda cuando acaban de comprometerse, de restaurantes precisamente antes de un aniversario, de tiendas deportivas con ofertas para practicar su deporte favorito... Como si existiera una especie de cibervidente leyéndoles el pensamiento. La verdad es que ustedes han ido dejando datos sobre sí mismos por todas partes, pero como piensan en términos de espacio físico, creen que esos insignificantes rastros de información se encuentran tan dispersos que es imposible reunirlos. Pero sí es posible, e instantáneamente. Y aunque ustedes ni siquiera son conscientes de haber dejado una parte de esa información, sus datos personales y sus tipos de búsqueda han sido analizados, a veces de modo automático.

» Nada de lo que hacen en Internet es aleatorio. Ustedes creen que sí, creen que saltan de página en página, o de una web a otra, espontánea e impulsivamente. Pero siempre hay una lógica, una psicología subyacente que explica todo lo que buscan. La verdad es que cuanto más relajada y caprichosa sea su exploración en Internet, más reveladora resulta sobre su psicología y su identidad. En la unidad de cibercrimen tenemos acceso a toda clase de expertos: informáticos, sociólogos, psicólogos y criminólogos; también contamos con expertos en lingüística que pueden analizar el vocabulario y la sintaxis que utilizan ustedes y determinar su nivel educativo, su edad, etcétera. Y además de contar con expertos, disponemos de un *software* analítico capaz de proporcionarnos en cuestión de segundos un informe detallado de un usuario. Así pues, paso a responder a su pregunta, Herr Meyer: sí, puede ser difícil detectar una identidad

ficticia bien diseñada en la Red, pero disponemos de un gran arsenal, y le aseguro que es mucho más dificultoso de lo que usted cree ocultarse tras una identidad falsa.

—Gracias —dijo Fabel—. El comisario jefe Kroeger trabajará con nosotros en este caso y nos servirá de enlace con los demás especialistas de su unidad. Anna le ha entregado una lista completa de identidades convergentes extraídas de las redes sociales. Lo que ha contribuido a reducir la lista es que cada una de las víctimas parecía preferir una red social distinta. No hemos podido encontrar puntos de convergencia en sus vidas cotidianas, y está resultando muy complicado también en su actividad *on-line*, pero sí sabemos que las tres mujeres usaban regularmente dichas redes sociales para conocer hombres.

—Una cosa que no he explicado —añadió Kroeger— es que contamos con una gran ventaja al tener en nuestro poder los ordenadores usados por cada una de ellas. Disponemos, pues, de tecnología capaz de rehacer sus pasos. Quizá consigamos recuperar una buena parte de sus mensajes de chat. Lo cual podría proporcionarnos indicios muy concretos.

—¿En qué punto estamos en este sentido? —preguntó Fabel.

—No muy lejos. Yo diría que en un día o dos podríamos contar con un montón de pistas extraídas de la información de los ordenadores. Es una tarea laboriosa, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Fabel, sonriendo. Kroeger era un hombre lleno de cifras y carente de humanidad. Aquel asunto no era un juego ni un desafío profesional. En un par de días podría haber otra mujer muerta. Tal vez ahora mismo estaba planeando una cita con su asesino: chateando, flirteando, concretando detalles con la ficción electrónica de un ser humano—. Pero, como sin duda advertirá, el tiempo es esencial en este caso.

—Desde luego, vamos a darle la máxima prioridad.

Kroeger decía siempre lo correcto cuando abría la boca. Pero el sentimiento que hubiera detrás de sus palabras, fuera cual fuese, nunca llegaba a asomar a su expresión o a sus ojos grises. Él mismo era casi una máquina, pensaba Fabel.

Este ya había trabajado una vez con él, en el caso del asesinato de un niño en el que estaba implicada una red de pedofilia de Internet. Kroeger había tenido la ocurrencia de soltar de buenas a primeras que la ignorancia tecnológica del comisario jefe ponía en peligro su eficiencia como investigador. Pero lo que más lo irritó fue que Kroeger se mantuviera totalmente indiferente al sufrimiento humano que entrañaba el caso. Ante el hecho de que un niño hubiera sido asesinado y de que una familia hubiera quedado desgarrada por el horror y la pena, el comisario especialista en informática mostró tanta frialdad y tanta falta de comprensión como la que exhibía Fabel cuando se hablaba de la diferencia entre un kilobyte y un gigabyte. El resultado era un desagrado mutuo que persistía.

Fabel, sin embargo, necesitaba a Kroeger en este caso. No podía negarse que si tenían alguna posibilidad de atrapar al Asesino de la Red habría de ser mediante los conocimientos y la experiencia del comisario informático: el recurso más importante del que disponían ahora mismo. Este era, como había dicho el propio Kroeger, su territorio.

—Por desgracia, mi equipo está en este momento saturado, llegando a extremos inusitados —prosiguió Kroeger—. Nos han encomendado la responsabilidad de rastrear la fuente de ese virus Klabautermann que ha estado desarbolando las comunicaciones electrónicas internas del gobierno estatal. Pero, como he dicho, este caso tendrá toda la prioridad.

—Se lo agradezco.



Fabel dedicó el resto de la sesión informativa a la rutina habitual de las investigaciones importantes. Cada equipo formado por dos detectives emitió un informe sobre su parte de las pesquisas y, a continuación, hubo un debate general y él asignó nuevas tareas.

—Ese Kroeger me produce escalofríos —dijo Werner a Fabel, cuando los demás ya habían salido—. Me parece haberlo visto en esa película de ciencia ficción, ya sabes... *Matrix*.

—Es bueno en su trabajo —respondió Fabel—. Uno de los mejores de Europa, según me han dicho. Es lo único que cuenta. Y Dios sabe que lo necesitamos en este caso.

—O quizá no fue en *Matrix* donde lo vi. De chico, yo veía muchas películas del Oeste. Ya me entiendes..., cuando la caballería entra en territorio hostil piel roja, pero tiene que confiar en un guía nativo de la misma tribu para atravesarlo. ¿Por qué tengo la sensación de que Kroeger es tan capaz de arrancar cabelleras como los malos de la película?

—Es un tipo raro, nada más, Werner. Que yo recuerde, nunca lo he visto con un penacho de plumas en la cabeza.

—Me imagino que no. —Werner se pasó la mano por el rapado cuero cabelludo—. Aunque he de reconocer, Jan, que todo este rollo electrónico me supera totalmente. Nunca he sido capaz de comprender eso de las redes sociales. ¿Por qué necesita la gente utilizar un ordenador para conectarse con los demás, y por qué almacena todos esos datos personales ahí fuera, en Internet? En cambio, te sientas en el tren al lado de uno de esos tipos y no puedes ni mantener una conversación porque están conectados a sus reproductores de mp3.

—Así es la sociedad tecnológica. Pura tecnología y ningún contacto social.

Un gran número de agentes del Präsidium almorzaban en su inmensa cantina. El propio Fabel la usaba con frecuencia, aunque muchas veces prefería tomarse tres cuartos de hora a mediodía para salir de la brigada. «Tiempo para pensar», le gustaba llamarlo. Ya iba a abandonar el edificio cuando un pitido de su móvil le avisó de que había recibido un mensaje de texto:

«Llegada a Wiesbaden sin problemas. Tiempo de mierda. Hotel sin encanto. Te llamo esta noche. S.»

Fabel soltó un suspiro. No entendía por qué le enviaba Susanne mensajes de texto, cuando sabía que él nunca respondía. Le costaba demasiado rato manipular las teclas del teléfono y, al final, o le salía un desastre de mensaje o borraba accidentalmente la respuesta de dos frases que había tardado un cuarto de hora en componer. ¿Por qué la gente ya no hablaba, sencillamente? Al pensarlo, recordó que Werner había dicho prácticamente lo mismo. Se resignó: empezaba a formar parte del Clan de los Gruñones.

Uno de los lugares que prefería para almorzar era un café situado en uno de los muchos canales que atravesaban la ciudad. Ese establecimiento en particular se hallaba en el canal Alsterstreek, frente al teatro Winterhuder Fährhaus, allí donde la gente —turistas o locales— tomaba los autobuses acuáticos rojos y blancos que cruzaban el Alster. Ubicado por debajo de la ciudad que lo rodeaba y muy arrimado al puente, aquel café le proporcionaba al comisario una extraña sensación de seguridad; quedaba muy cerca del Präsidium y, si hacía un tiempo medio decente, podía sentarse fuera, en una de las mesas pegadas a la barandilla que discurría junto al Alsterstreek, y contemplar cómo patrullaban los cisnes por el canal. Asimismo, el hecho de estar al lado del agua lo reconfortaba y serenaba; lo cual era raro, porque, durante su infancia en Norddeich, tenía un poco de miedo al agua; concretamente, al agua del mar. Él siempre lo había atribuido al temor a las inundaciones, casi instintivo entre los frisios orientales y entre sus vecinos, los holandeses. La casa de su infancia se ubicaba detrás de un dique, y algunas noches —no muchas, pero sí unas cuantas— las había pasado despierto en la cama, pensando en la oscura masa de agua mantenida a raya únicamente por un terraplén artificial.

A todo esto, se le acercó un camarero para limpiar la mesa antes de tomar nota de su pedido. Fabel lo saludó con una sonrisa y le preguntó cómo estaba. Era un ritual típico. Él era una cara conocida en aquel café, aunque sabía que ninguno de los empleados debía de tener la menor idea sobre su manera de ganarse la vida. Lo cual también contribuía a la sensación de bienestar. Era algo que se preguntaba a menudo: ¿qué deducciones hacía la gente sobre él, desconociendo como desconocían que sus tareas cotidianas se relacionaban siempre con la violencia y la muerte? ¿Tenía pinta de profesor, que era lo que él prefería que pensarán, o lo tomaban por un hombre de negocios? Esta última idea lo deprimía.

Había reflexionado mucho acerca de la impresión que él producía a los demás y, en general, acerca de la impresión que las personas se producían unas a otras. Sí, había reflexionado sobre ello porque era una cuestión que surgía muy a menudo cuando interrogaba a familiares y amigos de los asesinos. Ciertamente, no sucedía en la mayoría de los homicidios que eran cometidos por gente ya conocida, entre la policía y entre sus víctimas, por su comportamiento violento y potencialmente peligroso. Gran parte de los asesinatos de los que él se ocupaba tenían lugar en un determinado entorno social y eran provocados por el alcohol o las drogas. Pero había casos, en especial crímenes sexuales, en los que todo el mundo se quedaba boquiabierto al descubrir que el asesino era una persona conocida; se trataba de los asesinos del tipo « nunca me lo habría imaginado» . El cuerpo hinchado y arrastrado hasta el Fischmarkt, sin cabeza ni miembros, podía corresponder muy bien a la víctima de un asesino de esa clase.

Con los años, Fabel ya se había acostumbrado a la consternación y a la incredulidad de la gente. En muchísimos casos, los que conocían bien al asesino tenían que reajustar su perspectiva sobre todas las cosas y aprender a mirar a cada persona con un nuevo matiz de desconfianza.

« Todos tenemos una cara que mostramos al mundo, y otra que no dejamos que vea nadie, salvo nosotros mismos» .

Había sido Uwe Hoffman, el primer jefe de Fabel en la brigada de homicidios, quien le había dicho eso. A lo mejor, pensó, este caso del Asesino de la Red no fuera tan distinto, a fin de cuentas; quizá Internet no pasaba de ser más que una prolongación del mundo tal como siempre había sido.

Pidió una ensalada y un agua mineral. Estaba contemplando a los cisnes, sin pensar en nada en particular, cuando volvió a sonar el pitido de su móvil.

Leyó el mensaje de texto. No tenía mucho sentido. Ningún sentido en absoluto.



## Capítulo nueve

La casa estaba en el límite entre los barrios de Schanzenviertel y Sankt Pauli. Le daba la espalda a la línea férrea y, en algún momento de la historia, había ofrecido un aspecto digno. Ahora, sin embargo, su fachada estaba tatuada con una franja continua de grafitis de dos metros de altura, y las ventanas de la planta baja, asimismo enmarcadas hasta la mitad de grafitis, se veían negras de mugre y hollín.

El joven que vacilaba en la acera de enfrente, cerca de la esquina, y examinaba atentamente la calle en ambas direcciones, se llamaba Niels Freese. Estaba buscando indicios de la presencia de la policía, uniformada o no, antes de cruzar y llamar a la maciza puerta de la casa okupa. El roñoso cristal de una ventana se oscureció un poco más un instante, mientras alguien lo observaba acercarse desde el interior. Lo reconocerían, no le cabía duda, por su cojera.

La puerta se abrió a la primera llamada, y Niels se internó en aquella cueva oscura. Reconoció en el acto al hombre que le había abierto: un tipo desgarrado, algo mayor que él, quizá de treinta años, con esa típica pinta de duro que llama la atención de la policía. Pero Niels no sabía su nombre. Entonces cayó en la cuenta de que nunca se había encontrado con ese hombre, ni lo había visto. Se le pasó por la cabeza que el hombre de la puerta también era él mismo en realidad, aunque disfrazado, pero enseguida rechazó la idea aplicando, tal como le habían enseñado los médicos de Hamburgo-Eilbek, la razón y la lógica a las percepciones ilógicas e irracionales. No, el hombre de la puerta era real y no otra versión de Niels. Y la casa era real y no una réplica exacta de Hamburgo creada para engatusarlo.

El no habría sabido cómo se llamaba ese hombre, de todos modos, aunque lo hubiera visto antes. Esa era una de las reglas: que no conocías los nombres de nadie que no perteneciera a tu célula inmediata. Los fascistas de la Polizei de Hamburgo o de la BfV no podían sacarte información bajo tortura si no tenías ninguna que ofrecer. El chico saludó en silencio al hombre mientras pasaba; no le

inspiraba confianza, porque no se fiaba prácticamente de nadie que fuese mayor que él. Habían sido ellos, al fin y al cabo, los que habían hecho con el mundo lo que habían hecho. Y la confianza era algo ajeno a él, en todo caso. Tal vez había conseguido dominar sus delirios hasta cierto punto, pero seguía sin fiarse por completo del mundo que lo rodeaba.

La casa estaba totalmente sumida en la penumbra. Si el exterior había sufrido mucho deterioro, el interior se encontraba directamente en ruinas. Se habían desprendido grandes placas de yeso de las paredes, y el entarimado estaba cubierto de polvillo de yeso, mugre y desperdicios.

Una chica de unos veinte años, de lacio pelo rubio y la cara llena de acné, lo aguardaba al pie de la escalera del fondo del vestíbulo.

—Te está esperando —dijo ladeando la barbilla hacia lo alto—. Segundo piso a la derecha. Entra sin llamar. ¿Te han seguido?

—No me han seguido.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

La verdad era que Niels no solo seguía los protocolos de los Guardianes de Gaia en cuanto a seguridad: él tenía una rutina diez veces más compleja que la exigida por ellos. Pero nunca explicaba a nadie en qué consistía, porque los demás encontraban estafalaria su necesidad de protegerse frente a los impostores. La chica asintió y él subió la escalera. Aunque le habían dicho que entrase directamente, llamó con los nudillos.

La habitación había sido en tiempos un dormitorio. Un dormitorio imponente. Actualmente, las ventanas estaban cubiertas con tablones por dentro, lo que convertía la estancia en una gran caja hermética. Pero había más luz en ella que en ningún otro rincón del ruinoso edificio: la luz artificial de las lámparas de cada escritorio. Y en ella tampoco reinaban el desorden y la inmundicia del resto de la casa; habían barrido el entarimado y adherido pulcramente en él los cables de los equipos con cinta adhesiva. Había tres terminales de trabajo pegadas a la pared que Niels tenía a su derecha, cada una de ellas provista de una pantalla de ordenador, y enseguida oyó el monótono zumbido de los cinco discos duros de gran tamaño. La visión de la tecnología le daba ganas de vomitar porque representaba todo aquello que los Guardianes de Gaia combatían, y constituía la negación del eco-anarco-primitivismo de la organización. Pero él había aprendido, porque así se lo había explicado el Comandante, que esa tecnología, por aborrecible que fuese, era fundamental para llevar a cabo la guerra contra las fuerzas de la contaminación y la globalización.

La teoría no ayudaba al joven a digerir del todo la realidad, pues lo irónico era que, dejando de lado las paredes roñosas y las ventanas tapiadas, esta habitación podría haber sido la oficina de cualquier empresa de Hamburgo.

Pero no lo era. Al fondo, según se entraba, había un enorme escritorio ante el

que se hallaba sentado el Comandante, un hombre corpulento de cerca de los cuarenta, de espesa mata de oscuro pelo rizado. Sentada a su izquierda, para consternación de Niels, había una pareja vestida con trajes grises de ejecutivo. Tanto el hombre como la mujer parecían salidos de un banco o de una compañía de seguros, y el chico advirtió que ambos eran igual de inexpresivos.

—Siéntate, Freese —le indicó el Comandante.

—¿Quiénes son? —Niels señaló a la pareja.

—Amigos.

—¿Son miembros de los Guardianes?

—Esta es una guerra con muchos ejércitos, Niels. Estos amigos son aliados nuestros. Luchan por Gaia como nosotros, de nuestro mismo lado, pero en un campo de batalla distinto. Lo demás no debe preocuparte.

El chico miró a la pareja. Ellos le devolvieron la mirada, aunque sin agresividad: sin ninguna expresión en absoluto. ¿Por qué iban vestidos así? Al joven no le gustaban los trajes que llevaban, del mismo modo que no le gustaban los equipos informáticos de la casa okupa. Para empezar, ¿de dónde habían salido todos esos ordenadores? ¿De dónde habían sacado el dinero para comprarlos? Aunque, pensó, podía ser que el jefe hubiera encargado que los robaran. La idea le levantó un poco la moral.

—Los contaminadores globales están provocando su propia perdición —continuó el Comandante—. Nuestra perdición. Incluso sus propios científicos hablan de un cataclismo maltusiano, de una gran extinción..., así que no son del todo ciegos frente a la catástrofe que están propiciando día a día a base de perseguir el mito del progreso. No pueden decir que no conocen las consecuencias de sus actos.

—Un cataclismo maltusiano no estaría mal —dijo Niels con entusiasmo—. Si Gaia ha de sobrevivir, la humanidad es una plaga que debe ser controlada.

—Humm... Mientras tanto, nosotros debemos hacer cuanto podamos para librar esta guerra. Nuestra lucha es la mayor batalla de la historia de la humanidad. Ahora mismo, Freese, mientras estamos aquí sentados, nuestro mundo, nuestro ecosistema, es víctima de una violación. En lo que tardamos en mantener esta conversación, serán bombeados del fondo de la Tierra cuatro millones de barriles de petróleo. Y todo ese carbono será emitido con la misma rapidez a la atmósfera.

El Comandante hizo una pausa para que Niels asimilara la información. Sabía que había que darle tiempo para ello. Había vuelto a advertir su cojera cuando el joven había entrado en la habitación; le constaba que el daño neurológico responsable de ese defecto procedía de la misma causa que la excepcional estructura mental de Niels: falta de oxígeno al nacer. Poco después afirmó:

—Esto es una guerra. Una guerra real. Y una guerra requiere buenos soldados. Yo necesito buenos soldados. Y tú, Freese, eres uno de mis mejores

hombres. Por eso te encomiendo una de las misiones más importantes que hemos emprendido jamás.

El chico sintió que el orgullo le crecía en el pecho. Lo único que había deseado siempre era ser un buen soldado de Gaia.

—Haré lo que sea para proteger a Gaia —dijo, orgulloso.

—Tienes que entender, Freese, que te estoy pidiendo que lleves esta guerra a un nuevo ámbito. Quemar coches en el Schanzenviertel no basta. Es mucho más lo que está en juego.

Le hizo un gesto al hombre del traje gris, que empujó un sobre hacia Niels por encima de la mesa. Este lo abrió. Contenía dos fotografías: una mostraba a un hombre de poco más de cuarenta años, y la otra, un coche, un enorme Mercedes descapotable. En el sobre había también un pedazo de papel donde figuraban una hora y una dirección.

—¿Quién es? —preguntó Niels.

—Lo único que debes saber es que se trata de un enemigo de Gaia. Un enemigo real. Hay que poner fin a sus actividades. Tú has llevado a cabo con éxito una serie de incendios de coches, en compañía de Harald. Y ahora quiero que vuelvas a formar equipo con él y que incendies ese coche... —El Comandante dio unos golpecitos a la foto del Mercedes—. Lo harás mientras permanece aparcado delante de un café en esta dirección. ¿Entiendes?

—Entiendo lo que debo hacer, pero no entiendo por qué quemar su coche le impedirá seguir haciendo lo que ha hecho hasta ahora.

El Comandante se volvió hacia la silenciosa pareja trajeada. Y la mujer, hurgando en el bolso, sacó una bolsa transparente y se la entregó. Él la deslizó por encima de la mesa hacia Niels.

—Cuando el coche arda en llamas, él estará en el café. Se reúne allí con una mujer. Tú espera a que estén dentro y entonces incendia el coche. Que sea bien espectacular. Quiero que provoques que salga del café. Y luego quiero que utilices esto. —Señaló la bolsa transparente, que Niels no había cogido todavía.

—¿Te ves capaz? Será la primera misión de esta clase.

—¿Este hombre es un enemigo de Gaia? —preguntó Niels, mirando aún el contenido de la bolsa.

—Más que eso. Constituye una amenaza para el éxito de la organización. Ha hecho cosas... Bueno, como te he dicho, sus actos podrían ser catastróficos para lo que representamos.

El chico cogió la bolsa de plástico, la abrió y sacó la pistola automática y el cargador; luego se lo guardó todo en el bolsillo de su chaqueta de combate. Mientras lo hacía, tenía la sensación de que había visto y sujetado esa arma una docena veces anteriormente. Aunque le constaba que, en realidad, nunca había tenido una pistola en las manos.

—Lo haré —dijo.

## Capítulo diez

Horst van Heiden era un hombre fornido de estatura media y amplia cara enmarcada por cabellos canosos que incluían la barba. Cuando Fabel entró en el despacho del director general de la brigada de homicidios, tuvo la misma impresión que siempre experimentaba al verlo, a saber: que llevaba su carísimo traje como si fuera un uniforme. Lo cual era lógico, porque la mayor parte de su carrera la había pasado en la rama uniformada de la policía, incluyendo un tiempo destinado en la Policía del Puerto. De modo que aunque llevara diez años en el puesto, no parecía encarnar adecuadamente el papel de jefe de detectives.

Van Heiden echó un vistazo a su reloj cuando entró Fabel. No lo hacía con doble intención: simplemente, tenía la costumbre de comprobar la hora al principio y al final de cada reunión, o de cada fase de una reunión, o de los intervalos entre reuniones. El tiempo era importante para el director general. Fabel llevaba siete años trabajando con él, y la relación (dentro de lo que cabía con alguien como su jefe) se había distendido y vuelto más estrecha. No le cabía duda de que Van Heiden sentía respeto por él, inclusive afecto, pero el director era un hombre difícil de descifrar. Distante. Cerrado.

Había otros dos hombres en el despacho, sentados frente al escritorio de Van Heiden. Ambos se giraron cuando entró Fabel. Este reconoció a uno de ellos en el acto: un cincuentón de estatura media que parecía en buena forma, de frente despejada, pelo canoso peinado hacia atrás y una barba impecablemente recortada. Igual que cuando se habían visto por primera vez, le dio la impresión de que era un director de cine, un pintor o un escritor famoso, y se sorprendió por el automatismo de su reacción.

—Ah, Jan..., gracias por venir, ya sé que te he avisado con muy poca antelación —se disculpó, y le indicó una silla situada entre los otros dos—. Conoces a Herr Müller-Voigt, ¿verdad?

—Claro. —Fabel le estrechó la mano—. ¿Cómo está, Herr senador? Lo he escuchado esta mañana en la radio.

—Ah, ¿eso? —Müller-Voigt reaccionó como si el recuerdo le resultara vagamente irritante—. No sé por qué me han puesto con ese idiota...

Fabel emitió un vago «hummm» de asentimiento, ocultando que cuando lo había oído esa mañana por la radio estaba demasiado adormilado para identificar siquiera quién era «ese idiota», ni para enterarse prácticamente de nada, o solo borrosamente de lo que se estaba hablando.

—Y permíteme presentarte a Herr Fabian Menke, de la BfV. —Van Heiden señaló al otro hombre.

Menke debía de andar por los treinta y tantos, de pelo claro y más bien ralo, ojos azules y gafas sin montura. Su traje quedaba varios centenares de euros por debajo del elegante modelo de marca, entre informal y chic, que lucía Müller-Voigt. La BfV era la *Bundesamt für Verfassungsschutz*, la Oficina Federal para la Protección de la Constitución: el servicio de seguridad interna más importante de Alemania. El campo de acción de la entidad incluía cualquier cosa que pudiera considerarse un peligro para la democracia alemana: cabezas rapadas y neonazis, grupos de extrema izquierda, terrorismo islamista, sectas destructivas o grupos antidemocráticos, espionaje extranjero... La BfV tenía también —lo cual resultaba más polémico— una unidad dedicada a controlar las actividades de la Cienciología en Alemania. Y el Ministerio del Interior del estado de Hamburgo contaba con un grupo especial para la mencionada Cienciología. Aunque Fabel nunca había conocido en persona a Menke, había oído hablar de él y estaba enterado de que era el enlace principal entre la BfV y los cuerpos del orden de Hamburgo.

Van Heiden se volvió hacia Menke y le dijo:

—Este es el comisario en jefe Fabel, que dirige nuestro grupo especial de la brigada de homicidios.

Ambos hombres se estrecharon la mano, y el comisario tomó asiento.

—He oído hablar mucho de su unidad, Herr Fabel —dijo Menke—. Tengo entendido que ahora asesoran a otras brigadas de homicidios de la República Federal en casos complejos.

—Cuando podemos —contestó Fabel—. Me temo que ahora mismo tenemos trabajo más que sobrado por nuestra propia cuenta.

—¡Ah, sí! ¿Se refiere a ese caso del Asesino de la Red? —intervino Müller-Voigt—. Creo que se ha encontrado otro cuerpo esta mañana.

—Hemos encontrado un cuerpo, sí, Herr senador. Pero aún no sabemos si está relacionado con los otros asesinatos.

—¿Cree que podría no estarlo? —preguntó Müller-Voigt.

Fabel guardó silencio un momento, reprimiendo el impulso de decirle al político que esa información era cosa de la policía y que él no tenía por qué meter las narices.

—La investigación sigue en marcha —dijo, impasible. Se volvió hacia su jefe

—. ¿Querías verme por algún motivo, director?

—Humm, sí. Sí, en efecto. —Van Heiden había percibido claramente la tensión entre Fabel y Müller-Voigt. Extendió el brazo sobre la enorme planicie de su escritorio y le tendió a su subordinado un expediente—. Está a punto de celebrarse en la ciudad una gran cumbre sobre el medio ambiente: «Hamburgo, problemas globales». Como senador en temas medioambientales, Herr Müller-Voigt preside el comité organizador. Pero por supuesto tú ya estás al corriente, porque dices que has oído esta mañana el debate en la radio.

—Solo he pillado una parte... —Fabel empezaba a arrepentirse de haber dicho que había oído al político en la radio. Pero era cierto que algo sabía sobre esa cumbre.

—Se trata de una conferencia inusual —explicó Menke, el hombre de la BfV —, puesto que la cuestión central no es simplemente salvar el planeta, sino estudiar las oportunidades comerciales que ofrecen las tecnologías medioambientales. Existen ahora muchas grandes firmas corporativas implicadas en actividades relacionadas con el medio ambiente. La diferencia estriba en que esas empresas no se mueven por un celo revolucionario, sino por el viejo imperativo de obtener beneficios. Tampoco es que tenga nada de malo, claro, si realizan al mismo tiempo una contribución positiva para preservar el entorno.

—Comprendo —dijo Fabel, pero se volvió hacia Van Heiden con una expresión confusa del tipo «qué pinto yo en esto».

—Estoy seguro de que sabrá que, entre los grupos contestatarios de la Ciudad Libre y Hanseática, existe casi la tradición de manifestar su disconformidad incendiando los coches de otros ciudadanos —prosiguió Menke.

—Como la primera golondrina y los árboles en flor —dijo Fabel—. Sabes que ha llegado el verano en Hamburgo cuando percibes en el aire la fragancia de la pintura de coche quemada. —Nadie captó la broma, y él continuó—. ¿Qué tiene todo esto que ver con la brigada de homicidios?

—El año pasado hubo treinta y cuatro mil delitos de motivación política en Alemania —dijo Menke—. Una proporción considerable de esos delitos consiste en el incendio premeditado de coches e instalaciones empresariales en Berlín y Hamburgo.

—Puedo darte cifras, Jan —terció Van Heiden—: doscientos coches incendiados en Hamburgo el año pasado; diez en una sola noche en Flottbek, una docena en una semana en Harvestehude... Sin contar, naturalmente, el ataque a la comisaría de policía de Schanzenviertel. Algo increíble. Un coche patrulla incendiado y una comisaría del corazón de la ciudad sometida al ataque de una horda de vándalos enmascarados... —Meneó la cabeza con sincera incredulidad.

Fabel sabía que el director general, por mucho que intentaras explicárselo, jamás entendería cómo podía existir tanta ira en la ciudad más próspera de

Alemania, nada menos que en su querido Hamburgo.

—Todos esos actos han sido atribuidos a grupos anarquistas o de extrema izquierda —continuó Menke—. Lo cual constituye una deriva preocupante. Muchos de los delitos de motivación política que investigamos en la BfV son cometidos por cabezas rapadas neonazis. De hecho, la derecha radical comete el doble de delitos que la izquierda radical. Pero se está produciendo un cambio: cada vez observamos más y más delitos de emulación, y hay pruebas crecientes de que los grupos ecologistas radicales se están involucrando en tales transgresiones.

—No me parece que sea justo describir a esos grupos exclusivamente como ecologistas radicales —opinó Müller-Voigt—. Pueden describirse igualmente como anarquistas o extremistas de izquierdas.

—Bueno, no sería la primera vez que se produce una combinación de ambas filosofías —dijo Fabel en plan tranquilo y distendido, como haciendo una observación generalizada. Lo cierto era que todos los presentes sabían que Müller-Voigt, coetáneo de Joschka Fischer y Daniel Cohn-Bendit, había estado vinculado a grupos radicales de izquierdas durante los ochenta. Y existían bastantes interrogantes sobre cuál había sido su grado de implicación en algunos de los grupos más extremistas.

—El caso es —prosiguió Menke, dirigiéndose a Fabel— que nuestros informes de inteligencia indican que ciertos elementos están promoviendo grados de acción directa cada vez más agresivos.

—En resumen, Jan —dijo Van Heiden—, tarde o temprano alguien acabará muerto. Creemos que puede producirse una escalada de este fenómeno durante la cumbre de «Hamburgo, problemas globales»: actos violentos y destrozos vandálicos. También tenemos motivos para creer que los delegados de la cumbre podrían convertirse en objetivos.

—Pero eso es absurdo —dijo Fabel—. Esa gente está tratando de contribuir a preservar el medio ambiente, ¿no?

—Como decía —intervino Menke—, esa cumbre está centrada en los negocios medioambientales. En la manera de hacer dinero «verde», por así decirlo. Y hay quienes creen que eso significa corromper todo lo que defienden los grupos ecologistas.

—Pero otros consideran —lo interrumpió Müller-Voigt— que se trata de un estadio natural del proceso: la filosofía o los valores que eran antes privativos de una minoría se convierten en una verdad admitida por la comunidad en general. Aunque sé por propia experiencia que hay algunos, en cualquier sistema de creencias políticas, que aman tanto su posición como proselitistas que no les gusta que su mensaje llegue a ser aceptado. Eso los priva del sentimiento de superioridad moral; les arrebató la exclusividad. Nada más amargo que un rebelde sin causa.



—Y además —secundó Menke—, hay pruebas de un creciente consenso entre la extrema izquierda, el ecologismo radical y los movimientos antiglobalización. Y «Hamburgo, problemas globales» representa, en muchos sentidos, todo cuanto odian.

—Entonces, ¿tenemos información inequívoca de que alguien en particular podría convertirse en objetivo? —preguntó Fabel.

—Nadie en concreto, pero sí prevemos protestas enérgicas y violencia callejera organizada. Y se dice que se está tramando una acción excepcional para aprovechar el efecto escaparate.

—¿Y usted cree que podría ser un asesinato?

—Es posible —asintió Menke—. La BfV y la rama antiterrorista de la Polizei de Hamburgo ya están trabajando conjuntamente en el asunto, pero se sugirió que fuese usted informado; que su perspectiva y experiencia personal podría resultar útil.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo sugirió? —Fabel miró directamente a Van Heiden. Él ya estaba bastante liado en este momento y le sorprendía que su jefe no lo hubiera tenido en cuenta.

—Fui yo —confesó Müller-Voigt. El senador observó la expresión perpleja del comisario en jefe antes de proseguir—. Aquel asunto, hace unos años... El asunto Mühlhaus. Me dejó muy impresionado cómo manejó... —trató de encontrar la palabra adecuada—... las cosas. Con mucha eficiencia, pero también con mucho tacto.

Fabel le dedicó una leve inclinación de agradecimiento. Pero notó que el político, un hombre que solía exhibir un extraordinario aplomo, parecía algo menos seguro de sí mismo.

—Le he explicado al senador que estás sobrecargado de trabajo, como tú mismo has indicado antes. Nosotros ya hemos montado un grupo con miembros de nuestra propia unidad antiterrorista y de la Oficina Federal de la Policía Criminal (BKA) y con agentes de la BfV. De momento, solo queremos que conozcas el contenido de este expediente. Pero quizá necesitemos recurrir a tus servicios más adelante.

«Despídete de una velada tranquila», pensó Fabel, mirando el volumen del expediente.

—No hace falta que cargue con él —indicó Menke—. Se lo puedo enviar por correo electrónico.

—¿Por correo electrónico? ¿Le parece seguro?

Menke soltó una risotada condescendiente, ganándose la antipatía instantánea de Fabel, quien catalogó al hombre de la BfV en un archivo mental junto a Kroeger, el ciberpolicia.

—Sí, comisario en jefe, es seguro. Nosotros solo usamos servidores y sistemas seguros. Igual que la Polizei de Hamburgo.

Fabel se encogió de hombros y replicó:

—Bueno, también se suponía que era seguro el correo electrónico del Gobierno del Estado. Lo cual no impidió que fuera infectado por ese virus Klabaubermann. Si no le importa, me quedará con esta copia impresa. Así podré leerlo más deprisa.

Dedicaron los minutos siguientes a repasar la logística de la cumbre. Además de los empresarios que iban a asistir, «Hamburgo, problemas globales» contaría con la presencia de algunos políticos de peso procedentes de toda la República Federal y de otros países, incluyendo, claro, a Müller-Voigt, que presidiría el congreso. Fabel se daba cuenta de que había motivos sobrados de inquietud, como en cualquier otra cumbre importante celebrada en la ciudad, pero no acababa de entender por qué se requería su presencia. Él era un investigador; un detective de criminología. Su misión empezaba *a posteriori*; no era preventiva. Pero aún lo desconcertaba más que hubiera sido Müller-Voigt quien hubiera solicitado su participación. Se sorprendió mirando involuntariamente el reloj. Van Heiden también captó el gesto, aunque consultar la hora era un hábito muy arraigado en el caso del director general de homicidios y no pareció que se irritara.

—Bueno, Jan —dijo Van Heiden—. Creo que ya te hemos puesto al corriente hasta donde era necesario. No quiero retenerte más. Sé que tienes mucho trabajo entre manos.

—Gracias —dijo Fabel. Cogió el expediente y lo sostuvo como sopesándolo—. Lo estudiaré esta noche.

Se levantó, estrechó la mano a los tres y se dispuso a salir.

—En realidad... —Müller-Voigt también consultó el reloj y frunció el entrecejo—. Me temo que ya llegó tarde a otra cita. Creo que también habré de retirarme.

—Muy bien, Herr senador —dijo Van Heiden, frunciendo el entrecejo a su vez. La mera idea de que alguien llegase tarde a una cita lo perturbaba—. Confío en que no lo hayamos entretenido demasiado...

—No, no... en absoluto. No pasa nada. Herr Fabel, ¿puede esperarme? Quiero hablar un minuto con usted si es posible.

—Claro...

El Präsidium de la Policía de Hamburgo estaba diseñado como un cilindro: en el centro había un atrio del cual irradiaban las diferentes alas del edificio. La idea original había sido reproducir una estrella de policía. Mientras Fabel y Müller-Voigt caminaban por el curvado pasillo, el político habló de asuntos intrascendentes. El comisario jefe tenía que bajar solo dos plantas, pero ambos entraron juntos en el ascensor. En cuanto lo hicieron, la actitud de Müller-Voigt se

transformó radicalmente, demostrando una agitación que Fabel jamás habría asociado con el senador de Medio Ambiente.

—Escuche, Fabel. Necesito hablar con usted. Es urgente.

—¿Sobre qué?

—Es una larga historia, pero es muy importante. De veras necesito su ayuda.

—No comprendo. ¿Profesionalmente, quiere decir?

—Sí..., no. Quizá. Pero es cuestión de vida o muerte. Algo que preferiría que quedara por ahora entre nosotros. Lo comprenderá cuando hablemos. ¿Puede venir a mi casa esta noche? ¿Hacia las siete y media?

Fabel alzó el expediente y replicó:

—Tenía pensado dedicarme a la lectura...

—Esto es más importante.

Llegaron a la planta de la brigada de homicidios y se abrieron las puertas. Fabel salió, pero impidió con la mano que volvieran a cerrarse.

—Si es un asunto oficial...

—Hágame el favor, Fabel. Realmente necesito hablar con usted. No hay nadie más que... ¿Podrá venir o no?

El comisario lo escrutó un momento y, por fin, aseguró:

—Allí estaré.

Dejó que se cerraran las puertas. Mientras recorría el pasillo hacia su oficina, la expresión de Müller-Voigt persistía en su mente. Nunca lo había visto perder la compostura de tal forma, ni siquiera en aquella ocasión cuando lo había interrogado como sospechoso de asesinato.

Lo que lo inquietaba era que el senador no parecía simplemente agitado: parecía muerto de miedo.

## Capítulo once

Niels Freese aguardó bajo un árbol en la esquina, observando el café de la acera de enfrente. Sujetaba firmemente el asa de una bolsa de viaje que sostenía en la mano. Llevaba vaqueros y una holgada chaqueta de combate oscura, así como un gorro negro de lana en lo alto de su estrecha y alargada cabeza. El gorro era, en realidad, un pasamontañas enrollado, con el que podría cubrirse los huesudos rasgos cuando llegara el momento.

Y el momento se acercaba.

Comprobó de una ojeada que Harald seguía en su puesto, manteniendo al ralentí la moto robada. Luego aferró con la mano la automática cargada que guardaba en el bolsillo, y se concentró en el Mercedes que ya se aproximaba.

Freese tenía veintiocho años y estaba tan lleno de ira como pueda estarlo un joven. Aunque la palabra «ira» se quedaba corta, pues no era suficiente para describir sus sentimientos mientras permanecía al acecho, aguardando a que el coche de lujo aparcara. Él era un hombre clarividente en un mundo poblado por ciegos. Por ciegos voluntarios. Aunque, por otro lado, siempre había poseído un punto de vista distinto.

Eran esa ira y esa frustración de Niels lo que los Guardianes de Gaia habían sabido aprovechar, modelar y encauzar. Él era un ejemplo andante —con cojera— de los efectos de la arrogante explotación del medio ambiente llevada a cabo por el hombre. Los médicos habían intentado convencerlo de otra cosa, pero él sabía —simplemente lo sabía— que habían sido los productos químicos de la fábrica donde su madre trabajaba los que habían provocado los problemas de su nacimiento; los que lo habían dejado con un daño cerebral irreparable.

No es que fuera un retardado: el daño había sido de carácter neurológico y le había causado una moderada parálisis, dando lugar a esa leve cojera. Pero los otros síntomas le habían causado alteraciones: toda su vida había tenido dificultades para procesar la información y reaccionar ante el entorno de modo inmediato. Ello lo había llevado a tener «problemas de desarrollo» peculiares,

tal como lo describían los médicos. De entrada, el *déjà vu*. Todo el mundo tenía algún *déjà vu* de vez en cuando, pero Niels lo experimentaba diariamente, en ocasiones veinte veces en un día. Era como si los cables se le hubieran cruzado y sufrieran cortocircuitos continuamente. Con el tiempo, el *déjà vu* se había desarrollado y había desembocado en una paramnesia reduplicativa completa. De adolescente, había sufrido episodios de despersonalización durante los cuales creía que no existía realmente. También había experimentado el delirio de que no vivía ya en su casa real, sino en una réplica exacta de la misma, y de que esa réplica se hallaba a millones de años luz. Había pasado cierto tiempo internado y lo habían tratado en el departamento de psiquiatría del hospital Hamburgo-Eilbek, administrándole litio y, luego, inmunoglobulina y corticoides. Los delirios se habían debilitado sin desaparecer del todo, pero Niels había aprendido a lidiar con ellos. El *déjà vu* persistía con la misma intensidad.

La dolencia mental lo había distanciado de los demás en el colegio, dejándolo completamente aislado y sin amigos. O casi sin amigos, porque se había relacionado con Roman, un chico gordito que también era un solitario y parecía más raro todavía que él. La verdad es que no congeniaban, pero al menos compartían la sensación de tener algo en común.

Fue al dejar el colegio y ponerse a trabajar en el departamento forestal cuando se había obsesionado con el medio ambiente. Entonces empezó a considerar su modo peculiar de percibir el mundo no como una minusvalía, sino como un don. Y comprendió que él, y tal vez solo él, podía percibir qué le estaba pasando realmente al mundo.

Niels levantó la vista un momento y contempló el cielo a través de las desnudas ramas del árbol. Las hojas habían tardado más en salir este año en todos los árboles de la ciudad, pero ese espécimen en particular ni siquiera mostraba signos de rebrotar. No tenía la menor posibilidad aquí, pensó, con las raíces apesadas entre el asfalto y el follaje estrangulado por la contaminación. El cielo que contemplaba a través del enrejado de ramas lampiñas parecía encajar exactamente con lo que él sentía por dentro: una emoción que le era imposible describir. Era odio y cólera y, en mayor proporción, una inmensa sensación de frustración; de frustración por el hecho de que los demás no fueran conscientes de lo que para él resultaba tan dolorosamente obvio y tan urgente. Pero por encima de todo, en el núcleo de esa emoción que le quemaba por dentro había una aflicción descarnada: una desolación infinita ante una muerte que podía prever, pero que se sentía impotente para evitarla. Y aunque fuera imposible describir esa emoción apropiadamente, sí era posible expresarla. Y no le faltaban más que unos segundos para hacerlo.

Se centró otra vez en el Mercedes descapotable. Un Mercedes nuevo, quizá de solo unas semanas. Reluciente. Ya se disponía a estacionarse al otro lado de la calle. El hombre que se apeó tenía el aspecto típico que cabía esperar de alguien que aparcaba un coche carísimo, símbolo inequívoco de estatus social, frente a un café ultramoderno y artificiosamente «alternativo» del barrio de Schanzenviertel, es decir, un hombre de treinta y pico, sin corbata, luciendo un traje de marca que parecía hecho a juego con el coche y que estaría, en cambio, fuera de lugar en una sala de juntas tradicional. En fin, un tipo punto.com, guay, puro diseño y alta tecnología. Diez años atrás habría lucido una coleta.

El joven despreciaba a esa clase de gente aun más de lo que odiaba a la vieja guardia. Al menos, los integrantes de esa organización no trataban de ocultar lo que eran; dejaban claro que lo suyo era ganar dinero y evitar que lo ganasen los demás; eran gente abiertamente exclusiva y exhibían una descarada arrogancia del tipo «que se joda el planeta». Por el contrario, estos hijos de puta —los hijos de puta como ese Merc-Man modernillo— eran mucho peores. Tenían exactamente la misma obsesión por el dinero y el estatus, pero la disimulaban bajo un disfraz estupendo, comprometido y ecológico. Estaban jodiendo el planeta igual que los otros, pero lo hacían subrepticamente. Con hipocresía.

Niels no conocía al hombre que había aparcado el Mercedes. El Comandante no le había dicho el nombre de la víctima ni le había explicado nada sobre él, pero lo odiaba igualmente. Lo odiaba con todo su ser. Y pronto iba a poder dar rienda suelta a ese odio. Pronto, el Merc-Man comprendería que cada elección, cada decisión que tomabas tenía consecuencias, por mucho que no las conociera.

Observó cómo aparcaba detrás del descapotable una mujer con un Alfa-Romeo Giulietta también nuevo, feo y prepotente. Todo en ella —el aspecto, la ropa, el cabello—, le indicaba a Niels que era el equivalente femenino del Merc-Man. En cuanto se bajó del coche, saludó al hombre con un beso y una carcajada, y ambos entraron en el café.

Adelante. Siguiente fase. Hasta ahora, el grupo se había limitado a quemar coches de esa clase por las noches. Pero, en el barrio de Schanzenviertel, ya era casi una tradición que los coches de los ricos se convirtieran de vez en cuando en objetivo de destrucción, aunque nunca quedaba claro qué grupo había sido el responsable. Con frecuencia, se trataba de individuos que protestaban simplemente por el aburguesamiento del barrio y la erosión de su carácter rompedor y alternativo. Pero no era eso lo que representaban Niels y el grupo. Ellos eran los Guardianes de Gaia; los Protectores de la Tierra. Soldados de una guerra emprendida para defender el aire, el mar y la tierra.

Volvió a echar un vistazo al final de la calle, donde Harald continuaba teniendo dispuesta la moto que habían robado la noche anterior. También quemarían esa moto después. De acuerdo con las instrucciones del Comandante, Harald no sabía nada de la automática que su compañero llevaba en el bolsillo, ni

tampoco que este incendio premeditado de un coche a la luz del día era una ejecución.

Niels puso la bolsa en el suelo y abrió la cremallera. No sacó nada; únicamente se estaba preparando. Volvió a recogerla y cruzó la calle con aire decidido. Se acercó al Mercedes por el lado de la calzada y, con la mano libre, sacó de la chaqueta de combate un martillo con cabeza de punta. Al llegar junto al coche, oyó el zumbido chillón de la moto a sus espaldas; Harald ya daba gas para arrancar. Freese destrozó la ventanilla del conductor con el martillo, y la alarma se disparó con un aullido acuciante. Empujando la bolsa a través de los cristales rotos, siguió caminando mientras volvía a guardarse el martillo. Cuando ya estaba a unos cuantos metros del coche, se volvió: Harald, a quien el casco le ocultaba la cara, frenó al lado del Mercedes y arrojó dentro el cóctel Molotov encendido para alejarse a todo gas y volver a parar de un frenazo junto a Niels.

—¡Sube! —le gritó tendiéndole un brazo.

La pareja ya estaba en la calle. Había salido precipitadamente del café al oír la alarma del Mercedes. Niels vio que las llamas crecían en el interior del vehículo; aunque era solo el cóctel Molotov lo que ardía: los cinco litros de líquido inflamable de la bolsa no habían entrado todavía en combustión.

—¡Que subas! —gritó Harald con un tono más urgente. Pero Freese estaba hipnotizado por las llamas que lamían la parte interior del parabrisas. La tela de la capota ardía y aleteaba. Merc-Man y su novia habían llegado junto al coche, pero estaban demasiado pendientes del incendio para mirar hacia donde él se encontraba. Merc-Man parecía muy alterado y se tiraba del pelo, mientras ejecutaba una pequeña danza de decisión-indecisión: un paso hacia el coche, otro paso hacia atrás. No sabía qué hacer, obviamente. Niels supuso que quería rescatar algo del interior del coche.

El chico cerró la mano en torno a la culata de la pistola que mantenía en el bolsillo. Pero por algún motivo vaciló. Había algo en esa situación, en ese entorno, en ese suceso, que, de repente, le resultaba arrolladoramente familiar. Notó que entraba en un *déjà vu*. Sintió que había sacado la pistola del bolsillo, aunque sabía que no lo había hecho.

Y entonces se dio cuenta de que también sabía qué iba a suceder antes de que sucediera y advirtió que esa conciencia no tenía nada que ver con el *déjà vu*. Merc-Man se estiró la manga de la chaqueta para cubrirse la mano, como si fuera un guante improvisado, y asió la manija de la puerta. En cuanto la puerta se abrió, dio un paso para meterse en el coche. Justo en ese momento prendieron los cinco litros de líquido inflamable de la bolsa que el chico había arrojado por la ventanilla. Fue como ver abrirse una flor: una inmensa y preciosa bola de fuego salió disparada por la puerta abierta y a través de la capota incendiada. Durante un par de segundos, Merc-Man desapareció como tragado por las llamas. Luego Niels oyó gritos. La novia chillaba. Los transeúntes chillaban. Asimismo oyó el

grito estrangulado y gutural, amortiguado por el casco, que emitió Harald. Pero superando a todos ellos, oyó los gritos espeluznantes e inhumanos de Merc-Man. La bola de fuego se elevó hacia el cielo y su figura volvió a ser visible. Todo su cuerpo ardía; todo él: una tea que aullaba y se movía. Tambaleándose, cayó hacia delante y se derrumbó en la acera. Un par de transeúntes se adelantaron a toda prisa y arrojaron sus abrigos sobre la figura en llamas. Dos hombres de la multitud se fijaron de pronto en Niels y Harald y los señalaron con el brazo.

Niels permaneció inmóvil, mirando al hombre en llamas y tratando de recordar si realmente lo había visto arder antes, si lo había visto tantas veces que ni siquiera era capaz de contarlas. En ese momento, comprendió que nada de lo que estaba viendo era real, que todo lo que habían tratado de inculcarle en el hospital era una sarta de mentiras. Esto no era la realidad. Esto era una ficción, una imitación. Él no existía de verdad y lo que acababa de presenciar no había sucedido de verdad.

—¡Niels, por todos los demonios! —Oyó la voz de Harald detrás de él—. ¡Sube a la puta moto!

Los dos hombres que los habían visto tardaron un par de segundos en deducir la cronología de los hechos y en comprender de quién era la culpa. Cuando empezaron a correr hacia ellos, Niels ya se había subido a la moto. Harald se alejó a toda velocidad sin detenerse en ninguna señal y obligando a dos coches a frenar bruscamente.

Sentado en el asiento trasero de la moto, Freese conservaba vívidamente en la retina la imagen del hombre aullante, ardiendo en llamas. Mientras huían por las estrechas callejas de Schanzenviertel oyó un ruido extrañísimo: risa.

Su propia risa.



## Capítulo doce

—¿Dónde estás?

—En el coche. Con el manos libres.

—Me dejas impresionada —dijo Susanne—. Bienvenido al siglo veintiuno.

—Esto no es el siglo veintiuno —replicó Fabel—. Recuerdo con toda claridad que en los años setenta prometían en la tele que a estas alturas nos desplazaríamos en coches volantes, con monos plateados, y que iríamos de vacaciones a la Luna. ¿Qué tal Wiesbaden?

—Burgués. Más burgués que Hamburgo, que ya es decir. ¿A dónde vas? ¿Estás aprovechando mi ausencia para citarte con una rubia despampanante?

—¡Qué va! Voy a ver a Berthold Müller-Voigt. A su casa, ¿qué te parece?

—¿Desde cuándo te codeas con la *jet set*? ¿Para qué tienes que verlo?

—No lo sé. Me lo ha pedido él. Cosa curiosa...

—¿En qué sentido?

—Él siempre muestra un gran aplomo y un dominio total de la situación. Y por lo visto, ha sufrido una grave conmoción. Supongo que estoy a punto de conocer el motivo. ¿Me añoras?

—Terriblemente, pero el joven camarero italiano del restaurante me ayuda a olvidarlo. Volveré pasado mañana.

—Por cierto, ¿qué querías decir con *Poppenbütteler Schleuse*?

—¿Cómo?

—El mensaje de texto que me has enviado. Enigmático sí era, te lo reconozco.

—Jan, no tengo la menor idea de qué me estás hablando.

—A mediodía —dijo él con paciencia—, estaba almorzando en el café Fährhaus y he recibido un mensaje de texto tuyo. Decía *Poppenbütteler Schleuse*. Nada más.

—Y yo que creía que no bebías a la hora del almuerzo.

—No es broma, Susanne. Procedía de tu número.

—Pues yo no te lo he enviado. Sin la menor duda. Quizá sí tienes una rubia escondida por ahí y te estaba diciendo dónde quedar para esa cita romántica. Creo que hay allí un restaurante muy bueno.

—Hablo en serio, Susanne.

—Y yo también —replicó ella enérgicamente—. Yo no te he enviado ese mensaje. ¡Ay, Jan, ya sabes que eres un desastre con la tecnología! Me costó una eternidad enseñarte a manejar el reproductor de mp3, aunque ahora no podrías pasar sin él. Ese mensaje no puede ser mío. Mejor será que averigües en el trabajo. Quizá haya sido Anna Wolff. ¿Sabes una cosa? A veces me da la sensación de que la propia Anna estaría encantada de tener una cita romántica contigo en Poppenbütteler Schleuse.

—¿Anna? —Fabel soltó un bufido—. Estás totalmente equivocada. Para ser psicóloga, tienes una pésima intuición. Preguntaré mañana en la oficina, de todas formas, a ver si ha sido alguno de ellos quien me ha enviado el mensaje.

El comisario se dio cuenta de que se acercaba a Stade. No soportaba hablar por teléfono mientras conducía; pese a usar el manos libres, tenía la sensación de que no veía por dónde andaba. Sobre todo cuando pretendía averiguar al mismo tiempo quién y por qué le había enviado un mensaje tan críptico.

—He de dejarte. Te llamo mañana —dijo—. Que duermas bien.

El cielo se había despejado un poco y el sol, ya muy bajo, teñía de rojo las casas de Stade. Fabel pensó que el crepúsculo le confería a la población un resplandor casi psicodélico que poco tenía que ver con su auténtica atmósfera. Stade era un pueblo pequeño y pintoresco de aire soñoliento, lleno de canales, calles empedradas y casas medievales con gablete, situado en el límite del Altes Land —la Tierra Antigua—, en la orilla sur del Elba, unos cuarenta kilómetros al oeste de Hamburgo. Era la clase de lugar que le transmitía una sensación de confort y que estimulaba al historiador que había en él: aquel pueblo tenía más de mil años de antigüedad y era uno de los asentamientos más vetustos del norte de Alemania. Durante la Edad Media esta pequeña ciudad de provincias había sido, sucesivamente, una urbe sueca, una fortaleza danesa y una ciudad estado hanseática por propio derecho. En la actualidad, formaba parte de la región metropolitana de Hamburgo, aunque no parecía haber cambiado mucho y seguía —silenciosa, bella y tranquila— junto a la orilla del río Schwinge, contemplando el paso del tiempo y las locuras humanas con regia indiferencia.

Fabel soltó una maldición cuando se sorprendió atravesando el centro histórico de la población. Él ya había estado en la casa de Müller-Voigt, situada en las afueras, y para llegar allí no hacía falta cruzar el pueblo. Había salido con la convicción de que la encontraría fácilmente y no se había molestado en introducir la dirección en el GPS. Aunque la verdad era que raramente lo

programaba. Algo en su interior le decía que no había nada más humano que hallar tu propio camino, y que, a menudo, si te perdías, era cuando hacías los mejores descubrimientos y te pasaban las mejores cosas de la vida.

Todo lo cual estaba muy bien en un plano filosófico, pensó, pero no cuando llegabas con retraso a una cita con uno de los políticos más influyentes de Hamburgo.

Cruzó el bello centro histórico de Stade, salió a la carretera y volvió a orientarse, tomando un estrecho camino asfaltado que discurría junto a las elevadas orillas del canal. El sol se colaba entre las copas de los árboles y asomaba apenas por una ranura de cielo abierta entre las tierras llanas y un banco de nubes oscuras que se cernían en lo alto. Los árboles se fueron adensando y formaron una espesa franja junto a la carretera; finalmente, Fabel enfíló el largo sendero de acceso que llevaba a la casa del senador.

Era tal como la recordaba: enorme, imponente, moderna, toda ángulos y cristal. Y lo que no era de cristal parecía revestido de mármol azul, aunque en su visita anterior se había enterado de que se trataba de una fachada construida totalmente con paneles solares.

El tipo de edificio que los arquitectos exhibían para darse publicidad. Un mezcla de obra maestra y fondo de pensiones.



Müller-Voigt llevaba pantalones de algodón, una camisa azul de pana, camiseta blanca, debajo, y zapatillas deportivas de lona. Un atuendo de lo más informal, aunque el comisario calculó que debía de costar mucho más que el mejor de sus trajes.

—Gracias por venir —dijo el político al abrirle la puerta. Fabel tuvo la misma sensación que cuando habían hablado en el ascensor del Präsidium, es decir, que tenía delante a un hombre angustiado. Lo cual era desconcertante, porque nunca había visto al senador en ese estado. De hecho, siempre lo había visto tranquilo y relajado, con pleno dominio de sí mismo.

Como millones de alemanes, había visto y oído a Müller-Voigt en muchas situaciones complicadas. El senador de Medio Ambiente de Hamburgo era el tipo de invitado que hacía las delicias de los productores de radio y televisión, pues tenía un don innato para dar noticias provocativas y beligerantes sin perder nunca la calma ni la compostura. El suyo era un estilo displicente y agresivo a la vez. Y resultaba ideal para las entrevistas en los grandes medios. Parecía crecerse en los entornos polémicos, y lo más interesante para los presentadores era la destreza con la que lograba sacar de sus casillas a otros políticos. Sus oponentes terminaban la entrevista dando la sensación de falta de dominio y seguridad en sí

mismos. Müller-Voigt explotaba al máximo y con gran eficacia la conocida máxima según la cual quien pierde los estribos pierde la discusión. Él no perdía ni lo uno ni lo otro.

Esta noche, en cambio, Fabel veía algo muy distinto. Mejor dicho, a alguien muy distinto.

El político le hizo pasar a un inmenso salón revestido de madera de pino, de techo abovedado de doble altura y una galería con balaustrada arriba. Tal como la otra vez que había estado allí, el comisario en jefe se irritó por la leve punzada de envidia que sentía al contemplar la elegante morada. Elegante, pero totalmente respetuosa con el medio ambiente. Aquella casa constituía una declaración de principios: ser ecologista era fenomenal.

Se sentaron en un gran sofá rinconero que miraba hacia los ventanales de dos pisos de altura. El sol parecía teñido de un color distinto a través del cristal.

—Lo puedo ajustar a mi antojo —explicó Müller-Voigt, como si le hubiera leído el pensamiento—. Es tecnología de última generación: vidrios solares. No solo aíslan y evitan que se escape el calor de la casa, sino que captan la luz del sol y la convierten en energía.

—Ya, ya —dijo Fabel—. Impresionante.

—Sé que mucha gente cree, no sé si será usted uno de ellos, que todo esto es un truco publicitario en mi caso y que estoy más interesado en la política que en la preservación de la naturaleza. Normalmente, me tendría sin cuidado lo que usted o cualquier otro pensara, pero necesito que comprenda una cosa, Herr Fabel: estoy auténtica, completa e irreversiblemente comprometido en la misión de cambiar el modo que tiene la humanidad de tratar el medio ambiente. Es más que una convicción política; es como veo la vida.

—No tengo motivos para ponerlo en duda.

—Bueno, como digo, algunos sí los tienen. —Había una pizca de amargura en el tono del senador—. Como raza, como especie, hemos perdido el rumbo, Herr Fabel. Y eso va a acabar con nosotros. Hemos perdido nuestra capacidad más elemental para entender la naturaleza, la geografía y el clima en que vivimos. Consideremos este lugar donde nos encontramos. —Señaló vagamente con la mano el paisaje que se extendía ante los ventanales—. Yo construí esta casa sobre un *geest*, un montón de arena y grava —la morrena resultante de la última glaciación—, en mitad de una llanura de páramos, marismas y brezales. Si recorre la región, verá que casi todos los pueblos, incluido Stade, están contruidos sobre un *geest*.

» Cuando se crearon estos asentamientos, nuestros ancestros estaban conectados con la naturaleza y el paisaje. Ellos sabían descifrar los signos del entorno y aprendían por experiencia las pautas de los cambios climáticos. Y por esa razón sabían dónde construir sus hogares. ¿Sabe una cosa? Estos *geest* han proporcionado durante un milenio de asentamientos una protección perfecta

contra los estragos de las tormentas. Las marismas que los rodeaban funcionaban como inmensas esponjas, y esos montones de arena y grava por sí mismos constituyen barreras naturales frente a las inundaciones: gigantescas bolsas de arena naturales. ¿Y se ha fijado en los *knicks* que discurren junto a los canales y los ríos? —Se refería a los taludes de césped, coronados de árboles y arbustos, que se encontraban a lo largo del Altes Land y de gran parte del norte de Alemania—. Algunos de ellos son más antiguos que las pirámides de Guiza. Los construyeron nuestros antepasados hace más de cinco mil años. Y, ¿sabe qué?, siguen constituyendo la mejor protección que posee este tipo de paisaje frente a la erosión eólica y fluvial. —Soltó una risita—. Fijese en los millones y millones de euros gastados en Hamburgo en barreras contra la inundación. No me malinterprete; son necesarias para proteger a la gente y preservar la propiedad. Pero si observa las pautas de las inundaciones de Hamburgo a lo largo del último siglo, identificará las zonas que han quedado indemnes. Y a ver si lo adivina... Todas corresponden a las zonas de asentamiento más antiguas de la ciudad, situadas sobre las lomas de los *geest* de Hamburgo. Es eso lo que hemos perdido, Fabel: la conexión.

—Entiendo, Herr senador. Aunque doy por supuesto que no me ha citado aquí por eso.

—Así es, en efecto. Pero quiero que retenga lo que le he dicho porque, aunque no lo crea, está relacionado con el asunto del que tengo que hablar con usted. El medio ambiente es objeto de mucho debate en los medios y ha ido escalando puestos, poco a poco, en la lista de prioridades políticas. Pero no está lo bastante arriba. Nos espera una catástrofe, Herr Fabel, y la tenemos a la vuelta de la esquina. Hay mucha gente que cree que ha llegado el momento de llevar a cabo acciones extremas. Realmente extremas. ¿Una copa? —le preguntó acercándose al mueble bar.

—No, gracias.

—Claro. No bebe cuando está de servicio. —Esbozó una sonrisa desganada.

—No bebo cuando conduzco. En todo caso, ahora no estoy de servicio. Esto es extraoficial, por ahora.

—Se lo agradezco, Herr Fabel. ¿No le importa que yo me tome una?

—Adelante. —Se le ocurrió pensar que el senador no era el tipo de persona que necesita normalmente un estimulante para afrontar las cosas.

Sonó el tintineo del hielo en el vaso mientras Müller-Voigt se acercaba con su *whisky* de malta y se sentaba frente al comisario.

—De veras le agradezco que haya venido a verme, habiéndole avisado con tan poca antelación.

—Bueno, estaba claro que es algo urgente.

—Urgente, pero por ahora extraoficial, como usted mismo ha dicho. —El político se arrellanó en el sofá y contempló el vaso un instante—. Como es obvio,

yo me mantengo plenamente informado de todo cuanto ocurre cuando Hamburgo se ve perjudicado por un suceso tan importante como la última tormenta. Las tormentas y los daños subsiguientes entran de lleno en mi esfera, como sin duda se imaginará...

—Supongo.

—Así que ya comprenderá que me informen con urgencia de cualquier herido o víctima mortal que se produzca en tales casos. Como, por ejemplo, del cuerpo arrastrado por la corriente hasta el Fischmarkt. Ese cuerpo acerca del cual le he preguntado esta mañana en la reunión.

—Como ya hemos comentado, senador, la mujer que resultó arrastrada hasta el Fischmarkt no era una víctima *subsiguiente*. Ella no murió a causa de la tormenta o de la inundación.

—Está bien. Pero ¿cómo sabe que no fue a resultas de la tormenta? ¿Y qué le hace pensar que no era una víctima de ese Asesino de la Red?

—Escuche, senador, comprendo su interés, pero lo único que puedo decirle es que la víctima no murió a causa de la tormenta. Todo lo demás es asunto de la policía por el momento.

—Asunto de la brigada de homicidios, querrá decir...

—Herr senador... —dijo Fabel con un tono de advertencia.

Müller-Voigt depositó el vaso y dijo, decidido:

—Quiero ver el cuerpo.

—¿Cómo?

—Quiero ver el cuerpo de la mujer que apareció en el Fischmarkt. Creo que quizá pueda ayudarlo a identificarla.

—Lo dudo. El cadáver se encuentra en un estado que lo haría muy difícil. Obviamente, usted quiere contarme algo. ¿De qué se trata? ¿Por qué me ha pedido que venga?

Müller-Voigt dio otro trago rápido de *whisky*. Entonces explicó:

—Usted conoce mi fama, Herr Fabel. Con respecto a las mujeres, me refiero. Por lo que cuenta la prensa de Hamburgo, cualquiera diría que soy una especie de aventurero sexual sin escrúpulos. Bueno, mi vida privada es privada. Estoy soltero y tengo la suerte de disfrutar de la compañía de mujeres bellas e inteligentes. Desde siempre. Y por algún motivo que nunca he podido desentrañar, ellas disfrutaban de la mía. Pero no estoy casado ni lo he estado nunca, así que no faltó a ningún voto matrimonial, a diferencia, habría que añadir, de más de la mitad de mis virtuosos colegas del Senado de Hamburgo. Ni me llevo a la cama con artimañas a ingenuas de mirada inocente, ni pago por mantener sórdidos escarceos en la Reeperbahn. No engaño a nadie y trato con respeto y dignidad a las mujeres con las que me relaciono.

—¿Por qué me cuenta todo esto? Su vida personal es asunto suyo.

—De todas las mujeres con las que me he relacionado a lo largo de los años

solamente ha habido tres por las que he albergado sentimientos profundos. Profundos de verdad. Una de ellas murió hace mucho. La segunda aventura se marchitó, por así decirlo, sin dar fruto. La tercera es la mujer con la que mantuve una relación hasta hace dos semanas. —Müller-Voigt se levantó, cruzó el salón, cogió de un escritorio una fotografía enmarcada y regresó. Jugueteó con ella unos instantes antes de tendérsela a Fabel. Este advirtió entonces que se trataba de un marco digital de fotografías y que el senador había estado seleccionando la imagen que quería enseñarle. Era la foto de una joven de pelo oscuro y ojos extraordinariamente azules; sonreía a la cámara mostrando su blanca dentadura, pero parecía incómoda. Tímida. Era también, advirtió, muy guapa.

—Se llama Meliha. La he estado viendo estos últimos tres meses. Como puede observar, es considerablemente más joven que yo.

—Una mujer muy atractiva —dijo Fabel, devolviéndole el marco. El político no hizo ademán de cogerlo.

—Mírela con atención, Fabel. Ha desaparecido.

—¿Quiere decir que no se han visto? ¿Desde cuándo?

—No. Quiero decir que ha desaparecido. Como le comentaba, mantuve con ella una relación hasta hace dos semanas, y de repente, desapareció sin dejar rastro.

—¿Y usted cree que el cuerpo arrastrado por la tormenta podría ser el suyo?

—No sé... —Müller-Voigt se encogió de hombros, pero no había ninguna indiferencia en el gesto ni tampoco en su rostro. Fabel percibía claramente su desazón—. Podría ser.

—Entonces, ¿la última vez que supo de ella fue hace dos semanas?

—Sí..., bueno, no... —El senador hizo un gesto de exasperación—. Es complicado. Recibí un correo electrónico suyo hace dos días. Rompía conmigo. O eso era lo que parecía.

—Escuche, Herr Müller-Voigt, empiezo a hacerme un lío. Dice que esta mujer lleva dos semanas desaparecida y ahora me cuenta que recibió un correo electrónico suyo hace dos días. —Fabel, ceñudo, añadió—: Una cosa es segura: ella no puede ser la mujer encontrada tras la tormenta. Esa mujer llevaba en el agua al menos dos semanas...

—Que es exactamente el tiempo que Meliha lleva desaparecida. Escuche, yo mido mucho mis palabras. Cuando digo que ella ha desaparecido, quiero decir que ha desaparecido. Sé que debe de estar pensando que he recurrido a usted porque pretendo mover los hilos para que investigue discretamente y evitar el escándalo. Pero no es así en modo alguno. Alguien se ha dedicado a eliminar sistemáticamente cualquier indicio de que Meliha haya existido siquiera. Y yo no puedo denunciar su desaparición si ella ya no existe. En cuanto a ese correo, estoy seguro de que es falso.

—¿Puedo verlo?

Soltando una risa amarga, el político respondió:

—No. Ya no existe tampoco. No lo imprimí porque yo nunca imprimo nada, si no es imprescindible. A causa de mis principios ecológicos, naturalmente. Me atrevo a suponer que habrá oído usted hablar del virus Klabautermann, ¿verdad?

—Por supuesto. Conozco al agente al que le han encomendado la investigación sobre los responsables de ese virus.

—No tengo la menor idea de lo que saca esa gente destruyendo los datos de otras personas. Seguramente, la satisfacción de demostrar que son cerebritos más inteligentes que los cerebritos que diseñaron el *software*... En todo caso, lamentablemente, hay gente por ahí que dedica su tiempo a desarrollar virus informáticos cada vez más agresivos y destructivos. Este último, el Klabautermann, ha sido pensado para atacar específicamente las redes oficiales de intranet y los servidores gubernamentales de correo electrónico del norte de Alemania. Ahora bien, ¿qué sentido tiene una cosa así, aparte de perturbar la vida de la gente corriente? Y esos hijos de puta tal vez ni siquiera vivan en el norte de Alemania. Podrían estar en San José, en Bombay o Pekín. O podría tratarse de un adolescente granujiento e insignificante encerrado en una habitación diminuta de Bönningstedt. Sean quienes sean, y estén donde estén, han infectado el correo del Gobierno de la ciudad y del estado de Hamburgo. Pues bien, como yo estoy conectado a esa red, el virus entró en mi portátil y borró todas mis carpetas de mensajes, aunque no sin antes reenviarse a sí mismo todos los contactos de mi libreta de direcciones. En resumen, gracias al virus Klabautermann, ya no tengo ese mensaje.

—¿Por qué está tan convencido de que no se lo había enviado ella?

—Simplemente presentí que no era suyo. Es difícil de explicar. Todo el mundo tiene..., no sé..., un estilo al escribir un correo.

—¿Y nada más?

—Bueno, ya sé que parece un disparate, pero era demasiado gramatical. Meliha es turca. No quiero decir turco-alemana, sino ciudadana turca. Su alemán era excelente, pero cometía errores, como todos los que no son nativos. Ese mensaje era..., era demasiado perfecto. Y en cualquier caso, el correo electrónico no constituía nuestro medio de comunicarnos.

—Humm... —murmuró Fabel. Recordó que Kroeger había hablado en la sesión informativa de la detección de identidades falsas en Internet. Quizá el senador había captado la falsificación en ese mensaje—. La verdad, Herr Müller-Voigt, no sé qué hacer. A mí esta historia no me suena a homicidio. Y para serle sincero, tampoco me parece un caso de desaparición. Pero puedo ponerme en contacto con la policía local y pedirles que investiguen. —Dicho esto, se puso de pie.

—Escuche... —El senador se adelantó como para cerrarle el paso—. No sé



qué piensa de mí, pero estoy seguro de que no me toma por un histérico. Si acaso, soy conocido más bien por lo contrario. Le estoy diciendo que tengo la absoluta seguridad de que la mujer con la que mantenía una relación ha sido raptada o asesinada. Y le estoy diciendo que no solo no puedo aducir ninguna prueba objetiva de que ha sido así, sino que ni siquiera tengo ninguna prueba objetiva de que Meliha haya existido jamás. —Retrocedió señalando el sofá—. Por favor, necesito su ayuda.

—Sabrá dónde vive —dijo el comisario, aunque permaneció de pie.

—Yo no iba a su casa. Tenía su dirección, pero cuando fui allí, el piso estaba vacío. No quiero decir que ella no estuviera en casa; quiero decir que el piso estaba desocupado. Pregunté por la muchacha a una vecina y lo único que conseguí fue despertar las sospechas de la mujer. Me marché antes de que llamara a la policía. Pero sí me dijo que el apartamento llevaba más de un mes vacío.

—¿Dice que esa joven era ciudadana extranjera?

—Turca, sí.

—¿Y estaba legalmente en Alemania?

—Que yo sepa, sí.

—Entonces habrá un registro de su entrada en el país. ¿Cuál es su nombre completo? —preguntó Fabel, sacando el cuaderno de notas y el bolígrafo del bolsillo de la chaqueta.

—Meliha Yazar. Era de un lugar de las afueras de Estambul. Creo que Silivri.

Fabel lo anotó.

—¿Podría haber algún motivo para que le hubiera mentido sobre el sitio donde vivía?

—No se me ocurre ninguno. Ya sé que parece una locura, pero no creo que me mintiera. Creo que vivía en ese apartamento. Verá, la conocí en una conferencia sobre el medio ambiente que tuvo lugar en el Centro de Congresos de Hamburgo.

—¿Ella estaba metida en el movimiento ecologista?

—En efecto, era una militante, una activista. O al menos, eso decía. Por lo que pude averiguar, tenía un título sobre Ciencias de la Tierra que había obtenido en Estambul. Me contó que había trabajado como investigadora en una agencia de protección medioambiental, pero se mostró muy evasiva cuando le pregunté en cuál. La verdad era que yo sospechaba que pudiera ser una periodista de investigación y, al principio, estaba un poco en guardia con ella. Ahora no me cabe la menor duda de que se había metido en asuntos que la pusieron en peligro.

—¿Qué tipo de asuntos?

Müller-Voigt miró el vaso y a medio vacío de *whisky* y lo dejó sobre la mesa.

—Voy a hacer café —dijo con decisión—. Es una larga historia.

## Capítulo trece

Roman Kraxner se hallaba tras la puerta de su piso, con la cabeza ladeada, el oído pegado a la madera y la pecosa y sudada frente fruncida debido a la concentración. Trataba de respirar silenciosa y superficialmente para escuchar todo lo que pudiera de lo que ocurría abajo. Era una tarea difícil, porque su obesidad convertía cada inspiración en un prolongado resoplido a través de unas vías respiratorias comprimidas por la grasa.

Se oía una grave voz masculina en el hueco de la escalera desde el piso de abajo. Sonaba en un murmullo, demasiado baja para que él pudiera distinguir exactamente qué decía, pero parecía serena, controlada, fuerte. Autoritaria.

Otra voz provocó que Roman se apartara sin ruido de la puerta. Esta sonaba más alta, airada, brutal. Con un marcado acento.

—¡Seguro que ha sido ese cerdo gordinflón, ese repulsivo pedófilo de arriba! —La voz se oía con claridad, y Kraxner se imaginó al albanés apoyado en la barandilla de la escalera, gritando deliberadamente hacia lo alto.

«Claro que he sido yo —pensó Roman—. Yo los he llamado. Y voy a mandar un correo electrónico al propietario. Tenlo por seguro» .

—Debería usted subir —gritó el albanés para que su obeso vecino lo oyera—. Se lo digo. Le digo que lo que usted debería... Que lo que debería hacer... Debería investigar qué tiene en todos esos ordenadores. Niños, niñas pequeñas... Me juego el cuello.

Kraxner sintió que le subía de muy adentro una oleada de una sensación a medio camino entre el miedo y la furia. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía esa gentuza a decir esas cosas de él?

La otra voz se percibía un poco más alta, aunque serena, más autoritaria y con un atisbo amenazador en el tono. Aunque se arrimó más a la puerta, el hombre tampoco pudo distinguir lo que decía el policía. Solo unas palabras: la orden de no molestar a Roman, la advertencia de que bajara la música, una alusión a las ordenanzas de la ciudad de Hamburgo... Ahora todas las voces se

oían más bajas. Más tranquilas.

La voz grave estalló en una risotada ante un comentario del albanés. ¿De qué se reía? ¿De quién se reía? ¿Acaso se reían de él? ¿Por qué se reía el policía? Se suponía que estaba allí para hacerlos callar, para interrumpir esa música estúpida. Si él había llamado a la policía, era para eso.

Roman ya no oyó más la voz del policía. Le llegó el estrépito de la puerta exterior del bloque al cerrarse. Unas palabras masculladas en albanés y luego otro portazo: el apartamento de abajo.

Permaneció junto a la puerta unos instantes, aguzando el oído por si sonaban pisadas en la escalera: el albanés dispuesto a plantarle cara. No, nada. Dio media vuelta y apoyó la espalda en la puerta. Notaba algo en la parte superior del pecho, casi en la garganta: un aleteo. Sabía que volvería a sentirlo cada vez que pasara frente a la puerta del albanés. Y aunque hacía todo lo posible para no tener que salir del piso, cuando no le quedaba más remedio, le costaba una eternidad asfixiante pasar frente al apartamento del albanés.

¡Cómo odiaba vivir allí, por Dios! Él merecía algo mejor. Mejor que toda esa gente que lo rodeaba. Mejor que este minúsculo piso de mierda. Mejor que vivir en Wilhelmsburg.

Por encima de todo, odiaba vivir encima de los albaneses. Su país de origen era totalmente irrelevante para él: odiaba vivir encima de cualquiera, porque lo que más aborrecía de este piso era tener que subir por la escalera. Desde que había perdido su empleo en la tienda de informática, era un esfuerzo que había de hacer cada vez menos. Su apartamento estaba en la segunda planta, pero le bastaba subir esos dos pisos para quedarse completamente sin aliento, con la cara sudorosa y pálida y los pulmones reclamando oxígeno a gritos. Con frecuencia, cuando llegaba arriba, la comida que había comprado ya estaba fría. Él nunca cocinaba. En ocasiones, recalentaba la comida en el microondas, pero nunca había llegado a prepararse siquiera una taza de café en la cocinita del piso. Todo lo que comía y bebía salía de una lata, de una caja o de un recipiente de poliestireno.

El piso constaba de tres habitaciones; cuatro, contando el baño. El edificio era bastante nuevo y el propietario lo mantenía en buen estado, y cuando Roman se había mudado allí, la decoración parecía nueva e impecable. Pero, actualmente, el interior estaba hecho un desbarajuste y lleno de mugre. Kraxner encontraba muy cansadas las tareas domésticas: no eran aburridas, sino extenuantes, como si le chuparan hasta la última gota de energía. Diez minutos arrumbando desperdicios de una punta a otra de la habitación lo dejaban exhausto, chorreante de sudor, jadeando entrecortadamente... Y diez minutos de limpieza no cambiaban gran cosa aquel panorama de libros y revistas apilados, de latas de refrescos vacías y envoltorios de comida preparada esparcidos por todas partes.

No es que a él le importara mucho el aspecto del apartamento. Nadie iba

nunca allí: ni amigos ni mujeres ni nadie. Y tampoco sentía un apego personal por ese lugar, ni le otorgaba la categoría de un hogar. En el fondo, Roman Kraxner no tenía muy claro lo que era un hogar. Al menos, en el mundo físico. Si tenía un sentido de pertenencia, aunque no estaba anclado en ninguna realidad tangible. Para él, había otro universo lleno de posibilidades, un universo libre de las limitaciones de su cuerpo, que constituía su verdadero medio ambiente. Era a ese universo al que pertenecía de verdad, donde él verdaderamente existía.

Cuando se convenció de que el albanés había vuelto a entrar en su apartamento y no intentaba subir por la escalera para enfrentarse con él, Roman cruzó arrastrando los pies la caótica sala de estar, pasó junto a la colección de monitores, altavoces, discos duros y teclados dispuestos sobre la mesa de la pared del fondo, y se dirigió al baño. Le dolían las tripas, como siempre le ocurría cuando estaba nervioso —es decir, prácticamente siempre—, y notó que la necesidad de vaciar los intestinos se volvía más acuciante. Colocándose los auriculares del iPod, se bajó los pantalones del chándal y procedió a aposentar los ciento ochenta kilos de su corpachón sobre el retrete. Mientras escuchaba música y jugaba con juegos de ordenador, apretó y apretó; la respiración se le volvió aún más agitada y el rostro más lívido de lo normal. Nada.

Como le había explicado el médico, este era el resultado inevitable de su dieta, desprovista de cualquier elemento que pudiera dar la más mínima impresión de haber sido cultivado en la tierra. Lo que no le había respondido a su médico era que él despreciaba todo lo que oliera siquiera al mundo natural; que disfrutaba la artificialidad, la pura apariencia de lo sintético. Cuanto más procesada, cuanto más fabricada pareciera la comida, más le gustaba. Prefería la carne picada, machacada, y *modelada* artificialmente. La única fibra que consumía se encontraba oculta en la guarnición indiscernible que engrosaba sus hamburguesas y salchichas, sus empanadas de carne y sus pedazos de pollo rebozado. Los bollos y panecillos que acompañaban la carne que tomaba debían ser blancos y mullidos, sin textura ni el menor atisbo del cereal original. Su preferencia por los vívidos colores artificiales en los postres, helados y bebidas le permitía marcar una distancia radical entre su persona y cualquier derivado lácteo. Esta era la razón principal de que fuera más partidario de las cadenas de comida rápida americanas que de los puestos locales de comida Schnellimbiss o Würstchenbude. Se requería toda una ciencia y un arte para lograr que la comida diera la impresión de tener poco o nada que ver con el mundo natural; y resultaba lógico, a su modo de ver, que semejante virtuosismo lo hubiera alcanzado la misma nación que había llevado al hombre a la Luna.

Al cabo de veinte minutos de esfuerzo, las ganas de defecar no se le habían pasado, pero los espasmos de sus intestinos no habían logrado producir nada. Había transcurrido más de una semana desde que le habían funcionado de un modo productivo. Dando un suspiro, se subió los pantalones del chándal y cruzó

otra vez la sala comedor para instalarse frente a la mesa donde tenía los ordenadores. Esta era la puerta a ese otro universo, a esas otras identidades. Lo recibieron con un ronroneo: el suave zumbido de los ventiladores de refrigeración de los dos Mac Pro 8-core, el enorme HP y los cinco discos duros externos, entre todos los cuales le proporcionaban siete *terabytes* de capacidad de almacenamiento para el servidor *blade* que él mismo se había montado. Miles de euros de tecnología informática lo invitaron con ese ronroneo a ingresar en otra vida.

Esta pequeña área de relucientes aparatos era la única parte del piso que se veía limpia y aseada. Roman la mantenía impoluta, ordenada e iluminada, a diferencia del resto de la sala de estar, que permanecía sumida en la penumbra. Era aquí, asimismo, donde tenía sus muebles más caros: la robusta mesa sobre la cual se hallaban sus equipos, semejante al cuadro de mandos de la sala de control de una misión espacial, y la silla que se había hecho fabricar especialmente para él. Esta era el objeto más caro que había adquirido en su vida; más que cualquiera de los ordenadores. La silla se amoldaba a su cuerpo (o su cuerpo a ella); giraba, seladeaba y se deslizaba automáticamente —así le parecía— obedeciendo a su voluntad. Era el último grito en sillas para ordenador, según decía el folleto. Pero el verdadero gasto se había producido al tener que fabricarla por encargo para que soportara el peso de Roman. Los fabricantes de Múnich habían enviado a un técnico a Hamburgo para que fuera a visitarlo. El técnico, de entrada, se había mostrado receloso al ver el aspecto humilde y casi miserable del piso, pero todas sus sospechas se disiparon cuando hizo un cálculo rápido del coste de los equipos informáticos desplegados sobre la mesa. Había sido casi como si hubiera entendido a aquel hombre; como si ya hubiera conocido a otros como él.

Kraxner recordaba que, cuando se había sentado por primera vez en aquella silla, la sensación de comodidad había sido sublime. Parecía que le sujetara sin esfuerzo cada centímetro cuadrado del cuerpo, de manera que se sentía —irónicamente— casi ingrátido. En estos momentos, al acomodarse en la silla, experimentó en parte esa sensación de alivio, de sublime confort, aunque no con igual intensidad. No ignoraba el motivo: la silla había sido fabricada para que se le adaptara a la perfección cuando la había encargado. Ahora, tres meses después y con siete kilos más, ya no se le adaptaba con idéntica perfección.

Suspiró profundo (o tan profundo como se lo permitía su síndrome de hipoventilación-obesidad, que lo obligaba a dormir todas las noches con una mascarilla de oxígeno), y encendió las cuatro pantallas planas, configuradas para ofrecer una imagen continua. Una sola ventana.

Este instante le encantaba a Roman: la inmersión. Ahora podía desconectarse de la masa de su cuerpo, de la masa del mundo. Como una ballena varada en la playa que se revolvió de repente y regresara al mar, a un medio natural y

favorable, él se transformaba en un ser carente de peso y forma, y accedía a un mundo donde su mente, y nada más que su mente, importaba. Aquí se comunicaba con otros seres también sin forma. Aquí podía ser cualquiera, cualquier cosa. Aquí no había ruidosos vecinos albaneses, ni cólicos intestinales, ni esa sensación de desagrado ante la imagen que le devolvía el espejo.

Pasaría las siete horas siguientes, hasta bien entrada la madrugada, en el mundo cibernético. Chatearía, jugaría, sería otro. Estaría la mayor parte de ese tiempo en *Virtual Dimension*, donde se había registrado desde hacía casi un año. En ese programa él era delgado, atractivo y exitoso. Oficialmente, trabajaba como detective privado, tenía multitud de amantes, un apartamento en un ático, que daba a las lagunas de Nueva Venecia, y un Ferrari 250 GT de 1962 descapotable. Contaba con docenas de amigos y asistía a fiestas en las que había drogas digitales. Además, no tenía problemas de peso, ni un piso mugriento en Wilhelmsburg ni ningún vecino albanés. Se moría de ganas de volver a entrar.

Pero antes tenía cosas que hacer.

A decir verdad, aunque detestara vivir en aquel barrio, habría podido permitirse el lujo de mudarse en cualquier momento. Lo único que le impedía decidirse eran las preguntas que surgirían sobre cómo había conseguido amasar semejante fortuna. Tenía siempre enchufado a la corriente un potente electroimán de cinco kilos, que podía activar simplemente pulsando el interruptor y deslizarlo rápidamente sobre los discos duros para destruir los datos que contenían. Las pruebas.

Por si llegaban a presentarse.

Jugaría a *Virtual Dimension* enseguida. Previamente, sin embargo, tenía que atender sus negocios. Estaba sentado ante una tecnología de miles de euros que requería actualizaciones, mantenimiento y ampliaciones constantes. Para costear los gastos, desviaba grandes sumas de dinero de todas partes del mundo y las ingresaba en las cuentas que también tenía por todo el mundo.

Pero él era más que un mero defraudador: era un artista. Nadie lo investigaba de momento, porque nadie tenía conocimiento de que el dinero había desaparecido. Cada institución, organismo o compañía a la que había defraudado sufría de inmediato el ataque de un virus informático que borraba datos, destruía archivos y eliminaba las huellas de su intromisión. Cada virus era distinto. Cada uno de estos, una creación única, singular. Una obra de arte.

Y el mayor virus de todos —el troyano de los troyanos— era el virus Klabautermann: su obra maestra en programación destructiva.

Porque el obeso y solitario Roman Kraxner —veintiocho años, ciento ochenta kilos, sin título universitario, pero con una calificación máxima de bachillerato y un coeficiente intelectual de 162, afincado en un mugriento apartamento de tres habitaciones de Wilhelmsburg— era uno de los *hackers* y defraudadores de Internet más exitosos del mundo.

Y ya era hora de que se pusiera a trabajar.

## Capítulo catorce

Müller-Voigt trajo al salón una bandeja con una jarra de café y un par de tazas. Fabel observó que el servicio era de una refinada porcelana blanca y de un diseño elegante, sobrio y moderno. Había visto ese mismo juego de café en los almacenes Alsterhaus de la avenida Jungfernstieg y había sentido la tentación de comprarlo, pero al final había decidido que no podía justificar semejante gasto. Su mesura frisia se había impuesto a su *savoir faire* hamburgués.

Mientras el senador estaba en la cocina, el comisario había cogido la pequeña escultura que estaba en el centro de la mesita de café, y la había examinado. Era una pieza modernista; una especie de dragón estilizado. No carecía de cierta belleza, pero, al mismo tiempo, había algo en ella que lo inquietó. Era un pedazo inanimado de bronce, mas daba la impresión de que se retorciera mientras lo examinaba. Volvió a dejarlo en su sitio cuando reapareció su anfitrión.

—¿Le gusta? —dijo el senador mientras dejaba la bandeja en la mesa—. Me lo hicieron por encargo. Es una representación de Rahab, el antiguo demonio del mar hebreo, creador de las tempestades y padre del caos.

—Extraña elección —dijo Fabel, aún con los ojos en la pieza de bronce, casi esperando verla contorsionarse y retorcerse.

—Representa a mi enemigo, si quiere —añadió el político—. Un monstruo que estamos creando nosotros a partir de la naturaleza. —Se interrumpió para pasarle al comisario la taza—. Bueno, como le iba diciendo, hablé con los organizadores de la conferencia en la que había conocido a Meliha, y les pedí que revisaran sus listas de delegados y asistentes. No era una conferencia abierta al público, y todos los que asistían lo hacían con rigurosa invitación y debían registrarse. Pero no conservaban ningún registro de ella. Yo había visto su placa de delegada, Fabel. Todos debíamos facilitar una fotografía para esa placa de identificación, además de una serie de datos personales, por motivos de seguridad. Como ciudadana extranjera, ella habría tenido que mostrar su pasaporte para certificar su identidad. Ese es uno de los motivos, por cierto, por



los que le he dicho antes, cuando me lo ha preguntado, que no podía tratarse de una ilegal. De lo contrario, con la actual psicosis de seguridad, no la habrían dejado acceder al Centro de Congresos. Es más, yo me atrevería a afirmar que es totalmente imposible que Meliha hubiera podido estar allí si no hubiese figurado en el registro y no hubieran comprobado sus datos.

—Los errores administrativos existen. Quizá sus datos fueron eliminados accidentalmente.

—Humm... Del mismo modo que su correo electrónico ha desaparecido de mi ordenador...

—Pero eso sí sabemos que ocurrió por culpa de un virus informático.

—Una gran coincidencia pese a todo, ¿no cree?

—Supongo... —A decir verdad, si había algo en lo que el comisario en jefe no creía era en las coincidencias.

—¿Y quién dice que el virus Klabautermann no tiene objetivos específicos?, ¿que no es un instrumento para borrar información cuidadosamente seleccionada, escudándose en una destrucción masiva de datos?

Fabel se echó a reír y replicó:

—Lo lamento, Herr senador, pero creo que estamos metiéndonos en la zona resbaladiza de las teorías de la conspiración.

—¿Usted cree? —Müller-Voigt le ofreció más café. Fabel aceptó, aun sabiendo que lo lamentaría más tarde. Tenía muy poca tolerancia a la cafeína y le constaba que una segunda taza lo mantendría despierto toda la noche. Susanne se burlaba de él a veces, diciéndole que eso le pasaba porque lo único que había tomado durante su juventud en Frisia oriental era té. De todas formas, intuía que no sería solo el café lo que le impediría conciliar el sueño.

Afuera ya había oscurecido. Fabel notó que la luz del salón aumentaba automáticamente para compensar la diferencia de luminosidad.

—Escuche, Herr Müller-Voigt, tengo que hacerle esta pregunta: ¿Le dio usted dinero, regalos o algo de valor a Meliha?, ¿o tal vez alguna información que pueda tener interés o resultar útil...?

—¡Ah, ya! —lo interrumpió el político—. Usted piensa que me han tendido una trampa sexual. No hay peor idiota que un viejo idiota, ¿no es eso?

Fabel quiso protestar, pero el senador alzó la mano, replicando:

—No lo culpo. Debo reconocer que se me ha pasado la idea por la cabeza, pero la respuesta es que no. No podría afirmar sinceramente que jamás le haya transmitido nada que tuviera un valor material, comercial o político. Nos convertimos en amantes. Así de simple y así de complicado. Y ahora ha desaparecido, y yo he de esforzarme para convencerlo a usted de que existió. Yo mismo empiezo a tener que hacer un esfuerzo para convencerme de ello.

—Las personas existen o no existen, Herr senador. Y si existen dejan huellas tangibles.

—Eso creía yo también. Cuando se me agotaron las ideas, recurrí a una amiga que tengo en el Departamento de Educación. Le pedí que efectuara una comprobación a través de su propio contacto en la Universidad de Estambul, y le comuniqué el período aproximado durante el cual yo calculaba que Meliha habría estado estudiando.

—Y tampoco su amiga sacó nada —dijo Fabel, dándolo por supuesto más que preguntándolo.

—Por eso le he dicho antes que no es que Meliha se haya ido: es que ha desaparecido. No solo físicamente; también, por lo que veo, de cualquier clase de registro público. Es casi como si hubieran pulsado un botón y la hubieran borrado del mapa.

Un denso silencio se instaló entre ambos. El detective miró fijamente su taza de café y reflexionó en lo que Müller-Voigt le había dicho. Había oído contar historias de esa clase. La gente enloquecía de angustia cuando desaparecía una persona, y acababa ideando una gran conspiración para tratar de comprenderlo. Pero él estaba seguro de que este no era el caso. Lo que aquel hombre le estaba explicando era totalmente absurdo, pero él, sin embargo, lo creía a pies juntillas.

—Si lo que dice es cierto... No, mejor dicho: si lo que sospecha es cierto, se requerirían unos recursos enormes y una gran organización. ¿Me está diciendo que el Gobierno, o algún gobierno, está detrás de todo esto? Antes ha comentado que usted creía que Meliha estaba metida en algún asunto que podía ponerla en peligro. ¿A qué se refería exactamente?

Müller-Voigt lo miró un momento, como estudiándolo, y le dijo:

—¿Recuerda lo que le he explicado: que en tiempos estábamos más conectados con la naturaleza?, ¿que sabíamos descifrar nuestro entorno?

Fabel asintió.

—Me interesa que lo tenga presente. ¿Ha oído hablar del Proyecto Pharos?

El comisario recordó el cartel que había visto junto a la autopista cuando llevaba a Susanne al aeropuerto: el simbolismo exagerado del faro en medio de la tormenta.

—En realidad, no —respondió—. Algo he oído, pero no sé gran cosa del asunto.

—El Proyecto Pharos es, supuestamente, una organización de tipo medioambiental detrás de la cual hay un inmenso grupo empresarial dirigido por su fundador. La central europea de ese proyecto está, lo crea o no, a solo unos kilómetros de aquí. Hay un viejo faro inutilizado en la costa, justo al norte de Hörne. Ellos han reformado el faro original y añadido un enorme edificio al lado. Al edificio lo llaman Europa Pharos. Debería verlo; es una bella obra arquitectónica y, por supuesto, autosuficiente desde el punto de vista ambiental. Se adentra en el agua sobre unos pilares. Al parecer, hay otro edificio en la costa de Maine, el América Pharos. En todo caso, el proyecto utiliza su estatus como

grupo de investigación medioambiental, y sus influencias como grupo de presión, para no ser catalogado como un movimiento religioso o filosófico, ni como una organización descaradamente política.

—¿Pretenden encubrir que se trata de una secta?, ¿es eso lo que está diciendo?

—Usted ha conocido hoy a Fabian Menke, de la BfV. Yo he tenido ocasión de hablar con él del Proyecto Pharos, y me ha reconocido que es un grupo que sus hombres están vigilando. Muy atentamente, por cierto.

—Eso..., humm, ¿no le preocupa? Quiero decir, el hecho de que la BfV investigue una organización medioambiental. Al fin y al cabo, usted es el más franco defensor del ecologismo de Hamburgo.

—Vamos a dejar una cosa bien clara: el Proyecto Pharos no tiene nada que ver con ninguna de mis convicciones. Ese proyecto es una secta. Más aún: una secta peligrosa y maligna. Debería hablar del tema con Menke.

—¿Y qué conexión tenía Meliha con ese grupo?

—Ella era muy reservada sobre su trabajo, pero, como le he dicho, me llevé la impresión de que era una especie de investigadora de alguna organización, aunque ignoro cuál. O tal vez una periodista de investigación. Una vez más, la he buscado en Internet y no encuentro el menor rastro de que haya colaborado en revistas, periódicos o canales de televisión. En todo caso, sé que estaba reuniendo toda la información posible sobre el Proyecto Pharos. También se interesó por lo que yo sabía del asunto, que resultó ser mucho menos de lo que conocía ella.

—¿Y qué es lo que sabe usted?

—Bueno, he investigado bastante desde que ella desapareció. Y he conseguido sacarle a Menke algunos datos. Nada de lo cual suena bien. El proyecto cumple todos los criterios para ser catalogado como una secta peligrosa: su estructura es tremendamente dictatorial y sus líderes, en particular Dominik Korn, son venerados como semidioses; se exige a sus miembros que donen todos sus bienes a la organización; tiene una especie de ideología apocalíptica; ejerce un control absoluto sobre sus adeptos y muestra una actitud increíblemente hostil y agresiva contra cualquier persona crítica.

—¿Y usted cree que esos métodos agresivos han sido dirigidos contra Meliha?

—¿Recuerda lo que le he dicho: que ya no conectamos con el medio ambiente? Pues esa desconexión es justamente lo que el Proyecto Pharos, y en concreto su líder, Dominik Korn, propugna abiertamente. Él considera que la mejor manera de salvar el medio ambiente es eliminar de él a la humanidad.

—¿Y cómo se proponen conseguirlo?

—En general, las sectas creen en algún momento de epifanía: el Día del Juicio, Ragnarök, el Apocalipsis... El Proyecto Pharos no es distinto en este sentido. Ellos creen en un acontecimiento que llaman la «consolidación». No sé más. Creo que Menke le podrá dar más detalles. A mí solo estaba dispuesto a contarme hasta cierto punto; pero usted no es un político, es policía.

—¿Y usted cree que la desaparición de Meliha está relacionada con la secta de Pharos?

—A ellos no les gusta que nadie los investigue o los critique. Y Meliha parecía estar indagando en sus actividades antes de desaparecer. —Müller-Voigt hizo una pausa—. Voy a llegar hasta el final de este asunto, Fabel. Lo haré sin su ayuda si es necesario. Me resultará más difícil, pero lo haré. La pregunta sigue en pie: ¿querrá ayudarme?

—Como usted mismo ha dicho, no hay pruebas de asesinato. Ni siquiera hay prueba alguna de que esa joven haya existido, por lo que usted me ha explicado. Yo, sencillamente, no puedo iniciar una investigación oficial de la brigada de homicidios basándome en lo que me ha contado.

—¿Está diciendo que no me ayudará?

—No he dicho eso. Voy a investigar. Dios sabe que ya tengo bastante trabajo con ese caso del Asesino de la Red. Pero miraré a ver qué puedo hacer. Lo que no tiene sentido es que vea usted el cuerpo que encontramos. Era solamente un torso: sin cabeza, brazos ni piernas.

Fabel observó cómo el político palidecía intensamente a pesar del bronceado. Por un instante temió que fuese a vomitar.

—Escuche, senador. Me parece improbable que sea Meliha. Nosotros creemos que el cuerpo fue desmembrado para impedir la identificación. Por lo que usted me ha dicho esta noche, la identidad de esa mujer no figura en ningún registro. Deme unos días y veré qué consigo averiguar.

—Gracias. Se lo agradezco. ¿Puedo pedirle otro favor? ¿Sería posible que todo esto quede entre nosotros..., al menos por el momento?

—De acuerdo, Herr senador.

No era una investigación oficial, al fin y al cabo. Todavía.

—Habrá de reconocer, de todos modos —añadió—, que no me ha dado gran cosa para ponerme en marcha. ¿No se le ocurre ningún dato sobre Meliha que pueda serme de ayuda?

Müller-Voigt soltó una risita triste y amarga, y le dijo:

—Después de que desapareciera, me di cuenta de lo poco que sabía de ella realmente. Cada vez que pensaba en hablar con usted —o con alguien como usted— sobre su desaparición, me daba cuenta de que casi no podía explicar nada sobre esa joven. Pero yo la conocía. La conocía tan bien como si hubiéramos pasado toda la vida juntos. Conocía su esencia, si usted quiere. —Reflexionó un momento—. Ella era kemalista. Ya sabe, por Mustafa Kemal Atatürk, el padre de la Turquía moderna. Atatürk es una figura trascendental para muchos turcos porque creó algo que era radicalmente distinto de lo que había habido hasta entonces. Sencillamente, repensó el concepto de Turquía y le confirió la forma de una república secular progresista. Convenció a una nación entera para que dejara el pasado atrás y abrazara un futuro que no habían

imaginado siquiera. Entiendo que sea una figura tan inspiradora para los turcos. Como le he dicho, Meliha era una apasionada defensora del medio ambiente. Y esa era su gran obsesión: pensaba que el mundo necesitaba un « Atatürk del ecologismo » ; alguien capaz de repensar nuestra forma de vida. Siempre me acusaba a mí, y a otros como yo, de ser « ecologistas pop » . Meros diletantes.

—No veo cómo...

—« *Hell hath no fury like a woman scorned* » —recitó Müller-Voigt en inglés

—. ¿Está familiarizado con Shakespeare, Herr Fabel?

—Es de Congreve —dijo Fabel—: « *Heaven has no rage like love to hatred turned, nor hell a fury like a woman scorned* » [2]. No es una obra de Shakespeare, sino de Congreve.

—Por supuesto —aceptó Müller-Voigt, sonriendo—. Se me olvidaba que es usted un policía muy culto, ¿no es así, Herr Fabel? En todo caso, yo diría que Meliha sentía una furia semejante. No porque hubiera sido desdén en sentido romántico, sino en sentido filosófico. Ella era una gran admiradora de Dominik Korn, de sus ideas ecologistas. Al menos del Dominik Korn del principio cuando presentó su visión inicial del Proyecto Pharos. Yo creo que lo vio como la gran esperanza para el futuro del medio ambiente.

—¿Su « Atatürk del ecologismo » ?

—Exacto. Pero Korn sufrió una especie de accidente —un accidente de submarinismo, creo— y desde entonces llevó una vida cada vez más recluida. El Proyecto Pharos, que había empezado como una organización genuinamente innovadora en la investigación medioambiental, se convirtió en una extraña secta siguiendo las concepciones filosóficas cada vez más excéntricas de Korn. Meliha estaba verdaderamente obsesionada con esa transformación. Estaba convencida de que era algo peor que una oportunidad perdida. Estaba convencida de que era una traición.

—¿Y usted cree que ella se había embarcado en una especie de misión para desenmascarar a Korn y su proyecto?

—Lo creo muy probable. Si lo que me pregunta es por dónde intentar buscar a Meliha, yo le diría que empiece por Pharos.

—Por cierto, esa fotografía que tiene en el marco digital..., ¿podría darme una copia impresa?

—Se la puedo enviar por correo electrónico. Tengo un nuevo portátil y un correo privado que no están conectados con el sistema del Estado y que, por tanto, no han sufrido el ataque del maldito virus Klabautermann.

—Si no le importa, Herr senador, preferiría una copia impresa.

Müller-Voigt pareció sorprendido por un instante.

—Bueno... Me parece que tengo una en mi despacho. Haré que se la manden al Präsidium mañana por la mañana con un mensajero. O si no, puedo imprimírsela en cuanto me devuelvan mi viejo ordenador. Ahora lo están

desinfectando, o como demonios se llame lo que hacen para recuperar los datos.

Mientras arrancaba y se alejaba de la casa, Fabel se sintió asediado por un montón de ideas e inquietudes. La explicación más sencilla de la desaparición de Meliha (y de que no hubiera rastros de su identidad por ninguna parte) le parecía obvia: la joven, por la razón que fuera, le había dado a Müller-Voigt un nombre falso. Eso explicaría lo sucedido en la conferencia: ella sí tenía una placa oficial de delegada, pero bajo otro nombre, y, una vez que se hubo presentado como Meliha Yazar, al senador no se le había ocurrido mirar el nombre de la placa. Tal vez la joven era, en efecto, periodista de investigación, o pertenecía a uno de esos grupos ecologistas radicales de los que Menke había hablado, y, simplemente, pretendía ganarse la confianza de un miembro influyente del Gobierno de Hamburgo.

Sí..., era lo más lógico: que ella hubiera utilizado un nombre falso. Y sin embargo, por algún motivo, mientras conducía en la oscuridad junto a las orillas del canal, que se elevaban en aquel tipo de *knick* al que Müller-Voigt se había referido, Fabel no acababa de creerlo.

Tal vez fuera posible que alguien, de algún modo, hubiera sido capaz de borrar todas las huellas de la mujer que había sido Meliha Yazar.

## Capítulo quince

A la mañana siguiente, cuando llegó al Präsidium, Fabel se sentía cansado e irritable. No se había equivocado respecto al café: lo había mantenido despierto la mitad de la noche. O mejor dicho: el café, la ausencia de Susanne a su lado en la cama y el incesante desfile de imágenes parpadeantes en su mente (en el que aparecía una y otra vez la mujer de la fotografía que Müller-Voigt le había enseñado) lo habían desvelado.

—¡Uf, tienes un aspecto fatal...! —le soltó Werner a modo de saludo cuando el comisario salió del ascensor—. ¿Resaca?

—¡Ojalá! —respondió—. Insomnio. ¿Cómo va el asunto del Asesino de la Red? ¿Ya tenemos las órdenes judiciales?

—Anna dice que hay cuatro direcciones donde podemos efectuar un registro esta tarde. Propone que nos reunamos a las tres y procedamos a hacerlo simultáneamente. Nos vendrían bien unos cuantos agentes uniformados en cada punto.

—Yo me encargo.

Anna Wolff salió del despacho que compartía con Henk Hermann y saludó a Fabel.

—Tiene un aspecto horrible...

—Eso ya lo hemos hablado —la interrumpió Werner—. Alega que ha sido el peso de su intelecto lo que lo ha tenido despierto toda la noche, pero yo apostaría más bien por una botella de malta.

—Cuando hayas terminado... —dijo Fabel—. Dime una cosa, ¿tú me enviaste ayer un mensaje de texto?

—¿Yo? —Werner frunció el entrecejo—. No..., yo no.

—¿Y tú, Anna?

—Yo tampoco, *Chef*. ¿Es importante?

—No lo sé. No..., seguramente, no. Lo único que decía era *Poppenbütteler Schleuse*.

—Suenan como si se lo hubieran mandado por error —dijo Anna—. ¿Conoce a alguien que viva en Poppenbüttel?

—La verdad es que no. ¿Puedo hablar un minuto con vosotros dos?

Werner y Anna lo siguieron a su despacho.

—Sé que estamos muy agobiados de trabajo, pero he de comprobar un par de cosas esta mañana —les expuso Fabel—. Podéis llamarme al móvil si me necesitáis. Antes de irme, me encargaré de reclutar a los agentes uniformados para las redadas de esta tarde. Les diré que vengan a las dos y media. ¿Te ocuparás tú de informarlos, Anna?

—Claro. Aquí están las cuatro direcciones. Me temo que están diseminadas por toda la ciudad. Por cierto, el director general Van Heiden lo estaba buscando. Lo ha llamado hace unos quince minutos.

—Está bien. —Pero la idea de «qué querrá ahora» se le pasó por la cabeza —. Hay un asunto que me gustaría que me investigarais los dos. Es posible que no esté relacionado con ningún caso, pero necesito información sobre una organización llamada Proyecto Pharos. De momento no es nada oficial, ya digo, pero cabe la posibilidad de que tenga algo que ver con el cadáver que apareció ayer. He hecho un nuevo amigo en la BfV, así que voy a preguntarle también si nos puede dar información sobre Pharos. ¿A vosotros os suena de algo?

Werner, que aún estaba tomando notas, meneó la cabeza e inquirió:

—¿Es *Faros* con efe o con pe y hache...?

—Con pe y hache..., al modo griego —informó Fabel—. Lo dirige un tipo llamado Dominik Korn.

—Yo sí he oído hablar de ellos —terció Anna—. Creía que era un grupo ecologista como Greenpeace.

—Nada de eso —dijo el comisario en jefe, echándose a reír—. Yo soy miembro de Greenpeace, pero no me verás cerca de esa gente de Pharos. Al parecer, empezó como un grupo legal, pero ahora da la impresión de que se ha convertido en una secta peligrosa.

—Le echaré un vistazo —se ofreció Anna, mirando con una sonrisita a Werner—. Al menos sé cómo se deletrea.

—¿Algo más, antes de que me vaya? —preguntó Fabel.

—Solo que tenemos un homicidio potencial en el Schanzenviertel. Estamos esperando a ver si la víctima sobrevive. El pobre tipo tiene quemaduras en el sesenta por ciento del cuerpo.

—¿Cómo ha sido?

—Uno de esos incendios de coches que salió mal.

—¿Un coche incendiado? —El humor de Fabel se ensombreció al recordar su conversación del día anterior con Menke, el hombre de la BfV—. ¿Y dices que murió alguien?

—El dueño salió corriendo al ver su coche en llamas —explicó Werner—,



pero los atacantes habían arrojado dentro del vehículo varios recipientes llenos de queroseno que prendieron justo cuando el pobre idiota llegaba junto al coche. Se convirtió en una antorcha humana, según parece.

—Fantástico —explotó el comisario—. Ya me imagino para qué me llamaba a primera hora el director general Van Heiden. Será mejor que le devuelva la llamada. Nos veremos de nuevo aquí hacia la una y media para preparar las redadas.

Cuando Werner y Anna se fueron, Fabel cogió la lista de direcciones que esta le había dado y llamó a la sala de control del Präsidium para que asignaran agentes de apoyo a cada redada. Explicó que habría por lo menos dos detectives de la brigada de homicidios en cada dirección y pidió que mandaran a un par de agentes uniformados de las comisarías respectivas.

Van Heiden aceptó en el acto la llamada de Fabel. Se trataba exactamente de lo que este había imaginado: la reacción del director general a la noticia del coche incendiado. Él intuyó que su jefe se regodeaba un poco recordando a todo el mundo la clarividencia que había demostrado al afirmar que «alguien acabará muerto tarde o temprano».

Desde luego, el grueso de la conversación lo dedicó a señalarle a su subordinado lo importante que era —suponiendo que muriese la víctima— que los agresores fueran detenidos con celeridad. Fabel nunca entendía por qué sentía Van Heiden la necesidad de recalcar la importancia de un caso en particular: como si él no se tomara en serio la pérdida de una vida humana sin necesidad de que se lo subrayaran desde las altas instancias. Para él, cualquier asesinato se destacaba ya lo bastante por sí mismo.

—Quizá este caso tenga más trasfondo de lo que parece, Fabel —dijo Van Heiden—. Y hay otro motivo para darle prioridad: la víctima, el dueño del Mercedes, es un tal Daniel Föttinger, un personaje muy importante en el mundo de las tecnologías medioambientales. Tanto que es uno de los organizadores de la cumbre «Hamburgo, problemas globales».

—Entonces, ¿opinas que es un asunto político?, ¿que iban deliberadamente a por él y que estamos ante un intento de asesinato?

—Podría ser. Como mínimo, no me gusta la coincidencia. Me parece que aquí es donde entra en juego tu especial talento. No sé si podremos demostrar premeditación, quizá resulte difícil. Pero dudo que acabe siendo intento de asesinato.

—¿No crees que salga de esta?

—Según el hospital, tendrá suerte si aguanta las próximas veinticuatro horas.

Después de colgar, Fabel introdujo en el buscador de Internet el nombre de Daniel Föttinger. A medida que estudiaba los resultados, su inquietud fue en aumento. Deseaba con toda su alma que no se tratara de otro homicidio, fuera en grado de intento o no. La brigada ya estaba saturada con el caso del Asesino de la

Red. A lo cual se añadía el torso aparecido en el Fischmarkt y su posible relación con la mujer que, según Müller-Voigt, había desaparecido. Pero cuanto más leía acerca de Tecnologías Medioambientales Föttinger y de su director general y principal accionista, Daniel Föttinger, menos creíble le parecía que el incendio del coche hubiera sido un ataque al azar.

Había otra cosa que lo inquietaba: Föttinger y Berthold Müller-Voigt aparecían en fotografías tomadas en diversas recepciones, siempre con aire de ser muy amigos. Aunque, por otro lado, pensó, no era de extrañar que el senador de Medio Ambiente de Hamburgo y la figura más importante del mundo de las tecnologías medioambientales se hubieran tropezado con frecuencia; máxime cuando Föttinger era uno de los organizadores de la cumbre «Hamburgo, problemas globales».

Pero pese a ello, no conseguía librarse de una sensación peculiar en las tripas. Un mal presentimiento.



Fabel fue en coche a la dirección de Meliha que Müller-Voigt le había dado. Era un bloque de apartamentos de los años sesenta, con galerías que miraban a la arboleda y al pequeño lago del Wandsee. Encontró el apartamento en el tercer piso y, tal como le había dicho el senador, los postigos estaban cerrados. Llamó a la puerta contigua y le abrió una cuarentona menuda, de cabello amarillo pajizo y raíces oscuras. La mujer lo examinó con recelo y musitó algo así como que no quería comprar nada antes de que él le mostrara su identificación de policía. Su expresión pasó del recelo a la abierta hostilidad.

—Estoy buscando a la mujer que vivía en la puerta de al lado. Meliha Yazar. ¿Sabe dónde o cuándo podría encontrarla?

—Ya vino alguien hace unos días a preguntar lo mismo. Aunque no era un policía. Le digo lo mismo que le dije a él: ese apartamento no ha estado ocupado desde hace un par de meses. Y era una familia —una familia alemana— la que vivía ahí.

—¿Quién es el dueño del edificio? —preguntó Fabel.

—Este edificio es público. No hay dueño; pertenece a la ciudad y al estado de Hamburgo, señor.

El comisario dio las gracias a la mujer y se retiró. Mientras bajaba a buscar el coche llamó al Präsidium y le pidió a Henk Hermann que se pusiera en contacto con el Gobierno de la ciudad y consiguiera los registros de alquiler de los apartamentos.

Acababa de subir al coche cuando sonó el teléfono. Vio que la llamada era de la brigada.

—Hola, Henk, qué rápido...

—*Chef*, soy Anna. Será mejor que vuelva aquí. Parece que el Asesino de la Red ha vuelto a actuar: un cuerpo de mujer arrojado a un canal de la ciudad. Werner ya está en el lugar.

—Mierda... —Eché un vistazo al reloj—. Tendrás que encargarte tú sola de la sesión informativa de esta tarde. Me encontraré con Werner en el escenario del crimen. ¿Dónde ha aparecido la víctima?

Anna hizo una pausa antes de responder. Fabel habría jurado que la oía inspirar hondo.

—No se lo va a creer, *Chef*—dijo al fin—. Werner está en Poppenbüttel. El Asesino de la Red ha arrojado a su última víctima a la esclusa del Alster de Poppenbütteler Schleuse.

## Capítulo dieciséis

Tal como le habían ordenado, Niels no había regresado a la casa okupa.

Tras el ataque al Mercedes con la bomba incendiaria, Harald había acelerado la moto robada y recorrido la ciudad, sin hacer caso de las instrucciones de Freese para que no corriera tanto. El exceso de velocidad podía llamar la atención de la policía. Pero Niels notó que a Harald le había entrado pánico, cosa que lo convertía en un estorbo. Por mucho que le había gritado al oído, no había obedecido hasta que le clavó el cañón de la automática en la mejilla. Cuando se detuvieron, le dijo a Harald que bajara despacio hacia el río, sin hacer nada sospechoso que pudiera incitar a la policía a darles el alto. El plan original era salir de la ciudad, llevar la moto al bosque e incendiarla para destruir cualquier prueba. Pero Niels había supuesto que la policía daría muy pronto la alerta con la descripción de dos hombres en una moto, así que había ordenado a su compinche que bajase al puerto, a una zona tranquila de los muelles donde había un embarcadero que se adentraba en el Elba.

Una vez allí, Harald había desmontado, se había quitado el casco y lo había arrojado al suelo de hormigón del embarcadero con tanta fuerza que rebotó un par de veces.

—¡Está muerto! —había gritado—. ¡O sea, muerto, joder! Nos condenarán de por vida. ¿Y de dónde ha salido esa puta pistola? ¿Es que pensabas matarlo de todos modos?

Niels no respondió. Echó un vistazo al embarcadero, a la calle adoquinada de acceso y a la ciudad que se alzaba detrás. Ya había estado allí otra vez, haciendo exactamente lo mismo. Y esa otra vez había tenido exactamente la misma sensación. De hecho, había estado allí miles de veces. Pero al mismo tiempo sabía que nunca había estado allí.

Continuó sin responder a Harald, cogió la moto por el manillar, la llevó hasta el extremo del embarcadero, la dejó caer y miró cómo se hundía en la negra agua. Luego se quitó el casco, le dio impulso con el brazo extendido, como si

fuera un lanzador de disco, y lo arrojó al agua lo más lejos que pudo. Recogió del suelo el casco rayado de Harald y repitió la operación. Esta vez sufrió un tirón en el hombro a causa del esfuerzo y soltó una maldición mientras la punzada de dolor le recorría los músculos. Estaba seguro de que los cascos flotarían, pero confiaba en que se deslizaran por el centro de la corriente; quizá no los encontrarán nunca.

—Si nos atrapan, y o les diré que no sabía una puta mierda de la pistola. O que estaba previsto que ese tipo acabara muerto. —Harald había asentido enfáticamente—. Toda la responsabilidad es tuya, Niels. Yo me uní a los Guardianes para proteger el planeta, no para asesinar gente.

Niels Freese había vuelto a observar el lugar donde se había hundido la moto en el Elba. La profundidad allí debía de ser aproximadamente de dos o tres metros, pero el agua estaba lo bastante negra como para ocultar la moto. Cuando se volvió, fue como si no hubiese oído, o no hubiera estado escuchando, lo que Harald acababa de decir. Pero lo miró, tratando de descifrar quién era o qué era. En el mismo momento en que el dueño del Mercedes había ardido, el cerebro de Niels se había encendido con el resplandor igualmente violento de una epifanía. Ahora entendía la verdad de todas las cosas. Había tenido la revelación instantánea de que el medio ambiente que tanto le importaba era una especie de proyección de otra realidad distante; y también se le había revelado que no era él, Niels, quien padecía la discapacidad. Se dio cuenta de que eran todos, absolutamente todos los demás los que no percibían el universo como él. Eran ellos los engañados, pero él, no.

Harald lo había mirado atónito cuando lo apuntó con la automática y le ordenó que se colocara al final del embarcadero: exactamente en el mismo punto donde había caído la moto al agua. Era una evidencia en sí misma, había pensado Niels, que Harald no existía, o al menos que no existía en un sentido real. El propio Harald tenía que haberse dado cuenta de lo que iba a sucederle al situarse al final del embarcadero, y sin embargo, no había hecho el menor amago de resistirse.

Freese se había oído reír a sí mismo de nuevo. Nunca había usado una pistola, de modo que los tres primeros disparos no rozaron siquiera a Harald, que ahora se encogía y lloraba como un niño. Suspirando, Niels se había acercado y le había apuntado a la cabeza a menos de un metro de distancia. Entonces le había disparado cuatro veces al cráneo.

Había contemplado cómo caía hacia atrás el encogido cuerpo de su compañero desde el embarcadero a las aguas del Elba, y había suspirado una vez más mientras observaba cómo se alejaba flotando el cadáver del ecoterrorista. Un penacho rojo oscuro le salía de la cabeza y se abría como una flor en las turbias aguas. Había sido un esfuerzo inútil arrojar los cascos tan lejos y descoyuntarse el hombro. Ahora veía claramente que había una corriente muy

cerca del embarcadero que los habría arrastrado.

Eso era lo que pasaba con esta falsa realidad: nunca podías fiarte de la lógica de sus leyes físicas.

## Capítulo diecisiete

Poppenbüttel quedaba al norte del centro de la ciudad, en el distrito Alstertal de Wandsbek, y marcaba el límite entre Hamburgo y Schleswig-Holstein. Este era otro de los lugares que, en varias etapas de su historia, habían sido alemanes o daneses. En la actualidad, era una de las zonas menos densamente pobladas de Hamburgo, donde el paisaje de la ciudad se veía interrumpido por grandes espacios verdes de parques y bosques. Durante doscientos años, el Poppenbütteler Schleuse había proporcionado a la ciudad dos servicios. Su función principal, como parte de un sistema integrado de canales y esclusas, había sido siempre controlar el caudal del Alster hacia el centro de Hamburgo, asegurando un nivel constante del agua en la ciudad. Pero la gente lo conocía mucho más por su segunda función: detrás de las compuertas de la esclusa del Poppenbütteler Schleuse se había formado una extensión acuosa a medio camino entre un estanque profundo y un pequeño lago; casi una versión en miniatura de los tres lagos Alster —el Pequeño, el Interior y el Exterior—, que se encontraban en el centro de la ciudad. Todos los fines de semana y durante las vacaciones, la gente iba a nadar a ese estanque, o alquilaba un bote para remar por sus plácidas aguas. El lugar quedaba oculto tras una densa barrera de árboles y rodeado por el espacio verde del parque Henneberg. Era, pensó Fabel mientras aparcaba, el sitio ideal para arrojar un cadáver: situado dentro de la ciudad y conectado con una serie de avenidas, pero al mismo tiempo aislado y recoleto.

Cuando el comisario llegó allí, la policía uniformada ya había acordonado el escenario del crimen con cinta de plástico, aunque Holger Brauner y su equipo no se habían personado aún para montar su tienda forense. Fabel estacionó frente a Saseler Damm, junto al puesto de alquiler de canoas. Mientras caminaba a lo largo de la orilla, vio a un par de agentes que hablaban en voz baja con un hombre de mediana edad y cara muy pálida, aferrado a su caña de pescar como si fuese una cuerda de salvamento.

Werner Meyer lo esperaba en el camino de sirga que discurría junto al lago.

Detrás de él, a unos veinte metros, yacía boca abajo el cuerpo desnudo de una joven. Tenía la cabeza vuelta de lado y el húmedo pelo esparcido por la cara. A diferencia del torso hallado tras la tormenta, este cuerpo no parecía a simple vista un cadáver. De no ser por el tiempo inclemente, habría sido fácil confundirlo con el de una mujer tomando el sol.

—Supongo que la ha encontrado nuestro pescador, ¿no?

—Sí —dijo Werner—. ¿Dónde estabas? He tratado de localizarte en el móvil. No conseguía comunicarme contigo.

—¿En serio? —Fabel se extrañó—. Lo he llevado encima toda la mañana. ¿Quién la ha sacado del agua?

—Un par de guardias locales. El tipo de la caña ha avisado con su móvil. Los agentes pensaban que podía tratarse de un suicidio, pero después han visto las marcas que tiene en el cuello y la garganta. Y obviamente, el Asesino de la Red está en la mente de todos.

—Vamos a echar un vistazo. —Fabel tomó los guantes de látex que Werner le tendía y se los puso. Levantaron la cinta de plástico y pasaron. Acucillándose junto al cuerpo, el comisario jefe le apartó de la cara las hebras de oscuro cabello. La chica tendría unos treinta años, calculó, y daba la impresión de que se mantenía en buena forma física. Le examinó las manos, empezando por las uñas, buscando fracturas en los dedos o abrasiones en las palmas, el dorso o las muñecas. Nada. Por lo que se apreciaba, no había signos de heridas defensivas. Igual que en las otras mujeres.

Volvió el cuerpo boca arriba. Lo hizo con delicadeza, como si temiera hacer daño a alguien que, evidentemente, estaba más allá de todo daño. La piel pálida y brillante de la mujer resaltaba sobre el asfalto mojado del camino de sirga. Le apartó nuevamente un mechón de la cara. Tenía los ojos cerrados; los labios, de un leve tono azul, le habían quedado entreabiertos. Era, o había sido, una chica guapa. Le levantó los párpados con cuidado; el blanco de los ojos estaba enrojecido y surcado de capilares rotos: hemorragias petequiales, un signo inequívoco de estrangulamiento. Examinó el rostro y siguió la curva del cuello: había otra hemorragia petequeial, esta vez un rombo de piel lívida en la garganta, justo por encima de la escotadura yugular, en el punto donde las clavículas se unían al esternón. Observó que tenía solo una ligera magulladura en el cuello, allí donde el asesino había presionado con los dedos para hundir a continuación los pulgares y aplastarle la laringe. La magulladura era muy limitada, dedujo Fabel, porque la muerte había sido rápida y no había dado tiempo a que se formara un moretón.

—Lo hace limpiamente, debo reconocérselo —le dijo a Werner, incorporándose—. No nos deja nada para continuar investigando.

—En efecto, pero ahora parece estar jugando —contestó Werner—. Y eso acabará siendo su perdición. Estos chalados siempre terminan haciendo estas



cosas. Es como si quisieran que los atraparan.

—¿De qué estás hablando, Werner?

—Bueno, yo diría que es bastante obvio que está intentando comunicarse. Me refiero al mensaje de texto. Ese por el que nos has preguntado a Anna y a mí. Tiene que haber sido él.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué cambia de repente su modo de actuar? Nunca nos había dado una pista. Lo más raro del asunto, en todo caso, es que el mensaje parecía proceder del número de Susanne.

Fabel sacó su móvil y lo abrió.

—Mira. —Empezó a repasar la lista de mensajes—. Un momento, enseguida... —Hizo una mueca.

—¿Qué ocurre, Jan?

—Este maldito...

—¡Ah, mierda...! —Werner lo interrumpió, dándole unos golpecitos en el brazo con el dorso de la mano y señalándole hacia el lado por el que habían venido. Fabel se dio media vuelta y vio a Horst van Heiden caminando hacia ellos con paso decidido.

—Joder —masculló entre dientes Fabel—. ¿Cómo se las ha arreglado para llegar antes que el equipo forense? Debe de tener una conexión permanente con el centro de operaciones. —Cubrió su irritación con una sonrisa postiza y saludó al director general cuando llegó junto a ellos—. Herr director, no pasa todos los días que te veamos en la escena de un crimen.

—¿Tenemos un nombre? —preguntó Van Heiden, señalando a la figura tendida en el camino.

—Ni siquiera tenemos la ropa. Mucho menos una identificación. Tardaremos un tiempo en averiguar el nombre.

—Pero es una víctima de ese maniaco de Internet, ¿no?

—Tampoco puedo confirmarlo aún. Pero sí, yo diría que hay una elevada probabilidad de que lo sea. El *modus operandi* de arrojar el cuerpo en un canal de la ciudad encaja en el perfil.

—Y encima te envió esa advertencia críptica sobre el lugar del crimen. Es una lástima, Fabel, que no te dieras cuenta de que era un aviso anticipado del sitio donde arrojaría el cuerpo. No es que te culpe tampoco... Nadie se lo habría imaginado.

—¿Cómo es que...?

—He hablado con Frau Wolff. —Van Heiden volvió a observar el cadáver y frunció el entrecejo.

—Supongo que no has venido a comprobar mis dotes de investigación en el lugar del crimen, ¿no? —dijo Fabel.

—No exactamente. Pero hemos de encontrar a este chiflado. Me han dicho que vas a ejecutar esta tarde las órdenes de registro.

—Bueno, se va a encargar Anna. Yo habré de quedarme aquí a supervisarlo todo. No podemos efectuar detenciones en esas redadas, pero la orden nos autoriza a llevarnos los ordenadores al departamento de Kroeger. Quizá tengamos suerte. También voy a darle mi móvil a Kroeger.

—¿Para que rastree quién te envió ese mensaje? —preguntó el director general.

—Bueno, no exactamente... —Fabel resopló—. No consigo encontrarlo. Quizá lo haya borrado sin querer, pero no sé cómo.

—Ya veo... —masculló Van Heiden. Era un hábito suyo ese «ya veo» elíptico cuando hablaba con sus subordinados. De ti dependía interpretar lo que se ocultaba tras la elipsis: «Ya veo... que he escogido al hombre equivocado para el caso. Ya veo... que esta vez la has cagado a base de bien».

—Y estamos dando por supuesto que el mensaje es significativo —dijo el comisario en jefe—. Podría tratarse de una coincidencia.

Van Heiden le echó una mirada: esa clase de mirada que le habría lanzado a alguien que hubiera entrado en el Präsidium proclamando que había sido abducido por extraterrestres.

—Vale —se defendió Fabel—. Sería una coincidencia brutal. Le pediré a Kroeger que investigue. Has dicho que me estabas buscando esta mañana..., ¿para qué?

—Bueno es que, después de nuestra conversación de esta mañana, he pensado que tenía que ponerte al corriente sobre el asunto del coche incendiado en Schanzenviertel. Acaban de informarme de que Föttinger ha muerto. Así pues, tenemos un homicidio involuntario, Fabel, y el caso te corresponde. Aunque quizá nos resulte difícil demostrar que ha sido homicidio, dado que Föttinger estaba dentro del café cuando el coche fue incendiado. Él salió y se expuso a las llamas que lo han matado.

—Quizá eso formaba parte del plan: incendiar el coche para inducirlo a salir —aventuró Fabel—. Pero intuyo que este no es el único motivo por el que has venido aquí.

—No. O al menos no del todo. Quería preguntarte si Berthold Müller-Voigt te dijo algo ayer cuando salisteis de la reunión.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué me lo preguntas?

Van Heiden lo cogió del brazo y lo condujo un poco más lejos para que Werner no pudiera oírlos.

—Escucha, Jan. Ya conoces los rumores sobre el pasado de Müller-Voigt. Las acusaciones publicadas en la prensa sobre su posible vinculación, a principios de los ochenta, con grupos terroristas de extrema izquierda.

—No creo que tuviera nada que ver con terrorismo. Creo que su vinculación nunca pasó de ser política. —Fabel no quería explicarle a su jefe que había hurgado en profundidad en los antecedentes del senador durante la investigación

que lo había puesto en contacto por primera vez con él.

—Tanto si estuvo implicado como si no, a mí me resulta incómodo tener que compartir ciertas informaciones con él, en tanto que miembro del comité de seguridad de « Hamburgo, problemas globales ». Aparte de sus antecedentes, el senador es un cerdo intrigante y manipulador. Me consta que tú tuviste trato con él en el pasado. Solo me preocupaba que estuviera intentando sacarte información.

—Información... ¿sobre qué?

—No lo sé. Lo único que sé es que, antes de que tú llegaras, se mostró muy insistente con Menke. Le preguntó una y otra vez a qué grupos ecologistas radicales estaba investigando la BfV. Naturalmente, teniendo en cuenta el florido historial de Müller-Voigt, Menke no estaba dispuesto a informarle más que de lo estrictamente necesario.

—Pero el senador es un miembro destacado del Gobierno de Hamburgo. Prescindiendo de que lo haya sido o dejado de ser en el pasado, es un funcionario electo de la Administración. Yo habría creído que debíamos colaborar con él al máximo.

—Claro... —Van Heiden parecía algo desconcertado—. Claro que estamos colaborando. Pero es que sus preguntas..., no sé..., estaban fuera de lugar.

—Bueno, te puedo asegurar que él no habló conmigo en el ascensor de nada semejante. Yo me bajé en la planta de la brigada, de forma que no pudimos hablar demasiado.

—Bien... —dijo el director distraídamente, frotándose la barbilla—. Bien..., pero quería preguntártelo. Ese hombre puede llegar a ser muy taimado.

Fabel no sabía muy bien por qué no le había contado a su jefe lo que realmente habían hablado él y el senador. Simplemente, sentía que debía guardárselo, al menos de momento. Al fin y al cabo, le había prometido al político que haría sus pesquisas de modo extraoficial y sin comunicárselo a nadie.

Cuando Van Heiden se fue, el comisario se dedicó a supervisar los trabajos en el escenario del crimen tal como había hecho tantas veces a lo largo de su carrera. Holger Brauner llegó en compañía de su equipo y, con su intempestiva jovialidad de siempre, examinó el cadáver, recogió con cinta adhesiva cualquier elemento extraño de la piel de la víctima, colocó indicadores numerados, sacó fotografías, metió los restos de la joven en una bolsa de vinilo negro y se la llevó del lugar. Los agentes mantenían a raya a la creciente multitud de mirones. Thomas Glasmacher y Dirk Hechtner aparecieron al poco rato, tomaron declaración al pescador y empezaron a hacer un recorrido puerta a puerta por los alrededores.

Era la coreografía cuidadosamente ensayada del comienzo de una nueva investigación por asesinato. Y Fabel dirigía el espectáculo bajo la grisácea llovizna. Esta vez no había horror, ni mutilaciones ni hedor a putrefacción.

Únicamente, la triste realidad de una joven vida malograda.

Otra cosa a la que el comisario en jefe no había aprendido a habituarse.

## Capítulo dieciocho

Fabel llegó al Präsidium justo a tiempo para pillar el comienzo de la sesión informativa dirigida por Anna Wolff. Werner y él habían dejado que Glasmacher y Hechtner se encargaran del seguimiento en el escenario del crimen.

Henk Hermann también se disponía a entrar en ese momento en la sala de conferencias.

—Hola, *Chef*—dijo al verlo acercarse—. He comprobado la dirección con el Departamento de Vivienda. No consta en sus archivos ninguna inquilina llamada Meliha Yazar, y el piso lleva un mes vacío. Si la chica existe, nunca ha estado allí.

—Ya lo creo que existe —contestó Fabel—. Tiene que haber vivido en alguna parte. Gracias, de todos modos, Henk

—Por cierto, ¿sabe ese torso que apareció en el Fischmarkt...?

—¿Qué pasa?

—Yo no sabía que la policía de Schleswig-Holstein también estuviera interesada. ¿Qué pintan ellos en esto?

—Henk —dijo Fabel, impaciente, mirando por la puerta entornada cómo se iba llenando de agentes la sala de conferencias—, no tengo ni la menor idea de qué me estás hablando.

—Alguien de la Polizei de Schleswig-Holstein (de la división Kiel, creo) fue a la morgue a ver el torso de esa mujer. Un comisario... —Henk trató de recordar el nombre—. Un tal comisario Höner, me parece. Les enseñó su identificación y les dijo que ya había hablado con usted.

Fabel se lo quedó mirando un momento mientras procesaba la información.

—Envía allí ahora mismo a un par de uniformados para que obtengan una descripción —ordenó—, o mejor aún, una imagen del circuito cerrado. Yo no le he dado permiso a nadie para que examinara el cuerpo: ni de Schleswig-Holstein, ni de ninguna parte.

La sala de reuniones de la brigada de homicidios estaba llena de detectives y agentes uniformados cuando Fabel entró, y Anna ya había empezado a emparejar equipos y direcciones.

—He pensado al final que no te vendrían mal un par de hombres más —le dijo Fabel a su ayudante—. Pero, bueno, tú diriges la función. —Se volvió para dirigirse a todos—. Quiero que sepáis que las apuestas han subido: acabamos de encontrar otro cadáver. Este sí que parece ser cosa del Asesino de la Red.

Un murmullo general.

—Vale, vale... —dijo Anna para acallar las voces—. Escuchad. Si tenemos otra víctima, quiere decir que sufriremos todavía más presión para atrapar a ese tipo. Vamos a centrarnos concretamente en cuatro direcciones. No son las que habíamos planeado originalmente...

—¿Ah, no? —la interrumpió Fabel.

—El comisario jefe Kroeger se ha vuelto a poner en contacto con nosotros —explicó Anna—. Su equipo está trabajando en los ordenadores y teléfonos móviles de las víctimas, pero ya han podido recuperar comunicaciones parciales con cuatro hombres comunes a todas ellas. Y todos en la misma página web. Bueno, algo más que una página web...

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabe, esas páginas raras donde la gente tiene una vida alternativa. Una vida virtual, para ser exactos. Sitios donde diriges una granja que no apesta, o donde construyes un emporio empresarial en un mundo ficticio. Ese tipo de chorradas.

—Ya las conozco, sí —dijo Fabel. Las conocía, pero no lograba entenderlas. ¿Por qué habría de querer la gente malgastar su tiempo viviendo en una ficción?

—Bueno, pues esta se llama *Virtual Dimension*. Es en parte una red social y en parte un lugar virtual que funciona en tiempo real. Dicen que sirve para «consolidar realidades».

—¿Y eso qué demonios significa? ¿Por qué no puede hablar esa gente con un lenguaje normal?

Anna se encogió de hombros, en plan de «¿y a mí qué me cuenta?».

—Según la propia página, *Virtual Dimension* fusiona deliberadamente ese disparatado mundo virtual con el mundo real. Cómo lo hace, no lo sé. A mí me parece todo muy estrafalario. En todo caso, al menos dos de las mujeres tuvieron contacto en *Virtual Dimension* con una serie de hombres (si es que son hombres en la vida real). Y de esos hombres, cuatro chatearon con una de las víctimas restantes.

—Humm... —Fabel asintió, pensativo—. Esto promete.

—¡Ah! —Anna acababa de recordar algo—. Hablando de realidades virtuales, lo estaba buscando ese policía del puerto con el que hablamos en el Fischmarkt.

—¿Quién?

—El adjunto de Kreysig. Tramberger. Ha llamado para preguntar si aún queríamos que introdujera los datos en ese modelo informático, su «Elba virtual».

—No perdemos nada. ¿Puedes hablar tú con Holger Brauner y pedirle que te diga el peso del cuerpo y que te haga un cálculo aproximado de cuánto tiempo estuvo en el agua? Enviáselo a Tramberger, a ver si consigue sacar algo.

—Estará encantado. Se siente muy orgulloso de su juguete. Curioso, porque no me parece el típico loco de la informática.

—Bueno, ¿quién no lo es hoy en día? ¿Algo más?

—Sí. He hecho averiguaciones sobre el Proyecto Pharos y espero varias llamadas. Pero he estado muy liada con la organización de las redadas. ¿Dice que está dispuesto a ocuparse de una de ellas?

—Claro. ¿Qué tienes para mí?

Anna le entregó una carpeta y una orden de la oficina del fiscal.

—Es en la zona de Billstedt. Entre Horn y Schiffbek. La dirección IP corresponde a un tal Johann Reisch.

—Porque él pague las facturas no quiere decir que sea la única persona que usa el ordenador.

Anna meneó la cabeza y le explicó:

—Según el censo, Johann Reisch, de cuarenta y cinco años, es el único ocupante de la vivienda. Y esta... —le mostró a Fabel la impresión de una página web... es la identidad *on-line* de Herr Reisch. —Fabel examinó la foto: un joven a dos décadas de cumplir los cuarenta y cinco, con gafas de sol y un musculoso torso desnudo, sonreía a la cámara bajo el sol de una playa extranjera. En la información de la página figuraba el nombre Thorsten66—. ¿Le parece bien este?

—De acuerdo. —Fabel cogió la hoja impresa—. La función la diriges tú...  
*Chefin.*

Schiffbek quedaba al este del centro. La dirección que Anna había encomendado a Fabel y Werner estaba en una calle inmaculada de casas adosadas, muy cerca del cementerio.

El comisario en jefe aparcó al final de la calle y ordenó al coche de policía sin distintivos que estacionase detrás de él. No convenía delatar su presencia en el barrio antes de tiempo. Los dos agentes uniformados lo siguieron a él y a Werner. Al acercarse a la casa, Fabel observó que el diminuto jardín delantero estaba

bien cuidado, aunque había muy pocas plantas, como si se quisiera reducir el trabajo al mínimo. También observó que había una rampa junto a los escalones de acceso.

Werner llamó al timbre. Abrió una mujer baja, de hirsuto cabello rubio, que usaba gafas. Llevaba prendida en el mandil una placa con su nombre: una identificación del estado de Hamburgo que la acreditaba como asistente social. Miró a ambos hombres, y luego a los agentes uniformados que se hallaban detrás, con una evidente falta de interés.

—¿Qué desea?

—Polizei de Hamburgo —dijo Fabel—. Tenemos una orden para entrar en la vivienda y hablar con Herr Johann Reisch.

—¿Herr Reisch? —La mujer frunció el entrecejo—. ¿Qué demonios quieren de él?

—Deduzco que usted no es Frau Reisch —comentó Fabel, mirando la placa de identificación.

Ella se echó a reír y contestó:

—Hace años que no hay ninguna Frau Reisch. Se largó. Será mejor que entren.

Los hizo pasar y los guio por un pasillo corto y bien iluminado hasta una sala con puertas acristaladas que daban al exiguo patio de la parte trasera. Había un hombre sentado ante una mesa en la que reposaba un ordenador portátil. El hombre levantó la vista muy despacio, moviendo la cabeza rígidamente. Fabel observó que no había en su rostro sorpresa ni alarma; ninguna expresión en absoluto, en realidad.

—¿Herr Reisch? Soy el comisario en jefe Fabel de la brigada de homicidios de Hamburgo. Tengo una orden para requisar su equipo informático.

—No puede llevarse su ordenador —dijo la mujer del mandil—. Es lo único que posee.

—Según esta orden, sí puedo. —El comisario mostró el documento—. Por favor, no se inmiscuya o podría incurrir en... —La frase se le quedó muerta en los labios. Acababa de advertir que el hombre estaba sentado en una silla de ruedas motorizada y que un collar cervical le sujetaba la cabeza. Reisch le devolvió la mirada con ojos lacrimosos y la misma falta de expresión.

—Es lo único que le queda —siguió protestando la asistente social—. Es todo su mundo.

—¿Puede hablar? —le preguntó Fabel a la mujer.

—Sí, puedo hablar —contestó Reisch. Tenía una voz apagada y parecía jadear entre una palabra y otra—. Por ahora. Aunque pronto también perderé esa facultad. Pero por el momento puedo y estoy aquí. No hace falta que se refiera a mí en tercera persona.

—Perdone, Herr Reisch. ¿Es este su único ordenador?



—Sí. ¿Por qué han de llevárselo? Frau Rössing tiene razón. Estaría totalmente perdido sin él. Debe de haber algún error...

—No se trata de un error, Herr Reisch. Ocurre que usted es una de las muchas personas que han... —Fabel se detuvo y se volvió hacia Werner, que asintió y se llevó de la sala de estar a la asistente social y a los dos agentes uniformados—. Usted ha entrado en un chat e interactuado con dos mujeres que más tarde han sido asesinadas.

—¿Esa historia del Asesino de la Red? —El habla de Reisch seguía puntuada por breves jadeos, que despojaban a la pregunta de cualquier tono de sorpresa o consternación.

El inspector le mostró la impresión de la página de Thorsten66.

—¿Es esta... —Fabel se devanó los sesos para buscar la palabra adecuada— ... la identidad que usa en Internet?

—En esta web en particular, y en otras dos más, sí. —El hombre hizo una pausa, y añadió—: Pensaré que soy patético.

—Yo no hago juicios de ese tipo, Herr Reisch. Ni siquiera me puedo imaginar lo que debe de ser estar en su situación. ¿Me permite que le pregunte cuál es la causa de su dolencia?

—Esclerosis lateral amiotrófica. —De nuevo los breves jadeos entre cada palabra—. Un tipo de enfermedad motoneuronal.

—¿Es tratable?

—Hay muy pocas cosas que los médicos puedan afirmar con certeza, Herr Fabel, pero yo tengo la fortuna de haber recibido respuestas categóricas sobre mi estado. Es totalmente intratable y fatal en el cien por cien de los casos. Mi sistema neuronal va fallando poco a poco, función a función. El año que viene no podré hablar. Seis meses después, no podré tragar mi propia saliva ni respirar sin ayuda. Moriré asfixiado. ¿Y sabe qué es lo más gracioso?, ¿cuál es la ironía del asunto? Que seré totalmente consciente. Una mente sana atrapada en un cuerpo en ruinas.

—Lo lamento.

—¿Debe llevarse mi ordenador? Me parece que usted puede comprender que para mí significa mucho más que para los demás. Me paso horas con él todos los días. Es mi única ventana al mundo y no la tendré ya mucho tiempo.

—¿Cómo lo maneja? Quiero decir, teniendo en cuenta su estado.

—Logro mover un poco las manos, aunque no mucho. Mi ordenador está programado con un sistema de reconocimiento de voz; lo controlo con órdenes orales. Cuando pierda la facultad de articular, también perderé esto.

Fabel bajó la mirada a la hoja impresa que llevaba: el *alter ego* de Reisch; su yo de fantasía.

—Se está usted preguntando por qué... —dijo Reisch—, por qué finjo ser joven y sano, ¿verdad? Muy sencillo: mientras estoy en esas páginas, en la web,

me convierto en semejante persona. Escogí la foto porque yo tenía un aspecto parecido a la misma edad. La misma mirada insolente. En otra época.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. No lo digo por criticarlo, pero la verdad es que uno no puede ni imaginárselo siquiera si no ha pasado un minuto en este cuerpo.

—Usted mantuvo contacto con dos de las mujeres que han sido asesinadas. Incluso le propuso a una de ellas una cita. ¿Por qué hizo una cosa así? ¿Y cómo lo hizo?

Reisch emitió un ruido traqueteante que desconcertó al comisario; enseguida cayó en la cuenta de que era la manera que tenía de reírse, o de intentar reírse, aquel hombre discapacitado.

—Yo me cité con esas mujeres. Me he reunido con docenas de mujeres. A veces hemos salido toda la noche. Pero no aquí, en el mundo real. Cuando lea los mensajes en los que quedábamos, piense que todos los lugares de reunión se encuentran en *Virtual Dimension*. Todo formaba parte de la fantasía. Ya sé que, en el mundo real, yo no podría salir y citarme con las mujeres con las que hablaba en Internet, desde luego. Pero mientras estaba allí, en ese mundo, creía que todo era posible.

—Pero ¿nunca le ha pedido a ninguna que viniera aquí?, ¿que lo visitara en su casa?

—Nunca. Ahora demuestra que no lo entiende. Yo existo en dos universos. Distintos y separados. Y jamás trataré de unirlos.

Reisch hizo otra pausa. Una pausa de jadeos breves y superficiales. Escucharlo le producía a Fabel una sensación opresiva en el pecho.

—¿Sabía —prosiguió Reisch— que en un próximo futuro la gente como yo probablemente estará enchufada a un mundo virtual todo el tiempo que quiera? Se tratará de una realidad alternativa donde podrán llevar una vida normal.

—Pero no será una vida real. Yo creo que preferiría ser discapacitado en el mundo real que vivir una especie de fantasía rodeado de gente que no existe.

—Pero esa es la cuestión: no será así, sino un mundo poblado por otras personas como yo: todos huyendo de su dolencia e interactuando entre sí. Gente real en un mundo irreal. Aunque, naturalmente, ya será tarde para mí. Pero por eso me registré en *Virtual Dimension*. Era lo máximo que podía aproximarme a ese tipo de realidad alternativa.

—¿Alguien más tiene acceso al ordenador?

—Nadie.

—¿Y Frau Rössing?

—Nunca. Está protegido con contraseña. Y no creo que ella supiera manejar un ordenador. Es muy anticuada.

—Ya... —musitó Fabel. Y por un momento no supo qué decir a continuación; qué hacer exactamente—. Siento haberlo molestado, Herr Reisch. No creo que

sea necesario llevarse su ordenador. Pero tal vez uno de nuestros técnicos venga a echarle un vistazo. Es posible que haya mensajes de esas víctimas que puedan resultar importantes para nuestra investigación.

—Lo entiendo —dijo Reisch, siempre con aquella voz entrecortada y carente de expresión—. Colaboraré como sea necesario. Lo único que quiero es conservar mi portátil.

La jornada iba a alargarse hasta bien entrada la noche. Fabel trató de localizar a Susanne, primero en su hotel y luego en el móvil, pero saltó el buzón de voz. Dejó un mensaje, diciéndole que quizá debería tomar un taxi desde el aeropuerto al día siguiente. Se interrumpió un instante, y luego, sin saber bien por qué, añadió:

—Ese mensaje de texto no procedía del trabajo. Aunque, bueno, creo que lo he borrado sin querer. Voy a tener que dejar este teléfono aquí para que lo revisen. Te llamaré más tarde para darte el número del aparato de repuesto.

Glasmacher y Hechtner habían vuelto ya de Poppenbüttel. Fabel les pidió que empezaran a redactar el informe. Llamó a Müller-Voigt a su casa, pero el político no estaba y, de nuevo, se encontró hablándole a una máquina:

—Hola, Herr senador. Me temo que no he tenido mucho tiempo para investigar sobre el asunto que comentamos anoche. Pero, indudablemente, ella no está localizable en esa dirección, tal como usted dijo. He hecho algunas averiguaciones y volveré a llamarlo en cuanto tenga algo que contarle.

A continuación, telefoneó a Kroeger a la unidad de cibercrimen y le explicó lo del mensaje de texto que había desaparecido de su móvil. Kroeger le dijo que su gente lo examinaría en cuanto se lo enviara. Después de recoger un móvil de repuesto en el departamento técnico, decidió entrar en la cantina y sentarse a tomar un café. Iba a pasarse la mitad de la velada ante su escritorio y le apetecía estar unos minutos fuera del despacho. No había tomado nada desde el almuerzo, pero no quiso entretenerse comiendo; ya compraría algo de camino a casa.

—¿Le importa que lo acompañe?

Fabel levantó la vista y se llevó una sorpresa al ver a Menke, el agente de la BfV, plantado ante su mesa. Tenía un vaso de café en la mano y le clavaba una mirada azul tras sus gafas sin montura.

—No..., no, en absoluto. Pero es muy tarde para que siga aquí, Herr Menke.

—Sí. —El agente se sentó frente a él—. Me he pasado el día de reunión en reunión con los jefes de las unidades MEK. —Se refería a los Comandos Móviles de Asalto, el ala especial de intervención rápida de la Polizei de Hamburgo—. Ya sabe, preparando el dispositivo de «Hamburgo, problemas globales».

—No lo envidio. Creo que hay un montón de chiflados que intentarán convertir la cumbre en un espectáculo para darse publicidad.

—Sí, tiene mucha razón —afirmó Menke con rotundidad—. Estará la prensa de todo el mundo para registrarlo. Habrá manifestaciones masivas que desembocarán probablemente en actos violentos, como el incendio de ese coche el otro día. Esa ha sido la idea clave en mis reuniones con los jefes del MEK: tratar de establecer una estrategia de contención.

—¿Quiere decir un cordón policial? —inquirió Fabel con auténtica sorpresa—. Confinar a los manifestantes en un área limitada no era legal en el ochenta y seis y tampoco lo es ahora. No creo que Herr Steinbach dé su aprobación. —Se refería al presidente de la policía de Hamburgo, Hugo Steinbach.

Menke se quedó callado un instante y, mientras daba un sorbo de café, clavó la vista en el comisario en jefe. Inexpresivamente. Fabel pensó en el hombre de la silla de ruedas con el que había hablado esa tarde, y se preguntó distraídamente si Menke no padecería una versión emocional de la dolencia de Reisch.

—Claro que no me refiero a un cordón policial —explicó Menke al fin—. Vivimos en una época sofisticada, Herr Fabel, desde el punto de vista tecnológico. Lo cual nos da algunas ventajas con las que antes no contábamos. Nuestro enfoque se acerca más a la cirugía de precisión que al impacto de la fuerza indiscriminada. Cuando hablo de estrategia de contención, quiero decir que nos proponemos identificar y neutralizar a todos aquellos extremistas que se ocultan entre los auténticos manifestantes. Nuestras fuentes de información son excelentes y mejoran de día en día. No pretendemos contener el fuego; pretendemos impedir que llegue a prender.

—Entiendo —dijo Fabel, removiendo el poso del café y mirándolo abstraídamente—. Dicho de otra manera, tiene gente dentro. Infiltrados.

Menke insinuó una sonrisa.

—Como he dicho, ahora contamos con una sofisticada tecnología. Pero, en último término, las labores de inteligencia dependen y siempre han dependido del factor humano.

Fabel se disculpó, alegando que debía volver a la brigada. Había aparecido otro cuerpo, dijo. Y ya iban cuatro.

—¿Qué hay del torso desmembrado sobre el que Herr Müller-Voigt parecía tan interesado en hablar con usted en la reunión del otro día? ¿Lo han descartado definitivamente?

—Definitivamente, no. Pero no acaba de encajar —contestó Fabel, levantándose y apurando su café—. La investigación criminal, como el trabajo de inteligencia, depende del factor humano.

—¿Ha visto hoy al senador? —preguntó Menke.

—No. ¿Por qué debería haberlo visto?

—No, por nada. Es que se suponía que debía asistir a nuestra reunión de hoy. Era el tipo de reunión a la que yo creía que daría máxima prioridad... Él se ve a

sí mismo como el guardián del derecho del pueblo a protestar y, para ser sincero, me parece que no se fia demasiado de nosotros. Me sorprende mucho que se la haya perdido. Nos ha enviado un correo electrónico diciendo que no podía llegar.

—¡Ah, vaya! —dijo Fabel. Prefirió no mencionar que se había reunido con Müller-Voigt la noche anterior y que había tratado de localizarlo esa tarde por teléfono infructuosamente—. Bueno, Herr Menke, seguro que volvemos a vernos pronto.

El agente de la BfV permaneció sentado y se limitó a distender los labios en una sonrisa mecánica.

—Seguro, Herr Fabel.

El comisario ya le había dado la espalda cuando Menke añadió:

—¡Ah, por cierto! Tengo entendido que la comisaria Wolff está recabando información sobre el Proyecto Pharos...

—Sí, en efecto.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque yo se lo he pedido.

—¿Y puedo preguntarle por qué se lo ha pedido? ¿Tiene algo que ver con esos asesinatos?

Fabel suspiró. Habría preferido que el agente de la BfV no se enterase de su interés en Pharos hasta que hubiera conseguido averiguar un poco más sobre la misteriosa Meliha Yazar de Müller-Voigt. Pero ahora que ya se había enterado, nadie mejor que él a quien preguntarle.

—Estoy investigando en muchas direcciones. Y el Proyecto Pharos ha surgido en el camino. Me gusta comprobarlo todo.

—Podría haber recurrido a mí.

—Tenía intención de hacerlo. Ya me imagino, dada la naturaleza de ese proyecto (quiero decir, es cosa admitida que se trata de una secta), que la BfV está interesada en Pharos y que usted dispone de un expediente sobre la organización.

—Ya lo creo que estamos interesados en Pharos... —Soltó una risa sarcástica—. No es que tengamos un expediente sobre ellos, sino a un equipo de cinco hombres a tiempo completo...

Fabel recuperó la silla y se sentó de nuevo.

## Capítulo diecinueve

Roman Kraxner se había pasado dos horas en *Virtual Dimension*. Más de dos horas.

Estaba irritado consigo mismo por su falta de disciplina. Pero algo raro ocurría. No había visto a Veronika<sup>534</sup> desde hacía días pese a que ella había quedado con él a una hora determinada junto a los Estanques Lunares, al final de las lagunas de Nueva Venecia. Claro que, por otro lado, eso pasaba continuamente. De repente la gente se veía absorbida otra vez por la vida real, y a veces no volvía a aparecer por *Virtual Dimension*. Pero Veronika<sup>534</sup> no le había dado la impresión de ser de las que desaparecían sin más ni más. También era cierto que ella había pasado mucho tiempo últimamente con Thorsten<sup>66</sup>. Quizá habían ligado en el mundo real.

La verdad era que Roman tenía la paranoia de que las personas con las que interactuaba en *Virtual Dimension* llegaran a calarlo a través de su personalidad: temía hacer o decir algo que permitiera atisbar su realidad. Él era orgulloso: se sentía extraordinariamente seguro de sus capacidades intelectuales y miraba con desdén a la humanidad entera, como si todos fuesen inferiores. Pero eso sucedía con su mente, con la parte de su ser que se conectaba por medio de la tecnología. En cuanto al resto de su persona, es decir, a su físico, sabía de sobra que a los ojos de la gente no era más que un gordo y un pringado; un obeso chiflado de la informática que sudaba yapestaba, que resoplaba y jadeaba continuamente.

Y eso era lo que temía que los demás vislumbraran en *Virtual Dimension*. Jamás de los jamases encontraría un ligue en el mundo real.

En una ocasión, había habido una chica en el mundo real. La única chica con la que había tenido una relación. Elena era divertida y muy inteligente. Desde luego no tan inteligente como él, pero sí muy, muy inteligente. Se habían conocido cuando ella le había llevado su portátil para que se lo arreglara. Mientras trabajaba en la reparación, él había fisgoneado en todos los rincones de la vida privada de Elena, accediendo a sus datos personales, a sus fotografías, a

sus compras *on-line*... Todo ello le había permitido descubrir a una persona casi tan solitaria como él. De algún modo, sin recurrir a la tecnología, Roman había reunido el valor para pedirle que salieran. Ambos habían descubierto una afinidad mutua y se habían visto durante unas semanas.

Pero la verdad, la cruel ironía del asunto, había sido que la encontraba físicamente repulsiva. Porque ella, también ella, estaba gorda. Y si había algo que Roman encontraba poco atractivo en una mujer era el exceso de peso.

Él había apartado la idea de la mente. Si se habían juntado, había sido más que nada en busca de compañía, y ninguno de los dos parecía muy interesado en el sexo, de modo que a él le había resultado más fácil olvidar su repugnancia a la gordura. Y así fue hasta que salieron una noche al cine. Solían encontrarse en el local de comida rápida que quedaba más o menos equidistante de sus respectivos apartamentos, pero esa noche habían quedado en ir a ver una película. Un grupito de adolescentes se había fijado en ellos y los siguieron a unos metros de distancia, partiéndose de risa, mofándose cruelmente, haciendo chistes vulgares y comentarios soeces sobre la obesidad de ambos. Al final los chicos se habían cansado, pero el daño ya estaba hecho. Al salir del cine, Roman y Elena se habían despedido sabiendo que no volverían a verse. Era evidente por la expresión de ambos que ninguno de los dos podía disimular. Una expresión de mutua repulsión.

Después de tal suceso, Roman se alejó cada vez más del mundo real. Fue por esa época cuando dejó su empleo en la tienda de ordenadores. Él siempre se había mostrado despectivo con los clientes por su ignorancia y estupidez, y esa actitud se fue volviendo cada vez más hostil y suscitó varias quejas. En todo caso, ya estaba ganando ilegalmente por las noches cinco veces más. Al dejar el trabajo, pudo dedicar más tiempo a sus actividades fraudulentas. Y se libró de la obligación de salir todas las mañanas de su apartamento.

El hombre examinó su perfil en la página de *Virtual Dimension*. Una ficción dentro de otra ficción. Se había puesto un nombre inglés, Rick334, y se había atribuido una biografía completamente falsa, descargando de otra web las fotografías de un tipo rubio, delgado y apuesto. Había ampliado la ficción, basando su avatar en *Virtual Dimension* en esa cara y ese cuerpo robados. Las normas establecían que solo permitías que otra persona viera tu perfil «real» cuando hacía un tiempo que la conocías en el mundo virtual de Nueva Venecia, la ciudad de imposible belleza que constituía el centro del universo de fantasía del programa. Él había permitido que Verónica534 viera su perfil, y ella le había dado acceso al suyo. Ambos vivían en Hamburgo, lo cual hacía factible la posibilidad de un encuentro en la vida real. Peligrosamente factible, desde el punto de vista de Roman. En realidad, él no creía que fuera una gran coincidencia que ambos residieran en la misma ciudad. *Virtual Dimension* atraía a gente de todo el mundo, pero había deducido que, para cumplir su promesa de

« consolidación» de las realidades física y virtual, el programa debía de analizar la situación geográfica de cada dirección IP y agrupar a los usuarios según su ubicación en el mundo real.

Desde luego, Roman habría podido evitar esta dificultad. Él conocía un montón de maneras de conectarse con una dirección IP sin región específica, y sus servidores ilegales le permitían ocultarse tras los datos de otras personas registradas. Sin embargo, siempre que entraba en *Virtual Dimension*, utilizaba la misma dirección IP no dinámica y geográficamente correcta. Por increíble que parezca, era la dirección legal y registrada de su domicilio real. La usaba solo para *Virtual Dimension* y, en cierto modo, ello le permitía demostrar un medio de conexión con Internet perfectamente legal, que no podía asociarse con sus actividades fraudulentas.

Clavó los talones en el suelo y su enorme corpachón, sostenido por la silla hecha a medida, se desplazó sin dificultad y fue a situarse frente a otro monitor. Accedió a su cuenta de Internet a través de una compañía telefónica de Buenos Aires, y la conectó con una cuenta segura *on-line* de Hong Kong; esta efectuó una transferencia desde una cuenta de Londres en euros, que se convirtieron a su vez en dólares en Nueva York. Hubo algunas dificultades menores, pero ninguna que requiriese más de quince minutos para ser burlada. Transcurrido ese tiempo, el tipo era cinco mil dólares más rico. La cuenta de la que había sustraído el dinero tenía un balance de más de seis millones y medio. Del mismo modo que se había apropiado de la modesta suma de cinco mil dólares, habría podido vaciarla del todo. Pero así era como él operaba. Los investigadores pensarían que, si la transacción fuese fraudulenta, podrían haber desaparecido todos los fondos con la misma facilidad. Razón por la cual, les parecería absurdo suponer que se trataba de un fraude. Se pasarían meses examinando las cuentas para intentar determinar qué había ocurrido con los cinco mil. Y al final decidirían que estaban gastando en la investigación más de lo que había sido sustraído. El asunto sería archivado, y ellos se limitarían a cambiar el dispositivo de seguridad y a estrechar la vigilancia.

Roman no volvía ya a desvalijar esa cuenta. Con frecuencia, se llevaba un poco de dinero de muchas otras distintas. Fraudes sin vinculación entre sí que tan solo podrían relacionarse con él si un investigador contara con todos los datos de las cuentas, desvinculadas entre sí, en las que depositaba el dinero. Y, naturalmente, como trabajaba saltándose las fronteras nacionales, lo más habitual era que fuesen varias agencias, cada una de ellas con jurisdicción limitada, las que realizaban la investigación.

A veces le entraba un mal presentimiento: intuía que sus hurtos aislados estaban empezando a ser analizados como parte de una operación a mayor escala. Así pues, de vez en cuando, robaba una segunda suma de la misma cuenta; una suma un poco mayor que hiciera pensar en un ladrón cada vez más



confiado. Luego, pirateando los archivos del personal del banco o de la corporación, depositaba el dinero en la cuenta de algún desventurado contable. Pero nunca se detenía a pensar en la injusticia y el sufrimiento personal causados por sus actos. Esa gente no era real para él. Eran simples datos: un número de empleado y una cuenta bancaria. Datos que flotaban como el plancton en un océano cibernético.

No era gente real. No era el mundo real.

A todo esto, se percató de que una pista que había ido siguiendo lo había conducido sin querer hasta la central de una empresa de tecnología medioambiental en San Francisco. Se batió rápidamente en retirada, borrando sus huellas mientras retrocedía. Nunca atacaba empresas radicadas en Estados Unidos o en Rusia. No porque sintiera ningún afecto por esas naciones, sino porque, como todo el mundo sabía, los americanos podían ser muy sofisticados —y tenaces— cuando se trataba de rastrear a los *hackers* y defraudadores. Si por casualidad pirateabas una empresa que resultaba ser proveedora del inmenso complejo militar estadounidense, el FBI te perseguía implacablemente sin importar en qué parte del mundo estuvieras.

Y los rusos..., bueno, con los rusos nunca se sabía a quién le estabas robando realmente, y ellos contaban con los mejores talentos del mundo en pirateo informático. Los americanos y los rusos tenían los mejores ciberpolicías y cibercriminales del planeta. Era conveniente mantenerse alejado de ellos.

Se retiró apresuradamente de la compañía americana. Quince minutos después se había enriquecido en otros seis mil. Euros esta vez, procedentes del fondo de pensiones de una compañía aérea británica.

Roman siempre hacía cambios con sus fondos, a veces durante meses, redistribuyéndolos, concentrándolos, volviendo a distribuirlos, para depositarlos por fin en pequeñas cantidades en las diversas cuentas alemanas a las que tenía acceso directo. Estaba planeando construir un nuevo ordenador más rápido que todos los equipos de los que disponía; probablemente, más rápido y más potente que el de cualquier ciberpolicía. Tenía que transferir el dinero suficiente a su tarjeta de crédito para adquirir dos HyperDrive5 SATA-interface. Era una suma mucho más elevada de lo que prefería transferir de una sola vez, pero necesitaba esos discos.

Al terminar, cerró su equipo, cosa que llevaba su tiempo y no siempre hacía. Existía el riesgo de que se produjeran problemas al reiniciar, y, además, ello le impedía reaccionar de forma inmediata si alguno de los cuerpos de seguridad llamaba entretanto a su puerta. Pero le gustaba que el *hardware* se enfriara de vez en cuando. Y siempre tenía listo el electroimán para cualquier eventualidad.

Arrastrando los pies y contoneándose como un pato, entró en la cocina, regresó a la sala de estar con una bolsa familiar de patatas fritas y se instaló en la depresión permanente que su cuerpo había dejado en el sofá. Encendió la

televisión y vio un programa en el que una mujer, que quería volver a trabajar, tenía que buscar a una abuela de Baviera para que enseñara a su marido a hacer las tareas de la casa y a mantener el piso limpio, utilizando métodos tradicionales pero respetuosos con el medio ambiente: zumo de limón, vinagre..., ese tipo de cosas.

—¿Por qué? —exclamó Roman con un bufido despectivo antes de quitar el sonido y coger el móvil de la mesita de café.

Examinó el teléfono. Era bueno. Un Nokia 5800 con conexión a Internet y GPS incorporado.

Ignoraba por qué lo había robado. Él estaba almorzando en el café cuando la chica había entrado y se había sentado en la mesa de al lado. Hizo un esfuerzo para no mirarla, pero no pudo por menos que advertir lo preciosa que era: pelo oscuro, grandes ojos negros, alta, delgada y elegante. El tipo de mujer que jamás le echaría a él una segunda mirada (salvo que fuera una mirada de repugnancia). Y sin embargo, era exactamente el tipo de mujer que él deseaba; el único tipo de mujer que él deseaba. Lo más opuesto posible a Elena.

Pero no era su belleza lo que más recordaba de ella. Algo había percibido en esa mujer —su modo de sentarse, de mirar a todos lados— que lo había turbado. Habría jurado que estaba asustada. No dejaba de vigilar la puerta del café, como si temiera que alguien fuese a entrar tras ella. Lo más llamativo, no obstante, había sido cómo había dejado el móvil sobre la mesa, tapándolo con una servilleta, para salir a continuación del local como si se lo dejara olvidado. Por eso lo había cogido: no porque la mujer se lo hubiera olvidado y él pretendiera devolvérselo, sino porque su manera de abandonarlo allí resultaba falsa. No se lo había olvidado: lo estaba dejando a propósito en un sitio público donde ella sabía que el primero que lo encontrara, se lo quedaría.

Era intrigante. Ella misma era intrigante. Y por un momento, cuando la mujer ya se había ido, Roman Kraxner, el obeso chiflado de la informática convertido en defraudador profesional, se transformó en su personaje *on-line*, Rick334, detective privado de Nueva Venecia. Tras pagar la cuenta, estrujando su corpachón entre las mesas, había pasado junto a la que ella había ocupado. Fingió que la agenda electrónica con la que había estado trabajando se le caía sobre la mesa y, al recogerla, se apoderó también del Nokia.

Un subterfugio totalmente innecesario, porque nadie miraba hacia allí. Era uno de los consuelos de los feos y los gordos: no se trataba de que la gente no se fijara en ti; más bien hacían un esfuerzo para no mirarte.

La curiosidad de Roman se había redoblado cuando llegó a su casa y examinó el contenido del teléfono. No había ningún contacto en la agenda, y dedujo que el aparato había sido limpiado deliberadamente antes de ser abandonado. También el historial del GPS estaba borrado, así como los mensajes de texto.

Pero había quedado algo intacto: el tono de llamada. Y estaba programado para todas las funciones: llamadas entrantes, mensajes de texto, alertas... «Message in a Bottle» de The Police. Al advertirlo, tuvo la convicción de que todo aquello que había percibido intuitivamente en la mujer del café era cierto. Ella había dejado adrede el teléfono para que él lo recogiera. Como un náufrago que arroja una botella al océano, había metido algo en ese móvil. Un mensaje. Lo único que Roman tenía que hacer era encontrarlo.

Cosa que no representaba un problema para él. Lo bueno de los teléfonos móviles era que constituían una tecnología convergente: un móvil era una cámara, una agenda, un navegador de Internet, un reproductor de mp3... A diferencia de los modelos antiguos, los de esta generación se parecían más a un ordenador que a un teléfono. Y él tenía el *software* necesario para recuperar los datos que habían sido borrados.

Fue entonces cuando la cosa se puso interesante.

## Capítulo veinte

Anna Wolff estaba junto a la ventana del despacho de Fabel, contemplando las oscuras siluetas de los árboles del Winterhude Stadtpark. Afuera la luz se iba extinguendo, pero el cielo, ahora despejado, era un lienzo de seda azul oscuro.

—Ese café ha durado mucho... —dijo, volviéndose, cuando Fabel entró en el despacho.

—¿Cómo? ¿Ahora eres nuestro nuevo sistema de control de rendimiento? —El comisario tomó asiento detrás del escritorio—. Acabo de mantener una charla muy interesante con Fabian Menke, de la BfV, sobre el Proyecto Pharos.

—De eso quería hablar con usted. De eso y de lo que el departamento técnico ha sacado de los ordenadores requisados esta tarde. —Anna dio unos golpecitos en una carpeta que reposaba sobre el escritorio—. Datos provisionales. Ahora mismo, esos bichos raros informáticos están hurgando cada vez más a fondo en las profundidades del silencio. —Arrugó la nariz como si fuera un pequeño roedor.

—¿Algún dato prometedor?

—Nada en absoluto —suspiró ella—. Da la impresión de que estos tipos están limpios. Chiflados pero limpios. Desde luego, nos ha faltado un ordenador.

—No podía quitárselo, Anna. Si hubieras venido... No..., si hubieras venido tú, te lo habrías llevado. Y, seguramente, le habrías confiscado también la silla de ruedas.

—Tenemos que revisar ese ordenador. Aunque el hombre resulte físicamente improbable como sospechoso, es posible que haya algo en sus interacciones con las víctimas que pueda darnos una pista.

—Lo entiendo perfectamente, Anna. Ya he pedido que envíen a casa de Reisch a uno de los hombres de Kroeger para revisar el portátil. —Fabel cogió la carpeta y hojeó el informe que había dentro—. Supongo que habrá que seguir probando y organizar redadas en otra remesa de direcciones IP.

—Nos podríamos pasar toda la eternidad haciéndolo.

—Es lo único que tenemos —repuso Fabel, y le señaló la silla que tenía

enfrente—. Siéntate, Anna.

—Estoy bien así —dijo ella distraídamente—. Prefiero quedarme de pie. Me he pasado el día sentada, y la pierna se me agarrota un poco.

Durante una fracción de segundo, Fabel se quedó sin palabras. A ella no se le escapó.

—Estoy bien, Jan —dijo—. Me gustaría que dejáramos de rehuir este asunto de una vez. No fue culpa suya.

Él no quitaba la vista del informe que tenía delante, no tanto para estudiarlo como para no mirarla a los ojos.

—Fue culpa mía —masculló—. Yo estaba al mando. Igual que la noche que mataron a Paul.

—Este es un trabajo peligroso, Jan. Yo lo sé y Paul lo sabía. Usted no puede controlar cualquier eventualidad.

—Sueño con él continuamente —explicó Fabel con voz apagada—. Casi cada semana, o cada dos semanas. Siempre el mismo sueño: estamos en el despacho de mi padre, en la casa familiar de Norddeich, y Paul habla conmigo, aunque no se trata de nada importante o significativo. Sencillamente, está allí sentado y charla conmigo. Pero yo sé que está muerto. Tiene la herida en la cabeza y a veces me explica que le cuesta emitir una opinión o mantener un punto de vista sobre aquello de lo que estamos hablando, porque él está muerto.

—Creía que esos sueños ya habían desaparecido.

—Eso le digo a Susanne. La versión oficial. Es duro convivir con una psicóloga. No sé si ella me cree, pero es lo que le digo. La cuestión es que yo sé que si hubiera hecho las cosas de otro modo, Paul seguiría vivo, Maria Klee no estaría en un sanatorio mental y a ti no te habrían disparado. —Suspiró—. Lo siento. ¿Podemos cambiar de tema?

—Usted manda. —Anna le sonrió—. Sobre el Proyecto Pharos, si yo le enseño mis cartas, ¿usted me enseñará las suyas?

—Adelante... —Y se arrellanó en la silla.

—No sé exactamente por qué quería que investigara, pero me han llegado comentarios muy chungos sobre Pharos. Y no voy a preguntarle cómo lo ha sabido, pero sí hay una conexión con los asesinatos. —El comisario se quedó atónito—. Supongo que usted me pidió que lo investigara porque hay una conexión, ¿no? —preguntó Anna.

—No..., no, en absoluto. Como te dije, no tiene nada que ver.

—Entonces es toda una coincidencia. Ha habido que indagar un poco, pero resulta que Dominik Korn, el director del proyecto, dirige también el consorcio que es propietario y gestor de *Virtual Dimension*, el programa de realidad virtual en el que estaban registradas todas las víctimas. ¿Usted por qué estaba interesado en Pharos?

—Por una hipótesis más bien arriesgada... Se me ocurrió que podía haber

alguna relación con el otro cuerpo que encontramos; el que arrastró la corriente. Verás, hay una mujer que parece haber desaparecido: Meliha Yazar. Creo que tal vez tenga algo que ver con el Proyecto Pharos. Es posible que ella los hubiera estado investigando.

—¿En qué anda metido, Jan? —Anna se apartó de la ventana y se inclinó sobre el escritorio, con aire de sincera inquietud.

—En un asunto en el que quizá no debería haber intervenido —contestó Fabel, y lo decía en serio—. Me engatusó Berthold Müller-Voigt. Esto, Anna, ha de quedar estrictamente entre nosotros...

Ella asintió.

—Müller-Voigt está liado con esa mujer...

—Y con la mitad de la población femenina de Hamburgo, por lo que cuentan.

—No, no es así. Él está loco por esa mujer. Y parece realmente angustiado por su desaparición. —Fabel le resumió una parte de lo que le había contado el senador.

—¿Sabe? —dijo Anna cuando concluyó—, será mejor que me siente, al fin y al cabo. No se hace una idea de lo que he descubierto sobre Pharos. Si el último ligue de Müller-Voigt estaba investigándolos, podría ser muy bien que se hubiera inmiscuido en un asunto demasiado grande para ella. Ese proyecto es una creación de Dominik Korn. ¿Ha oído hablar de él?

—No hasta que Müller-Voigt me lo mencionó.

—No es de extrañar. Korn es uno de los hombres más ricos del mundo (tiene miles de millones, igual que su segundo, Peter Wiegand), pero también uno de los hombres más reservados del mundo. Nadie, aparte de Wiegand y de su círculo íntimo de asesores, ha tenido contacto con él desde hace años. De vez en cuando participa en videoconferencias con otros altos cargos de su imperio empresarial. Vive en un yate inmenso. Y quiero decir inmenso, capaz de acomplejar al típico oligarca ruso.

—¿Por qué lleva una vida tan solitaria?

—Según parece, sufrió un accidente de submarinismo: un síndrome de descompresión que le provocó una especie de derrame cerebral de grandes proporciones y otras complicaciones. No debería estar vivo. Fue un milagro que sobreviviera, pero el accidente lo dejó en el mismo estado que el tipo al que ha interrogado esta tarde. Desde entonces, necesita cuidados médicos las veinticuatro horas del día.

—¿Y él es el líder de la secta?

—El gurú número uno, por lo visto. Podrá aparentar que es un chiflado, pero dicen que está tan sobrado de materia gris como de dinero. Tiene un coeficiente intelectual fuera de serie. Estudió... —Anna echó un vistazo a su cuaderno—... oceanografía, hidrología y ciencia medioambiental en Estados Unidos. Posee la doble nacionalidad alemana y americana, por cierto. Luego hizo una tesis

doctoral de hidrología y prosiguió sus estudios para especializarse en hidrometeorología. —Volvió a consultar las notas—: «Estudio de la interacción entre las grandes masas de agua y el clima». Korn se convirtió en el más importante experto mundial en ecohidrología. En eso se encontraba trabajando cuando tuvo el accidente. Había diseñado un sumergible fuera de serie para investigar, y estaba llevando a cabo la inmersión inaugural cuando se fue todo al garete.

—Cuando sufrió el síndrome de descompresión, ¿no?

—Y su epifanía, por lo visto.

—Sí... Müller-Voigt me habló de una especie de revelación que había tenido en el fondo del mar.

—Mientras no tuvo lugar el accidente, el Proyecto Pharos había sido un programa de investigación oceanográfica. Korn había invertido millones de su propia fortuna. Se trataba de estudiar en las profundidades oceánicas el impacto medioambiental de la actividad humana. Pero a consecuencia del accidente y de las lesiones que le causó, él cambió por completo la naturaleza del proyecto. De entrada, se convirtió en un grupo de presión que hacía campaña contra las prospecciones petrolíferas en aguas profundas. Ganó mucha credibilidad después del vertido de BP en el Golfo de México. Posteriormente, dio su visto bueno para que los miembros de Pharos se implicaran en las protestas y en las medidas de acción directa. Y entonces, unos nueve meses después del descalabro, empezó a hablar de su epifanía y de lo que significaba.

—¿Y qué significaba?

—Durante toda su vida, Dominik Korn había sido un adepto de la «ecología profunda», lo cual significa, al parecer, que los seres humanos no deberían considerarse distintos del ecosistema y que tendrían que manipular el medio ambiente con conocimiento de causa, preservando la biodiversidad, etcétera, etcétera. Pero tras el accidente, Korn abandonó por completo la idea de la ecología profunda y pregonó todas sus teorías sobre la «desconexión». Decía que su experiencia a cinco mil metros de profundidad le había revelado una especie de verdad universal.

—Todos repiten la misma canción. A juzgar por la cantidad de sectas que existen, debe de haber una infinidad de verdades universales.

—Bueno, esa revelación en particular decía que él había sufrido esas lesiones durante su inmersión porque era un humano en un medio donde los humanos no tenían razón de ser. La filosofía del Proyecto Pharos sostiene que la humanidad debería erradicarse a sí misma del medio ambiente. —Anna se encogió de hombros—. Esa es la «desconexión» de la que habla.

—¿De dónde has sacado toda esta información?

—De los federales. Tengo un contacto allí: un exnovio. Aunque se mostraba bastante reservado. Me ha dicho que este asunto es muy importante para la BfV.

Según parece, los servicios de seguridad franceses y el FBI americano también andan detrás de ese proyecto. Él no sabe qué es exactamente lo que ha disparado las alarmas, pero dice que Pharos figura en todas las listas de prioridades.

—Eso parece. Tus pesquisas no han pasado desapercibidas.

—¿Se refiere a Menke?

—Sí. Sabía que habías estado indagando. Tu exnovio, de tan reservado, se habrá sentido obligado a cubrirse las espaldas.

—¿Y qué le ha explicado Menke?

—Menos que tú, pero lo bastante para hacerme pensar que, si Meliha Yazar andaba fisgoneando sobre Pharos, entonces Müller-Voigt podría tener razón cuando asegura que ella está en peligro. Menke ha prometido enviarme más información.

—¿Pero? —Anna arqueó una ceja.

—Pero creo que no ven nuestro interés con buenos ojos. Aunque, para ser justos, yo tampoco le he confiado a Menke lo que me explicó Müller-Voigt, ni su inquietud por Meliha Yazar. Aunque él sí me ha contado que el Proyecto Pharos cumple todos los criterios de una secta destructiva. Especialmente, por el control dictatorial sobre sus miembros. No ha entrado en detalles, pero parece la historia de siempre: conversión, adoctrinamiento, lavado de cerebro... A todo lo cual, según dice, Korn ha añadido algunos detalles de su propia cosecha. Otro aspecto distintivo de Pharos es su poder financiero. Los miembros de la camarilla íntima son todos altos cargos de las diversas empresas que forman el emporio Korn. Lo cual, por lo que tú has dicho, incluye a los creadores de *Virtual Dimension*.

—Quizá debiéramos convertir sus fisgoneos en una investigación oficial. Si cree posible que ese cadáver sea el de Meliha Yazar, podríamos pedir una muestra del ADN familiar...

Fabel meneó la cabeza y dijo:

—No es tan sencillo... Además, me parece que puede resultar una búsqueda inútil. —Miró el reloj y vio que eran las once y media—. Es tarde. Me voy a casa. Continuaremos mañana.

Fabel llamó otra vez al móvil de Susanne mientras salía del ascensor y cruzaba el garaje del sótano del Präsidium. Masculló una maldición cuando saltó de nuevo el buzón de voz. Dejó un mensaje, diciéndole que aquel era su número de móvil provisional y pidiéndole que le devolviera la llamada.

No había comido desde la hora del almuerzo y no le apetecía cocinar, así que decidió detenerse en algún lugar de camino a casa. Mientras conducía por las calles en plena noche, sus pensamientos divagaban repasando todo lo sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas. Dos cuerpos encontrados en el agua. Dos *modus operandi* diferentes. Supuso que la prensa se volcaría al día siguiente sobre



la aparición del segundo cadáver, y que Van Heiden lo llamaría para repetirle las cosas obvias de siempre. Aunque resultara extraño, sin embargo, no era eso lo que acaparaba realmente sus pensamientos, sino su conversación de la noche anterior con Müller-Voigt y todo cuanto había descubierto desde entonces sobre el Proyecto Pharos.

Cuando hubo parado su BMW, advirtió dónde estaba. Como si hubiera ido todo el rato en piloto automático, había bajado al puerto. Sabía por qué lo había hecho y sintió que se le instalaba en el pecho una tristeza opresiva. Era lógico: había trabajado hasta muy tarde y le había apetecido cenar de camino a casa; de modo que, como tantas otras veces, había conducido hacia el puerto para beberse una cerveza y comer algo caliente en el puesto Schnellimbiss de Stellamanns.

Dirk Stellamanns había regentado un puesto de comida en el puerto desde que se había retirado de la Polizei de Hamburgo. De origen frisio, igual que él, Stellamanns era ya un veterano cuando Fabel había entrado en el cuerpo y se había encargado de enseñarle cómo funcionaba todo. Lo tomó bajo su protección desde el primer momento y entre ellos solo hablaban en el bajo sajón de Frisia. A lo largo de los años, pese a los sucesivos ascensos de Fabel, continuaron siendo amigos. Después, ya jubilado, Dirk había montado su puesto de comida (una caravana con un mostrador y un toldo, rodeada de mesas con parasoles: todo mantenido siempre de forma impecable), justo en medio de la zona que él había patrullado en su momento, a la sombra de las grandes grúas del puerto.

Fabel acudía regularmente a tomarse una cerveza y comer un bocado, sobre todo cuando algo le preocupaba. Ver a Dirk y escuchar su acento —un acento tan holgado y tan llano como el paisaje donde ambos se habían criado— le levantaba el ánimo. Stellamanns había sido siempre ese tipo de persona: por muchos agobios que la vida le trajera, él siempre parecía tomárselo todo con jovialidad filosófica.

El comisario bajó del coche, se detuvo en un círculo iluminado de la calle adoquinada y contempló un trecho vacío, cubierto de maleza, que quedaba junto a la calle.

El verano anterior, en un día muy caluroso, Dirk había estado trabajando de lo lindo. Con el tiempo, había conseguido atraer a una nutrida clientela de camioneros que se detenían allí al entrar o salir de los muelles. Estaba trabajando en los fogones cuando sufrió un ataque cardíaco que acabó con su vida antes de que se desplomara en el suelo de la caravana.

Para Fabel, aunque fuese en el subconsciente, durante esos minutos en los que había conducido pensando en sus asuntos, Dirk aún estaba vivo y el puesto de comida seguía abierto al público como siempre. Por eso había bajado a aquel lugar.

El mundo que lo rodeaba estaba cambiando. Y como el resto de la gente, Fabel a veces perdía el hilo de los cambios producidos. Personas que para él

habían sido una presencia constante, que siempre habían estado ahí, de repente ya no estaban. Le deprimía y le irritaba haber olvidado, aunque fuese por un momento, que Dirk había muerto. Le había pasado con frecuencia lo mismo al pensar en la casa de su infancia en Norddeich: creer que su padre, muerto hacía mucho, seguía vivo, que estaba sentado en su despacho, encorvado sobre algún mapa antiguo de la costa, con las gafas en precario equilibrio sobre la punta de la nariz... Era eso lo que te pasaba: tenías un universo entero en la cabeza, aquel con el que habías crecido, y permanecía allí siempre, intacto.

—Ya no está aquí.

Se volvió, sobresaltado. Una joven había surgido de la nada, materializándose en el círculo iluminado. El comisario miró a uno y otro lado de la calle, pero no vio ningún otro coche aparcado.

—¿Cómo dice?

—Ya no está aquí —repitió la joven—. El puesto de comida.

—¡Ah..., sí! Sí, lo sé.

—Yo también estaba buscándolo.

Por un momento, Fabel se preguntó si no sería una prostituta, a pesar de que esa no era una de las zonas reguladas. Pero la joven, de rasgos regulares y cabello rubio más bien corto, iba muy elegante —traje de chaqueta gris oscuro y escarpines—, como si trabajara en un banco o en una compañía de seguros. Atractiva, aunque no impresionante.

—Ya hace mucho que no está aquí —dijo el detective.

—Yo tampoco venía desde hace mucho —añadió ella.

—¿Dónde ha estacionado? No he visto...

—Ah, por allí... —Señaló vagamente hacia el fondo de la calle, por el lado de los muelles—. ¿Es usted policía?

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, «¿Dónde ha estacionado?» es una pregunta bastante típica de un policía. Y además, el tipo que regentaba el puesto era un antiguo agente y tenía entre sus clientes a muchos de sus viejos colegas. Pero usted no parece un camionero.

—No, supongo que no. ¿Qué la trae por aquí?

—Como le he dicho, yo también andaba buscando el Schnellimbiss. Me apetecía comer algo.

—Es un sitio algo apartado.

—No hay ningún sitio realmente apartado. ¿Lo conocía bien? Al tipo del puesto.

—Mucho.

—Era un hombre agradable. Muy... —la joven se esforzó para encontrar la palabra—... paternal. Como un tío bondadoso.

Fabel empezaba a sentirse incómodo. Había algo en la chica que lo

inquietaba. Era casi como si estuviera coqueteando con él, aunque la falta de expresividad de su rostro le hizo pensar en Reisch, en aquel hombre condenado a una silla de ruedas y a una visión tan nítida como aterradora de su inmediato futuro.

—Sigo sin entender qué hace usted aquí realmente —dijo sacando su identificación y desplegándola un instante—. Si no le importa, me gustaría ver su documento de identidad.

—¿Y si me importa?

—Me gustaría verlo igualmente.

—No comprendo por qué le preocupa tanto mi presencia. No soy yo quien vive en el pasado y olvida que su amigo está muerto.

Fabel se puso rígido, pero insistió:

—Muy bien, déjeme ver su documento de identidad.

—Claro, agente. —La chica sonrió, aunque de un modo artificioso, simplemente porque era lo que tocaba. Hurgó en el bolso que llevaba colgado del hombro y le mostró el documento: Julia Henning, de Eppendorf—. Solo estaba dándole conversación. ¿He hecho algo malo?

—No, Frau Henning. Pero tendría que andar con más cuidado. Esto es muy solitario de noche y no debería estar aquí sola.

—No estoy sola, ¿no? Cuento con protección policial. ¿O es que le preocupa que me haya citado por Internet con el Asesino de la Red?

—Me parece muy raro que diga eso.

—¿Ah, sí? Bueno, como está tan inquieto por mi seguridad... Y ese tipo sale continuamente en las noticias. —Suspiró—. En fin, no lo molesto más. Buenas noches, comisario en jefe.

—¿Cómo conoce mi rango?

—Por su identificación. Lo decía ahí. Buenas noches. Espero que encuentre algún sitio donde cenar.

Fabel la observó desaparecer en la oscuridad. Volvió a subir al BMW, llamó al Präsidium de la Policía y dio el nombre y la dirección de Eppendorf que figuraban en el documento de la chica. En la sala de control le dijeron que el nombre y la dirección cuadraban y que no tenía antecedentes. Aguardó unos instantes, arrancó y circuló muy despacio hacia los muelles en la dirección que la joven había tomado para comprobar que había vuelto a su coche. Tardó solo tres o cuatro minutos en llegar al final, a las verjas cerradas de los muelles.

Ni rastro de ella. Y no se había cruzado con ningún coche en la dirección opuesta.

## Capítulo veintiuno

Fabel se despertó con un sobresalto. Había estado soñando otra vez y algo lo había aterrorizado, pero el sueño se había escabullido de su memoria en cuanto despertó. Tenía la vaga sensación de que la mujer de la noche anterior aparecía en él.

No había amanecido del todo y encendió la lamparita de noche. Miró el reloj y vio que faltaban unos minutos para las seis. Extendió el brazo hacia la mesilla, cogió el móvil de repuesto y frunció el entrecejo. Ninguna llamada de Susanne. Ni siquiera un mensaje de texto para decirle en qué vuelo regresaba.

Se levantó y se duchó, pero se sentía cansado. Indolente. Salió temprano del apartamento y fue a desayunar a un café. Era un local al que acudía bastante a menudo para ser reconocido, pero no tanto como para que lo considerasen un parroquiano. Lo cual le ahorra el esfuerzo de dar conversación a esas horas de la mañana. El café estaba muy tranquilo; los únicos clientes eran una pareja sentada al fondo, lejos de los ventanales de la entrada. Tanto el hombre como la mujer iban con traje gris y, cuando él entró, lo miraron inexpresivamente un instante ante de seguir ingiriendo sus cafés sin entusiasmo. Por algún motivo que él no entendía, el café ofrecía una serie de desayunos bautizados en inglés con el nombre de diversas ciudades portuarias: *The Hamburg Breakfast*, *The Liverpool Breakfast*, *The Rotterdam Breakfast*. Pidió el Rotterdam y le sirvieron un *Uitsmijter* al estilo holandés: un huevo escalfado sobre un lecho de jamón, queso y tostada, y una taza de café fortísimo. Estuvo jugando desganadamente con la comida durante diez minutos mientras contemplaba por el ventanal la llovizna que caía sin convicción sobre el Elba.

Le sonó el móvil.

—Pero ¿qué demonios ha pasado? —exclamó Susanne, impaciente, saltándose los preliminares.

—Yo también me alegro de oírte —dijo Fabel—. Llevo días intentando comunicarte contigo. ¿Es que no has recibido mis mensajes de texto?

—¿Qué mensajes? El único mensaje tuyo que he recibido ha sido uno que me ha llegado esta mañana desde tu nuevo móvil. ¿Qué sucede, Jan? ¿Qué ha pasado con el otro teléfono?

—Estaba dando problemas. Lo típico, ya sabes: fallo de cobertura, bajo rendimiento de la batería..., y encima ha predicho la ubicación de la siguiente víctima del Asesino de la Red.

—¿Cómo?

—Ese mensaje de texto sobre el que te pregunté. Seguro que lo recordarás... *Poppenbütteler Schleuse*. Recibí el mensaje y al cabo de unas horas apareció un cuerpo flotando en el Poppenbütteler Schleuse.

—Estás de broma... ¿Has averiguado quién lo envió realmente?

—Ahí es donde se pone la cosa interesante: el mensaje ha desaparecido. Se ha borrado por sí solo. Por eso me han dado este móvil. Están analizando el antiguo para intentar recuperar el mensaje. ¿Ya te vas hacia el aeropuerto de Fráncfort?

—Sí..., pero mi vuelo no sale hasta mediodía. Voy a hacer primero unas compras. ¿Vendrás a recogerme?

—Claro. ¿A qué hora llegas?

Ella le dijo la hora de llegada prevista.

—Oye, Jan —añadió con un tono teñido de inquietud—. ¿Dices que me enviaste varios mensajes de texto desde ese teléfono?

—Sí. Y un mensaje de voz.

—No me han llegado. Y por lo que estás diciendo, tú tampoco has recibido los míos.

—¿Me dejaste mensajes? No, no recibí ninguno.

—Pero es absurdo. Los mensajes de voz no se almacenan en el teléfono, sino en la red de tu proveedor de telefonía. Intenta recuperarlos con el PIN de ese teléfono. No me gusta nada todo esto, Jan. Es como si te hubieran pirateado el móvil; como si lo hubieran clonado o algo así.

—No lo sé, Susanne. Suena muy rebuscado. A lo mejor yo los he borrado sin querer. En todo caso, el departamento técnico me dirá algo pronto. —Hizo una pausa—. Te he echado de menos.

—Yo también a ti. —Restaba un deje de inquietud en su voz—. Nos vemos en el aeropuerto.

Dejando intacto casi todo su *Rotterdam Breakfast*, Fabel pagó la cuenta y volvió a subir al coche. Se sentía excitado después de aquel café tan fuerte y, mientras conducía por la ciudad hacia el Präsidium, encendió su reproductor de mp3 para serenar un poco su ánimo. Lars Danielsson esta vez.

«Quizá tendría que haber sido sueco», pensó.

La música tuvo el efecto acostumbrado en él y, para cuando llegó al aparcamiento del Präsidium, pese al chute de cafeína, se sintió capaz de afrontar

lo que el día hubiera de depararle.

No habría podido estar más equivocado.

## Capítulo veintidós

En cuanto salió del ascensor, Fabel supo que algo iba mal.

Vio que Anna venía por el pasillo en dirección contraria. La comisaria vaciló un instante y movió los labios como para decir algo, pero la interrumpió Van Heiden, que apareció en el pasillo por detrás de ella y le indicó a Fabel que lo siguiera al interior de la brigada de homicidios. Anna pasó de largo, pero no sin lanzarle a su jefe una mirada de advertencia: una mirada tan alarmante que este sintió de golpe que se le encogía el estómago.

Lo estaban esperando en la oficina principal de la brigada: Horst van Heiden, Fabian Menke —el hombre de la BfV— y Werner, que le sonrió de un modo que quedaba entre la compasión, la frustración y la desesperación. El nudo que se le había hecho a Fabel en el estómago se le estrechó mucho más.

Con los años, se había acostumbrado a los lúgubres saludos del director general de homicidios. Tenía a menudo la sensación de que su superior era un hombre muy limitado en el sentido emocional. A su modo de ver, el director contaba solo con dos expresiones: una de lúgubre seriedad y otra de seriedad aún más lúgubre. Su malhumor solía desatarse, normalmente, a causa de alguna intrusión de carácter político o mediático en el curso de una investigación todavía abierta, o debido a algún titular de prensa crítico con la Polizei de Hamburgo. Pero esto —Fabel lo notó— era algo distinto. Lo que en ese momento planeaba sobre el rostro del director, nunca lo había visto.

—¿Por qué me da la sensación de que acabo de llegar a un funeral, o mejor dicho, a mi propio funeral? —Fabel le dirigió a Van Heiden una sonrisa y, al ver que no reaccionaba, recordó que su sentido del humor era tan limitado como su capacidad emocional—. ¿Qué ha ocurrido?

—Será mejor que nos acompañes —dijo Van Heiden—. Usted también, comisario superior Meyer.

—Bueno... —Fabel suspiró, mientras subían en ascensor a la quinta planta—. ¿No vas a darme alguna pista?

—Se trata de Müller-Voigt... —empezó a decir Werner, pero la mirada fulminante de Van Heiden lo obligó a enmudecer.

Fabel dejó que su jefe y el hombre de la BFV abrieran la marcha y los siguió. En la quinta planta del edificio que ocupaba la Policía de Hamburgo, si tenías un grado jerárquico como el de Fabel o inferior, te tocaba ir detrás. Aquella era la planta directiva del Präsidium y, cuando Fabel advirtió que se dirigían a las oficinas de presidencia, sus oscuros presentimientos subieron de grado. En cuanto llegaron a recepción, les hicieron pasar al despacho del presidente de la policía.

Hugo Steinbach rodeó su enorme escritorio para recibirlos. Así como Van Heiden no podía ser otra cosa que policía, Steinbach tenía aspecto de ser cualquier cosa menos policía. Fabel siempre había considerado que aquel hombre paternal y habitualmente sonriente, parecía más bien un médico de familia o un jovial y hospitalario dueño de hotel rural. Pero era un policía, y lo era de pies a cabeza. Había ingresado en el cuerpo como simple agente de barrio, pero había ascendido progresivamente, pasando por todos los grados y por todos los departamentos. Se enorgullecía de saber siempre, cuando hablaba con uno de sus subordinados, cómo era exactamente su trabajo y con qué tenía que vérselas para realizarlo. Lo cual era cierto incluso en el caso de Fabel: Steinbach había sido detective superior en la brigada de homicidios de la Polizei de Berlín.

—¿Esto se debe a mi cuenta de gastos? —preguntó Fabel con una sonrisita insegura.

—Siéntate, por favor —le dijo Steinbach con una amabilidad que lo desconcertó mucho más. Tomó asiento. Su incomodidad empezaba a dar paso a la irritación.

El presidente se sentó con aire informal en la esquina del escritorio, tomó una carpeta y la hojeó brevemente.

—Ayer noche llamaste al Präsidium para comprobar la identificación de una mujer. Una mujer llamada Julia Henning.

—¡Ah, sí...! Sí, en efecto. ¿Qué le pasa?

—Y confirmaste con el agente de guardia que vivía en Eppendorf. ¿Por qué quisiste comprobar ese nombre y esa dirección?

—Fue al salir anoche de la oficina. Pensaba parar a comer algo y se me olvidó... —Fabel se calló. Parecería como mínimo una muestra de insensibilidad confesar que se le había olvidado que su amigo, un amigo de hacía más de dos décadas, había muerto. Y mientras estaba allí con la sensación de ser interrogado, el hecho le sonó extraño—. Bien, se me olvidó que el sitio había cerrado. Entonces apareció una mujer como surgida de la nada. Su actitud resultaba..., bueno, rara. No sé por qué, pero tuve la sensación de que ella sabía quién soy.

—¿Qué te lo hizo pensar? —preguntó Steinbach.

—No lo sé exactamente —dijo Fabel con sinceridad—. Había algo raro en las



cosas que decía. Daba la impresión de conocer muy bien al tipo que regentaba en su día ese puesto de comida. Y parecía como si supiera que había sido amigo mío.

—¿Dirk Stellmanns? —inquirió Werner, ceñudo. Exactamente la reacción que Fabel se había temido. Y sonaba extraño, en efecto. Asintió.

—¿Así que le pediste a esa mujer su documentación? —terció Van Heiden.

—Sí. ¿Alguien va a contarme de qué va todo esto?

—A su debido tiempo, Fabel. —Steinbach mitigó la dureza de la respuesta con una sonrisa—. Sé que todo esto resulta insólito, pero el asunto es muy serio y debemos establecer primero los hechos y su cronología. ¿Podrías describir a esa mujer?

Describió someramente a la mujer de aspecto corriente, vestida con un traje gris de ejecutiva, que se había encontrado en el puerto. Mientras lo hacía, le asaltó una idea: la pareja que había visto en el café esa mañana vestía de un modo muy similar. Enseguida desechó la idea. Todos parecían iguales: ejecutivos clónicos.

—¿Dices que era rubia? —preguntó Van Heiden—. ¿No era morena?

—Rubia. Ya lo he dicho.

—¿Y no habías tenido ningún contacto previo con ella o con alguien de ese mismo nombre? —quiso saber el presidente.

—No, nada de eso. ¿Por qué me siento de repente como un sospechoso? ¿Qué importancia tiene esa mujer?

—Por favor, ten un poco de paciencia —dijo Steinbach, dándole una fotografía de la carpeta. El comisario supo sin más que había sido tomada en la morgue de Butenfeld, porque reconoció en el acto a aquella mujer muerta.

—¿No es esta la mujer? —preguntó Steinbach.

—Claro que no. Usted ya lo sabe. Esta es la mujer que encontramos en Poppenbütteler Schleuse. ¿Cómo iba a ser la otra? Esta ya llevaba mucho tiempo en la morgue anoche. Por el contrario, la mujer con la que yo hablé estaba bien viva.

—Tenemos la identificación de la víctima, Jan —explicó Werner—. Ha llegado esta mañana. —Señaló con aprensión la foto que Fabel tenía en las manos—. Esa es Julia Henning. Vivía en la dirección de Eppendorf que tú pasaste por teléfono.

—*Shit* —exclamó Fabel en inglés—. Entonces, la mujer que me encontré anoche debe de tener algo que ver con los asesinatos.

—Ese no es nuestro mayor motivo de inquietud en estos momentos, Fabel —dijo Van Heiden—. Hemos recibido un informe del comisario jefe Kroeger del departamento técnico sobre el móvil que les entregaste. Dicen que no hay ni rastro de ningún mensaje de texto que dijera «Poppenbütteler Schleuse».

—Como ya expliqué, el mensaje se borró de algún modo.

—Herr Kroeger asegura que aun cuando hubiera sido borrado —explicó el director general—, su equipo habría sido capaz de recuperarlo. Y también han revisado el registro de tu proveedor. Infructuosamente.

—¿Comprendes a dónde nos lleva todo esto, comisario jefe? —dijo Steinbach—. Pareces haber tenido conocimiento previo de dónde iba a ser encontrada la víctima; luego comunicas por radio el nombre y la dirección de esta mucho antes de que nosotros hayamos determinado su identidad.

Fabel miró al presidente, incrédulo.

—¿No pensará en serio que estas coincidencias me convierten en sospechoso?

—Por sí mismas, no... —Menke intervino por primera vez—. Pero no son coincidencias aisladas. Ayer noche hablamos largo y tendido sobre el Proyecto Pharos, y usted le dio instrucciones a Frau Wolff para que reuniera toda la información posible sobre la organización. Y eso ocurrió un día después de que el senador Müller-Voigt me interrogara con insistencia sobre lo mismo.

—¿Y qué? —A Fabel le molestaba que el hombre de la BfV estuviera presente. Aquello era un asunto de la policía.

—Yo te pregunté dónde habías estado hace dos noches —terció Van Heiden—. Tú replicaste con una evasiva. ¿Por qué, Jan?

—Con franqueza, Herr director de homicidios, lo que yo haga con mi tiempo libre no es asunto tuyo. —Fabel empezaba a sentirse en abierta minoría e intercambió una mirada con Werner.

—Al contrario —dijo Van Heiden—. Si estás utilizando tu tiempo para reunirte y hablar de asuntos policiales con un miembro del Senado de Hamburgo sin mi conocimiento, considero que es, indiscutiblemente, asunto mío.

—Si sabías dónde estaba, ¿por qué me lo preguntaste?

—¿Fuiste a ver a Herr Müller-Voigt a su casa hace dos noches? —preguntó Steinbach.

—Sí, en efecto. Al concluir la reunión aquí en el Präsidium, me pidió que fuese a verlo a su casa por la noche.

—¿Por qué?

Fabel inspiró largamente y contó la historia de la novia desaparecida de Müller-Voigt, incluyendo la convicción del senador de que alguien había borrado cualquier rastro de ella, sus sospechas sobre el Proyecto Pharos y la petición que le había hecho a él de que indagara extraoficialmente.

—¿Así que esta es la razón de que tanto usted como él me preguntaran sobre Pharos? —concluyó Menke.

El comisario en jefe asintió y dijo:

—Y cuanto más averiguo sobre el asunto, más factible me parece que pueda tener relación con la desaparición de esa mujer.

—¿Desde cuándo tienes autorización para emprender investigaciones privadas, Fabel? —Una especie de negro nubarrón oscurecía el rostro de Horst

van Heiden—. ¿Qué demonios creías que hacías al aceptar fisgonear por ahí para Müller-Voigt?

Alzando las manos, el comisario respondió:

—Vamos a dejar una cosa bien clara: mis indagaciones extraoficiales han sido muy limitadas. De entrada, le dije a Müller-Voigt que no tenía tiempo material para ello, pero luego pensé que cabía muy bien la posibilidad de que el torso arrastrado por la corriente hasta el Fischmarkt fuera el de Meliha Yazar. Únicamente por ese motivo accedí a investigar. Y debo añadir que el senador sabe que no puedo garantizarle que su nombre no acabe saliendo a la luz. Con sinceridad, creo que su único interés es averiguar qué ha sucedido con esa mujer.

Hubo un silencio. Steinbach, Van Heiden y Werner se miraron. Fabel hizo una mueca exasperada.

—Müller-Voigt está muerto, Jan —dijo Werner—. Lo ha encontrado la mujer de la limpieza esta mañana en el salón de su casa. Anna se dirigía hacia allí cuando has llegado.

Fabel estuvo atónito unos instantes. Luego, como si lo hubieran enchufado a la corriente, se levantó bruscamente.

—Voy para allí...

—Eso no sería nada aconsejable, Fabel —dijo Steinbach—. Tú mismo te darás cuenta, dadas las circunstancias.

—¿No insinuará en serio que soy sospechoso?

—Nadie insinúa eso —dijo Van Heiden con un tono vagamente ofendido que no terminó de convencer al comisario jefe—. Pero estás en una posición comprometida en lo relativo a la investigación de estos asesinatos. No puedes aparecer dirigiendo un caso del que tú formas parte. Has de entenderlo.

—¿Y entonces..., qué? ¿Estoy suspendido?

—Por supuesto que no —dijo Steinbach.

—Pues insisto en llevar el caso Müller-Voigt. —No podía creer que se estuviera refiriendo al hombre con el que había charlado dos noches atrás como si se tratara solo de un «caso»—. Es mi trabajo, a fin de cuentas. Y tengo un interés personal en esto...

—Esa es, precisamente, la cuestión —dijo Van Heiden—. Es por tu implicación personal por lo que debemos poner el caso en manos de otro agente.

—Propongo que vayamos todos al escenario del crimen —insinuó Menke—. Este asunto es más complicado de lo que parece. Y a mi juicio, Herr Fabel no se ha colocado en una posición delicada por sí mismo, sino que alguien ha hecho todo lo posible para apartarlo de la investigación.

Fabel lo miró. Le sorprendía que el agente de inteligencia hubiera salido en su defensa.

—Estoy de acuerdo —dijo Werner—. Todo esto son chorradas. Quiero decir, los mensajes de texto y esa mujer con la identidad de la víctima. Está todo

pensado para sacar a Jan del caso. A no ser que crean ustedes que es sospechoso. En cuyo caso también pueden suspenderme a mí.

Fabel le lanzó una mirada de advertencia: Van Heiden, que ahora escrutaba ceñudo a Werner, era lo bastante adepto a las normas como para tomarle la palabra y aceptar la sugerencia.

—Dirige tú la investigación, Werner —indicó Fabel—. El director de homicidios tiene razón. Yo estoy demasiado implicado. —Se volvió hacia su jefe—. Pero a pesar de todo quiero ver la escena del crimen de Müller-Voigt.

Fabel se acomodó en el asiento trasero del Mercedes que los llevaba al Altes Land. Werner subió tras él. Apretujado junto a Menke, contemplando el inmenso cielo sobre el paisaje verde y liso como una mesa de billar que se deslizaba a su lado, el comisario en jefe se sentía en gran parte como un sospechoso y soportaba de mala gana la presencia del agente de inteligencia.

—¿Qué le dijo Müller-Voigt sobre esa mujer supuestamente desaparecida? —le preguntó Menke.

Fabel permaneció en silencio un momento. Lo suficiente para dejar claro que le molestaba que lo interrogara.

—Si no le importa que se lo pregunte... —añadió el tipo para llenar el silencio.

—No es solo su desaparición lo que simplemente se supone, sino también su existencia —replicó Fabel, resignado—. El senador me dijo que no había logrado encontrar ni rastro de ella, y me pidió que investigara porque temía que si tenía que buscarla por los canales oficiales, podría dar la impresión de que había perdido el juicio.

—Supongo que es consciente —dijo Menke— de que todo está relacionado: su encuentro con una mujer que le muestra la documentación de una persona que ya ha sido asesinada, sus problemas con esos mensajes que desaparecen...

Van Heiden maniobró como pudo en el asiento de delante, dada la anchura de sus hombros, para girarse hacia Menke.

—Si tiene usted algún dato que debamos conocer, Herr Menke —dijo—, le sugiero encarecidamente que nos lo comunique.

Encogiéndose de hombros, el investigador de la BfV replicó:

—Estaba haciendo una observación. Nada más.

Holger Brauner y su equipo ya llevaban un buen rato en el escenario del crimen cuando Fabel entró en la casa con Menke, Van Heiden y Werner. Anna Wolff, que se encontraba en el vestíbulo hablando con un agente uniformado, se

dirigió directamente a Fabel, ignorando al director general a propósito.

—Müller-Voigt está ahí dentro —dijo señalando el salón donde el político había hablado con el comisario hacía dos noches. Este vio desde la entrada que había libros y revistas esparcidos por el suelo, junto a la mesita de café. Los pies del político asomaban apenas por detrás: obviamente, se había derrumbado entre el sofá y la mesita. Había un arco de salpicaduras rojas en la superficie de cuero del sofá—. ¿Quiere verlo?

Anna le dio unos protectores elásticos azules para los zapatos y un par de guantes de látex, pero siguió sin hacer caso de Van Heiden. El director de homicidios ya empezaba a echar humo, y Fabel le dirigió a Anna una mirada de advertencia. Entonces ella le entregó al director un juego de protectores y guantes. Anna era una agente muy dotada y prometedora, pero Fabel sabía que su evidente problema con la autoridad le impediría ascender muy por encima de su rango actual. Cosa que lo contrariaba, aunque también, en el fondo de los fondos, estos pequeños numeritos lo reconfortaban: después de todo, quizá el espíritu rebelde de Anna no se había agotado.

—¿Signos de lucha? —preguntó Fabel, mientras se acercaban al cuerpo.

—Mínimos. Da la impresión de que conocía a su atacante. No hay indicios de que la puerta haya sido forzada, y este desbarajuste —indicó Anna, señalando los libros y revistas que había en el suelo— puede haberse producido cuando él se cayó, o como máximo tras un breve forcejeo.

Fabel saludó a Holger Brauner y le preguntó:

—¿Puedo echar un vistazo?

—Mientras no me contamines la escena —dijo Brauner, sonriendo.

El comisario bajó la vista hacia Müller-Voigt, y este le devolvió la mirada con una rígida expresión de sorpresa. En realidad, no era una expresión, el detective lo sabía de sobra, sino la desencajada mirada del *rigor mortis*. La parte lateral de la cabeza del político, por encima de la sien derecha, estaba gravemente deformada, como si se le hubiese abollado, y entre el pelo se le apreciaba una honda herida allí donde había recibido el impacto de un objeto pesado; alrededor de la cabeza se le había formado un gran cerco de sangre oscura, espesa y viscosa. Fabel sintió un cosquilleo sombrío y desagradable en el estómago al advertir que el senador llevaba la misma ropa que la última vez que lo había visto.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto, más o menos? —le preguntó a Brauner.

—No está fresco —comentó el jefe forense—. Más de un día. Tal vez dos.

Fabel se puso muy tenso.

—¿Cómo ha dicho? —dijo Van Heiden, asomándose por encima del hombro del comisario jefe.

Brauner soltó una risita y miró a Fabel con aire burlón, antes de volverse hacia Van Heiden.

—He dicho que la víctima lleva muerta más de un día. ¿Pasa algo?

—Yo me reuní con la víctima anteayer por la noche —explicó Fabel con voz apagada—. Aquí.

—¡Ah...! —exclamó Brauner.

—Espera un momento. —Fabel se volvió hacia Menke—. ¿No me dijo que Müller-Voigt se saltó ayer una reunión, pero mandó un mensaje para disculparse?

—Sí..., bueno... —dijo el hombre de la BfV lentamente—. La cuestión es que ya no tenemos ese correo electrónico. Ni ningún otro, por el momento. Me temo que la inquietud de usted sobre la seguridad del correo electrónico estaba justificada, después de todo. Verá, el mensaje enviado desde el ordenador de Müller-Voigt corrompió todo nuestro sistema. Al parecer, ha sido infectado con el virus Klabautermann. Y desde luego, un correo no demuestra que estuviera vivo: el asesino podría haberlo mandado desde su cuenta.

—El senador me dijo que su ordenador también había sido infectado —informó Fabel—. Pero que lo había enviado a que lo desinfectaran y repararan. Me explicó que estaba trabajando con otro nuevo y que usaba una cuenta de correo nueva también. Así que yo diría que ese mensaje infectado que ustedes recibieron no podía proceder de él.

—Herr Meyer... —Van Heiden le hizo una seña a Werner—. Me gustaría que sea usted exclusivamente quien se haga cargo de la investigación. —Se volvió hacia Fabel—. Creo que lo entenderás, dada la delicada posición en la que nos hallamos.

—A mi modo de ver —dijo el comisario jefe—, yo soy el único que se encuentra en una posición delicada.

—Has dicho que viste una fotografía de esa misteriosa mujer desaparecida cuando estuviste aquí —dijo Van Heiden—. ¿Dónde está?

Fabel señaló el marco digital:

—Ahí.

Inclinándose sobre el sofá, Brauner recogió el marco y se lo tendió a Fabel. Van Heiden se adelantó, lo cogió él mismo y, cejijunto, observó las imágenes. Observó:

—Aquí solo veo paisajes.

—Es un marco digital —le dijo Fabel—. Tiene almacenadas centenares de fotografías. ¿Me permite?

Pulsó el botón y cada vez surgía en la pantalla una nueva imagen: paisajes marinos, montones de paisajes marinos; algunas imágenes campestres de Altes Land; varias vistas del litoral, muchas de ellas con faros... Pero ninguna donde apareciera Müller-Voigt, ni ninguna de las otras fotografías que él había visto cuando el político las había ido pasando. Antes de que hubieran mirado la mitad de las imágenes, ya tuvo la certeza de que no iban a encontrar la foto de Meliha

Yazar.

—¿Estás seguro de que viste en este chisme a la mujer que, según el senador, había desaparecido? —le preguntó Van Heiden, una vez revisadas todas las imágenes.

—Sin la menor duda. Alguien la ha borrado. Y también muchas otras fotos.

—Igual que el mensaje de texto que dices haber recibido con el nombre del lugar donde luego apareció la víctima.

—Exactamente igual. —Fabel le tendió el marco digital a Brauner—. Será mejor que lo precintes también. El que ha matado a Müller-Voigt ha estado manipulando sus juguetitos.

Brauner asintió y, agachándose y recogiendo una bolsa transparente del suelo, dijo:

—Por cierto, esto parece ser el arma homicida. Un objeto horrible, si quieres mi opinión. En todo caso, tiene sangre, pelo y restos de piel en la base; y tanto su peso como su forma parecen encajar con la herida del cráneo. Lo someteremos a un análisis exhaustivo de huellas digitales. ¿Qué pasa, Jan?

Fabel miraba fijamente el contenido, manchado de sangre, de la bolsa de pruebas que Brauner sostenía. En ese momento, sintió que su carrera y su vida entera se tambaleaban.

—Es una escultura de bronce de *Rahab*, un demonio del mar hebreo. —La voz del comisario jefe sonó apagada, distante. Hizo un esfuerzo para recordar las palabras exactas de Müller-Voigt—: «Rahab..., creador de las tempestades y padre del caos». Creo que será mejor que te diga desde ahora que encontrarás en él unas huellas perfectamente conservadas: las mías.

## SEGUNDA PARTE



## Capítulo veintitrés

Cuando Roman Kraxner tenía ocho años, sus padres lo habían llevado al médico de familia, que había meneado la cabeza y fruncido el entrecejo repetidamente y los había derivado a un psiquiatra infantil, el cual, por su parte, no había meneado la cabeza ni fruncido el entrecejo. De hecho, Roman no había advertido ninguna expresión en absoluto en el rostro del especialista, quien había hablado acerca de él con sus padres de un modo inconexo, casi incoherente. Recordaba eso del psiquiatra; eso y las gafas de gruesa montura negra que llevaba puestas. «Para esconderse —había pensado—; para no tener que mirar a nadie a los ojos». Y en cuanto hizo este descubrimiento, todas sus angustias habían cesado. También cesaron las de sus padres, porque el psiquiatra los tranquilizó, asegurando que su hijo no padecía ninguna dificultad grave de aprendizaje, ni signo alguno de trastorno mental.

—Su hijo tiene una personalidad esquizotípica —había dicho el médico, jugueteando con sus gruesas gafas negras y sin mirar a nadie a los ojos—. Pero..., no es que..., no padece un trastorno esquizotípico de la personalidad, ni una esquizofrenia..., no..., también hemos descartado un posible síndrome de Asperger. Pero..., sí tiene..., es decir..., muestra una falta de reacción afectiva y un exceso de introspección.

—¿Eso qué significa? —había preguntado el padre.

—Bueno, el niño... no ha desarrollado una capacidad relacional..., humm..., tendrá dificultades para desenvolverse socialmente. No acaba de entender a los demás. Pero todo eso es típico de una personalidad esquizotípica y no significa que no pueda disfrutar de una vida plena y exitosa. Hay ciertas compensaciones: posee a todas luces una inteligencia excepcional, y es sabido que una personalidad de ese tipo puede manifestarse en una mente extremadamente imaginativa y creativa. Muchos grandes compositores, pintores, escritores, matemáticos, físicos..., en fin, para muchas profesiones constituye una ventaja.

Roman, que lo escuchaba atentamente, se había preguntado por qué aquel

médico incoherente que se ocultaba tras unas gruesas gafas no había añadido «psiquiatras» en su lista.

Sus padres nunca habían comprendido del todo las implicaciones de lo que el psiquiatra había dictaminado. Tras un período de tranquilidad, las antiguas dudas habían vuelto a resurgir en su mente: el especialista había dicho esquizotípico, ¿no? Y eso sonaba un montón a esquizofrénico. Entretanto, Roman había evolucionado, pasando de ser un niño raro sin amigos a un adolescente aún más raro sin amigos. No era tanto que los demás lo evitaran —aunque también, sin duda—, sino que él evitaba a los demás. En el colegio solo había una persona con la que mantenía una relación algo parecida a una amistad: Niels Freese. Pero este era todavía más extraño que Roman y había pasado fuera del colegio largas temporadas para ser sometido a tratamiento. No obstante, durante el tiempo que estuvieron juntos, habían descubierto que, cada uno a su manera, veían el mundo de un modo totalmente distinto al resto de sus compañeros.

Más adelante, cuando Niels fue trasladado definitivamente a una escuela especial, Roman había rechazado cualquier otro contacto o amistad. No es que hubiera tenido que esforzarse mucho: sus compañeros de clase lo evitaban o no le hacían el menor caso. Y los que se lo hacían era para atormentarlo.

Al llegar a la pubertad, tomó conciencia de que su rechazo a todo tipo de relación era más profundo de lo que había supuesto. La explosión hormonal subsiguiente no había logrado despertarlo gran cosa en el terreno del deseo sexual, ni por un género ni por el otro. La idea de la intimidad física con otra persona no le resultaba tan aborrecible como superflua. Realmente, no veía qué sentido tenía.

No obstante, se dio cuenta de que no era completamente asexual, porque descubrió que los hormigueos de excitación que sentía estaban relacionados con chicas o con mujeres que quedaban totalmente fuera del alcance del orondo adolescente en que se había convertido. Pues lo único que suscitaba en él algo semejante al deseo era la auténtica belleza: la simetría perfecta, la piel perfecta, la figura perfecta. Pero a pesar de todo, su grado de excitación se encontraba más bien amortiguado. Con frecuencia se había preguntado si no sería el hecho mismo de que fuesen inalcanzables lo que le atraía de esas mujeres: la conciencia de que tales deseos eran irrealizables y que no desembocarían en un contacto físico real.

Se había ensimismado cada vez más profundamente en su propio mundo. Raramente salía de su habitación y pasaba horas y horas leyendo, escuchando música y, sobre todo, soñando despierto. Esos sueños jugaban un papel fundamental en su vida: fantasías en las cuales un *alter ego* suyo —más delgado, más guapo y más feliz— era rico, popular y deseado. No es que se sintiera desdichado con su vida: encerrarse en un mundo mejor de su propia creación era exactamente lo que él quería.

Y entonces, un día, su vida cambió para siempre.

Los padres de Roman no habían dejado de preocuparse por su único hijo. Se angustiaban constantemente. Les inquietaba su peso descomunal y que malgastara sus evidentes dotes intelectuales. El chico descubrió más tarde que había sido idea de su madre comprarle un ordenador por su decimocuarto cumpleaños. De repente, todo un nuevo espectro de posibilidades se abrió ante él. Aquel mundo de fantasía suyo, tan cuidadosamente construido, ahora contaba con un entorno que existía más allá de su mente.

Sus padres, claro, se quedaron desolados cuando decidió no ir a la universidad. Aunque no dejaba de ser un alivio en cierto modo: nunca habían conseguido imaginarse cómo iba a poder desenvolverse aquel hijo obeso y enfermizamente solitario en el ambiente de un campus. Y pronto quedó claro que poseía un talento extraordinario para diseñar juegos de ordenador. Hasta encontró trabajo en una empresa de *software* más interesada en los juegos que el chico había concebido en su habitación que en cualquier titulación universitaria.

La cosa no duró, sin embargo. Pese a su evidente talento, la incapacidad de Roman para relacionarse hizo que lo acabasen despidiendo. Había encontrado otro trabajo similar, pero tampoco le duró. Después le ofrecieron un empleo peor pagado. Y finalmente, el trabajo en la tienda de ordenadores, donde debía vender modelos de Mac y PC a unos idiotas que no paraban de preguntar: «¿Cuánta memoria tiene?», aunque ellos no tuvieran por su parte ni la más mínima idea de lo que esa pregunta, o su respuesta, significaban.

Varado en casa de sus padres, había considerado imposible soportar la cansada tristeza que veía en sus ojos cada vez que lo miraban. Eran buenos con él, no obstante, y siempre que necesitaba dinero para un nuevo equipo informático se las arreglaban para conseguirlo. Y entonces, un día interminable que se había prolongado hasta la tarde y luego hasta la noche, mientras perdía el tiempo navegando ociosamente por la Red, había encontrado el modo de introducirse en una página de pago seguro. Le había resultado fácil y no lo había hecho con un objetivo definido, pero advirtió que era capaz de efectuar pagos *on-line* a proveedores. Y lo probó. No se trataba de mucho dinero ni, técnicamente, de un fraude, porque él no se beneficiaba personalmente de la transacción. Lo había hecho simplemente porque podía. Al día siguiente volvió a entrar en la página web y vio que los ajustes de seguridad no se habían modificado, así que restituyó a su lugar inicial el dinero que había transferido. Comprendió que si se hubiera descubierto la discrepancia en el balance, habrían revisado los registros IP de la gente que había accedido a la página. Antes de intentar de nuevo nada semejante, tendría que camuflar su presencia.

Tardó seis meses en montar un complejo sistema de *botnets* (ordenadores pirateados en línea), cuentas *shell*, servidores Proxy y *bouncers* para ocultar su identidad. Su primer robo fue abultado: más de treinta mil dólares que transfirió

de inmediato a la cuenta de una organización ecológica. No obtuvo ningún beneficio personal. Aún seguía en la tienda de ordenadores y debía llevar a cabo su trabajo real por las tardes y las noches. Tardó otros tres meses en montar la compleja red internacional de cuentas bancarias y tarjetas de crédito a través de la cual poder canalizar los ingresos de sus estafas. Se dedicó a observar las transacciones de la cuenta de la que había sustraído el dinero: la empresa tardó un mes en descubrir el robo y otro mes en averiguar que se había cometido *on-line*; solo entonces cambiaron y estrecharon las medidas de seguridad.

Fue entonces cuando tuvo clara la dirección que su vida debía tomar.

Desde luego, existía el riesgo de ser detectado, de que lo detuvieran y condenaran. De acabar en la cárcel, en una palabra.

Pero para un eremita como él, cuyo expansivo universo mental ya se hallaba confinado en la pesada mole de su propio físico, la amenaza de reclusión en una celda no dejaba de ser limitada. Y, desde luego, en caso de que lo enviaran a la prisión Billwerder de Hamburgo, sabía que allí hacían cursos de informática. Por lo demás, aunque llegaran a atraparlo, jamás podrían rastrear todo el dinero que hubiera sustraído. Sería rico al salir de la cárcel. De modo que valía la pena arriesgarse por la recompensa y por la emoción.

Sus padres se habían llevado una sorpresa cuando les anunció que estaba trabajando como autónomo para una gran empresa de creación de juegos de realidad virtual. Les enseñó la página web y las cartas con el contrato que le habían mandado. Ambas cosas —la Web y las cartas— las había confeccionado él mismo, claro. Pero sus padres se quedaron satisfechos al creer que todos los nuevos equipos que llegaban se los proporcionaban sus jefes. Y estuvieron encantados cuando su hijo les comunicó al fin que ganaba lo suficiente como para buscarse un pequeño apartamento. Aunque sería mejor —les dijo— alquilarlo a nombre de ellos. Para que no se inquietaran, les entregó un depósito de ocho mil euros.

Desde entonces, Roman había amasado una fortuna personal, distribuida por todo el mundo, que rondaba los cuatro millones de euros. Sabía que jamás gastaría ni siquiera una parte de esa suma. De hecho, solo podía acceder a sus fondos en pequeñas cantidades. Y por lo demás, no ignoraba que con los problemas de salud derivados de su obesidad tendría mucha suerte si llegaba a cumplir los treinta años. Había montado un dispositivo de transferencia automática en virtud del cual, si se moría de repente y no se introducía el código correcto de cancelación a final de mes, un millón de euros sería transferido a la cuenta de sus padres. Les había dejado una nota entre sus papeles restantes explicándoles que había cobrado unos royalties astronómicos por uno de los juegos que había creado y que los beneficios acumulados irían a parar a sus manos.



Sentado en su silla hecha de encargo, Roman miró distraídamente por la ventana. Por alguna razón, hoy había abierto las persianas. El cielo se cernía sobre Wilhelmsburg como una gran sábana grisácea con un ribete horizontal algo más claro, que se veía interrumpido por la angulosa silueta de los demás edificios. Lo que veía ahora no era para él más real que ese otro mundo que contemplaba por las ventanas de sus pantallas de ordenador. Estuvo contemplando un rato el paisaje urbano antes de zambullirse de nuevo en su medio natural.

Una de las cosas que hacía habitualmente era entrometerse en las vidas de personas desconocidas.

No hacía, pensaba, ningún daño con esas intrusiones: los interesados no se enteraban de que había estado allí y él no tenía la sensación de cometer ninguna violación mientras despegaba, una tras otra, las capas de su identidad, rastreando su pasado, conociendo a sus familiares y amigos, e indagando sus aficiones. Aquello le permitía, durante algo así como una hora, vivir otra vida: experimentar, aunque fuera indirectamente, la sociedad de la que estaba, por lo demás, excluido. Escogía a alguien al azar en Facebook o My Space, o cualquiera de las innumerables redes sociales, y rastreaba su « firma ciberradiativa ». Este término, de su propia invención, describía a la perfección, a su modo de ver, la presencia, o el grado de presencia, de cada individuo en el ciberespacio.

La idea se le había ocurrido durante una noche de insomnio. Debido a su obesidad, sufría una serie de problemas que amenazaban con matarlo cada noche mientras dormía. Se acostaba con una mascarilla de oxígeno para combatir la apnea del sueño y para elevar sus niveles de oxígeno en sangre, que tendían a descender peligrosamente a causa del síndrome de hipoventilación-obesidad. No dejaba de ser una ironía que una persona tan desconectada como él del mundo físico tuviera que dormir bajo la constante amenaza de quedar asfixiado, literalmente, por su propio peso.

Dormir, para Roman, era como sumergirse en el agua. El riesgo de morir por hipoxia cerebral, a la cual se exponía cada vez que se acostaba, era exactamente el mismo riesgo que afrontaban los nadadores y los buceadores a pulmón. Había leído documentación sobre el desvanecimiento que se producía tanto en aguas someras como en aguas profundas: incluso un buceador experimentado y en plena forma podía perder el conocimiento porque cuando el dióxido de carbono en sangre alcanzaba niveles peligrosos, el instinto de respirar quedaba anulado. De este modo el suministro de oxígeno al cerebro se veía interrumpido sin previo aviso ni síntomas físicos. Y el buceador se desmayaba y se ahogaba. Sería, pensaba Roman, una muerte indolora y pacífica.

Más de una noche había considerado la posibilidad de dormir sin la mascarilla.

Pero durante la mayor parte de la jornada evitaba el sueño y los peligros que acechaban en sus profundidades. Se quedaba frente a su escritorio hasta bien entrada la madrugada y solo se iba a la cama cuando lo obligaba el agotamiento. Trabajaba y jugaba en su medio natural. Cuando no estaba robando fondos de empresas de todo el mundo, dedicaba una gran parte del tiempo a leer e investigar. Sus lecturas se centraban con frecuencia en los más arcanos y abstractos dominios del conocimiento, muy distantes de todo aquello que él necesitaba saber para llevar a cabo sus actividades criminales. La física y la mecánica cuántica, la filosofía de la mente y los estudios sobre la conciencia, la biotecnología y la historia de la ciencia constituían sus temas favoritos. Se quedaba totalmente absorto leyendo o escuchando videoconferencias sobre entrelazamiento cuántico, teoría de cuerdas o simulación por ordenador. Lo que le gustaba sobre todo era explorar con su aguda inteligencia cada aspecto de una materia, incluidos los recovecos más estrafalarios. Digamos que disfrutaba examinando las auténticas implicaciones filosóficas de la física cuántica, pero también los disparatados enfoques de estilo New Age que abordaban muchos blogs y foros de discusión. La teoría holográfica del universo, por ejemplo, que resolvía el problema de los agujeros negros contradiciendo la segunda ley de la termodinámica, era, a fin de cuentas, una nueva interpretación de la distribución de la materia, pero él había encontrado montones de páginas New Age y de blogs inspirados en la teoría de la conspiración que afirmaban que, después de todo, realmente estábamos viviendo en Matrix.

Se sentía totalmente inmune a la paranoia de los teóricos de la conspiración y a la absurda significación espiritual que los adeptos al New Age atribuían a la belleza intrínseca de algunas teorías cuánticas. Lo cual, le constaba, era tremendamente insólito en una persona de sus características, puesto que los esquizotípicos eran muy conocidos por su «pensamiento mágico», como lo llamaban los psiquiatras, dado que creían en espectros, en percepción extrasensorial, telepatía y telequinesia; también tenían una gran tendencia a la paranoia. Pero él siempre había sabido que todas esas cosas eran chorradas. No existían los fantasmas, ni los duendes, ni Dios. Había descubierto que podía dar rienda suelta a todo el pensamiento mágico que quisiera dentro de los límites de la ciencia. Le bastaba con un Big Bang en el vacío; no necesitaba un extraterrestre verde.

Estos conocimientos —que los físicos abordaran ahora el universo como si estuviera compuesto de información más que de materia— eran los que lo habían impulsado a concebir su idea de «firma ciberradiativa». Tal vez, pensaba, la hipótesis de Bostrom era cierta y la realidad que experimentábamos no era real, después de todo, sino una simulación ancestral altamente sofisticada.

En cuyo caso, la humanidad estaba quizá a punto de crear su propio universo simulado dentro de un universo simulado. Y la base de esa simulación sería Internet.

Este pensamiento, a su vez, lo llevó a la idea de que la gente ya estaba empezando a «existir» de algún modo en Internet: había personas que interaccionaban entre sí exclusivamente a través de la Red, pero que no se habían reunido ni se reunirían jamás en la vida real. Si una personalidad era la suma de las percepciones de los demás, entonces había personalidades que existían solo en el ciberespacio. Este no constituía una realidad mediatizada, ni siquiera una realidad virtual, sino que era el principio de una realidad efectiva (aunque alternativa) y absoluta.

Pero no era aún una realidad compartida por todos. Si pasabas de los cincuenta, lo más probable era que tuvieras poca ciberidentidad o ninguna; cuanto más joven eras, más probabilidades había de que usaras Internet como medio social principal, y mayor «masa» tenía, por ende, tu «firma ciberradiativa». Roman había empezado a concebir Internet tal como los físicos habían concebido el espacio-tiempo. Era un continuo, y, en su interior, las personas y las ideas poseían una masa que creaba su propio campo de irradiación. Cada grado de conexión figuraba en ese campo: cada persona se hallaba conectada con otro círculo de personas, y cada círculo entrecruzado con otros círculos, en una red continua que se extendía por todo el ciberespacio. Y en el centro de cada presencia había un nombre: el quantum de identidad, la unidad más pequeña e indivisible del ser. La gente se convertía así en un conjunto de hechos diseminados. El núcleo lo constituía su nombre, el corazón de su identidad, pero luego esa persona podía aparecer en cualquier otro punto, con diferentes nombres de usuario: todos ellos existiendo simultáneamente en distintas ubicaciones, aunque sin existir realmente en ninguna. Exactamente, había advertido Roman, como en la superposición cuántica.

Por difusa o nebulosa que fuese una identidad, o por engañoso que resultara el nombre del usuario en el núcleo, él lo investigaba y le daba forma. Entre sus búsquedas por la Red, entre su navegación constante y sus robos, él escogía a una persona al azar en una red social; buscaba los intereses comunes, los amigos compartidos, las localizaciones anteriores... Con frecuencia llegaba a acceder a las cuentas bancarias de esa persona, a las asociaciones donde estaba inscrita, o bien a las instituciones benéficas a las que hacía donaciones. Contaba con el *software* necesario para probar un millón de permutaciones alfanuméricas por minuto en las contraseñas, y había descubierto que, una vez pirateada la contraseña utilizada en una página, resultaba que esa persona la usaba también para muchas otras páginas, a veces inclusive para las protegidas con un sistema de seguridad. En general, la gente empleaba solo un par de contraseñas, ambas escogidas por la facilidad para recordarlas. Lo cual las convertía aún en más

fáciles de desentrañar. Era asombroso lo que podías llegar a descubrir sin necesidad de profundizar demasiado. Roman había llegado a la conclusión de que la Red sacaba a la luz al ególatra que todo el mundo lleva dentro. Todas las voces que permanecían en silencio en el mundo real vociferaban aquí sus opiniones.

A ella, sin embargo, no la encontraba. Por ninguna parte.

Simplemente, no existía.

Lo primero que había hecho había sido desactivar la función de búsqueda del teléfono móvil que había recogido en el café. Estaba cada vez más convencido de que la atractiva mujer que se lo había dejado allí lo había hecho ex profeso, y la única razón plausible que se le ocurría era que ella temía ser rastreada mediante el teléfono. Él mismo contaba con un *software* de identificación celular que permitía situar un móvil con un margen de diez metros. Si lo que había deducido sobre esa mujer era cierto, es que alguien, en alguna parte, estaría tratando de localizar su teléfono. Roman se había cuidado muy mucho de encenderlo: no hacía falta hacer o recibir una llamada para rastrear el aparato. En cuando lo encendiera, el Nokia empezaría a emitir su señal para buscar una red a la que conectarse; así que lo primero que hizo fue desmontarlo y quitarle la antena.

Y fue entonces cuando lo descubrió: un chip GPS especial. Alguien le había implantado al móvil un sistema de rastreo más preciso si cabe. En cuanto hizo el descubrimiento, extrajo el chip GPS, lo examinó y lo destruyó. Notó que sudaba profusamente, más de lo normal. Algo pasaba con ese teléfono. Algo que lo ponía nervioso, muy nervioso.

Una vez desactivado el sistema de rastreo, ya pudo descargar el contenido del teléfono en su ordenador y ponerse a descifrar cualquier información oculta o protegida.

Tardó poco más de una hora en llegar a odiar a la mujer del café. La odió porque comprendió que ella estaba en grave peligro cuando la había visto. Y porque, al dejar el móvil para que él se lo llevara, le había transferido ese peligro.

Contempló las pantallas de ordenador que tenía delante. Su portal a otro universo. Su elemento. Su refugio. Pero aun allí —especialmente allí— podían encontrarlo.

Y no tenía la menor duda de que si lo encontraban, lo matarían.



## Capítulo veinticuatro

La declaración se prolongó toda la mañana y continuaba a mediodía. Van Heiden mandó que les llevaran el almuerzo de la cantina.

Aquella era la situación más extraña en la que Fabel se había visto implicado. Nadie usaba abiertamente la palabra «sospechoso», pero así se habría descrito él a sí mismo. En efecto, antes de que empezaran a hablar de la muerte de Müller-Voigt, Van Heiden le había recordado al comisario en jefe sus derechos según la Constitución de la República Federal.

—Es para hacer las cosas correctamente —le había dicho el director general. También por eso, supuestamente, había ordenado que grabaran la declaración. Menke, el agente de la BfV, también estaba presente.

—No pensarás en serio que tuve nada que ver con la muerte de Müller-Voigt, ¿verdad? —había protestado Fabel.

—Claro que no. Pero hemos de demostrar que llevamos el asunto con todas las de la ley.

Así pues, se habían sentado y habían repasado con todo detalle las conversaciones que Fabel había mantenido con el senador, deteniéndose sobre todo en la visita que le había hecho: cuándo había salido hacia allá y cuándo había llegado.

—No se me habría ocurrido —dijo Menke— que pudiera haber tardado tanto en llegar allí.

—Me extravié un poco —explicó Fabel—, y acabé cruzando todo el centro de Stade.

—Pero usted ya había estado en casa de Müller-Voigt.

—Hace dos años, sí.

Van Heiden, un hombre que no tenía precisamente el don de la improvisación, llevaba una lista de preguntas preparada en un cuaderno. Las formuló una a una, tomando notas, pidiendo aclaraciones adicionales y reflexionando de vez en cuando con cara de preocupación. Menke no intervenía

mucho, pero Fabel observó que las pocas preguntas que hacía eran mucho más pertinentes que las del director de homicidios. A las tres y media, este apagó la grabadora, indicando que la declaración formal había concluido.

—Bueno —dijo Fabel—, ¿vuelvo a sentarme ante mi mesa o bajo a las celdas de preventivos?

—Esto no es para tomárselo a broma —replicó Van Heiden.

—Yo no le encuentro la menor gracia. Han matado a un hombre una hora después de que yo hablara con él, o menos, según deduzco. Resulta que era un individuo que me caía bien. Pero alguien pretende inculparme e implicarme en un caso de asesinatos en serie en el que llevo invertidos seis meses de mi vida. No, Herr director, no me lo tomo a broma en absoluto. —Fabel notó que había empezado a levantar la voz.

—No, no es que... —Menke hablaba sin mirarlo directamente.

—¿Cómo? —soltó el comisario, irritado.

—No es que pretendan inculparlo —concluyó Menke—. O al menos yo no lo creo. Lo que pretenden más que nada, como he dicho antes, es ponerlo en una posición comprometida. Apartarlo del asunto. En definitiva, imposibilitar que usted dirija la investigación de la muerte de Müller-Voigt, o de los crímenes del Asesino de la Red.

Fabel inspiró hondo. Por primera vez en todo el día se sintió menos aislado. Pero el hecho de que su propio jefe no hubiera dicho que creía en su inocencia lo reconcomía por dentro. Respecto a la explicación del hombre de la BfV, opinó:

—Me parece una maniobra muy complicada.

—Para usted o para mí, sin duda. Pero si cuentas con la tecnología y la destreza necesarias, provocar este tipo de confusión apenas requiere esfuerzo —aseguró Menke encogiéndose de hombros, aunque esta vez mirándolo a los ojos un instante.

—¿En qué posición me deja todo esto, pues? —preguntó el comisario a Van Heiden.

—Quizá convendría que te tomaras un permiso.

—¿En mitad de tres investigaciones criminales de gran trascendencia? —exclamó, incrédulo—. Eso es darles exactamente lo que quieren a quienes estén detrás de esto.

—Quizá no sea mala idea —terció Menke—. De momento...

—No lo creo. Yo soy el jefe de la brigada. Si me dicen lo contrario, tendrán mi renuncia esta misma tarde.

—Y eso sería exactamente lo que pretenden que haga los que están tras este embrollo —aseguró Menke.

Van Heiden guardaba silencio. Era evidente que la situación lo superaba ampliamente, y el amago de dimisión del comisario en jefe lo había pillado por sorpresa.

—Escuche, Fabel —prosiguió Menke—, el director general tiene razón. Para decirlo con toda claridad, usted no puede aparecer al frente de una investigación estando usted mismo bajo investigación. —Y dirigiéndose a Van Heiden, le planteó—: ¿Por qué no dejar oficialmente a Werner Meyer al frente del caso Müller-Voigt y encargar a otro agente las pesquisas sobre el Asesino de la Red? Herr Fabel podría seguir ocupándose del coche incendiado y de la muerte de Daniel Föttinger en Schanzenviertel. Y entretanto, considero que sería justo que se le mantuviera informado de los progresos de los otros dos casos. Él sigue dirigiendo el departamento.

Van Heiden no parecía muy satisfecho con la idea y no dijo nada.

—Si no le importa que se lo diga, Herr Menke, se está tomando usted un gran interés en el funcionamiento de la Polizei de Hamburgo y en proteger mi futuro profesional.

—Tenemos algunos intereses mutuos, Herr Fabel —se defendió el agente de la BfV—. Como usted ya ha deducido.

—Dice usted que esa gente tiene los conocimientos y los recursos tecnológicos para llevar a cabo un montaje de tal calado. ¿Estamos hablando del Proyecto Pharos?

—Le recomiendo que lea el expediente que le pasé —contestó Menke, sonriendo—. Con mucha atención.

Después de que Van Heiden y Menke salieran del despacho de Fabel, entró Anna Wolff.

—Está metido en un buen aprieto —dijo sin rodeos.

—A mí me lo vas a contar. —El comisario suspiró, arrellanándose en la silla.

—No me refiero a Robocop ni al Espectro —aclaró ella, sonriendo—. Ha llamado Susanne.

—¡Ah, mierda...! —Fabel se levantó y miró el reloj—. Tenía que ir a buscarla al aeropuerto.

—Hace una hora. No se preocupe. Ha llamado bastante cabreada, pero yo le he explicado que la situación era muy seria. He enviado un coche para que la recogiera y la llevara a casa. Pero yo que usted, le haría una llamada.

—Gracias, Anna. ¿Le has contado algo?

—Por supuesto que no. Como he dicho, le he explicado que la situación era seria. Bueno, siempre lo es, pero le he asegurado que era más seria de lo normal, que usted las había pasado negras y que estaba convencida de que usted mismo se encargaría de contárselo. —Anna cruzó los brazos—. ¿Se encuentra bien?

—¿Qué te ha dicho el director general de homicidios?

—Que debemos mantenerlo bajo estrecha vigilancia y no dejarlo entrar en el centro de coordinación para que no vea su foto en el primer puesto de la pizarra

de sospechosos —dijo Anna, imperturbable.

—Muy graciosa... —Fabel puso cara de impaciencia.

—Nos ha comunicado a Werner y a mí que usted habrá de retirarse de las investigaciones de Müller-Voigt y del Asesino de la Red, pero que sigue siendo el jefe de la brigada. Ha venido a decir que usted iba a tomarse un «descanso». Nos ha comunicado también que Werner será el mandamás en el caso Müller-Voigt y que la comisaria en jefe Brüggemann se incorporará para dirigir el expediente del Asesino de la Red.

—¿Nicola Brüggemann?

—Nosotros seguimos en nuestros puestos mientras tanto, pero ella se ocupará de organizar el cotarro.

Fabel asintió. Conocía bien a Nicola Brüggemann: dirigía una unidad especializada en crímenes infantiles que, inevitablemente, debía colaborar a menudo con la brigada de homicidios.

—La comisaria Brüggemann es una magnífica agente. —Fabel le imprimió a la frase un tono de advertencia—. No seas..., no exhibas tu agresividad habitual, Anna. Nicola no tiene la culpa de que yo haya sido..., ¿cómo decirlo?, ni suspendido ni trasladado..., bueno, recolocado. Quiero que Werner y tú os dediquéis por entero al Asesino de la Red. Y, obviamente, quiero que me mantengáis plenamente informado de los progresos de la investigación. Yo, entretanto, he de reunir todos los datos disponibles sobre el coche incendiado en Schanzenviertel.

Susanne lo estaba esperando cuando llegó a casa. No había enfado en su rostro, sino inquietud. Y parecía cansada. Su inquietud aumentó cuando él le contó todo lo sucedido durante su ausencia.

—Dios mío, Jan..., no te puedo dejar solo ni un minuto. ¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé. Está todo patas arriba. Me han recolocado para que me haga cargo personalmente de ese caso de Schanzenviertel: el tipo que murió cuando incendiaron su coche. Oficialmente, sigo dirigiendo los demás casos, pero...

—¿Quién crees que está detrás de todo esto? Porque, vamos, hacen falta muchos recursos y organización...

—De eso hemos hablado hoy. —Le enseñó el expediente—. Mi colega Fabian Menke sospecha del Proyecto Pharos. Qué conexión podría haber entre una secta ecologista y un violador y asesino en serie es algo que me supera, pero esa gente le inspiraba verdadero temor a Müller-Voigt. Él pensaba que su novia los estaba investigando y que por eso desapareció. A decir verdad, tiene que ser algo más que una coincidencia que todos los registros oficiales —todos los registros informáticos— de la existencia de esa mujer en Alemania parezcan haberse

esfumado por el mismo agujero negro que mis mensajes de texto. También parece una coincidencia excesiva que *Virtual Dimension*, ese estúpido juego de rol en el que estaban registradas las víctimas del Asesino de la Red, sea propiedad de la corporación Korn-Pharos.

—¿Crees que esa secta también te ha puesto a ti en la diana? —inquirió Susanne, preocupada.

—Mi hipótesis es que ellos creían que Müller-Voigt sabía más de lo que supo nunca y que me había pasado a mí parte de esa información: la suficiente para que yo empezara a husmear donde no quieren que investigue. La cuestión es que ni soy tan listo ni estoy tan bien informado como ellos sospechan.

—Pero tú eres la policía, por el amor de Dios. No pueden enfrentarse con la policía o el Gobierno, y salirse con la suya.

—Por lo que he averiguado, el Proyecto Pharos y la corporación Korn-Pharos tienen juntos un presupuesto muchos centenares de veces superior —y una cantidad de efectivos diez veces mayor— que la Polizei de Hamburgo. No estamos hablando de una simple empresa comercial o de una secta extravagante, Susanne. Es más bien como un Estado, aunque sin fronteras físicas. No hay que subestimar el poder de Pharos ni tampoco su disposición a recurrir a cualquier medio para lograr sus objetivos. Creo que sería un error fatal.

—Si tan seguros estáis tú y Menke de que Pharos es la clave, ¿por qué no podéis detener a esa gente e interrogarla?

—Después de la serie de preguntas a las que me ha sometido Van Heiden, he hablado con la oficina del fiscal del Estado. Hemos concluido que no tenemos pruebas suficientes para justificar una orden de detención. Y en todo caso, estamos hablando de una corporación y de una secta: grupos de personas, no de individuos. Nos hallamos muy lejos de poder situar a alguien en concreto en cada uno de los escenarios criminales. ¡Ah, no, se me olvidaba! Podemos situar a un individuo en uno de los escenarios..., pues hay una escultura de bronce cubierta de huellas en el almacén de pruebas. Por desgracia, resulta que esas huellas dactilares son las mías. —Soltó un largo suspiro—. Perdona. La cuestión es que no tenemos suficientes pruebas para obtener una orden y, aun si la obtuviéramos, no sabemos qué o a quién estamos buscando.

Susanne se le acercó y le apartó un mechón rubio de la frente.

—Lo conseguirás, no te preocupes —lo animó—. Haz lo que siempre haces y concéntrate en la visión global del asunto. Nadie sabe hacerlo mejor que tú. ¿Tienes hambre?

Él negó con la cabeza y, arrojando el expediente sobre la mesa de la cocina, contestó:

—Voy a ponerme a leer. Tal vez tengas razón, pero creo que esta visión en particular es demasiado global incluso para mí.

A medida que leía el expediente de la BfV, Fabel sintió que se iba adentrando en algo más complejo y de mayor alcance de lo que había imaginado. Y también en un modo de concebir el mundo que, realmente, no lograba comprender.

Lejó lo que Anna y Müller-Voigt ya le habían avanzado: que Dominik Korn, el solitario y genial multimillonario de nacionalidad conjunta americana y alemana, se había hecho cargo del imperio empresarial de su padre y lo había transformado en la corporación Korn-Pharos, el primer grupo del mundo en tecnología medioambiental, y que había invertido millones en programas ambientales, incluido el malhadado proyecto *Pharos Uno* de exploración submarina, pensado para estudiar el verdadero impacto de las prospecciones petrolíferas en aguas profundas. Ciertamente, se había demostrado que las inquietudes de Korn eran correctas al producirse en el Golfo de México, en 2010, el desastre de la plataforma Deepwater Horizon de la empresa BP. Pero el viaje inaugural del sumergible *Pharos Uno* había acabado también en desastre, y Dominik Korn había sufrido graves lesiones neurológicas al ascender sin protección.

Apenas se lo había visto desde entonces. Había pasado meses gravemente enfermo y tan solo había realizado una breve aparición (en silla de ruedas durante una rueda de prensa, hablando mediante la voz artificial de un ordenador), aproximadamente un año después del accidente. Había convertido esa aparición pública en una proclama dirigida a toda la humanidad para «desconectarse» del medio ambiente, y para reducir a cero el impacto de este en el mundo natural. Un objetivo imposible. Los ecologistas de todo el mundo, sin embargo, se habían sentido inspirados por su valor y su entrega. Fabel comprendía por qué una joven como Meliha Yazar había establecido una comparación con Mustafa Kemal Atatürk. La verdad es que parecía que Korn ofrecía realmente una visión nueva y radical: había propuesto una estructura política completamente novedosa para el mundo, en la cual los problemas globales, como el medio ambiente, fueran abordados desde un punto de vista global, de tal manera que ningún país tuviera los derechos o el control sobre un recurso natural concreto. Gran parte de las ideas iniciales de este personaje le parecían sensatas a Fabel, aunque no se le ocultaba que esas concepciones tan originales habrían de ser consideradas un peligro tanto para los intereses creados como para los gobiernos nacionales.

Pero tras aquella única comparecencia, Korn se había ido encerrando más y más en sí mismo, y sus pronunciamientos, realizados a través de la oficina de prensa de su corporación, se volvieron cada vez más excéntricos. Anunció la fundación del Proyecto Pharos, presentado como un movimiento medioambiental internacional, y su filosofía de la «desconexión» se fue

radicalizando gradualmente. Cuando empezó a reclamar un control estricto de la población mundial —mediante la eutanasia y la esterilización forzada—, saltaron todas las alarmas, especialmente en Alemania.

Mientras el proyecto adquiría ribetes casi religiosos y su actitud hacia los detractores se convertía en más agresiva, un nombre —Peter Wiegand— salió a la luz y cobró creciente protagonismo. Wiegand era el segundo de Korn. Había sido él quien había dirigido el rescate de su jefe del *Pharos Uno* y quien, al quedar este incapacitado, había tomado las riendas del grupo provisionalmente, hasta que Korn se había restablecido lo bastante como para volver a asumir el mando, aunque fuese desde una silla motorizada y sin aparecer nunca en público. Wiegand era de nacionalidad alemana, y *Pharos* instaló su sede europea en la República Federal, aunque manteniendo oficialmente la base principal en Estados Unidos. En realidad, la sede alemana, el innovador edificio *Pharos*, situado en la orilla norte del Elba, se consideraba actualmente la central mundial de ese movimiento medioambiental. Korn tal vez había sido el rey, pero Wiegand era su príncipe regente.

Cuando el director de un periódico de carácter sensacionalista había comparado algunas de las ideas del Proyecto *Pharos* con las de los nazis, refiriéndose al vicepresidente de la secta como «el Himmler de *Pharos*», Wiegand le había puesto una demanda millonaria y había ganado.

Fabel veía con claridad el origen de la inquietud de la BfV: *Pharos* cumplía casi todos los criterios de una secta destructiva y de una ideología antidemocrática. De entrada, la típica adoración incondicional al líder: un personaje convenientemente distante e inaccesible, cuya invalidez había sido reinterpretada como una expresión de su peculiar ascetismo. Por no hablar del sometimiento total del individuo: al integrarte en la organización, tu identidad quedaba absorbida en una única conciencia superior. Lo cual significaba, por supuesto, que todos los bienes personales que poseyeras pasaban a ser propiedad de la secta. Este era el primer paso de tu «desconexión» del mundo físico. Y como casi todas las sectas, esta también tenía su propio Día del Juicio: la consolidación.

Transcurrió una primera hora; luego la segunda y la tercera. Al final, Susanne entró en la cocina, preparó un sándwich y colocó el plato sobre el expediente que Fabel estaba leyendo. Le pasó también una cerveza Jever abierta.

—Come —dijo sentándose al otro lado de la mesa.

—No me digas que te estás volviendo una casera... —masculló él, mirando el sándwich con suspicacia.

—Me he dado cuenta del error que cometí yendo a la universidad y siguiendo mi propia carrera. He decidido quedarme en casa para satisfacer todos tus

caprichos. —Susanne señaló el sándwich—. Es una receta mía: pan, queso y mantequilla.

Fabel sonrió y dio un bocado. Arrellanándose en la silla, echó un trago de cerveza y dijo:

—Ahora entiendo por qué Menke se ha mostrado tan servicial. La unidad de sectas de la BfV tiene a todo un equipo trabajando en el Proyecto Pharos, pero no ha encontrado nada sobre ellos; tampoco el FBI, que alberga las mismas sospechas. La sede europea de esa organización está un poco más arriba de la orilla del Elba, y la Polizei de Baja Sajonia tiene a un equipo vigilándolos.

—Pero ¿cuál es concretamente la idea del dichoso proyecto? ¿Un meteorito que los llevará a otra galaxia? ¿Huir del control de los lagartos gigantes que se han disfrazado de francmasones? ¿O simplemente que Jesús va a llegar en una nave espacial? Esa siempre funciona.

—¿Sabes qué es la «singularidad»?

—Escucha, listillo. Que te haya preparado un sándwich no quiere decir que se me haya derretido el cerebro. Claro que sé lo que es la singularidad tecnológica: es el punto previsto de la historia en el cual los ordenadores y las máquinas serán capaces de construir otros ordenadores y otras máquinas que nosotros no podemos concebir a causa de las limitaciones de la inteligencia humana. A saber cuántas películas de ciencia ficción se han basado en esa idea.

—Pues el Proyecto Pharos tiene una definición diferente de la singularidad. Ellos creen que nosotros nos volveremos mucho más inteligentes porque llegaremos a ser «uno» con la tecnología, y que nos potenciaremos a nosotros mismos a través de la ingeniería genética y, sobre todo, añadiendo elementos tecnológicos a nuestro organismo: nanochips en el cerebro, artilugios microscópicos que patrullarán por nuestro interior y destruirán las células cancerígenas o limpiarán de colesterol nuestras arterias, ayudándonos a vivir mucho más tiempo... En fin, este tipo de cosas.

—Sí... También he oído hablar de esa interpretación de la singularidad: transhumanismo, posthumanismo... Se trata de que nosotros mismos arranquemos la siguiente fase de la evolución humana.

—Bueno, esa es la visión de Dominik Korn.

—Muy comprensible cuando llevas años conectado a tubos y ordenadores durante las veinticuatro horas del día. Por fuerza ha de creer que está a punto de inventarse una máquina mejor para mantenerlo con vida.

—Por lo que he leído, el Proyecto Pharos afirma que la humanidad podrá desconectarse del medio ambiente «subiéndose a sí misma» a una especie de gran computador central.

Susanne sacó de la nevera una botella de vino blanco, se sirvió una copa y dijo:

—Ya he oído otras veces ese cuento sobre la idea de que llegaremos a ser



capaces de digitalizar la conciencia humana y de almacenarla en ordenadores superrevolucionados.

—¿No lo crees?

—Yo soy psicóloga, Jan. Trabajo todos los días con la mente humana. Existe un elemento aleatorio inherente al pensamiento humano, a las señales electroquímicas del cerebro y a la activación de las dendritas, que le confiere a la mente una complejidad que ningún ordenador podrá reproducir jamás. Si yo te digo la palabra «árbol», tu cerebro capta esa señal acústica y genera pensamientos relacionados con el concepto. De acuerdo, un ordenador puede hacer algo parecido, tener una «idea» de árbol. Pero si, diez segundos más tarde, vuelvo a decirte la misma palabra, aunque tú tienes un concepto fundamental de lo que es un árbol, el estímulo de esa palabra te activará un millar de ideas nuevas, completamente distintas de las surgidas la primera vez. Para desarrollar un ordenador capaz de albergar el intelecto humano, tendrías que sintetizar la estructura orgánica del cerebro. —Meneó la cabeza y soltó una risotada desdeñosa—. ¿Digitalizar la conciencia humana? Es una chorrada inmensa, Jan. Nunca será posible.

—¿Cómo puedes estar tan convencida? Seguro que en el futuro...

—Está bien, no pensemos siquiera en un ordenador. Consideremos el trasplante de cerebro, que ha alimentado el cine de terror desde Frankenstein. El cerebro es la sede de la mente, de la personalidad, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Entonces, si un trasplante de cerebro fuera posible, la mente y la personalidad del donante del cerebro sería transplantada al cuerpo receptor, ¿correcto?

—Sí.

—Falso. Si trasplantas un cerebro, lo conectarás a un sistema endocrino totalmente distinto, a una psicología completamente diferente. Nuestros humores, las variaciones de nuestra personalidad, derivan de los enzimas, de las hormonas y de los procesos bioquímicos de nuestro cuerpo. La razón de que los hombres sean más agresivos que las mujeres no es compleja: los hombres tienen testículos y las mujeres no, así de sencillo. Trasplanta el cerebro de un hombre al cuerpo de una mujer y la mente se le feminizará porque estará conectada a una bioquímica completamente distinta que causará, de hecho, cambios físicos en el cerebro. Así que si digitalizas y «subes» una mente humana a un ordenador, lo que tendrás no será una mente humana. En el mejor de los casos, no pasará de ser un programa informático «consciente» de sí mismo. Créeme, Jan, la idea de una singularidad hombre-máquina es un disparate.

—Bueno, pues es el disparate que vende el Proyecto Pharos. La corporación Korn-Pharos está investigando activamente en esa dirección y es líder mundial en simulaciones de ordenador, y no me refiero a los juegos de una videoconsola.

El padre de Korn amasó su fortuna desarrollando modelos informáticos para el ejército americano y luego para la NASA. Esos programas eran capaces de recrear sistemas estelares enteros, agujeros negros, ese tipo de cosas. Empezaron siendo simples modelos matemáticos, pero acabaron convirtiéndose en universos hiperrealistas albergados en un ordenador central. Según Dominik Korn, la corporación que preside se encuentra solo a una década de crear un sistema de *hardware* y *software* capaz de actualizarse permanentemente y de repararse a sí mismo. Cuando llegue el día glorioso de la consolidación, siempre según Korn, todos los miembros del Proyecto Pharos serán «subidos» a esa simulación informática hiperrealista que les permitirá vivir para siempre en un mundo que parecerá tan real como este. Y al hacerlo, al desconectarse de la realidad, salvarán el medio ambiente real.

—Parece de novela: la cibervida después de la muerte.

—Después de la muerte, esa es la clave. Al menos, por lo que se refiere a la Oficina de Seguridad Constitucional, a la BfV. Porque «subes» tu conciencia, y luego... ¿qué? ¿Dónde te hallas de verdad? Tu mente está en dos sitios a la vez: en el mundo real y en el virtual. Después de ese proceso, por lo que a ti respecta, nada ha cambiado. A menos...

—A menos que dejes de existir en el mundo real. —Susanne dejó su copa de vino y de nuevo meneó la cabeza—. Suicidio en masa.

—Suicidio-asesinato en masa, más bien. No nos engañemos, es el elemento esencial de todo este tipo de sectas: Jonestown, la Orden del Templo Solar, La Puerta del Cielo, los Davidianos... Y bajo la apariencia de alta tecnología que el Proyecto Pharos le ha dado, es la vieja promesa de siempre de trasladarse a un plano superior. Lo único que debes hacer es morirte.

Los interrumpió el timbre del teléfono. Fabel se llevó una sorpresa al comprobar que era Astrid Bremer, de la brigada forense; la segunda de Holger Brauner.

—Trabajas hasta muy tarde —le dijo.

—Sí, es la tercera semana seguida que hago el turno de tarde —repuso ella—. Mi vida social está agonizando. ¿Quiere oír una buena noticia?

—Sí, por favor.

—He pensado que debía saber que hemos hecho un análisis exhaustivo de huellas y restos de ADN en la escultura utilizada para matar a Müller-Voigt. Como usted preveía, las suyas y las del senador son las únicas huellas dactilares que hemos encontrado y no hay restos de ADN de ningún tercero.

—Fantástico. Tienes un extraño concepto de lo que es una buena noticia.

—Bueno, de hecho lo es. No hay otras huellas porque quien golpeó a Müller-Voigt usaba guantes. Hay borrones y manchas que afectan a las huellas que usted dejó. Lo cual demuestra que usted no fue la última persona que tocó la escultura. Por supuesto, no quiere decir que no hubiera podido ponerse después unos

guantes, pero ya me entiende.

—Gracias, Astrid. Algo es algo.

—Hay un detalle...

—Dime.

—Encontramos en la escena del crimen unas fibras extrañas de tejido gris. Yo diría que de una chaqueta de hombre. ¿Llevaba usted una chaqueta gris?

—No. Ni Müller-Voigt tampoco.

—Eso lo sabemos. No hemos encontrado en su guardarropa nada que coincida.

—¿Ya lo sabes con seguridad?

—Sí... Se trata de una fibra verdaderamente insólita; parece contener una cantidad increíblemente elevada de poliéster. Y lo que no es poliéster es otro tipo de fibra sintética. Es lo más raro que he visto. O sea, ya sé que en los setenta la gente se pirraba por los tejidos sintéticos, pero hoy en día... En todo caso, voy a enviarlo a un laboratorio especializado para obtener un análisis más preciso de su composición.

—Gracias, Astrid —dijo Fabel, y colgó el teléfono, mientras trataba de entender por qué le parecía que lo que la forense acababa de decirle era importante.

## Capítulo veinticinco

Al día siguiente, antes de hacer ninguna otra visita, Fabel se pasó por la Jensen Buchandlung, la librería de su amigo Otto, en las galerías Arkaden, junto al Alster. Otto Jensen era su mejor amigo, aun más que Werner. La suya era una amistad no contaminada por intereses profesionales. Habían ido juntos a la universidad y luego habían mantenido la amistad, pese a que Otto no había visto con buenos ojos que Fabel se convirtiera en policía. «Qué modo de desperdiciar una mente brillante», había dicho. Repetidamente. Desde joven, Fabel había sido consciente de su inteligencia, de poseer un cerebro bien dotado. Pero cuando había conocido a Otto en la universidad, había descubierto una mente que funcionaba a un nivel totalmente distinto. Jensen era la única persona a quien el comisario jefe acudía para analizar todo cuanto le resultaba desconcertante o misterioso. Fuera cual fuese el asunto, Otto siempre tenía una respuesta. Aunque Fabel sabía, por otra parte, que su amigo estaba espectacularmente desprovisto del sentido común necesario para manejar las cosas prácticas de la vida. El éxito de su librería había que atribuírselo por entero a su esposa, Else.

Esperó mientras Otto atendía a un cliente. Y al mirarlo de lejos, vio de golpe a un hombre de mediana edad, de ojos cansados y calvicie avanzada. Esa imagen lo entristeció, porque siempre que pensaba en él, tenía la imagen de un joven alto y desgarbado, de pelo largo, rubio y lacio. Era, comprendió, el mismo mecanismo mental que había borrado por un momento de su mente la muerte de Dirk Stellamanns: siempre conservabas de las personas una imagen que no parecía envejecer y que quedaba fijada en la época en que las conociste.

—¿Qué es esto? —exclamó Otto cuando el comisario se acercó al mostrador—. ¿Una redada?

—No te alarmes —dijo Fabel—. No hay ninguna ley contra los sabiondos. Por ahora. En cuanto la haya, te pondré en el primer lugar de la lista de los más buscados. En realidad, me gustaría saber si tienes tiempo para tomar un café. Necesito exprimir ese cerebro privilegiado.

Jensen le pidió a uno de los dependientes que ocupara su lugar, y llevó a Fabel a una zona de la librería con sofás y una máquina de café en un rincón. Así, rodeados de libros, ambos tomaron asiento y entablaron la obligada charla preliminar sobre asuntos de poca monta. Después, Fabel entró en materia y le explicó todo lo que sabía del Proyecto Pharos y de sus ideas sobre la consolidación, la simulación de realidades y la desconexión de la humanidad de la biosfera.

—No acabo de entenderlo —dijo al terminar—. Se supone que se trata de un grupo ecologista y, sin embargo, están obsesionados con la idea de la realidad simulada. Dejando aparte esa extraña concepción de que dicha realidad permite a la humanidad retirarse del medio ambiente y, por tanto, salvarlo..., lo cual, dicho sea de paso, no me cabe en la cabeza: ¿por qué salvar un medio del que quieres huir? En fin, aparte de eso, no comprendo cómo se compagina una cosa con otra.

—Te equivocas, Jan. Las dos cosas han ido siempre más o menos juntas. A finales del siglo diecinueve, algunos de los geólogos más destacados del mundo —Eduard Suess, Nikolai Fyodorov, Vladimir Vernadsky y muchos otros— plantearon ambas ideas, considerándolas inextricablemente unidas. Dos de ellos postularon que la biosfera no era más que una simulación.

—Sí, ya... —Fabel puso cara escéptica—. Esos rusos chiflados...

—No, Jan, no deberías subestimarlos tanto. Entre sus postulados había algunas ideas que ahora forman parte del pensamiento dominante. En aquel entonces, Vernadsky pensaba que la fuerza más importante que modelaba la geología de la Tierra era el intelecto humano. Algunos geólogos creen hoy en día que deberíamos llamar a esta época Antropoceno en lugar de Holoceno, porque somos nosotros quienes hemos cambiado tan radicalmente el planeta.

—¿Y qué me dices de esa idea de realidad simulada sobre la que insiste tan machaconamente el Proyecto Pharos?

—Bueno, si retrocedemos un poco más, Fyodorov, que había influido en Vernadsky, creía que en un futuro lejano la humanidad desarrollaría una «sociedad ortopédica». Ya no existiría la vejez ni la muerte. También pensaba que llegaríamos a adquirir una especie de supersingularidad (y no olvides que concibió estas teorías en la década de mil ochocientos noventa), de manera que seríamos capaces de reproducir absolutamente todos los estados cuánticos cerebrales, es decir, que todo el mundo que ha existido en la historia sería devuelto a la vida: la resurrección cuántica. De golpe y porrazo, una ciencia atea se convierte en una profecía religiosa.

—Pero es una locura. ¿Cómo podrías simular un mundo entero?

—Es que tú eres un viejo tecnófobo, Jan. Te pegarías un susto de muerte si vieras lo que llegan a hacer actualmente los diseñadores de juegos: mundos simulados hiperrealistas. Además, ¿no te das cuenta de que crear una realidad

simulada es la cosa más fácil del mundo? Lo hacemos todos los días... cuando soñamos. Mientras soñamos, creemos que experimentamos esa realidad. ¿Cuántas veces no te habrá pasado que has tenido un sueño y que, al despertarte, has necesitado realizar un gran esfuerzo para recordar lo que ha sucedido realmente y lo que, únicamente, ha ocurrido en el sueño?

Fabel pensó en lo vívidos que habían llegado a ser sus sueños a lo largo de los años, cuando los muertos se alzaban de nuevo y lo apuntaban con dedo acusador por no haber atrapado a sus asesinos, o cuando charlaba en el estudio de su padre con Paul Lindemann, el joven agente al que habían matado de un disparo mientras participaba en una operación que él había organizado y dirigido.

—¿Sabías que hay algunos científicos respetados que creen muy improbable que nada de todo esto... —Otto señaló alrededor, abriendo los brazos—... sea real?, ¿que piensan que todo cuanto experimentamos es una simulación altamente sofisticada?

—Yo preferiría morir que vivir una mentira.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hay? Esto es lo único que has experimentado en tu vida. Esta es tu realidad. A decir verdad, no importa si es una realidad exterior o una simulación interior. Quizá es eso lo que Dios es..., un analista de sistemas. ¿No te parece una idea deprimente?

—Pero esto es real, Otto.

—La realidad es, simplemente, lo que hay en tu cabeza, Jan. Deberías leer *Simulacro y simulación* de Jean Baudrillard. O consigue una copia de *El mundo en el alambre* de Fassbinder. O bien estudia la psicología de Jung; pregúntale a Susanne..., aunque yo siempre la he considerado una freudiana... —dijo Otto con una expresión exageradamente maliciosa—. Estamos programados por nuestro entorno, por signos y símbolos. Si alguien pronuncia la palabra «vaquero», nosotros pensamos en John Wayne, aunque los vaqueros de verdad eran bajitos, casi como un jinete de hípica, porque sus caballos tenían que cargar con ellos doce horas diarias. La verdad no está ahí fuera.

—Oye, si quieres puedo darte el número de teléfono del Proyecto Pharos...

—¡Ja, ja, qué gracioso! Yo estoy muy satisfecho con mi realidad, gracias. —Se puso serio de golpe—. Pero sí sé alguna cosa sobre Pharos, Jan, y no es nada bueno. Aterrorizan a las familias de los antiguos miembros, acosan a todo el que se atreve a criticarlos... Vete con cuidado con esa gente.

Fabel apuró su taza de café.

—Me voy. Me das dolor de cabeza, ¿lo sabías, Otto?

—Quizá esa sea toda mi razón de ser. Nos vemos, poli.

El comisario cruzó el centro de la ciudad y aparcó frente al café de Schanzenviertel. Antes de ir a ver a Jensen, se había pasado el día revisando las

pruebas reunidas sobre el caso Föttinger y, al fin, había decidido que ya estaba en condiciones de empezar a hablar con los testigos. Era el proceder que seguía siempre, por costumbre: no se fiaba de las declaraciones que estos hacían. No porque creyera que los agentes de turno no formularan las preguntas adecuadas; era más bien que leerlas simplemente en un informe suprimía la dimensión humana: a veces lo importante no era qué decía un testigo, sino cómo lo decía. Una vacilación, una duda o un prejuicio podían revelar infinidad de indicios.

Se había adentrado en el barrio de Schanzenviertel con una extraña sensación de optimismo. Quizá fuese el clima. Por primera vez desde hacía semanas, daba realmente la impresión de que había un atisbo primaveral en el aire de media tarde. Con frecuencia reflexionaba sobre los efectos que tenía el clima en sus cambios de humor, y esa idea le recordó lo que Müller-Voigt había dicho sobre la conexión del hombre con su entorno: una conexión, según sus palabras, que habíamos perdido.

Al cruzar la calle, observó que dos de las grandes lunas del café habían sido reemplazadas con planchas de contrachapado y que la madera de los marcos estaba ennegrecida. Supuso que la intensidad del calor del coche incendiado había provocado que estallaran los cristales.

Al entrar, advirtió que solo estaban ocupadas tres mesas de las más de veinte que había en el local.

—Veo esto muy tranquilo esta tarde —le dijo al camarero, mostrándole su identificación. El hombre, que estaba encorvado sobre una mesa, se incorporó y se encogió de hombros, demostrando ostentosamente que no se sentía impresionado. El Schanzenviertel era una parte de Hamburgo donde la gente, en general, no se dejaba intimidar por la policía. No se debía a que el barrio estuviera poblado por delincuentes, sino a que era una zona bien conocida por sus ideas alternativas y allí reinaba una desconfianza instintiva hacia las fuerzas del orden. Cosa que no le molestaba a Fabel, sino que más bien lo agradecía: ese carácter peculiar y esa sana indiferencia ante la autoridad era lo que convertía a Hamburgo en Hamburgo, a fin de cuentas.

—Curioso, sí —dijo el camarero, reanudando la tarea de recoger y limpiar la mesa que acababa de quedar vacía—. Creíamos que incluir a un cliente flambeado en la carta atraería a la gente en manada. —Se irguió con cansancio. Fabel observó que era más viejo de lo que le había parecido al principio. Un tipo larguirucho y delgado, de rostro enjuto surcado de arrugas y vestido de un modo que le habría sentado mejor una década antes—. Supongo que ha venido por eso, ¿no?

—¿Conocía a la víctima? —Fabel miró su cuaderno—. Se llamaba Daniel Föttinger.

—Como les dije a los otros polis, era un habitual. Venía todos los miércoles, siempre a la misma hora y siempre se encontraba con la misma mujer.

Almorzaban y, luego, se iban juntos.

—¿Qué significa que se iban juntos?

—Pues que llegaban cada uno en un coche, pero después de comer se iban en el coche de ella. Yo había observado siempre que el Mercedes descapotable se quedaba ahí fuera un par de horas y que desaparecía a primera hora de la tarde. Más de una vez pensé que él se estaba arriesgando un poquito, con todos esos coches quemados por esta zona. Pero nunca me habría imaginado que podría suceder algo así a plena luz del día, justo frente a la puerta. Ni mucho menos que el pobre infeliz acabaría también abrasado.

—¿Qué sabe de él?

—Lo que sé de todos los clientes: qué piden, qué beben y qué propina dejan. No era de los que dan palique.

—Pero dice que venía a menudo, ¿no?

—Qué quiere que le diga. A algunos clientes resulta fácil conocerlos. A él, no.

—Pero al menos debía de tener usted una impresión sobre él..., sobre el tipo de persona que era.

El camarero soltó una risita.

—¿Cómo le diré? No parecía que tuviera mucha personalidad; pero sí tenía todo el aspecto de un gilipollas arrogante. Cada vez que entraba y se sentaba era como si fuese la primera vez. Ya me entiende: yo lo atendía siempre, pero él actuaba como si no me conociera de nada. Algunos clientes son así. Te tratan como si no existieras o no importaras como ser humano, como si vivieras simplemente para su conveniencia.

—¿Y la mujer?

—Ella no era tan estúpida. Al menos, te hablaba; te reconocía como persona. Es un auténtico bombón y yo no acababa de entender qué hacía con él. Quiero decir, a mí él me parecía un tipo bastante limitado.

—¿Así que usted daba por supuesto que eran pareja?

—Sí. Pero no casada. Y tampoco compañeros o colegas. Era evidente que había una relación estable entre ellos. Cuando llevas tanto tiempo sirviendo mesas como yo, aprendes a adivinar cuál es el motivo de la cita, lo que hay detrás del almuerzo, no sé si me entiende. Pero había algo en ellos que no encajaba.

Fabel arqueó una ceja, sorprendido.

—Bueno, no sé. —El camarero redobló sus esfuerzos para sacarle brillo a la mesa, exhibiendo su irritación por el interrogatorio—. Pegaban bastante: él rico, ella preciosa... Pero es que él parecía tan..., no sé..., tan aburrido. Se lo aseguro, si yo tuviera a una mujer semejante en mi mesa, no perdería tanto tiempo con mis juguetitos electrónicos.

—¿A qué se refiere?

—Él se pasaba el rato escribiendo mensajes o recibiendo llamadas en su móvil. Una de las veces que vinieron, estuvo la mitad del tiempo trabajando en su



portátil. A veces pienso que no era la calidad de nuestra cocina lo que lo traía aquí; más bien debía de ser nuestra conexión Wi-Fi gratuita. Pero le digo una cosa, su novia estaba empezando a hartarse. Yo diría que poco le faltaba para darle la patada.

—¿Y todo esto lo deduce simplemente atendiendo una mesa? —Fabel no había pretendido que la pregunta sonara con un deje de superioridad, pero el camarero se disgustó.

—Si a ustedes los polis los obligaran a trabajar como camareros durante seis meses, a lo mejor aprenderían a calar mejor a la gente. Las personas cada vez viven más aisladas unas de otras, y más alejadas de la realidad. Toda esa mierda tecnológica. Yo llevo este negocio porque me permite observar a la gente, vivir en el mundo real. —Miró a Fabel con desdén—. Usted, por ejemplo. Usted es un poli, pero veo, por su modo de vestir y de expresarse, que se cree distinto de sus restantes compañeros. Esa chaqueta que lleva: corte inglés, *tweed*... No es el típico traje impersonal para ejecutivo de doscientos euros que los polis de Hamburgo llevan siempre. Yo diría que usted no se siente del todo cómodo siendo un poli y que le complace pensar que tiene algo más aquí arriba —dijo dándose unos golpecitos en la sien con el dedo índice—. Hace un tremendo esfuerzo para encajar a base de no encajar del todo. Pero ¿qué voy a saber yo? Un tipo que solo atiende mesas.

—Muy bien. O sea que es usted el Gran Observador, el vigilante supremo. Entendido. Veamos, les dijo a los agentes que vio a uno de los pirómanos antes del ataque. Supongo que sus poderes de observación no podrán llegar a ofrecer una buena descripción de él...

—Lo vi, ya lo creo. Estaba merodeando en la acera de enfrente, bajo ese árbol... —El camarero chasqueó la lengua al darse cuenta de que la plancha de contrachapado le tapaba el árbol desde aquella posición—. Bueno —dijo, resignado—, estaba por allí. De entrada, pensé que era un yonqui. Daba una especie de saltitos alternando los pies, nerviosamente, y no paraba de revisar esa bolsa negra de viaje que tenía en la mano.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

—Lo dudo. Llevaba una especie de gorro de lana que se bajó sobre la cara, a modo de antifaz, cuando incendió el coche. Pero sí me fijé en un detalle. No se lo comenté a los otros polis porque lo recordé más tarde...

—¿Qué era?

—Una cojera. Estoy seguro de que el tipo cojeaba. O al menos caminaba con cierta rigidez.

—Gracias.

El delgado y larguirucho camarero se encogió de hombros y siguió limpiando mesas.

La siguiente visita de Fabel fue en Harvestehude: un impresionante edificio de la época Guillermina, con fachada de estuco blanco oculta tras una pantalla de árboles y arbustos impecablemente recortados. Encontró el nombre que buscaba y llamó al timbre.

—Polizei de Hamburgo —dijo cuando sonó en el interfono una voz distorsionada—. Quería hablar con usted, Frau Kempfert.

—Enséñeme su placa —contestó la voz—. Hay una cámara por encima del interfono.

El comisario jefe alzó su identificación hacia el ojo electrónico, y enseguida sonó un zumbido estridente y un clic. Empujó la maciza puerta y subió por una escalera decorada con hermosos azulejos hasta la tercera planta del edificio. Una mujer joven y atractiva, de pelo oscuro, lo observó recelosamente desde la puerta de su casa mientras se acercaba.

—Ya les expliqué a los agentes todo lo que sé.

—Verá, Frau Kempfert, todo el mundo dice siempre lo mismo. Pero a mí me gusta oírlo con mis propios oídos. Y nunca se sabe, siempre podría ser que recordara algo nuevo. ¿Le importa? —dijo Fabel, señalando el interior del apartamento.

—No... —dijo ella, sin sonreír, haciéndose a un lado—. Pase.

La joven lo guio por un largo pasillo y llegaron a un salón esquinero, espacioso y profusamente iluminado, de puertas cristaleras que daban a un balconcito con balaustrada. Por lo que había visto del edificio, Fabel dedujo que el apartamento contaba, probablemente, con ese salón, con una o tal vez dos habitaciones, una cocina comedor y el baño. El estilo, como era típico en Harvestehude, evocaba una época más elegante y más ceremoniosa en la que privaban los techos altos, los grandes ventanales y los ostentosos detalles del estucado. No era un apartamento muy grande, pensó el comisario, pero debía de resultar bastante caro. El mobiliario y los cuadros eran de colores llamativos, en abierto contraste con las blancas paredes. El conjunto hablaba de un gusto refinado y sofisticado.

Victoria Kempfert se desplomó en un gran sillón rojo y señaló el sofá con un gesto mecánico, indicándole a Fabel que tomara asiento. «Mensaje recibido —pensó él—; te estoy robando tu tiempo». Aunque la experiencia le había enseñado a desconfiar de la gente que enfatizaba demasiado la molestia de tener que atender a la policía. Por lo general, cuando alguien había perdido la vida, los testigos estaban más que dispuestos a dedicarte su tiempo. Procuraban ayudarte a desentrañar una muerte que, con frecuencia, no parecía tener ningún sentido. Era una manera, para la mayoría, de tratar de restablecer el equilibrio natural del universo.

—¿Solían venir aquí después de sus almuerzos? Usted y Herr Föttinger, quiero

decir.

—Sí. Veníamos aquí y follábamos. —Le sostuvo la mirada a Fabel, desafiante, arqueando las cejas.

—Bien —dijo él, impasible, anotándolo en su cuaderno—. ¿Y dónde follaban usted y Herr Föttinger? ¿En el dormitorio o aquí donde estoy sentado?

La expresión de Victoria Kempfert se ensombreció más. Estaba a punto de soltar una réplica explosiva, pero no encontraba las palabras.

—Escuche, Frau Kempfert. Sé que ha sufrido una experiencia terrible; y usted ya ha dejado claro el desagrado que le inspira la policía. Pero yo hace mucho que soy detective de homicidios y ya quedan pocas cosas en el mundo capaces de impresionarme. De manera que la petulancia y el lenguaje adolescente difícilmente van a desconcertarme. Aunque, si lo desea, podemos continuar la conversación en ese tono. ¿Con qué frecuencia follaban usted y Herr Föttinger aquí?

Ella bajó la vista. Era una mujer bella. Rasgos duros, una melena de tupido cabello oscuro... No se diferenciaba mucho de Susanne. Totalmente de su tipo, advirtió contra su propia voluntad.

—Daniel y yo veníamos aquí todos los miércoles, después de almorzar. Aunque solíamos vernos otra vez durante la semana, dependiendo de nuestros horarios. Él viajaba mucho. —Hizo una pausa—. Lo lamento si he sido... Es que después de haber visto aquello, de ver lo que le ocurrió... —Se mordió el labio, y su mirada volvió a endurecerse. Era evidente que estaba decidida a no llorar.

—Lo comprendo —replicó Fabel con más delicadeza—. ¿Los agentes con los que habló le informaron sobre los servicios de asistencia a las víctimas?

—No necesito ningún psicólogo, Herr Fabel. Lo superaré. Con el tiempo.

—¿Vio a los atacantes?

—No..., bueno, sí... Quiero decir, yo no sabía entonces que eran los atacantes. Los hijos de puta se quedaron allí mirando cómo ardía Daniel. Primero pensé que eran transeúntes, como todos los demás. Después advertí que llevaban pasamontañas o algo parecido. Se tapaban la cara. Yo ni siquiera me di cuenta en principio de que era un incendio premeditado. No comprendía qué había ocurrido.

—¿Hubo algo en ellos que le llamara especialmente la atención?

—¿Aparte de los pasamontañas? Nada. Estaba demasiado aturdida mirando a Daniel. Y luego... ¿Por qué querrían hacer una cosa así?

—Lo que necesito aclarar es si pretendían hacer lo que hicieron. En Schanzenviertel muchos coches de lujo son incendiados. Cabe la posibilidad de que esa fuera su única intención.

—No lo sé... —dijo ella muy despacio, con la mirada perdida, como rebobinando la escena en su imaginación—. Era su modo de esperar. De observar. Sobre todo, el de uno de ellos.

—Eso podría indicar que estaban consternados por las consecuencias de sus actos.

La mujer meneó la cabeza con energía.

—Ahí está... Me ha preguntado si algo me llamó especialmente la atención. Mire, justo antes de que se montara en la parte trasera de la moto y de que salieran los dos zumbando, yo juraría que el tipo del pasamontañas..., yo juraría que se estaba riendo. Y no se te ocurre reírte cuando estás consternado por las consecuencias de tus actos.

—No..., seguramente no. Pero, aunque le cueste creerlo, podría ser el resultado de la impresión. O una peculiaridad psicológica. Una risa paradójica.

—No había nada paradójico en esa risa. Ese hijo de puta se estaba riendo de lo que había hecho.

Fabel la observó unos instantes.

—¿Cuánto tiempo llevaba con Herr Föttinger?

—Un par de meses. Quizá tres. Aunque ya se estaba acabando.

—¿Sabía que estaba casado?

—Él no lo ocultaba. Y yo no ocultaba que me daba igual. Nos conocimos por el trabajo. Yo me dedico a diseñar páginas web y había hecho varios encargos para su empresa. Pero ya había terminado hacía meses cuando se inició nuestra relación. Él contrató a otra persona. Luego, hace diez o doce semanas, me lo encontré en una recepción profesional: la típica cena precocinada con gráficos y Power Point de postre, ya me entiende.

—Me temo que no del todo. No es mi medio natural, la verdad. ¿Así que empezó entonces a verlo?

—Una semana después de esa recepción, más o menos, me llamó y me invitó a comer. Y empezamos a vernos cada semana. Aunque la cosa ya se estaba volviendo... cargante.

—¿En qué sentido?

—A primera vista, Daniel era interesante y encantador. Pero le faltaba algo. Era como si fuese nada más que apariencia y no hubiera nada debajo. Ya sé que suena raro, pero en momentos íntimos y todo daba la impresión de que estuviera solo. Hubo veces en que llegó a resultar desagradable. Parecía que yo no existiera para él en realidad. Suena a locura, lo sé. Pero ese es el motivo de que no tuviéramos futuro.

Fabel reflexionó un momento en las palabras de Victoria Kempfert. Era casi exactamente lo que el camarero había dicho de Föttinger.

—¿Qué sabe de la empresa de Herr Föttinger?

—Solo lo que vi mientras trabajaba en su página web: tecnología medioambiental. Daniel estaba metido en toda clase de técnicas de captura y almacenamiento de carbono. Estaba previsto que interviniera en esa cumbre de « Hamburgo, problemas globales ». Le suena, ¿no?

—Algo he oído. —Fabel se calló un momento—. ¿Qué me dice de Frau Föttinger? ¿Algún indicio de que ella se hubiera enterado de la relación que su marido mantenía con usted?

—¿Cómo? ¿Una esposa desdenada? No, no creo que Kirstin Föttinger pagara a esos tipos para que le incendiaran a Daniel el coche porque se hubiera enterado de lo nuestro. Créame, no es una mujer tan entregada.

—¿Qué quiere decir?

—En muchos aspectos, ella es como Daniel; tiene el mismo perfil, aunque más acusado, para que me entienda. Kirstin es la auténtica chiflada del ecologismo. Una radical. Es vegetariana estricta y cree que los humanos deberíamos tener un impacto cero en el planeta. Al parecer, se metió en un grupo de ideas estrambóticas; estrambóticas de verdad. Daniel también estaba metido, aunque no tanto como ella. Yo creo que fue Kirstin quien lo arrastró. Lo más triste, a mi modo de ver, es que durante una época no muy lejana él la quería de verdad. Pero, para utilizar sus propios términos, ella sencillamente desapareció..., se desvaneció. No creo que él se hubiera liado conmigo si su esposa no se hubiera vuelto tan extraña. Lo más curioso es que yo percibía que a Daniel le estaba pasando igual. Estaba desvaneciéndose. Volviéndose raro, vaya.

—¿Un grupo, dice? ¿Qué clase de grupo? —preguntó el comisario, aunque ya estaba seguro de cuál iba a ser la respuesta.

—Más bien es una secta. Se llaman Pharos o algo así.

Fabel asintió despacio, mirando su cuaderno: un movimiento deliberado para ocultarle a Victoria Kempfert la importancia de lo que acababa de decirle.

—¿Dice que él también estaba metido en ese grupo, pero no con la misma intensidad?

—Sí, bueno... Por lo que yo deduje, ellos no creían en distintos grados de compromiso. Se suponía que debías entregarte por completo. A mí me resultaba un poco espeluznante. Mejor dicho, más que un poco. Daniel era un tipo brillante. Tenía grandes ideas, pero no disponía de dinero suficiente para llevarlas a cabo. Su esposa sí estaba forrada y fue quien lo financió al principio, pero él consiguió convertir su empresa en la número uno del sector. El precio que tuvo que pagar fue convertirse en miembro de Pharos. Solía bromear al respecto. —La joven adoptó un gesto ceñudo—. Luego dejó de hacerlo y también dejó de bromear en general.

—¿Quiere decir que cambió?

—Estaba cambiando. Yo le dije que saliera del grupo mientras le fuese posible. Me daba cuenta de que una parte de él lo deseaba, pero era como si, cada vez que nos veíamos, esa parte se hubiera reducido; como si le hubieran absorbido un fragmento más de su personalidad, una parte de su voluntad. A eso me refería cuando he dicho que la cosa se estaba volviendo cargante. —Guardó silencio un instante—. Mire, Herr Fabel, yo no estaba muy colada por Daniel, ni

siquiera al principio. Era algo divertido; él mismo lo era cuando nos conocimos. Pero después todo se volvió un poco pesado. Sin contar todas las cosas raras de ese grupo en el que se habían metido él y su esposa.

—¿Usted quería dejarlo?

—Se lo dije mientras comíamos, precisamente antes de que sucediera todo. ¿Se imagina cómo he de sentirme?

—Usted no podía adivinarlo, Frau Kempfert. ¿Cómo se lo tomó Herr Föttinger?

—Bien. Tan bien, realmente, que casi fue un golpe para mi ego. Como si no le importara. O mejor dicho, como si se sintiera aliviado.

Al cruzar la calle para recoger su coche, Fabel no necesitó girarse para saber que Victoria Kempfert lo estaba mirando por la ventana. Ella había estado todo el rato de uñas, desafiante, puramente hostil. Cosa que formaba parte —él lo sabía muy bien— del proceso de negación que se producía tras un trauma como el que ella había sufrido. Pero había algo más; algo que ella había querido contarle, pero que no se había decidido o había temido decir en voz alta. Y en lugar de decirlo, lo había rodeado con un cerco de púas verbales. El detective sacó el móvil y pulso el botón de marcación rápida de la brigada de homicidios, sin darse cuenta de que este era el teléfono de repuesto y no tenía el número guardado. Tardó un momento en recordar el número y marcarlo: una de las ironías de la tecnología era que se te olvidaba cómo hacer las cosas por ti mismo. Respondió Anna Wolff.

—Anna, necesito que me hagas un par de comprobaciones. Y las necesito deprisa.

—De acuerdo. Cualquier cosa por nuestro sospechoso número uno. La última vez que pidió que comprobaran unos datos, la persona interesada acabó muerta.

—Cuando esto termine, comisaria Wolff, haré que te trasladen a Buxtehude, donde el momento culminante de la semana, no, qué digo, de todo el mes, será un robo de bicicleta.

—¡Oh, no! —exclamó ella, fingiendo horror—. ¡Demasiado lejos de la cárcel de Billwerder! No podré ir a verlo nunca. ¿Quiénes son las personas que quiere que compruebe?

—El tipo que acabó quemado cuando le incendiaron el coche en Schanzenviertel, Daniel Föttinger. Y la mujer que estaba con él, Victoria Kempfert.

—De acuerdo. ¿Viene para aquí?

—Más tarde. Me queda otra visita que hacer. —Abrió el BMW con el mando a distancia y se deslizó en el asiento del conductor. Echó un vistazo al retrovisor. Sí. Aún seguía ahí—. Anna, necesito que mires otra cosa en el ordenador. Y esto no lo comentas: me están siguiendo. Es un cuatro por cuatro Volkswagen; un

Tiguan, me parece. Lo he visto todo el día por el retrovisor. Sospecho que es de los nuestros, o bien un equipo de la BfV. Quiero asegurarme.

—Mierda. ¿No pensará que alguien sospecha realmente...?

—Lo dudo, pero tal vez me están vigilando «solo para hacer las cosas correctamente», como diría el director general Van Heiden.

—¿Matrícula?

Fabel estiró el cuello para distinguirla por el retrovisor y se la dictó a Anna.

—Deme un par de minutos —pidió ella.

La arquitectura de Hamburgo manifiesta de un modo discreto y decoroso que esta es una ciudad donde se gana dinero en serio. Y la casa de Daniel Föttinger, situada en la zona donde Nienstedten se convertía en Blankenese, se las arreglaba para proclamar silenciosamente la enorme riqueza de sus dueños. Ocupaba cuatro hectáreas de una de las zonas urbanas más caras de toda Alemania. Dada la naturaleza de la empresa de Föttinger, Fabel más bien se había esperado una construcción ultramoderna y totalmente exenta de carbono, como la casa de Müller-Voigt en el Altes Land. Pero no. Se trataba de una villa aristocrática del siglo XIX, blanca y elegante, con postigos verdes y una pajarera-invernadero de dos pisos en el ala este. Los jardines estaban dispuestos como los de un parque inglés, de césped impecable salpicado de viejos robles seculares.

No era en modo alguno la vivienda que había imaginado. Aunque también había previsto que la viuda Föttinger no estaría sola. Y en eso sí acertó.

De entrada, dado el esplendor del lugar, Fabel dio por sentado que el hombre bajo y fornido, extremadamente pulcro, de cabeza rasurada y con perilla, que le había abierto la puerta principal era el mayordomo. Su traje y su actitud decían, sin embargo, que no se trataba de un sirviente. El hombre lo hizo pasar a una inmensa y luminosa sala de estar. Al fondo, había otro hombre, más joven, junto a un magnífico piano. También él llevaba un traje de ejecutivo, pero de color gris y de una calidad inferior. Lo más llamativo de él era el contraste entre su pálida tez y su pelo, muy corto, extremadamente oscuro.

La única persona que había en la sala, aparte de ese hombre, era una mujer de unos treinta y cinco años que se hallaba sentada en un diván de palisandro. Era delgada, de ondulada melena de color castaño rojizo peinada hacia atrás, que le llegaba a los hombros y dejaba despejada una cara delicada y pálida, ligeramente pecosa. Llevaba un sencillo vestido negro sin mangas que se ceñía a su esbelta figura de un modo solo accesible a los tejidos más refinados, y la elegancia de su porte resultaba tan perfecta que daba la impresión de estar sentada en el diván prácticamente sin tocarlo.

La primera impresión que le produjo a Fabel fue que estaba hecha de porcelana fina.

En cuanto a atractivo, estaba a la misma altura que la amante de Föttinger, pero el suyo era un tipo de belleza totalmente distinto. Mientras que Victoria Kempfert era la clase de mujer que los hombres deseaban, Kirstin Föttinger era como un objeto de lujo, frágil y hermoso, cuidadosamente conservado. Y algo había en ella, pensó el detective, que la hacía parecer como de otro mundo.

—Me alegro de que haya podido encontrar un momento para reunirse conmigo, Frau Föttinger —dijo—. Comprendo que debe de estar conmovida por lo sucedido.

Ella le dirigió una educada sonrisa de porcelana. Al comisario, a decir verdad, no le parecía que estuviera muy conmovida, y menos aún apenada. Tal vez era un autocontrol forzado que la había despojado temporalmente de expresión.

—Frau Föttinger ha tomado algo para ayudarla a sobrellevar la situación. Un ligero sedante recetado por el médico —dijo el hombre mayor, el que le había abierto la puerta y acompañado al salón.

—¿Y usted es? —preguntó Fabel, volviéndose del todo hacia él.

—Peter Wiegand. Un amigo de la familia. También era socio de Daniel.

—¿Peter Wiegand? Usted es el líder número dos del Proyecto Pharos, ¿no es así?

—He trabajado con Dominik Korn durante casi treinta años. Mi cargo es el de vicepresidente y director de operaciones de la corporación Korn-Pharos. Pero, en efecto, también participo activamente en el Proyecto Pharos. Kirstin es miembro del proyecto, como lo era su marido, así que estoy aquí para prestarle mi apoyo y mi consuelo en este momento tan difícil.

—Me hago cargo. —Fabel miró con toda intención al otro hombre.

—Ah, perdón... —dijo Wiegand—. Este es Herr Bädorf. El jefe de seguridad del grupo. He pensado, dadas las violentas circunstancias de la muerte de Daniel, que debía venir con él.

—¿Del grupo? —se extrañó Fabel, mirando a Bädorf—. ¿Eso significa de la corporación Korn-Pharos o del Proyecto Pharos?

—Yo no soy miembro del proyecto —contestó Bädorf. Fabel notó que tenía cierto acento del sur. Suabo, aventuró—. Trabajo para el grupo empresarial Korn-Pharos. Lo crea o no, comisario jefe, uno no se ve obligado, ni siquiera presionado, a sumarse al proyecto solo porque trabaje en la corporación.

—Me hago cargo —dijo Fabel de nuevo. Pero recordó lo que había leído en el informe que Menke le había pasado: los rumores sobre la Oficina de Consolidación y Objetivos, que sonaba en apariencia como si tuviera que ver con fusiones y procedimientos empresariales, pero que era, en realidad, la policía secreta del Proyecto Pharos. Al mirar a Bädorf, tuvo la seguridad de que tenía delante a un consolidador: uno de alto rango, además. Lamentablemente, había tenido que concertar la cita por anticipado y sabía que, al hacerlo, le daba la



oportunidad al Proyecto de enviar a alguien cuya presencia condicionaría las respuestas de Kirstin Föttinger.

El comisario se volvió hacia la distinguida viuda pelirroja, y le sugirió:

—Frau Föttinger, ¿podríamos hablar en privado?

—Yo prefiero que Herr Wiegand y Herr Bädorf estén presentes. Herr Wiegand ha sido una gran ayuda para mí.

—Como guste. ¿Me permite? —Fabel señaló el sillón situado frente a ella. Había valido la pena intentarlo, aunque suponía de entrada que no le iban a permitir interrogar a la viuda de Föttinger sin la presencia de algún miembro de Pharos. Ella asintió y Fabel tomó asiento.

—Ya sé que es un asunto muy doloroso, Frau Föttinger, pero ¿estaba usted al corriente de la relación entre su marido y Victoria Kempfert?

—Yo no sabía nada de una relación semejante hasta que me lo dijeron después de la muerte de Daniel. —La respuesta parecía ensayada.

—¿Conoce a Victoria Kempfert?

—Nunca la he visto.

—¿Se le ocurre alguna idea por la que alguien pudiera querer hacer daño a su marido, o incluso matarlo?

—Yo tenía el convencimiento de que la muerte de Daniel fue un accidente... —Era Wiegand el que había intervenido—. Bueno, un accidente precisamente, no. Pero creía que la intención de los atacantes había sido quemar el coche mientras él estaba en el café.

—¿Qué me responde, Frau Föttinger? —Fabel hizo caso omiso de la interrupción.

—No. No en un sentido personal. Daniel no era el tipo de persona que se creaba enemigos. Pero es posible que algunos grupos lo mirasen con cierta desconfianza, a causa de las actividades de la empresa.

—¿Por ejemplo?

—Tecnologías Medioambientales Föttinger es una empresa líder en tecnologías de captura y almacenamiento de carbono de tipo marítimo. Y mi marido era un promotor clave y uno de los organizadores de la cumbre «Hamburgo, problemas globales».

—¿Por qué habría de oponerse alguien a la captura de carbono?

—Es más bien por la técnica que utilizamos. Daniel perfeccionó un sistema más efectivo de siembra de hierro.

—¿Siembra de hierro?

—Tal vez y o pueda explicárselo —intervino otra vez Wiegand—. Era en este campo donde la empresa de Herr Föttinger colaboraba con la corporación Korn. La siembra de hierro es lo que parece: consiste en sembrar el fondo oceánico de polvo de hierro.

—¿Con qué fin? —preguntó Fabel.

—En términos sencillos: para captar el dióxido de carbono de la atmósfera en el fondo del mar. Esta teoría existía hacía cierto tiempo y se han realizado varios ensayos con resultados desiguales. Me imagino que los agentes de la Polizei de Hamburgo son conscientes de que el peligro fundamental que afrontamos en el planeta es el incremento de ese compuesto químico en la atmósfera, que podría llevar a un calentamiento global catastrófico. Las dos causas más importantes son las emisiones a la atmósfera y la deforestación, que están reduciendo la capacidad de la biosfera terrestre para procesar el dióxido de carbono. ¿Qué sabe usted acerca del plancton, Herr Fabel?

—Que lo comen las ballenas. Poco más.

—Existen dos tipos de plancton: el fitoplancton y el zooplancton. En esencia, el primero que he citado está compuesto de plantas microscópicas, y el segundo, de vida animal microscópica. El principio básico de la siembra de hierro consiste en que el polvo de hierro sembrado en el océano actúa como un fertilizante y produce una explosión de la población de fitoplancton. Y este, dada su composición vegetal, emplea el proceso de la fotosíntesis: absorbe dióxido de carbono y emite oxígeno a la atmósfera. Es un hecho, aun en las condiciones actuales, que un gran porcentaje de la «respiración» del planeta lo realiza el fitoplancton. La teoría consiste en que aumentando los volúmenes de esas plantas microscópicas en el océano, podremos compensar el déficit provocado por la reducción de la selva amazónica y de otras grandes masas de vegetación terrestre. En muchos de los ensayos ha habido, en efecto, incrementos masivos de fitoplancton. El proceso de fotosíntesis genera, además, materia orgánica, azúcares, que provocan que el fitoplancton se hunda lejos de la luz, hacia las profundidades oscuras del océano, inmovilizando el carbono efectivamente en el fondo marino. Lo más irónico es que ese plancton muerto se acabará convirtiendo, al cabo de un período geológico, en petróleo.

—¿Y cómo es que no está todo el mundo tratando de aplicar este sistema? —preguntó Fabel.

—Existe un problema. Dicho crudamente: las plantas producen oxígeno y los animales, dióxido de carbono. El zooplancton, que crea dicho dióxido de carbono, también vive en las zonas iluminadas del océano, y se alimenta de fitoplancton. Por este motivo, en algunas de las zonas donde se ha ensayado la siembra de hierro, el zooplancton ha aumentado en la misma proporción que el fitoplancton, y amenaza con neutralizar los beneficios de esta técnica. Así se explica que entre algunos sectores de la comunidad ecologista la siembra de hierro siga siendo un tema polémico. Algunos lo consideran un peligro, en lugar de un remedio.

—¿Hasta el punto de granjearle a Herr Föttinger unos enemigos dispuestos a matarlo?

Encogiéndose de hombros, Wiegand respondió:

—El policía es usted, Herr Fabel.

—Si la siembra de hierro es tan polémica, ¿por qué ustedes y Tecnologías Medioambientales Föttinger estaban tan interesados en aplicarla? —preguntó el comisario. Se daba cuenta de que no estaba interrogando a quien había ido a interrogar, pero aceptó conscientemente que distrajeran su atención por el momento.

—Porque si logramos quitar hierro a las dificultades, y valga el juego de palabras, los beneficios potenciales son enormes. Podría, literalmente, salvarnos la vida. Y además, porque los investigadores de Daniel están a punto de desarrollar correcciones efectivas a esta técnica: han añadido elementos a la mezcla que acelerarían el proceso, de manera que el fitoplancton se hundiría mucho más deprisa. El zooplancton no puede sobrevivir por debajo de los trescientos metros, de modo que si logramos sumergir grandes cantidades de fitoplancton por debajo de esa profundidad, una vez realizada la fotosíntesis pero antes de que el zooplancton pueda alimentarse de él, habremos alcanzado la solución.

—Comprendo. ¿Tienen rivales..., o competidores, en este sector?

Wiegand se echó a reír y respondió:

—Nadie es capaz de matar para tomar la delantera. La industria medioambiental no funciona así. El bien del planeta siempre va por delante del beneficio.

Fabel volvió a centrarse en Kirstin Föttinger. Le formuló las preguntas habituales, estableciendo una cronología lo más detallada posible de los movimientos de su marido. Al concluir, revisó las respuestas que había anotado.

—Por lo que me ha contado, Frau Föttinger —observó—, su marido pasaba, mejor dicho, ambos pasaban más de seis horas todas las tardes navegando por Internet o trabajando con ordenadores.

—Así es —dijo ella inexpresivamente. No había en su rostro de porcelana el menor indicio de que tal conducta tuviera que ser considerada extraña—. Era parte de su trabajo y de su posición. De la mía, también. A los dos nos gustaba estar conectados.

El comisario asintió y dejó el asunto de lado, pero decidió comentar más tarde con su equipo la posibilidad de conseguir una orden judicial para examinar los ordenadores de Föttinger. Aunque, bien pensado, sería inútil, porque cuando los expertos de la Polizei de Hamburgo les echaran mano, los expertos todavía mejores del Proyecto Pharos ya habrían eliminado cualquier cosa que pudiera resultar comprometedora para la secta.

—Su marido conocía muy bien a Berthold Müller-Voigt, creo.

—No tan bien. Naturalmente, se veían a menudo.

—Pero Herr Müller-Voigt era uno de los directivos de Tecnologías Medioambientales Föttinger...

—Un directivo sin poderes ejecutivos. Berthold solo tenía funciones de asesor.

—Yo habría creído que eso constituía un conflicto de intereses para él, siendo senador de Medio Ambiente.

—Él la registró en el Senado como una entidad de interés declarado. De todos modos, nuestra empresa no opera en la zona de Hamburgo. No existe la posibilidad de que se le concedan contratos ni nada por el estilo.

—Pero usted comprende que yo debo examinar cualquier conexión entre su marido y el senador Müller-Voigt, ¿no?

—¿Realmente cree que hay alguna conexión? —preguntó el número dos de Pharos—. Murieron bajo circunstancias muy distintas, ¿no es así? La muerte del pobre Daniel tal vez ni siquiera fue intencionada; en cambio, por lo que he leído, Berthold fue asesinado por una persona a la que él mismo dejó entrar en su casa.

Fabel se volvió hacia Wiegand y le sostuvo la mirada unos instantes. La intención del comentario era evidente: Wiegand sabía de algún modo que el comisario jefe había estado en la casa de Müller-Voigt poco antes de que se produjera su muerte. Así pues, replicó:

—No sé si hay una conexión o no. Por ahora. Entiendo que usted también conocía a Berthold.

—Sí, lo conocía. Lógicamente nuestros caminos se cruzaron, dada nuestra implicación en cuestiones medioambientales.

—Claro —concedió Fabel—. ¿Conoció a su pareja, Meliha Yazar?

—La verdad es que no —respondió Wiegand sin traslucir ninguna reacción.

—¿Y usted, Frau Föttinger?

—El nombre no me suena. Yo creía que Berthold no mantenía una relación exclusiva con nadie. Tenía fama de ser muy mujeriego, como sin duda sabrá.

Fabel le dio las gracias a Kirstin Föttinger, le transmitió de nuevo sus condolencias por la pérdida sufrida y se despidió. No ignoraba que parecía un actor que abandonaba el escenario: no había habido nada natural o espontáneo a lo largo de la entrevista. Pero no quedaba nada más que averiguar allí. Igual que al entrar, Peter Wiegand se ocupó de acompañarlo.

—Su «sociedad» me intriga, Herr Wiegand —aseguró Fabel cuando llegaron junto a su coche—. Dígame, ¿realmente cree usted en la consolidación? ¿Cree que todos pueden ser «subidos» a un gran ordenador central?

—Herr Fabel, cada religión, cada sistema de creencias, posee un principio básico abierto a multitud de interpretaciones. Sea cual sea el sistema de creencias, unos adeptos considerarán literal ese principio y otros lo considerarán una metáfora. En todo caso, por lo que yo sé, todo esto... —Wiegand extendió el brazo, señalando los jardines, los árboles de la casa y lo que había traspasados los muros de esta—..., quizá todo esto es la consolidación. A lo mejor no es la verdadera realidad, y nosotros solo somos programas conscientes de sí mismos en un modelo ambiental generado en una etapa poshumana. Pero suponiendo que sea la realidad, y yo creo firmemente que lo es, no cabe duda de que va a llegar

a su fin si no hacemos algo radical, y, además, rápidamente. —Se calló y miró a Fabel, como evaluándolo—. Será usted bien recibido si quiere visitarnos, Herr Fabel. ¿Ha visto el edificio Pharos, nuestra sede central, en la zona de la costa de Hörne? No queda lejos de la casa de Berthold Müller-Voigt. Y creo que ha estado usted allí.

—No, la verdad es que no he visto el edificio Pharos —replicó el comisario sin picar el anzuelo.

—¡Entonces debería venir! Es una pieza arquitectónica realmente excepcional. El Pharos está construido como una prolongación de un antiguo faro del siglo diecinueve. El edificio entero se proyecta sobre el agua. Hay zonas con suelo de cristal donde puede bajar la vista y ver el mar, veinte metros más abajo. —Le tendió una tarjeta—. Venga a vernos, por favor, Herr Fabel. Estamos abiertos a todo el mundo, a los policías también. Lo que sí le pido es que llame primero, para que sepamos cuándo hemos de esperar su visita. Y la otra cosa que le pido es que traiga una mente bien abierta.

—¿Para que la puedan ustedes cerrar?

—Pese a lo que tal vez le hayan dicho sus colegas de la BfV, no somos una secta. Somos un grupo de acción medioambiental.

—Debo confesar que no me entusiasma la idea de estar suspendido por encima del agua.

—¿Tiene miedo al agua, Herr Fabel?

—No..., miedo no. Yo me crie en Norddeich. El mar me inspira un saludable respeto.

—La única agua que yo temo —dijo Wiegand, de repente menos afable y más serio— es el agua oscura. ¿Sabe lo que es el efecto albedo? El albedo es la capacidad de una superficie de reflejar los rayos solares. El casquete polar refleja los rayos del sol y evita el calentamiento del mar. Cuanto más hielo, más fría está el agua y más estable es el clima. Cuanto mayor es la proporción de agua oscura frente al hielo blanco, más rápidamente se calienta el planeta. Cada año hay menos hielo en los polos y más agua oscura. Quiero que comprenda, Herr Fabel, prescindiendo de lo que piense de mí o del Proyecto Pharos, que yo siento un genuino temor ante el cataclismo que nos aguarda y que estoy verdaderamente decidido a hacer cuanto pueda, a utilizar cualquier arma a mi alcance, para impedir que se produzca ese cataclismo. Esto no es ningún juego. Es una batalla por la supervivencia.

El comisario jefe asintió, mientras reflexionaba. En realidad, estaba pensando en lo lejos que Wiegand estaría dispuesto a llegar, y en qué tipo de armas se atrevería a utilizar. Pero también había leído que la fortuna personal de este hombre se contaba en miles de millones, no en simples millones; estaba claro que podía sacarse provecho de cualquier apocalipsis.

—Quizá sí le haga una visita, Herr Wiegand —dijo. Miró la tarjeta que le

había dado, donde figuraba aquel mismo ojo estilizado del cartel que había visto de camino al aeropuerto—. Próximamente.

Una vez en su coche, Fabel volvió a encender el móvil. Sonó casi de inmediato. Era Anna Wolff.

—Bueno —dijo ella—. La cosa se pone interesante. He comprobado esos dos nombres y tengo los datos de la matrícula que me ha pasado... Si es cierto que ese coche lo está siguiendo, ya le digo que no es de los nuestros ni tiene nada que ver con la BfV. Está registrado por Seamark International, que, según me dicen, es una empresa privada de seguridad marítima.

—¿Cómo? ¿Por qué demonios me está siguiendo una empresa privada de seguridad?

—¿Quiere que envíe a alguien a sus oficinas para averiguar?

—No, aún no. No quiero que sepan que estoy sobre su pista. Si vuelvo a ver a ese coche siguiéndome, lo obligaré a parar. Lo que sí puedes hacer es indagar sobre Seamark International. Me jugaría el sueldo de un mes a que es una filial de la corporación Korn-Pharos. ¿Qué hay de los nombres que te he pedido que comprobaras?

—Victoria Kempfert está limpia como una patena. Ni condenas, ni detenciones, ni tropiezos de ninguna clase con la policía. Es con Daniel Föttinger con quien se pone la cosa interesante. Al parecer, era el tipo de hombre que no acepta un «no» por respuesta. Hay una acusación por acoso sexual, presentada el año pasado por una empleada, y dos acusaciones —dos— por violación. La primera proviene de cuando era estudiante, y la segunda tuvo lugar en 1999. Las tres acusaciones fueron retiradas en cuanto la policía se puso a investigar. Según parece, papá Föttinger tenía dinero suficiente para hacer desaparecer cualquier problema desagradable..., y, naturalmente, igual ocurrió más tarde con Föttinger hijo.

—¡Vaya, vaya! Esto sí que es interesante.

—Y hay más: los padres de Föttinger, después del incidente de su época de estudiante, lo metieron en un hospital de lujo en Baviera: un hospital psiquiátrico. He pedido una orden judicial para conseguir su historial. He pensado que querría verlo. No sé qué importancia podrá tener para el caso, pero se me ha ocurrido que cabe la posibilidad de que alguien se estuviera vengando.

—Buen trabajo, Anna. —Fabel reflexionó en lo que su ayudante acababa de decirle—. Consígueme los nombres y las direcciones de las víctimas, ¿quieres? Me gustaría hablar con ellas. O al menos con una de ellas.

—Claro, *Chef*, pero deme un poco de tiempo. Estoy en la brigada, pero salgo dentro de diez minutos. Voy a ver a ese discapacitado con el que usted habló, Johann Reisch. Dos agentes van a revisar su ordenador: uno del departamento

técnico y otro de la unidad de cibercrimen. Que, por cierto, no están nada contentos con usted. Dicen que, al aplazar la revisión de su ordenador, él podría haber borrado gran parte de las pruebas.

—Reisch no es nuestro hombre, Anna. Y eso lo sé gracias al viejo instinto policial, prescindiendo de la tecnología.

—Bueno, el problema es que ahora mismo están en casa de Reisch y nadie contesta. Y ese tipo esperaba su visita. Habían concertado la hora con él por teléfono.

—No suena nada bien, Anna. Reisch está prácticamente confinado en casa. Llévate a un equipo de uniformados. Si no te abren, fuerza la puerta. Voy para allá ahora mismo. O mejor: espera a que llegue yo. Y mira a ver si consigues el número de su asistente social. Mierda, se me ha olvidado su nombre...

—Rössing... Ya estoy en ello. Nos vemos allí.

## Capítulo veintiséis

Al final, no tuvieron que forzar la puerta para entrar en casa de Reisch. Frau Rössing, la asistente social del discapacitado, se presentó con la llave en el preciso momento en que Fabel llegaba. Este notó que la asistente parecía verdaderamente preocupada.

—Estaba bien esta mañana cuando me he ido —dijo la mujer mientras buscaba entre su manojó de llaves.

—Espere usted aquí —le indicó Anna cuando hubo abierto la puerta—. Hemos de entrar nosotros primero.

Encontraron a Reisch en el mismo lugar donde estaba la otra vez cuando Fabel había hablado con él: sentado ante la mesa, mirando la pantalla del portátil. Pero esta vez la miraba a través de la bolsa transparente que le cubría la cabeza y que tenía atada al cuello con un cordón. La bolsa era grande y estaba hinchada, como si se hubiera llenado de aire. Al comisario se le ocurrió que parecía un casco espacial de talla excesiva, o la capucha de esos trajes para manejar material radioactivo. Reisch se mantenía erguido (el collar cervical de la silla de ruedas impedía que se desplomara), y su vacía mirada apuntaba directamente a la pantalla.

Fabel le hundió dos dedos en un lado del cuello, justo debajo de donde había sido tensado el cordón. Se volvió hacia Anna y meneó la cabeza.

—Mierda. —Anna observó al inmóvil y erguido muerto—. ¿Cree que lo han matado por su relación con *Virtual Dimension*?

Fabel no respondió. Pero telefoneó al Präsidium y preguntó quién estaba de guardia en el departamento forense.

—Mantén alejada de aquí a la asistente, Anna —dijo Fabel bajando la voz, después de colgar—. Pero dile que Reisch ha fallecido. Holger Brauner ya viene con su equipo.

Cuando su ayudante y el agente uniformado salieron, Fabel examinó con más atención la mesa de Reisch. Había un paquete postal desgarrado bruscamente; al



lado, un artificio que debía de ser un bote de oxígeno, supuso, con un tubo adosado. Se sacó del bolsillo de la chaqueta un guante de látex y lo utilizó, sin ponérselo, para girar el tubo. Tenía el símbolo «He» grabado: no era oxígeno, sino helio.

Observó la pantalla del portátil. Reisch estaba en *Virtual Dimension* cuando había muerto. Ahora su avatar se movía sin rumbo fijo por un mundo hiperrealista recreado con gráficos informáticos. Eso era lo que había visto mientras moría; lo último que su cerebro agonizante había registrado. En estos momentos, daba la impresión de estar mirando todavía a su *alter ego* cibernético.

Una vez que Brauner llegó con su equipo, Fabel esperó fuera con Anna y el agente. Cuando no habían pasado más de quince minutos, el forense lo llamó para que volviera a entrar y le dijo:

—De este ya puedes olvidarte, Jan, si quieres mi opinión. Desde luego, habrás de esperar a los resultados de la autopsia, pero esto no es un asesinato. Bueno, es un autoasesinato, pero eso a ti no te interesa.

—Pero alguien ha de haberle atado esa bolsa al cuello. Si lo hubiese hecho él mismo, en cuanto se hubiera empezado a asfixiar, habría intervenido el instinto de supervivencia.

—No, Jan. Eso que ves ahí es lo que llaman una *Exit Bag*, una bolsa de suicidio. Se cierra con un cordón que tensas tú mismo. Y el instinto de supervivencia del que hablas se llama «respuesta de alarma hipercápnica». Es el pánico que sientes cuando tu nivel de dióxido de carbono en sangre se vuelve peligrosamente elevado: tu cerebro te dice que has de empezar a respirar urgentemente. Pero él no ha experimentado nada semejante. Para eso era el tubo: llenas la bolsa o los pulmones —o ambos— con un gas inerte como el nitrógeno o el helio, y el gas confunde a tu cerebro y anula la respuesta de alarma hipercápnica. Tú sientes que respiras normalmente, sin dolor, sin pánico, y luego te desmayas y ya no vuelves a despertar. Lo creas o no, puedes comprar una *Exit Bag* en Internet, o bajarte las instrucciones para confeccionarla tú mismo. Hemos guardado el paquete postal en el que llegó. Tal vez puedas averiguar a quién se lo había encargado. Y supongo que también encontrarás información ahí... —Brauner señaló el portátil.

—¿O sea que estás convencido de que ha sido un suicidio?

—No hay ninguna prueba que indique lo contrario. ¿Por qué estaba en silla de ruedas?

—Una enfermedad motoneuronal. Pobre tipo.

—Entonces no lo culpo. Yo actuaría igual en su lugar, antes de que ya no pudiera hacerlo por mí mismo. Y la verdad sea dicha, estas *Exit Bag* no son el peor modo de irse. Eso sí: mejor que no te salven a última hora. Si te repones después de un intento con estas bolsas, te queda el cerebro hecho papilla.

En ese momento entró la agente de la unidad de cibercrimen que dirigía

Kroeger. Era ella quien había avisado a Anna; luego se había quedado esperando a que los forenses terminaran. No tenía aspecto de policía: bajita y de cabello rojizo recogido en una coleta, iba vestida con vaqueros y con una chaqueta informal que le llegaba apenas a la cintura. Podría haber sido perfectamente una estudiante universitaria, de camino a la facultad. Algo había en ella que le hizo pensar a Fabel en su hija: Gabi también tenía el cabello castaño rojizo y había manifestado el deseo de seguir la carrera de su padre en la Polizei de Hamburgo. Él advirtió que la joven agente hacía un esfuerzo para no mirar al muerto de la silla de ruedas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, Herr comisario jefe. Perdón. ¿Todavía quiere que nos llevemos el portátil para examinarlo?

—Claro. —Volvió a mirar la pantalla: Thorsten66, el personaje virtual de Reisch, aún vagaba por la Nueva Venecia de *Virtual Dimension*. En una esquina de la pantalla, bajo la foto del musculoso joven que él había escogido porque le recordaba a sí mismo cuando era un hombre joven y sano, había mensajes de otros usuarios, invitándolo a fiestas junto a las lagunas, o a participar en la Olimpiadas de Nueva Venecia. No era casual que Reisch hubiera tenido ese panorama en la pantalla ante sus ojos mientras moría. Tal vez creía realmente que, mediante un esfuerzo de voluntad, podría proyectarse en el momento de su muerte en aquella realidad falsa, pero infinitamente preferible.

La joven agente de la unidad de cibercrimen se inclinó para cerrar el portátil y llevárselo.

—Déjalo —le ordenó Fabel; y luego, con más delicadeza—: Déjalo encendido. En un minuto te lo llevo fuera.

En el trayecto de vuelta al Präsidium, Fabel continuó vigilando por el retrovisor. Pero no había la menor señal de que lo siguiera ningún cuatro por cuatro Volkswagen y empezó a preguntarse si la paranoia no sería contagiosa. Siempre le había parecido extraño el tipo de cosas de su trabajo que lo afectaban. No siempre era la violencia o el horror, o la exposición constante a la peor parte del ser humano. En estos momentos, mientras conducía hacia Alsterdorf, era la imagen de un Reisch agonizante frente a su ordenador, tratando de convencerse de una mentira. Sí, eran la tristeza, la vulnerabilidad y la desesperación que veía en su trabajo cotidiano los sentimientos que más lo afectaban.

En el Präsidium, estaba reunida de nuevo la brigada al completo para efectuar el resumen habitual de la situación e informar de las novedades de cada caso. Según lo acordado con Van Heiden, Nicola Brüggemann se había hecho cargo del caso del Asesino de la Red y dirigía la investigación.

Brüggemann tenía ese tipo de complexión que la madre de Fabel había

descrito con uno de sus eufemismos preferidos: era «rellenita» y «achuchable». Pero apenas había nada más en la comisaria jefe de crímenes infantiles que encajara en esos términos. Ella paseaba su aspecto rollizo en un armazón de metro ochenta al menos, dotado de unos hombros que habrían puesto en evidencia a un profesional del fútbol americano. La masculinidad de su aspecto se veía reforzada porque llevaba el oscuro cabello corto por los lados y abundante en la parte superior. Originaria de Schleswig-Holstein, la comisaria era, como bien sabía Fabel, una mujer práctica, de modales ásperos e ingenio cáustico. Pero su actitud arisca no era la misma que él veía a diario en Anna Wolff, sino más bien una forma de profesionalidad directa e intransigente. Si todos ellos formaban parte del «negocio» de la policía, Nicola Brüggemann venía a ser la oferta básica, sin lujos ni adornos. Fabel la respetaba mucho como colega, y mientras ella repasaba los progresos en el caso del Asesino de la Red, no dejó de sentirse agradecido al ver que solicitaba su autorización para distribuir agentes y recursos. Quería dejar bien claro que él seguía siendo el jefe.

Cuando Brüggemann terminó de resumir la situación, Fabel explicó brevemente lo ocurrido en la residencia de Reisch, en Schiffbek. Era poco probable, repitió, que aquello tuviera relación con cualquiera de las otras investigaciones.

Thomas Glasmacher y Dirk Hechtner formaban un equipo curioso: Glasmacher era alto, rubio y fornido; Hechtner, bajo, moreno y flaco. Glasmacher era reservado; Hechtner, extrovertido. Fabel los había reclutado y emparejado hacía más de un año y estaba satisfecho de cómo se habían acoplado profesionalmente. Dirk, que era quien solía llevar la voz cantante, confirmó que había llegado el informe completo sobre el cuerpo encontrado en Poppenbütteler Schleuse. Como las demás víctimas, Julia Henning había sido violada y estrangulada, y una vez más, los forenses y el patólogo no habían encontrado restos de ADN, ni ningún otro rastro del asesino.

Pero la autopsia había revelado una novedad.

—Según parece, el cadáver no era tan reciente como creímos en un principio —explicó Dirk.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron a la vez Nicola Brüggemann y Jan Fabel.

—Que el análisis de sangre de la víctima muestra signos de conservación en frío. No propiamente de que la hubieran congelado, pero sí de que la mantuvieron a baja temperatura; tal vez en una cámara frigorífica.

—¿Como si hubieran pretendido confundirnos sobre el momento de la muerte? —preguntó Fabel.

—Eso parece —dijo Thomas Glasmacher—. No se puede saber cuánto tiempo pasó en un frigorífico ni cuánto tiempo la mantuvieron luego a temperatura ambiente. O sea que, sí, parece que el asesino ha intentado

despistarnos. Y que lo ha logrado.

—Pero ¿por qué? —dijo Werner—. ¿Y por qué justamente ahora? No había hecho nada parecido hasta el momento.

—A lo mejor nuestro hombre piensa que ha cometido un desliz —insinuó Dirk—. Tal vez cree que ha sido visto. Es posible que haya tratado de manipular el momento de la muerte para que no se le pueda relacionar con el escenario del crimen.

Fabel reflexionó la respuesta de Hechtner, y opinó:

—Es posible, pero no acaba de encajar con su *modus operandi*. No sé, Dirk. Es un cambio extraño, no cabe duda.

Lo dejaron aparcado por el momento, y Thomas Glasmacher y Dirk Hechtner siguieron ofreciendo su informe sobre la víctima. Nada revelador; salvo que Julia Henning era una joven abogada, guapa y brillante, aunque soltera y reservada, que había trabajado en un despacho de derecho mercantil de Hamburgo, especializado en pleitos sobre derechos de autor. Thomas y Dirk habían hablado con los padres de la joven, con sus colegas y amigos; estos últimos bastante escasos. Aunque era una chica atractiva, no había tenido muchos novios y no estaba saliendo con nadie en el momento de su desaparición. Vivía sola en un piso situado en la dirección que le había dado a Fabel la mujer del muelle, y no había sido vista desde que salió de la oficina el viernes por la tarde. Habrían podido matarla en cualquier momento del fin de semana.

Una cosa llamaba la atención, sin embargo. En principio, al registrar su piso, todo les había parecido en orden. Pero cuando ya se disponían a irse, Dirk había advertido que faltaba algo. Algo que cobró relevancia instantáneamente por su ausencia: un ordenador. Hasta entonces, todas las víctimas del Asesino de la Red se habían conectado con él en las redes sociales.

—Se nos ocurrió que, si no tenía ordenador, quizá tuviera un teléfono móvil con conexión a Internet...

—Déjame que lo adivine —lo interrumpió Fabel—: tampoco había móvil.

—Julia Henning debe de haber sido la única chica de veintisiete años de Hamburgo sin ordenador ni teléfono móvil. Así que salimos del piso y enviamos a un equipo forense. Es bastante obvio que alguien ha estado allí y se ha llevado sus cosas. Probablemente, nuestro asesino.

—¿Los vecinos han visto algo?

Thomas Glasmacher, el más grandullón y callado de los dos detectives, intervino esta vez:

—No..., no han visto nada raro ni tampoco a ningún desconocido entrando o saliendo. Encontramos una caja de zapatos llena de recibos y garantías, y las hemos estado revisando. También hemos pedido al banco de la chica todos los detalles de sus gastos. Apuesto a que descubrimos un recibo domiciliado de una compañía de telefonía. Aunque demostrar que tenía ordenador y teléfono móvil

no nos servirá para hallarlos.

Fabel soltó un gruñido. Era como si estuvieran todo el tiempo moviéndose a tientas por la niebla.

—Hay algo raro en este caso —dijo el comisario en jefe frotándose la barbilla—. Da la impresión de que el asesino ha tratado de borrar sus huellas y de despistar sobre el momento del crimen. Pero, como dice Werner, ¿por qué ahora? ¿Por qué ha sentido la necesidad de introducir cambios, precisamente, con esta víctima?

Pasaron entonces a la investigación del caso Müller-Voigt. Werner repasó los progresos realizados. Confirmó lo que Astrid Bremer ya le había explicado a Fabel acerca de las huellas dactilares y de las hebras de fibra de color gris halladas en la escena del crimen. Fabel percibió la tensión que se producía en la sala cuando Werner leyó el pasaje del informe que decía que solo se habían encontrado en el arma homicida las huellas del comisario y del político. Por lo demás, la investigación del asesinato parecía también estancada, aunque resultaba obvio que Werner estaba haciendo todo lo posible para eliminar cualquier sospecha, por ínfima que fuera, de que su jefe podía estar implicado en el crimen.

Anna Wolff intervino entonces diciendo:

—La mujer misteriosa de Müller-Voigt ya es menos misteriosa, aunque solo un poco menos.

—¿Ah, sí? —dijo Fabel, repentinamente interesado.

—Había una larga serie de restaurantes que Müller-Voigt frecuentaba con compañía femenina. Me habría facilitado las cosas que hubiera sido un hombre de costumbres más fijas, pero los he comprobado todos y, al parecer, nadie lo vio con ninguna mujer que encaje en la descripción de Meliha. Luego pensé que quizá era ella la que llevaba la batuta y decidía a dónde iban a cenar. Y siendo como era turca, se me ocurrió probar en algunos de los restaurantes turcos de la ciudad. Créame, hay una infinidad de ellos en Hamburgo. Me tomé la libertad de cobrarme un favor que me debía un agente de policía e hice circular una fotografía de Müller-Voigt y una descripción de Meliha Yazar. Tuvimos suerte en Eimsbüttel, cosa que no sucede todos los días. Hay un restaurante en Schulerblatt, junto al Schanzenviertel, y el dueño asegura que Müller-Voigt y Meliha eran habituales. A él lo reconoció en la foto, aunque no tenía ni idea de que fuese un político; a ella la recuerda porque le hablaba en turco. Meliha le había dicho que era de Silivri, en la costa. Ella también había ido a ese restaurante por su cuenta un par de veces, pero no hay registro de su tarjeta de crédito, porque o bien pagaba Müller-Voigt o bien lo hacía Meliha en metálico. Y me temo que esto es todo. El hombre no pudo explicarme nada más. Sí me dijo que el camarero que los atendía está de vacaciones ahora, pero que volverá esta semana. También me explicó que le dio la sensación de que a ella no le gustaba

que le hicieran preguntas. Por lo demás, afirma que era simpática y que él tenía la impresión de que formaban una pareja muy unida.

« Otro camarero con ínfulas de psicólogo », pensó Fabel.

—Bueno, ya es algo. Más que algo. Buen trabajo, Anna. Al menos podemos demostrar que Meliha Yazar existió.

El comisario reanudó el procedimiento formal de repaso de los casos en curso, con la esperanza de que les saltara a la vista algún dato revelador. Normalmente, el trabajo de la brigada de homicidios consistía en encontrar puntos comunes y establecer vínculos entre los casos. El problema ahora, pensó Fabel, era que no dejaban de aparecer puntos en común y vínculos donde no debería haberlos: el caso del Asesino de la Red, probablemente, no tenía ninguna relación con el torso aparecido en el Fischmarkt; el asesinato de Müller-Voigt tal vez podía estar relacionado con el torso, mientras que la muerte de Daniel Föttinger (esa muerte, posiblemente, no intencionada) debía mantenerse, en buena lógica, separada de todo lo demás.

Y sin embargo, había vínculos, había puntos en común. O, como mínimo, una cantidad de coincidencias que llevaban las leyes de la probabilidad a extremos increíbles.

La novia de Müller-Voigt había estado indagando sobre el Proyecto Pharos y el cuerpo hallado en el Fischmarkt había permanecido en el agua un período casi equivalente al que ella había pasado desaparecida. Por su parte, Müller-Voigt era director no ejecutivo de Tecnologías Medioambientales Föttinger, y tanto Daniel como Kirstin Föttinger eran miembros del Proyecto. Aun el caso del Asesino de la Red presentaba un vínculo inesperado (acaso fortuito) con Pharos a través de la empresa que había creado y desarrollado *Virtual Dimension*. Luego, naturalmente, estaba el hecho de que alguien se había esforzado todo lo posible para implicar a Fabel en el caso del Asesino de la Red y en el asesinato de Müller-Voigt; y ese alguien, fuera quien fuese, disponía de unos conocimientos y unos recursos tecnológicos enormes. Como el Proyecto Pharos.

—Pero ¿qué relación podría haber entre el Proyecto Pharos y esas mujeres violadas y estranguladas al modo típico de un caso de asesinato en serie? — planteó Nicola Brüggemann—. Asesinatos rituales, tal vez. Eliminación de antiguos miembros: eso sería lo más probable, pero nos consta que ninguna de las mujeres tenía relación con Pharos.

—Dejando aparte que *Virtual Dimension* es propiedad de una empresa de Korn-Pharos —aportó Werner.

—Cierto, pero tampoco se trata de una gran coincidencia. Entre todas las empresas del grupo, Korn Pharos genera un montón de contenidos de Internet.

—¿Qué hay de ese tal Reisch, Jan? —preguntó Werner—. Su muerte podría considerarse otra coincidencia. También él estaba metido en *Virtual Dimension*, y sabemos que había mantenido contacto con las mujeres asesinadas. Tal vez se

suicidó porque se sentía culpable por sus muertes.

—Pero él era físicamente incapaz de cometer los crímenes —dijo Fabel.

—Creo que Werner tiene razón, de todos modos —dijo Brüggemann con su grave voz de contralto—. Que fuera incapaz de cometer los crímenes no quiere decir que no estuviera implicado de algún modo. Tal vez formaba parte de un grupo de asesinos, movidos por alguna locura del tipo *folie à deux* o *folie à trois*. O bien obtenía una especie de ciberorgasmo indirecto al facilitar que un cómplice cometiera el acto por él.

—No. Eso no encaja, Nicola. Pero aun así lo investigaremos. La unidad de cibercrimen está llevando a cabo un análisis forense de su disco duro. Quizá encontremos algo. Pero yo creo que Reisch era solo un pobre infeliz al que le habían tocado las peores cartas posibles. Y, simplemente, decidió dejar la partida. Al menos esta es mi impresión, vaya.

—¿Hay alguna novedad de la oficina del fiscal del Estado? ¿Cuándo van a concedernos una orden judicial? —preguntó Henk Hermann.

—No disponemos de bastantes datos sobre el Proyecto Pharos. A decir verdad, en la oficina del fiscal son reacios a enfrentarse con todo el poder legal de la corporación Korn-Pharos sin estar totalmente seguros del terreno que pisan. —Fabel suspiró—. Y no los culpo. Estamos hablando de un grupo que dispone de los recursos de un pequeño país. Hemos de averiguar más sobre Pharos y encontrar algo sólido, probatorio, en vez de simples coincidencias.

—Es extraño —dijo Henk—. Normalmente, siempre tenemos a un individuo, a una sola persona, en el primer puesto de la lista de sospechosos. Pero esta vez resulta que tenemos a un grupo de gente: un grupo amorfo y anónimo de gente. Sería más bien como un crimen corporativo.

Fabel se lo quedó mirando. Y lo miró tanto rato que el agente empezó a sentirse incómodo y acabó riéndose nerviosamente.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Tienes razón, Henk —respondió Fabel, animándose. Se levantó y tomó el expediente que Menke le había entregado—. Los crímenes no los comete un organismo corporativo. He leído aquí, en alguna parte... —Buscó entre las páginas del informe de la BfV—. Aquí está... Una de las ideas de la secta subraya la importancia del *egregor*, la mente colectiva.

Y comenzó a leer el pasaje en cuestión:

—«... el *egregor* es un concepto que ha estado presente en el pensamiento ocultista y místico desde hace más de un siglo, pero el Proyecto Pharos lo ha adoptado en un sentido mucho más moderno que procede de la legislación empresarial y mercantil contemporánea, en la cual se atribuye a las corporaciones una sola mente o una cultura corporativa, al menos en lo que se refiere a la responsabilidad y a las obligaciones de la empresa. Como todas las sectas destructivas, el Proyecto Pharos trata de reducir la conciencia individual y

de potenciar la idea de una única mente grupal. Para ello, los miembros del proyecto son sometidos a un sistema de programación psicológica que se prolonga durante largos períodos, además de tener que seguir una rutina diaria enormemente estructurada, sometida a una jerarquía y a una disciplina férrea. Un elemento para fomentar ese sentido corporativo es el uso exclusivo del inglés como lengua de comunicación, recurso que el Proyecto Pharos ha tomado de las grandes corporaciones alemanas, que llevan a cabo todas las reuniones de los cuadros directivos en ese idioma, aun cuando todos los participantes sea nativos de lengua alemana. Otro elemento de la cultura de carácter corporativo de Pharos es la obligación que tienen todos sus adeptos de llevar uniforme. Pero dadas las restricciones que las leyes federales imponen al uso de tal prenda por parte de los grupos políticos o parapolíticos, ellos han empleado el sencillo recurso de obligar a todos sus miembros a llevar trajes idénticos de ejecutivo: de color gris claro para la tropa, gris oscuro para los consolidadores y negro para los altos cargos de la organización. Ello evita cualquier problema con las regulaciones federales y aporta un cierto grado de anonimato, pues los trajes suministrados no difieren significativamente de la indumentaria normal de los ejecutivos...».

Cerró el informe y solicitó:

—Werner, ¿quieres hablar con Astrid Bremer y preguntarle si nos puede pasar los datos detallados de esa fibra de color gris que encontró en casa de Müller-Voigt? Ella me dijo que se trataba de una fibra muy insólita porque es totalmente sintética. Apuesto a que el Proyecto Pharos adquiere a peso sus uniformes a algún mayorista del sector textil. Anna, engatusa a tu contacto en la oficina del fiscal del Estado y dile que necesitamos una orden limitada de allanamiento para requisar un par de chaquetas del Proyecto Pharos y someterlas a un estudio comparativo.

Se calló en seco y miró a Nicola Brüggemann.

—Adelante —lo animó ella sin un ápice de antagonismo—. Es tu departamento.

—Gracias —dijo Fabel, pero frunció el entrecejo, como quien trata de recordar dónde ha dejado las llaves del coche—. Esa mujer que me encontré en los muelles... llevaba un traje de color gris oscuro.

—¡Por Dios, Jan, eso ya es muy rebuscado! —exclamó Brüggemann—. Un traje es solo un traje.

—Quizá sí. Pero estoy convencido de que esa mujer era un consolidador. Ahora empieza a encajar todo: los crímenes del Asesino de la Red están vinculados con el Proyecto Pharos. Pero no acierto a comprender por qué. —Recogió su chaqueta del respaldo de la silla—. Lo dejo todo en tus manos, Nicola. He de salir.

—¿A dónde vas?



—Voy a hacer un viajecito al faro del mar del Norte.

## Capítulo veintisiete

Susanne aún estaba en el Instituto de Medicina Legal cuando Fabel la llamó desde el coche, mientras se dirigía —una vez más— hacia Altes Land y Stade. Esta vez, en lugar de cruzar la ciudad, tomó una carretera que discurría junto al río, aunque el agua quedaba oculta por el ondulante terraplén que él veía deslizarse a su derecha. A la izquierda, la tierra estaba parcelada en campos largos y angostos de color verde oscuro o dorado deslucido; cada uno de ellos, delimitado por ese tipo de talud de césped llamado *knick* del que Müller-Voigt le había hablado. El conjunto tenía todo el aspecto de una colcha de retales multicolores, impecablemente planchada y totalmente lisa salvo por la ondulación del terraplén.

Tardó algo más de una hora en llegar al edificio Pharos. Un poco antes, paró en la cuneta y se bajó del coche para admirarlo de lejos. La luz empezaba a decaer y el cielo nublado lo agrisaba todo, pero el comisario comprobó que el senador no había exagerado: el Pharos era realmente una pieza arquitectónica extraordinaria. Pegado al nuevo edificio, había un faro antiguo de cuatro o cinco pisos de altura; el tipo de faro tradicional del mar del Norte alemán: no precisamente esbelto, pero macizo, achaparrado y cuadrado, provisto de una gran galería iluminada, de estructura entrecruzada de hierro. Obviamente, había sido remodelado a fondo y tenía un aspecto rutilante, casi como si acabaran de construirlo y no llevara allí, plantado en aquel paraje, más de un siglo y medio.

Pero fue el edificio principal, adosado al faro original, lo que realmente impresionó a Fabel. Estaba compuesto de tres secciones, que casi parecían módulos. La primera, sobre cuyo flanco se apoyaba el faro, era un bloque de dos pisos. La intención había sido, evidentemente, preservar la vista del faro original desde cualquier punto. Esta sección se extendía unos cincuenta metros hacia el borde del agua; la segunda, un bloque de cinco pisos con la forma de un inmenso paralelogramo (un romboedro, recordó de golpe Fabel de las matemáticas de bachillerato) prolongaba el Pharos hacia el agua y se proyectaba sobre ella. Esta

sección quedaba perfilada por un armazón de vigas reforzadas de hormigón, aunque los lados del edificio eran todos de cristal. La tercera sección era, en realidad, una extensión de la planta superior que se proyectaba aún más sobre el Elba, sostenida por dos hileras de columnas enclavadas en el lecho del río. Desde el tejado de ese nivel suspendido, una fina aguja de láser de color azul claro, ya visible en el crepúsculo, se internaba entre las nubes del cielo: la luz del Pharos.

Aquello, pensó Fabel, era más que un edificio. Era una declaración de principios; una afirmación contundente de poder y riqueza. Para tratarse de un supuesto grupo medioambiental, le pareció que era una agresiva declaración del dominio humano sobre la naturaleza, una declaración no exenta de cierto tono amenazador.

Seguó conduciendo por la estrecha carretera costera hasta alcanzar la entrada de la vía de acceso que llevaba al Pharos. Todavía era más imponente visto de cerca. El módulo inferior estaba revestido de materiales naturales: madera clara, cristal y grandes bloques de piedra. Abandonó la carretera y enfíló la vía de acceso. Tras un breve trecho, llegó a una verja cerrada. Había una pequeña garita al otro lado de la valla, pero tuvo que tocar la bocina para que saliera alguien. No le sorprendió comprobar que el joven de pelo rubio cortado al rape que emergió de la garita vistiera traje gris, camisa blanca y corbata de un gris más oscuro. El joven permaneció tras la valla de grueso alambre, mirándolo con aire impasible, pero sin hacer el menor gesto de abrirle la verja.

El comisario se bajó del coche. Calculó que la altura de la valla, que se extendía todo alrededor, era de unos tres metros y lo bastante sólida como para mantener a raya a cualquiera, salvo a un intruso muy osado.

—Me gustaría hablar con Herr Wiegand. —Le mostró su identificación. El hombre de la verja continuó callado e impasible—. Ahora... —dijo con más énfasis.

—No se permite el paso a nadie sin una cita. —La voz del portero sonaba tan fría e inexpressiva como Fabel había previsto—. No permitimos que nadie acceda al Pharos a menos que su visita haya sido concertada por anticipado.

—Yo no necesito ninguna cita. Soy la policía. —Fabel advirtió que el portero tenía un auricular Bluetooth en el oído.

—Entonces, o necesita una cita o una orden judicial.

—Creo que no lo entiende. Estoy aquí por invitación personal de Herr Wiegand, su director general.

El hombre siguió mirándolo fijamente. Lo que le pasara por la mente no llegaba a la superficie.

Tras un lapso que pareció prolongarse una eternidad, el joven portero rompió su silencio.

—Espere aquí.

Se alejó unos metros dándole la espalda a Fabel. Este supuso que el tipo se

estaba comunicando con el edificio. Al cabo de un rato, volvió y abrió la verja.

—Deje su coche aquí —indicó—. No permitimos la circulación de vehículos a partir de este punto.

Fabel se encogió de hombros, cerró el coche con el mando a distancia y entró en el complejo. El portero lo guio hacia la entrada principal del Pharos, donde lo estaba esperando otro escolta de aire hosco, también con un auricular en el oído. El comisario observó el edificio de cerca: tenía un aspecto amenazador. No por casualidad usaba el Proyecto Pharos los símbolos y el lenguaje del mundo corporativo internacional: aquel edificio aspiraba a rebasar con su tamaño todo lo meramente humano. Tal como la sede central de cualquier empresa multinacional, había sido construido para encarnar y glorificar lo corporativo y reducir al mínimo lo individual. Era el mismo recurso que habían utilizado los arquitectos medievales de catedrales: se suponía que la magnitud representaba a Dios, pero, en realidad, se trataba de exteriorizar el poder de la Iglesia, la gran corporación multinacional de la Edad Media.

El comisario jefe siguió a su guía hasta un enorme atrio donde mantenían una iluminación de poca intensidad con la intención, supuso, de destacar la atracción principal: un círculo de haces de luz de tonos cambiantes se elevaba hacia lo alto, enfocando lo que le pareció una especie de medusa gigante, translúcida y preciosa, con un núcleo central rojo y un cerco de tentáculos transparentes suspendidos en el aire. Era una proyección holográfica verdaderamente lograda que plasmaba la medusa en tres dimensiones, haciendo que palpitara y cambiara de color. Pero lo que más le sorprendió fue su propia reacción: durante una fracción de segundo le había parecido increíblemente real, aunque enseguida, de modo instintivo, comprendió que se trataba de un artificio.

El edificio también era impresionante por dentro. Mientras cruzaban vestíbulos y corredores, y subían en ascensor a la planta superior, Fabel no perdió de vista en ningún momento el paisaje circundante. En cualquier punto, incluso en el ascensor, había siempre una perspectiva despejada a través del cristal. Observó que todo el mundo llevaba el mismo tipo de traje de color gris, aunque algunas personas, por ejemplo su acompañante, lucían un tejido de tono levemente más oscuro. Pasaron junto a una serie de habitaciones, de paredes de cristal, que no parecían distintas de cualquier oficina corriente. Pese a que su guía mantenía deliberadamente un paso enérgico, Fabel procuró observar todo cuanto pudo. En cada oficina había docenas de mesas con terminales informáticas, aunque de un diseño que él nunca había visto: los monitores eran increíblemente planos, y la gente trabajaba con teclados que debían de estar reducidos a la mínima expresión, porque él no llegaba a verlos. Al pasar junto a una oficina más pequeña cuya terminal quedaba más cerca de la pared de cristal, comprendió por qué. Los dedos de la mujer de traje gris sentada frente a la pantalla se movían por un teclado virtual: la luz era proyectada sobre el tablero

de la mesa.

Recordó haber leído algún artículo sobre lo extraordinariamente tóxicos que resultaban para el entorno los metales pesados de los componentes del *hardware* electrónico. Para tratarse de un grupo de presión medioambiental, pensó, el Proyecto Pharos mostraba una gran pasión por ese tipo de juguetes. La otra cosa que le llamó la atención mientras recorría el edificio era lo mucho que se parecía a una oficina de trabajo: los hombres y las mujeres que veía circular de aquí para allá no tenían aspecto de miembros de una secta o de acólitos místicos, sino de empleados de un banco internacional.

Peter Wiegand lo estaba esperando en su oficina; aunque el comisario tuvo que hacer un esfuerzo para aplicar la palabra «oficina» a un espacio tan inmenso como aquel. Wiegand dirigía la empresa desde la última estancia de la planta superior proyectada sobre el río. Este despacho abarcaba toda la anchura del edificio y su longitud era aún mucho mayor. Las tres paredes de cristal ofrecían una vista diáfana en cualquier dirección. Era en esta zona donde el Elba empezaba a ensancharse para desembocar en el mar, y el agua era el elemento que dominaba la vista. Fabel vio que también había un gran rectángulo de cristal en el suelo, a través del cual vio el agua oscura y ondulante a sus pies. Con toda intención, caminó bordeando el rectángulo.

—Por favor, Herr Fabel —dijo Wiegand, saliendo de detrás de un escritorio que ponía en ridículo el de Van Heiden—. No se inquiete. Este cristal reforzado es más resistente que el propio hormigón. Se puede andar sobre él con toda confianza.

Le estrechó la mano y le indicó una silla.

—Hay que reconocer que es una... —dijo Fabel, buscando la palabra indicada—... una pieza muy interesante la que tienen en recepción. El holograma, quiero decir. Es precioso, aunque se trate de una elección un tanto extraña. ¿Fue por la historia submarina de Dominik Korn por lo que escogió una medusa?

—No la escogí yo. Fue idea del señor Korn. Simboliza casi todo aquello en lo que consiste el Proyecto Pharos.

—¿Ah, sí?

—El medio es el mensaje, Herr Fabel. Dominik eligió un holograma para reflejar la naturaleza holográfica del universo, que está compuesto de bits de información. Y, por supuesto, esa es la gran filosofía de Dominik que prácticamente todo puede convertirse en información y ser transferido. Almacenado.

—No sabía que el universo fuese holográfico. —Fabel no logró disimular un deje desdeñoso.

—Entonces no está al corriente de los últimos descubrimientos de la física cuántica. No le estoy soltando ninguna monserga de misticismo New Age, si es

eso lo que cree. Hablo de los últimos avances en la teoría de cuerdas.

—Y ese es su argumento clave de ventas, ¿no? La inmortalidad digital.

Wiegand no permitió que su sonrisa flaqueara, y replicó:

—Permítame que le haga una pregunta: ¿cree usted en la inmortalidad?

—No. Todo muere. Es simplemente una ley de la naturaleza, del universo. Ya sé que usted cree que podemos vivir eternamente en un ordenador central, pero eso no es vida. Ni siquiera puede llamarse existencia, porque no sería real y porque no sería usted; no la experimentaría usted mismo. La inmortalidad es imposible. Todo acaba muriendo.

—De nuevo, Herr Fabel, no hace usted más que demostrar su ignorancia. La inmortalidad sí existe. Existe aquí y ahora en su mundo real. La imagen holográfica del atrio es de una *Turritopsis nutricula*. Es preciosa, sí, pero la proyección del atrio es miles de veces mayor que la criatura real. En la realidad, ese organismo tiene solo cuatro o cinco milímetros. Pero ¿sabe por qué *mister* Korn escogió la *Turritopsis nutricula* como símbolo?

—Tengo la impresión de que va usted a contármelo.

—Porque es, verdaderamente, realmente inmortal. La única criatura viviente del planeta que es inmortal.

—¿Cómo es posible? —preguntó Fabel, intrigado a su pesar.

—Las medusas nacen, maduran y se aparean. Normalmente, tan pronto como se han apareado, mueren. Pero la medusa inmortal, como se conoce también la *Turritopsis nutricula*, no muere. Pasa un proceso llamado transdiferenciación, en el cual transforma literalmente la estructura de sus células. Y el resultado de la transformación es que esas células vuelven a adoptar su estado juvenil. El organismo se salta la senectud y engaña a la muerte convirtiéndose otra vez en un pólipo. Luego madura, se aparea, pasa la transdiferenciación y vuelve a convertirse en un pólipo. Y puede seguir ese ciclo indefinidamente. Así pues, la inmortalidad existe, Herr Fabel. Y el holograma del atrio representa la combinación de la digitalización y la inmortalidad. Posee asimismo un mensaje medioambiental: la *Turritopsis nutricula* fue descubierta en su día únicamente en el Caribe, pero ha sido transportada a todo el mundo en los tanques de lastre de los barcos. Nuestras actividades han provocado una explosión demográfica de esa criatura. Una explosión demográfica de una criatura que crece y se multiplica, pero nunca muere.

—¿Sabe una cosa, Herr Wiegand? Tengo entendido que es usted la segunda persona más poderosa de esta organización, y estoy seguro de que la mayor parte de sus miembros se tragan todas estas chorradas de la cibervida eterna, sobre todo porque les lavan el cerebro para que las crean. Pero... ¿usted? No sé por qué, pero dudo mucho que se crea una sola palabra. Me parece que todo esto es un modo de controlar a la gente y de generar riqueza. Qué otra cosa anda tramando es lo que me interesa en especial. Usted oculta algo.

Wiegand le dedicó su sonrisa de multimillonario: una sonrisa afable, pero ligeramente condescendiente.

—Habrà visto que usamos el cristal ampliamente en nuestros edificios —dijo—. Lo hacemos por dos motivos. Primero, porque reduce nuestra dependencia de la luz y la calefacción artificial. Todas nuestras ventanas son de vidrios solares y el tejado es básicamente un gigantesco panel solar. Y el segundo motivo es que el cristal transmite a nuestros miembros y a los visitantes como usted que el Proyecto Pharos es, absolutamente, transparente. No tenemos nada que ocultar, Herr Fabel. Nada.

—Tal vez esa es la impresión desde aquí dentro cuando se mira al exterior. Pero no estoy tan seguro de que los grandes ventanales sirvan de mucho a quienes están fuera y los consideran herméticos y manipuladores; a quienes piensan que explotan ustedes a sus miembros e intimidan a cualquiera que se atreva a criticarlos.

—Me alegro de que aceptara mi invitación, Herr comisario en jefe. —Hizo oídos sordos a las palabras de Fabel—. Tal vez lo encuentre una experiencia instructiva y descubra que no hay nada malévolo ni sectario en el Proyecto Pharos. Aunque habría preferido que llamara con anticipación, como le pedí. Suelo ser un hombre muy ocupado, y debido a mis deberes como vicepresidente de la corporación Korn-Pharos, mis visitas al Pharos América de Maine y mi participación en varios programas medioambientales de todo el mundo, raramente estoy aquí.

—Pero ha pasado aquí la mayor parte de su tiempo en los últimos meses, Herr Wiegand. Debe de tener alguna preocupación especial que lo retiene en este momento.

—¿Preocupación especial? No, y yo no diría eso. Ah... ¿se refiere a la cumbre «Hamburgo, problemas globales»? Desde luego, eso me ha quitado mucho tiempo.

—No, no me refería a eso. Pensaba que acaso tendría que ver más bien con Meliha Yazar.

—¿Quién? ¡Ah, sí! Ya me la mencionó. Alguien con quien, supuestamente, tenía relación el pobre Berthold. No, me temo que no entiendo su pregunta. No conozco a ninguna Meliha Yazar.

—Permítame que le refresque la memoria. Era la mujer que sorteó sus medidas de seguridad y realizó un descubrimiento alarmante sobre el Proyecto Pharos. Tan alarmante que podría ser muy perjudicial para usted. Tal vez personalmente.

El vicepresidente de Pharos se arrellanó en la silla y observó al detective, sonriendo. Ya no era la sonrisa afable de vendedor que Fabel había contemplado otras veces en el multimillonario. Era una sonrisa mucho más oscura. Maligna.

—Debo reconocer, Herr Fabel, que ha escogido un buen sitio para una

excursión de pesca. —Señaló vagamente el río.

—¿Reconoce que le obsesiona la seguridad de un modo casi paranoico? Vamos, hasta en las cárceles del estado de Hamburgo hay guardias más relajados que el tipo que tiene apostado en la verja. Lo cual indica que hay algo que usted no quiere que conozca el mundo exterior. Todas las personas que el proyecto recluta no solo sufren un lavado de cerebro, sino que son investigadas. Pero Meliha Yazar sorteó de algún modo su sistema de seguridad, y llegó al corazón mismo de su gran secreto, ¿no es así?

—Ya he dejado perfectamente claro que no tengo ni idea de quién me está hablando. Y no hay ningún «gran secreto» aquí. Por supuesto, hemos de tener en cuenta la seguridad. Hay muchas personas e instituciones que albergan graves prejuicios contra nosotros. Hay que decir que la BfV es una de esas instituciones. Mire: usted puede acusarnos de malvados y chiflados, de ser una secta malévola, pero lo cierto es que el mundo se encamina hacia un cataclismo. El Proyecto Pharos es objeto de todo tipo de rumores, sospechas e investigaciones y, en cambio, nadie somete a un escrutinio semejante a las empresas que siguen buscando nuevas reservas de petróleo para sangrar y contaminar el planeta, y para envenenar a los demás mientras ellos se enriquecen. No veo que la BfV dedique el mismo tiempo y los mismos efectivos a investigar las multinacionales que permiten que se tale y se queme una hectárea tras otra de selva tropical para proporcionar pastos al ganado y para que un obeso adolescente de Minnesota pueda atiborrarse de hamburguesas baratas.

—¿Para eso trabaja con los Guardianes de Gaia? ¿O son más bien ellos los que trabajan para el Proyecto Pharos? Me llama la atención que se hayan organizado ustedes casi como un estado. Y todos los estados tienen un ala militar. Un ejército. ¿Es ese el trato con los Guardianes?

Otra sonrisa; más fría que la anterior.

—Herr Fabel, no debería ser yo quien haya de señalarle qué ocurre hoy en el mundo. Las creencias políticas defendidas con tanta pasión en el pasado ya no son eficaces. Las fuerzas que controlan nuestras vidas ya no son políticas; son corporativas. Los estados nacionales no detentan el poder como antes. Son las compañías multinacionales, los estados corporativos los que modelan las vidas de cada hombre, mujer o niño de este planeta. El Proyecto Pharos es una idea original de Dominik Korn, quien, ante todo, es un hombre de negocios clarividente y genial. Nosotros hemos adoptado la misma forma que nuestros enemigos, las corporaciones globales. Nuestra lucha tiene lugar en comités y salas de juntas, pero en ningún otro campo de batalla. *Mister Korn* es, además, un pacifista, como lo soy yo y todos los integrantes del proyecto. Así que no: si los Guardianes de Gaia están implicados en actos violentos, por más que nosotros comprendamos los motivos, condenamos tales actos. No hay lugar para la violencia en nuestra filosofía. Todo lo que representamos está orientado a



terminar con ella: con la violencia ejercida sobre nuestro ecosistema.

—Si eso es cierto, no tendrá objeción en hacerme un pequeño favor. ¿Podría pedirle al caballero que me ha escoltado hasta aquí que vuelva a entrar un momento?

Wiegand suspiró, como consintiendo a un niño, y aceptó:

—Como guste. —Pulsó un botón y pronunció unas palabras en inglés. El joven que había acompañado a Fabel desde el vestíbulo hasta la oficina del vicepresidente entró de nuevo.

—Entiendo que tiene usted un almacén lleno de trajes como este —dijo Fabel—. Quiero decir, es evidente que se los facilitan a sus miembros...

—Así es, en efecto. Nos ocupamos de todas las necesidades materiales de nuestros miembros.

—Entonces, ¿podría reemplazar la chaqueta de este caballero si yo le pidiese que me la diera?

—¿Para qué demonios quiere su chaqueta? Puedo hacerle traer de nuestros almacenes una que no esté usada.

—Deme ese gusto, Herr Wiegand. Quiero asegurarme de que la chaqueta que me llevo es justamente de la clase que luce este caballero. —Se volvió hacia él, que aguardaba junto a la puerta—. ¿Acierto si doy por supuesto que trabaja usted en la Oficina de Consolidación y Objetivos?

El consolidador no respondió, pero miró a su superior para saber qué debía hacer.

—Haga el favor de darle su chaqueta al comisario en jefe. ¿Para qué la necesita, Herr Fabel?

—Me gustaría comparar el tejido de la chaqueta con una fibra que encontramos en la escena del crimen de Müller-Voigt.

—¡Ah, vaya! —Alzó una mano para detener al consolidador, que ya se había quitado la chaqueta y estaba a punto de entregársela a Fabel—. En ese caso, si media algún tipo de acusación, debería obtener tal vez una orden judicial.

—¿Es necesaria una orden? ¿Me está diciendo que se niega a colaborar?

Wiegand no dijo nada de momento; luego le hizo una seña al consolidador, quien le dio a Fabel la chaqueta.

—Veo que sospecha que algún miembro del Proyecto Pharos está implicado en el asesinato de Berthold Müller-Voigt —dijo Wiegand cuando el consolidador se hubo retirado—. Obviamente, la idea resulta del todo irrisoria, pero si es así debería habérmelo dicho antes. Puedo asegurarle que el proyecto colaborará sin reservas con la policía en cualquier investigación. Debo añadir que es imposible que uno de nuestros miembros intervenga en nada semejante. Tenemos consejeros y mentores en el seno de nuestra comunidad que identificarían a cualquier persona con inclinaciones violentas o antisociales.

—No se me habría pasado por la cabeza que incitaran ustedes a ninguna

forma de acción individual. Me da más bien la impresión de que el proyecto prefiere verse a sí mismo funcionando como un *egregor*, es decir, como una mente colectiva.

—¿Y por qué el Proyecto Pharos habría de tener el deseo colectivo de causarle daño a Berthold Müller-Voigt?

El número dos de Pharos mantenía la calma. Si Fabel estaba logrando irritarlo, él no pensaba exteriorizarlo.

—Quizá cundió la sospecha de que Meliha Yazar le había explicado lo que había descubierto sobre el proyecto. O quizá se trata de algo tan importante que cualquiera que pudiera estar al corriente corre peligro.

—Eso es pura fantasía. Un ejemplo típico, debo añadir, de la clase de acusaciones fabricadas que las autoridades alemanas creen poder lanzar contra nosotros con toda impunidad. Pero debo advertirle, Herr Fabel, que si repite usted estas acusaciones fuera de este despacho será mejor que esté en condiciones de respaldarlas ante un tribunal.

—Esa es precisamente mi intención, Herr Wiegand.

El vicepresidente se levantó para indicar que la conversación había concluido. Fabel permaneció sentado.

—Hay otro asunto del que me gustaría hablar. —El comisario dobló con todo cuidado la chaqueta del consolidador sobre su regazo, pasando los dedos por el tejido. Estaba seguro de que era del mismo tipo que Astrid le había descrito: carecía de elasticidad y tenía el tacto del nylon—. Como sin duda sabrá, estamos trabajando en el caso de cuatro jóvenes asesinadas por alguien a quien habían conocido en Internet.

—El caso del Asesino de la Red. Sí, estoy enterado.

—Bueno, hace varias noches, se me acercó una mujer vestida con un traje de este mismo estilo... —Señaló la chaqueta—. Y me facilitó una falsa identidad. De hecho, la identidad de la siguiente víctima del Asesino de la Red. Pero me la facilitó antes de que encontráramos el cuerpo. Lo interesante del caso es que el cadáver, cuando apareció posteriormente, presentaba signos de haber sido mantenido cierto tiempo en una cámara frigorífica.

—¿Y?

—Nada..., salvo que todo esto me hace pensar que el cuerpo fue mantenido a baja temperatura el tiempo suficiente para que alguien se me pudiera acercar usando el nombre de la víctima, y también para despistarnos sobre el momento de su muerte. Como si fuera importante que creyéramos que esa muerte se había producido más tarde de lo que realmente se produjo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Wiegand con cansancio.

—He reflexionado mucho sobre ello. Y creo entender lo que significa. Creo que me indica lo que Meliha Yazar descubrió.

—¿Que es...?

—Mejor que lo dejemos para otra ocasión. —Fabel se puso de pie—. Gracias por su tiempo, Herr Wiegand. Espero con impaciencia nuestra próxima charla. —Recorrió la oficina con la vista: las paredes de cristal y la masa de agua, apenas iluminada, que los rodeaba—. La próxima será en mi oficina, me parece.

Ya había oscurecido del todo cuando Fabel enfíló de nuevo la angosta carretera hacia Stade. No circulaba ningún coche, ni vislumbró faros en el retrovisor. De todas formas, pensó, Wiegand sabía muy bien por dónde había llegado y qué camino tomaría para volver a la ciudad. Por ello, no le hacía falta seguirlo hasta que alcanzara la red principal de carreteras.

Jan Fabel era un hombre al que le gustaba hacer lo correcto en cada situación y atenerse estrictamente a las normas. Ahora le pesaba en la conciencia la sensación de haber hecho algo que jamás habría permitido a uno de sus agentes: exponerse deliberadamente al peligro. Había llegado a la conclusión de que jamás podría presentar una acusación sólida contra una organización tan sofisticada, tan preparada y sobrada de recursos como el Proyecto Pharos. Tenía que sacarlos de su escondrijo. Tenía que provocar a Wiegand. Cuando este le había dicho durante la conversación que parecía que hubiese salido de pesca, había acertado; aunque él mismo era el cebo. El comisario había insinuado que él poseía la misma información que había causado la perdición de Meliha Yazar y provocado que fuese secuestrada y, muy probablemente, asesinada. A Müller-Voigt, por la simple sospecha de que pudiera poseer dicha información, le habían hecho papilla el cráneo. Ahora creerían que Fabel lo sabía todo. Y siendo como era alguien que podía perjudicarlos mucho más que Yazar o el senador, sin duda irían tras él.

A decir verdad, empezaba a creer que sí sabía lo que Meliha había descubierto. Cómo podría llegar a demostrarlo ya era harina de otro costal.

Cuando ya estaba acercándose a Stade, le sonó el móvil.

—¿Comisario en jefe Fabel? —Una voz masculina. Grave, demasiado grave y vagamente robótica; interrumpida por roncás y profundas inspiraciones. Fabel comprendió que estaba distorsionada por medios electrónicos.

—¿Quién es?

—Llámemme el Klabautermann; parece lo más apropiado.

—¿Bromea? —Fabel soltó una risotada—. ¿Pretende que lo llame el Klabautermann? Deduzco que ha leído demasiados cómics. ¿O cómo los llaman ahora? ¡Ah, sí! «Novelas gráficas». Bueno, usted sabe que está hablando con un agente de policía, así que le sugiero que no me haga perder más tiempo...

—Espere... —El tono amenazador de la voz electrónicamente distorsionada se disipó de golpe. La persona que había detrás se había puesto nerviosa—. Tiene que escucharme...

—Deje de imitar a Darth Vader y quizá podamos hablar.

Hubo un silencio. Después sonó un clic en la línea.

—¿Quién es? —preguntó Fabel.

—No puedo decírselo. —Ahora la voz resultaba más natural. Una voz masculina, pero estridente e interrumpida por algunos resoplidos.

«Un tipo obeso», dedujo Fabel.

—Entonces no puedo hablar con usted.

—Me matarán —dijo su interlocutor, y algo en su tono indujo al comisario a creerle.

—¿Quién?

—Los mismos que mataron a Meliha Yazar. Lo sé todo sobre Meliha Yazar. Sobre Müller-Voigt. Sobre Daniel Föttinger.

Fabel paró el coche en la cuneta y encendió las luces de emergencia. Sacó el móvil de su horquilla y apagó el altavoz.

—¿Qué es lo que sabe?

—No puedo contárselo aún. Seguramente, están escuchando ahora mismo. Al obligarme a apagar el distorsionador de voz, les va a resultar más fácil localizarme. Aunque ellos la habrían decodificado de todos modos. Son capaces de cualquier cosa con la tecnología. Recuérdelo, Fabel. No utilice tecnología.

—¿Dónde está Meliha Yazar? —inquirió Fabel con energía—. ¿Qué le sucedió?

—Eso usted ya lo sabe. Lo que debe preocuparle más bien es por qué le sucedió. Yo tengo algo que ellos están buscando. Algo que Meliha dejó para que yo lo encontrase. Y moriré por haberlo encontrado. Darán conmigo, Fabel. Darán conmigo y me matarán. También lo matarán a usted y a cualquiera que ellos crean que lo sabe.

—¿Saber..., saber qué? Escuche, si realmente cree que su vida corre peligro, dígame dónde está. Le daremos protección.

Sonó un resoplido al otro lado de la línea.

—No haga promesas que no puede cumplir. —Se calló—. Me volveré a poner en contacto más adelante. He de encontrar un modo de contactar con usted sin que ellos intercepten la comunicación. ¿Entiende?

Tras un instante, Fabel respondió, ceñudo:

—Sí. Lo entiendo.

El teléfono enmudeció.

## Capítulo veintiocho

Fabel ya sabía que no iba a encontrar una calurosa acogida. Había llamado para concertar una cita con Tanja Ulmen, la primera de las supuestas víctimas de Daniel Föttinger, y ella le había preguntado si no podían hablar por teléfono. Ahora era una mujer felizmente casada y con hijos; vivía en Bad Bramstedt, una pequeña población situada entre Hamburgo y Kiel. Su familia no sabía nada del incidente con Daniel Föttinger cuando ella era aún una estudiante. Pero aquello formaba parte de una investigación por asesinato, le había dicho Fabel, de manera que la conversación no podía desarrollarse por teléfono. La verdad era que a él le molestaba todo cuanto pudiera impedirle captar directamente las reacciones de las personas interrogadas. Tanja Ulmen accedió a regañadientes a verlo cuando saliera del trabajo. Era maestra de una escuela de secundaria, le dijo. Él se había quedado un tanto perplejo cuando Ulmen insistió en que fuese acompañado de una mujer policía.

Fabel y Anna tardaron cuarenta minutos en llegar a Bad Bramstedt y otros diez en encontrar el área de descanso de la autopista 207, al oeste de la población. En el trayecto, Anna había notado que su jefe miraba el retrovisor más de lo normal.

—¿Está ahí otra vez? —preguntó—. El cuatro por cuatro, digo.

—No. Me ha parecido que quizá..., pero no. A lo mejor me estoy volviendo paranoico en la vejez.

—Si de verdad cree que lo siguen, sobre todo después de todos esos líos con correos electrónicos y mensajes misteriosamente desaparecidos, yo creo que deberíamos hacer una visita a Seamark International y obtener algunas respuestas.

—Quizá no tenga mayor importancia. Podría ser una coincidencia, o a lo mejor he tomado dos o tres coches distintos por el mismo. Quiero estar bien seguro antes de enseñar nuestras cartas. En todo caso, ahora no está. —Se quedó un momento en silencio; luego añadió con tono vacilante—. Hay otra cosa, Anna.

Quiero decir, aparte de los mensajes de texto y demás. Anoche recibí una llamada, una llamada anónima de alguien que dice saberlo todo sobre qué les sucedió a Meliha Yazar y a Müller-Voigt.

—¿Y usted lo cree? —La voz de Anna sonó incrédula—. O sea, después de todo lo que ha pasado, ¿no le parece que podría tratarse de la misma gente que ha estado jugando con usted?

—Yo también lo he pensado. Pero no sé... Había algo peculiar en esa llamada. El tipo me dijo que lo encontrarían y lo matarían, y creo que hablaba en serio. Quizá es un exmiembro de la secta o tiene alguna relación con ellos.

—Entonces, ¿está convencido de que es el Proyecto Pharos el que está detrás de todo esto?

—Más aún, Anna. Empiezo a hacerme una idea de lo que ha ocurrido realmente. Mira, ahí viene...

Era el único coche, aparte del suyo, en toda el área de descanso: un Citroën anticuado. La zona quedaba resguardada de la carretera por una densa barrera de árboles y, al otro lado, había un trecho de bosque muy frondoso. Frau Ulmen se había empeñado en quedar allí: fuera del pueblo, pero lo bastante cerca para poder volver a casa sin levantar sospechas.

—Les he dicho a los niños que tenía unas compras que hacer y que estaré de vuelta en una hora —dijo sin rodeos, a modo de saludo, al subirse al asiento trasero del coche de Fabel—. ¿Dijo que quería hablar conmigo de Daniel Föttinger?

Según el informe, Tanja Ulmen tenía unos treinta y cinco años. El cansancio que se le evidenciaba en el rostro habría dificultado adivinar su edad a simple vista. Era rubia, pero llevaba el cabello desgredado, todo amontonado en lo alto y sujeto con un pasador que recordaba un arco celta; vestía ropa holgada y vagamente bohemia. En conjunto, tenía toda la pinta de una profesora de arte excéntrica, aunque Fabel había leído que la materia que enseñaba era informática.

—Sí, Frau Ulmen —dijo el comisario—. Nos gustaría hablar con usted de Daniel Föttinger. ¿Sabe que ha muerto?

—Sí. Lo leí en los periódicos.

—Entonces, ¿está enterada de cómo murió?

—Sí. De un modo muy doloroso. Y yo me alegré. Espero que tardara mucho en morir.

—Tardó, me temo. No se me ocurre una manera peor de irse.

—¿De modo que viene a acusarme de tener algo que ver con su muerte? —Ulmen lo miró con una expresión hosca, desafiante. A Fabel le pareció que aquella mujer deseaba de veras sentirse bien por la muerte de Föttinger, pero que no lo conseguía.

—No, Frau Ulmen. Le he pedido que habláramos porque estoy intentando

hacerme una idea más clara de Föttinger. Quería preguntarle qué sucedió entre ustedes.

—No sucedió nada entre nosotros. El hijo de puta me violó.

—¿Y por qué no llevé a término la acusación? —preguntó Anna—. ¿Sabe que él siguió actuando y que cometió al menos otra supuesta violación?

—Su padre me pagó una «compensación», como él dijo. Pero antes de que piense que, sencillamente, me compraron, debe saber que el viejo Föttinger se cuidó de enseñar el palo, además de la zanahoria. Los Föttinger eran una familia asquerosamente rica y muy bien relacionada. Él me dejó claro que las cosas me irían mal, muy mal, si yo seguía adelante. Eran como dos gotas de agua, el padre y el hijo.

—¿Qué quiere decir exactamente? —inquirió Anna.

—Ambos creían que podían conseguir lo que quisieran, cuando ellos quisieran. A los dos les tenía sin cuidado la gente.

—Por favor, Frau Ulmen —rogó Fabel—, me sería de gran ayuda que pudiera explicarme qué sucedió con Föttinger.

—Daniel me pidió que saliéramos juntos cuando los dos éramos estudiantes en Hamburgo. Él estudiaba filosofía...

—¿Filosofía? —exclamó Fabel, muy sorprendido—. Yo había supuesto que había estudiado una carrera científica o tecnológica.

—Quizá lo hizo posteriormente, pero entonces estudiaba filosofía. Y ponía un gran interés. El caso es que me pidió que saliera con él. Era guapo y encantador, pero había algo en él que me daba repelús. Así que le dije que no. Él no pudo entenderlo. Sencillamente, no le cabía en la cabeza que alguien le negara lo que deseaba; no era computable para él. A eso me refiero cuando digo que él y el padre eran iguales; ninguno de los dos era capaz de comprender que el universo no giraba alrededor de ellos.

—¿Así que no aceptó el «no» por respuesta? —preguntó Anna con delicadeza.

—Yo compartía un piso con unas amigas, y él se presentó cuando habían salido. Probó de nuevo su encanto letal, pues continuaba siendo incapaz de creer que alguien se le resistiera. Y cuando no le funcionó, probó un enfoque más directo: me puso un cuchillo en la garganta.

—Comprendo que esto es muy difícil para usted... —dijo Anna.

—No, no lo es. Fue hace mucho, y yo, de algún modo, he conseguido que parezca como si le hubiera sucedido a otra persona..., he conseguido convertirlo en una historia, en vez de que forme parte de la realidad. Fue mi forma de afrontarlo y funcionó. Dicen que todas las células de tu cuerpo son reemplazadas cada siete años más o menos. Por tanto, me digo que lo sucedido no le ocurrió a este cuerpo, a la persona que ahora soy. Pero nunca he dejado de odiarlo, ni de despreciarlo por su arrogancia.

—Lo que iba a preguntarle es cómo se portó él. —Anna se disgustó consigo misma por su torpeza—. Quiero decir, las cosas que el agresor hace o dice, los detalles superfluos, pueden revelarnos mucho sobre su estado mental.

—Él se limitó a mantener el cuchillo en mi garganta. No actuó con violencia, por lo demás. Como no dejó de especificar su padre, y yo no tenía ningún golpe que mostrar a la policía, ni el menor signo de que hubiera luchado para defender mi virtud, según dijo el viejo hijo de puta. —Ulmen contempló un momento por la ventanilla el verde intenso del bosque—. Aunque parezca raro, y sé que suena muy raro, yo no creo que Daniel creyera ni por un segundo que estaba haciendo algo malo. He pensado mucho en ello a lo largo de los años, siempre tal como he dicho: imaginando que era un suceso que lees en el periódico y que le ha pasado a otra... Así resulta más fácil ser objetiva. En fin, cuando recuerdo cómo se portó, me da la sensación de que era como si él no fuese del todo consciente de que yo estaba allí. Ya saben, la teoría de la mente o de la simulación, o como la llamen los psicólogos. Yo creo que ambos, el padre y el hijo, eran sociópatas de algún tipo. No lo digo por despecho; de veras lo creo así. Pienso sinceramente que Daniel Föttinger no acababa de comprender que yo tenía una conciencia independiente capaz de dar o negar su consentimiento.

—O sea..., ¿como si usted no estuviera presente? —insinuó Fabel.

Tanja Ulmen lo miró a los ojos y, animándose por primera vez en toda la conversación, afirmó:

—Sí. Exactamente así. Como si yo no estuviera presente.

En el camino de vuelta a Hamburgo, Fabel le preguntó a Anna la dirección del restaurante turco que frecuentaban Meliha Yazar y Müller-Voigt.

—¿Puedes llamarlos y preguntar si ese camarero ha vuelto de vacaciones? —le pidió—. Y si ha vuelto, pregunta también si podemos pasarnos ahora para hablar con él.

Anna telefoneó y le confirmó a su jefe que el camarero los estaría esperando.

—¿Ya ha visto el informe que ha enviado ese tal Tramberger, el tipo de la «brigada de desastres»? —preguntó Anna—. Ha llegado esta mañana.

—Ah, ¿lo del «Elba Virtual», dices? No, no he podido leerlo.

—Pues debería. Según su modelo, y afirma que lo ha aplicado varias veces, el torso fue arrojado a tres kilómetros corriente arriba, pero justo en mitad del río, en el canal profundo.

—¿Desde un bote?

—Eso parece. Dice que habríamos de pedirle al patólogo que mire si había signos de que le hubieran puesto pesos para que se hundiera. Él cree que lo arrojaron allí porque es la parte más honda a esa altura del Elba. Por esa zona



navegan pocos buques grandes, más bien lanchas, y hay pocas probabilidades de que un cadáver sea arrastrado a la superficie. La intención, según dice, era que el torso se quedara en el fondo del río y no volviera a aparecer jamás. Tiene lógica, Jan. Yo creo que la cabeza y los miembros están esparcidos también por el fondo. Quien la arrojó al río no quería que fuese identificada.

El Palacio Otomano era mucho menos imponente de lo que indicaba su nombre, pero tenía cierto estilo. Nada de clichés ni carteles turísticos de Turquía decorando las paredes. Era un restaurante sencillo, con algunos detalles (como el vistoso tapiz kilim de la pared) que aludían a la cultura originaria de su cocina. Mientras esperaban a Osman, el camarero que había atendido habitualmente a Müller-Voigt y a su pareja, Fabel echó un buen vistazo al restaurante. No era el tipo de local que frecuentaba el senador. La elección, prescindiendo de si la había hecho Meliha o él, obedecía en gran parte a la discreción.

Un hombre bajito de unos veinticinco años, de pelo rubio rojizo, salió sonriendo ampliamente de la cocina. Se presentó y le dijo al comisario que haría con gusto todo lo posible para ayudarlo. Osman era una de esas personas cuya exuberante amabilidad, por mucho que trataras de ignorarla, resultaba contagiosa.

—Tenía acento de Estambul —explicó el camarero cuando Fabel le preguntó qué recordaba de Meliha—. Parecía una mujer con estudios y yo saqué la idea de que era bastante rica. Llevaba ropa cara. Era muy guapa.

—Sin embargo, cuando vinimos la otra vez, el dueño dijo que parecía que no le gustara hablar de sí misma.

—Sin duda. Como es natural, cuando un cliente me habla en un turco tan perfecto, yo le pregunto de dónde es. En cuanto se lo pregunté a ella, tuve la sensación de haber metido la pata. Es curioso lo que pasa con los clientes. A veces hay que cambiar de tema deprisa. Lo último que deseas es que se sientan incómodos —dijo con mucha convicción.

—¿Y ella se mostró especialmente susceptible en lo referente al lugar de donde procedía?

—Saqué esa idea. Cuando se lo pregunté, me dijo que era de Silivri, en la costa, cerca de Estambul. Pero las persianas se bajaron de golpe, no sé si me entiende. Así que yo, como digo, cambié de tema rápidamente.

—¿Parecían felices?

—Mucho. Sobre todo él. Formaban una bonita pareja. Se les veía muy bien a los dos juntos, no sé si me entiende. Había mucha diferencia de edad, claro, pero parecían completamente colados el uno por el otro.

—¿Mantuvieron contacto con otras personas? ¿Trajeron alguna vez amigos o invitados al restaurante?

—No. Venían siempre solos. Ni siquiera recuerdo que otros clientes los saludaran. Aquella era su mesa habitual... —Señaló una mesa situada al fondo del restaurante, la última de todas. Lo cual confirmaba la teoría de Fabel de que el restaurante había sido escogido porque ofrecía un completo anonimato: nadie tenía que pasar junto a aquella mesa para salir del local o entrar en el baño. Meliha y Müller-Voigt solo habían tenido que soportar las amables interrupciones del camarero.

—Quiero que lo piense muy bien, Osman —dijo Fabel—. ¿Recuerda algo de ellos, algún detalle que le pareciera fuera de lo común?

El hombre se concentró como Fabel le había pedido. Tras unos instantes, dijo:

—No, lo siento mucho. Nada en particular. Eran simplemente una pareja feliz que parecía muy unida. Me llevé un gran disgusto cuando supe lo de Herr Müller-Voigt. Realmente, me gustaría poder ayudarlo más...

—Gracias, Osman. Ha sido muy amable. —Fabel sonrió. Se daba cuenta de que el joven camarero había hecho todo lo posible para tratar de recordar algún detalle útil. Se despidieron del dueño y se dirigieron hacia la puerta.

—Me sorprendió que ella no viniera más a menudo —dijo Osman cuando ya salían—. Vivía tan cerca...

Anna y Fabel se quedaron paralizados en el umbral. Ambos retrocedieron, dejando que la puerta se cerrara a su espalda.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó Fabel, sintiendo que una corriente eléctrica le hormigueaba en la nuca.

—Bueno..., sí. Me parece. Salvo que fuese de visita. Pero a mí me pareció que vivía allí.

—¿Qué quiere decir?

—Hay un bloque de apartamentos a tres manzanas. Yo pasaba un día (mi primo vive en el bloque siguiente), y vi a Frau Yazar entrando en el portal con una bolsa de comestibles.

—Póngase la chaqueta, por favor —le pidió Fabel al camarero, y sostuvo la puerta abierta mientras lo esperaba.

No hicieron falta más que quince minutos de charla con los vecinos para averiguar que Meliha Yazar vivía en el tercer piso del edificio. Era un bloque moderno y, como había dicho Osman, quedaba solo a tres manzanas del Palacio Otomano.

En cuanto estuvo claro que habían encontrado el sitio, Fabel mandó de vuelta al restaurante al joven camarero, que sonreía satisfecho al ver que había aportado algo de importancia. El comisario jefe se había encargado de disipar los temores que sentía Osman de que Meliha tuviera problemas con la policía.

—En absoluto —le había dicho en tono tranquilizador—. Lo que nosotros

pretendemos es ayudar a Frau Yazar. Usted la ha ayudado mucho, téngalo por seguro.

Osman se había ido a trabajar muy contento.

Aunque enseguida salió a la luz que Meliha Yazar no era Meliha Yazar.

—Usted se refiere a Frau Kebir —dijo la joven madre que abrió la puerta contigua del tercer piso, con un crío pegado a las faldas—. Hace mucho que no la veo. Quizá un mes. Viaja mucho. Por su trabajo, supongo. Quizá viaja también a Turquía.

—¿Sabe a qué se dedica? —preguntó Anna.

—No, no podría decirle.

—¿Y no ha entrado nadie en el apartamento durante un mes?

—Yo no he dicho eso. Ella no viene desde hace un mes, pero le estaban haciendo unas reparaciones en el apartamento. Hará como tres semanas, después de que ella se hubiera ido, vino una cuadrilla de operarios. Pero estaba todo en orden, porque ella me pasó una nota por debajo de la puerta un par de días antes, precisamente para avisarme.

—¡Ajá...! —exclamó Fabel—. ¿Le dejó Frau Ya..., digo Frau Kebir..., le dejó alguna llave, por casualidad?

—¡Ah, no! —La joven madre cogió en brazos al crío, que no paraba de moverse—. Era muy callada. Muy reservada.

El comisario le dio las gracias y la mujer volvió a entrar en su casa.

—¿Sabes una cosa, Anna? —masculló Fabel cuando se quedaron solos ante la puerta del apartamento—. Tampoco son tan buenos como los presentan.

—¿Quiénes?

—Los del Proyecto Pharos. Yo he creído durante todo este tiempo que ellos habían borrado cualquier rastro de Meliha Yazar. Pero no fueron ellos. La dirección falsa que Meliha le dio a Müller-Voigt, su falso apellido (una astuta jugada, debo reconocerlo: mantienes tu nombre de pila por si te tropiezas en público con un viejo conocido), todo era obra de ella misma. Ella no quería dejar ningún rastro de Meliha Yazar.

—¿Una especie de estafa? ¿Quiere decir que estaba metida en algo de ese estilo?

Fabel meneó la cabeza y aclaró:

—No, nada de eso. Más bien, en una misión secreta.

Anna contempló un momento la puerta de aspecto recio.

—¿Quiere que solicite una orden judicial urgente para entrar? —preguntó.

Fabel, por toda respuesta, le dio una patada a la puerta. Tuvo que asestarle otro patadón para que se astillara la madera alrededor del cerrojo y acabara cediendo.

—Tenemos motivos para creer que la ocupante de esta casa se encuentra en peligro —dijo—. No nos hace falta una orden.

La puerta daba a un largo pasillo. Estaba todo reluciente e inmaculado. Al fondo, había un gran póster enmarcado desde el cual un hombre apuesto de mediana edad le devolvió a Fabel la mirada con unos penetrantes ojos claros. El hombre llevaba un traje anticuado y metía los pulgares en los bolsillos del chaleco. Había una increíble determinación en sus ojos, uno de los cuales se veía ligeramente caído a causa (Fabel lo sabía de antemano) de una herida de metralla de la Primera Guerra Mundial.

—Es su apartamento, no hay duda —dijo señalando el póster.

—¿Quién es ese? —preguntó Anna.

—Su ídolo: Mustafa Kemal Atatürk, el padre de la Turquía moderna. Meliha Yazar (o Kebir, o como se llamara de verdad) estaba buscando un nuevo Atatürk. Un «Atatürk del ecologismo», me dijo Müller-Voigt. ¡Vamos! Echemos un vistazo.

Revisaron una habitación tras otra. El piso estaba lleno de libros en turco, alemán e inglés: clásicos literarios, tratados sobre el medio ambiente, libros de texto de geología y ecología... Fabel entró en el dormitorio. La cama estaba hecha y reinaba un orden perfecto, como en el resto del apartamento. Un orden absolutamente perfecto.

—Era ordenada, eso he de reconocérselo —murmuró Anna, que se había quedado detrás del comisario.

—Demasiado —comentó este, examinando los tres libros de bolsillo que reposaban en la mesita de noche—. Lo han repasado todo. Hasta el último rincón. Cada detalle. Yo diría que primero lo fotografiaron todo y luego, cuando lo hubieron registrado, lo volvieron a colocar. Un trabajo impecable, no se puede negar.

—¿Los operarios de los que ha hablado la vecina?

En vez de responder, Fabel barajó lentamente los libros de bolsillo como si fuesen naipes: una edición inglesa de *Mil novecientos ochenta y cuatro* de George Orwell; una edición alemana de *El juez y su verdugo* de Friedrich Dürrenmatt, y un ejemplar, también en inglés, de *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson. Volvió a repasarlos uno a uno. Había algo significativo en esa combinación de libros, pero no se le ocurría qué era. Salió del dormitorio, con los libros en las manos. Cuando terminaron de recorrer el piso, llegó el equipo forense.

—¿Has tocado algo más, aparte de esto? —le preguntó Holger Brauner, señalando los libros que sostenía.

—No vas a encontrar nada aquí, Holger —advirtió Fabel—. Echa un vistazo. ¿Qué ves de raro?

Brauner recorrió la habitación con la vista y luego se dio la vuelta hacia el comisario, encogiéndose de hombros.

—Ni idea..., aparte de que está todo increíblemente ordenado.

—Se nos han adelantado —dijo Fabel—. Auténticos profesionales. Han

limpiado cualquier rastro.

—Ojalá le dieran un repaso a mi apartamento —dijo Anna—. No le vendría mal una buena limpieza.

—Pero eso no es lo único raro. Tú también, Anna. ¿No notas nada extraño?

Los dos volvieron a recorrer la habitación con la vista. Anna arrugó el entrecejo un momento y, finalmente, se le iluminó la cara.

—¿Lo mismo que con la última víctima del Asesino de la Red?

—Exacto —asintió Fabel. Brauner lo miró con perplejidad—. Ningún ordenador... Ni ordenador, ni teléfono móvil, ni cargadores, ni lápices de memoria. Ni siquiera una calculadora electrónica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brauner—, ¿que el Asesino de la Red también ha estado aquí?

—Te puedo garantizar que no fue el Asesino de la Red en ninguno de los dos casos, Holger. De eso estoy seguro. No fue él quien revisó este piso de arriba abajo, ni tampoco quien se llevó el ordenador y el teléfono móvil de Julia Henning. Fue alguien que no quería que averiguásemos quién era el Asesino de la Red y qué había ocurrido con él.

—Ahora me ha despistado también a mí —intervino Anna.

—Todo a su debido tiempo —dijo Fabel—. Entretanto, ¿quieres encargarte de hacer aquí el seguimiento, Anna? Yo tengo que volver al Präsidium. He de hablar con Fabian Menke sobre...

Lo interrumpió el timbre de su móvil.

—Hola, Jan, soy Werner. No vas a creerlo... Hemos encontrado otro cuerpo en el agua. La Policía del Puerto acaba de notificarnos que han pescado un cadáver en el río, en la boca del muelle de Peutehafen. Lo han trasladado a Butenfeld. —Werner usaba el nombre abreviado con el que se conocía entre la policía la morgue del Instituto de Medicina Legal, a donde se trasladaban las víctimas de las muertes repentinas o sospechosas.

—Voy ahora mismo —respondió Fabel.

## Capítulo veintinueve

Fabel, Nicola Brüggemann y Werner Meyer bajaron la vista y contemplaron sin decir palabra el cuerpo que el celador había llevado a la sala de la morgue sobre una camilla con ruedas. Vista desde fuera, la actitud de los tres podía tomarse como una muestra de respeto: un momento de silencio y recogimiento. En realidad, estaban llevando a cabo lo que habían aprendido a hacer como agentes de policía: uno debía tomarse unos momentos para mirar, observar y evaluar; para acercarse con la mente despejada a la muerte de un ser humano.

El cuerpo que yacía en la camilla mortuoria era flaco y pálido; las costillas se le marcaban sobre la lívida piel y los brazos tenían un aspecto esquelético. A pesar de la barba incipiente del mentón, el muerto parecía más un chico que un hombre. Se le apreciaban cuatro orificios, ya sin sangre, en el cráneo: dos por encima del nacimiento del pelo y dos por debajo, perforándole la amplia frente. Fabel observó que la piel alrededor de estos dos últimos orificios presentaba un moteado oscuro: las quemaduras de un disparo a bocajarro. Y pensó: « Debía de estar de rodillas cuando lo mataron. Seguramente, suplicando por su vida » .

Había una herida más grande y mucho más fea por debajo del maxilar, en el punto por donde había salido una de las balas. En el pecho izquierdo llevaba un tatuaje verde oscuro, algo así como un pequeño lazo invertido.

—Son, al parecer, los restos mortales de un tal Harald Jaburg —informó Werner haciendo una mueca, como si acabara de probar algo amargo—. Hemos encontrado su documento de identidad en el bolsillo de los vaqueros. Desempleado. Veintiocho años.

—Creía que sería más joven —comentó Fabel, abstraído—. ¿Has visto, Nicola? Nuestro número de casos parece crecer exponencialmente. A este paso vamos a necesitar refuerzos.

—Tiene un tatuaje en el pecho —replicó ella—. Justo encima del corazón. Un símbolo.

—Sí, ya lo veo —dijo Fabel—. Parece como una gamma griega minúscula.

—Giró los brazos del cadáver para examinar la parte interior de los antebrazos—. No hay marcas de pinchazos.

—A mí no me parece un estudiante de Clásicas —terció Werner.

—No... —añadió Fabel—. A mí tampoco. ¿Tenemos su dirección?

—Billbrook Ya se encargan unos agentes —informó Werner—. Por Dios, Jan, como sigamos así, tendremos que alquilar un bote de pesca para rastrear el Elba y sacar todos los fiambres del agua.

—No nos darían el visto bueno —intervino Brüggemann—. Creo que ya hemos excedido nuestra subvención comunitaria.

—A mí me lo vas a contar —dijo Fabel—. Werner, ya sé que estás a tope de trabajo, y he tenido que dejar a Anna en el apartamento de Meliha Yazar, pero me gustaría que tú y Henkos ocuparaís también de esto. Introduce su nombre en la base de datos y habla con la división del crimen organizado. Esto parece un asunto de drogas, pero él no era un adicto por lo que veo. Pregúntales si conocen alguna banda que utilice el símbolo gamma como distintivo.

—De acuerdo, Jan. Aunque, para mí, aun tiene menos pinta de gánster que de estudiante de Clásicas.

—Tal vez era un matón de poca monta —aventuró Brüggemann—. Un sospechoso de haberse chivado o de estafar a la banda. Pero es cierto, estoy de acuerdo: no tiene la pinta.

El celador de la morgue reapareció con una recia bolsa de plástico transparente y la dejó sin contemplaciones sobre el pecho del muerto.

—Han pedido las ropas ¿no? —les espetó—. Las han guardado en esta bolsa para los forenses. Están mojadas. Como no vengán pronto y las saquen de la bolsa, se van a llenar de moho.

—Qué tipo tan alegre —dijo Werner con sarcasmo cuando el celador volvió a dejarlos solos—. Debe de ser el trabajo lo que lo vuelve tan optimista.

Fabel leyó en voz alta la lista adosada a la bolsa:

—«Sudadera negra u oscura con capucha; vaqueros negros o gris oscuro; camiseta verde oscura; muñequera de cuero claveteado en la muñeca derecha; reloj de pulsera con correa ancha de cuero en la muñeca izquierda; cadena para el cuello de aleación metálica, con símbolo colgante...». —Fabel sacudió y ladeó la bolsa transparente. Había una cantidad considerable de agua aceitosa atrapada entre las ropas, pero consiguió encontrar la cadena. Tal como sospechaba, el colgante también tenía la forma de una gamma griega—. «Calcetines de color rojo oscuro; botas de motorista de cuero negro; billetera de cuero con documento de identidad, veinticinco euros en billetes y otros quince en monedas, y calzoncillos bóxer blancos».

—Curioso —dijo Brüggemann—. Yo habría dicho que los llevaba de tipo eslip.

Fabel no respondió. Abrió su cuaderno y retrocedió un par de páginas.

Cuando encontró lo que buscaba, se inclinó sobre el cadáver y le tendió el cuaderno abierto a Werner, que se puso muy serio al leer las notas de su jefe.

—No... —dijo Werner, devolviéndole el cuaderno—. ¿No creerás...? —Señaló el cadáver que yacía entre ambos.

—Sus ropas encajan con toda exactitud con la descripción del conductor de la moto.

—Es una indumentaria muy corriente, *Chef*.

—¿Estáis hablando del caso del coche incendiado? —preguntó Brüggemann.

—Hemos de averiguar el momento de la muerte de este tipo —instó Fabel—. Apuesto a que se produjo después del ataque de Schanzenviertel.

—¿Todavía quieres que contacte con la división del crimen organizado? —preguntó Werner.

—Sí. Podría tratarse de otra cosa. Pero hay una línea de investigación que quiero seguir personalmente...

Esta vez no le cabía la menor duda. Ya al dejar atrás el bloque de apartamentos de Meliha Yazar le había parecido que un gran Tiguan Volkswagen salía de detrás de una furgoneta aparcada y se sumaba al tráfico, a cuatro o cinco coches de distancia. Luego lo había perdido de vista y ya no había vuelto a detectar ni rastro de él mientras se dirigía a la morgue de Butenfeld, en Eppendorf. Al abandonar la morgue, sin embargo, había vuelto a verlo, de nuevo manteniendo una distancia de cuatro o cinco coches. A veces daba la impresión de que al Volkswagen no le hacía falta tenerlo siempre a la vista. En un par de ocasiones, cuando el cuatro por cuatro se había quedado rezagado tras una esquina, Fabel había salido bruscamente de la avenida y tomado otra ruta..., solo para volver a divisarlo a su espalda tras unas cuantas manzanas.

Aun así, siguió adelante hacia su destino: los muelles. Ahora había mucho menos tráfico y al Volkswagen le resultaba difícil camuflarse entre los demás vehículos. Estaba solamente a dos coches de distancia. Fabel llamó al Präsidium con el teléfono móvil. Le contestó Anna Wolff, que ya había vuelto del apartamento de Meliha Yazar.

—Tengo una noticia buena y otra mala, Anna. La buena es que no me estoy volviendo paranoico con la edad.

—¿El coche que lo seguía? ¿Está seguro?

—Esta vez sin duda. Acabo de pasar frente al Fischmarkt. ¿Puedes llamar al centro de operaciones y pedir que sitúen un coche sin distintivos en el cruce de Grosse Elbstrasse y Kaistrasse? Es un lugar bastante tranquilo para obligarlos a parar y mantener una charla.

—Ahora mismo. Pero yo también voy para allá —le contestó su ayudante, y colgó antes de que él pudiera responder. Fabel siguió hacia el oeste. De nuevo, no



había ni rastro del Volkswagen a su espalda. Habían tenido que parar en un semáforo y, obviamente, habían aprovechado para aumentar un poco la distancia que los separaba del coche del comisario.

Ya estaba en Sankt Pauli Hafenstrasse cuando volvió a verlos, tres o cuatro vehículos más atrás. Esos tipos eran buenos. O contaban con ayuda. El comisario jefe empezaba a preguntarse qué podrían haberle adosado a su coche durante la visita guiada por el edificio Pharos.

Anna lo llamó al móvil:

—Los agentes uniformados están en posición.

—Bien. Mi amiguito aún me sigue. Estoy en Hafenstrasse... Diles a los agentes que se preparen para interceptarlo.

—De acuerdo. Llegaré en un par de minutos.

Fabel colgó y echó un vistazo al retrovisor. Solo había un coche entre él y el voluminoso Volkswagen. Le pareció distinguir la silueta de dos hombres a través del vidrio tintado.

«Vamos a hacerlo más interesante», se dijo entre dientes. Vio a la izquierda un estrecho pasaje adoquinado que salía de la avenida principal y conducía al otro lado de los edificios que flanqueaban el río, prácticamente hasta el borde del agua. Era un acceso que el tráfico normal no utilizaba. El carril contrario estaba despejado de tráfico, así que viró a la izquierda sin avisar y frenó en seco en una plaza de aparcamiento junto a la orilla del río. El coche que iba detrás pasó de largo, no sin que el conductor le reprochara con un bocinazo que no hubiera puesto el intermitente. Fabel observó que el Volkswagen pasaba también a toda velocidad frente al pasaje: o bien el conductor creía que ya no podía hacer un brusco viraje o bien pretendía demostrarle que no lo estaba siguiendo.

Fabel llamó a Anna:

—El Tiguan acaba de adelantarme. No le he dejado alternativa. Dile a la unidad de uniformados que se dirige hacia su posición y que lo intercepten. Yo iré detrás. Si ha parado o dado media vuelta, te avisaré.

Había empezado a girarse en el asiento para salir marcha atrás hacia la avenida principal cuando vio que un cuatro por cuatro se lanzaba a gran velocidad hacia él. Apenas tuvo tiempo de registrar esa primera impresión porque el vehículo embistió contra la parte trasera del BMW, y él se vio lanzado violentamente hacia delante, aunque el mecanismo retráctil del cinturón lo retuvo con un doloroso tirón.

—¡Hijo de puta! —gritó mirando el retrovisor. Pisó a fondo el freno y se soltó el cinturón. Trató de comprender lo sucedido. No estaba seguro, pero le pareció que el cuatro por cuatro era de otra marca. No era el mismo que lo había estado siguiendo. ¿Dos vehículos?

Al menos, eso facilitaba las cosas en un sentido: podía detener al conductor por conducción imprudente, o bajo la sospecha de conducir borracho. Se giró y

vio que el cuatro por cuatro daba marcha atrás. Sonó un desagradable chirrido metálico al separarse los dos vehículos y luego un tintineo: alguna pieza de la parte trasera del BMW debía de haber caído sobre los adoquines del muelle. Ahora comprobó que no era el Volkswagen: este era un Land Rover.

Acababa de agarrar la manija de la puerta cuando el cuatro por cuatro embistió de nuevo contra la parte trasera de su coche. Esta vez se vio lanzado hacia delante sin la retención del cinturón de seguridad y se dio con el volante un golpe brutal en el pecho, que le vació los pulmones de aire. Jadeó, prácticamente sin resuello, sintiendo la necesidad urgente de oxígeno. Entre sus desesperados jadeos, sacó torpemente la automática reglamentaria de su funda. Otro impacto. La SIG-Sauer se le escapó de los temblorosos dedos y se le cayó al suelo. Se giró de nuevo en el asiento: el Land Rover volvía a dar marcha atrás rápidamente. Fabel se sentía mareado por la falta de oxígeno, y el pecho le dolía a cada inspiración. Buscó el móvil. Vio en el retrovisor el chasis enorme del cuatro por cuatro abalanzándose sobre él y embistiendo de nuevo al BMW. Pero esta vez el impacto fue distinto: el motor del Land Rover aulló enloquecido cuando el conductor pisó a fondo el acelerador.

Fabel comprendió lo que estaba pasando: el muy hijo de puta pretendía sacarlo del muelle y empujarlo hasta el río.

Instintivamente, pisó el freno. Una maniobra inútil, advirtió en el acto, así que metió la marcha atrás de un manotazo y arremetió contra el cuatro por cuatro. Era un combate desigual, y sus neumáticos, rechinando y sacando humo, fueron resbalando impotentes por los adoquines.

Tenía que bajar. Tenía que bajarse antes de que el BMW cayera por el borde. Pero él estaba en el lado malo del coche, en el lado del agua. Miró desesperado la rejilla del Land Rover, que llenaba totalmente el espejo retrovisor. Que llenaba todo su universo. Había decidido arriesgarse a saltar cuando sintió una repentina ingravidez y comprendió que su coche había rebasado el borde del muelle.

Hubo otro impacto, esta vez el del coche contra la superficie del agua, y Fabel se vio arrojado de un lado para otro en el recinto metálico del vehículo. Todo se volvió oscuro; por un instante, creyó que se había desmayado. Entonces, mientras el interior del coche se llenaba de agua fría, aceitosa y oscura, comprendió que se estaba hundiendo en el fondo del río Elba.

## Capítulo treinta

Había averiguado su nombre con asombrosa facilidad. Sortear el código cifrado apenas le había costado. En menos de medio día, Roman consiguió decodificar y transferir toda la información.

Meliha Yazar.

La mujer que había visto en el café se llamaba Meliha Yazar. Sintió una profunda tristeza al pensar que esa mujer tan bella ya estaría muerta. También lo estaría él muy pronto.

Ya no la odiaba por haber dejado el móvil para que él se lo llevara. Con ese acto (que ahora no le parecía aleatorio como al principio, pues quizá ella lo había visto tal como era: había reconocido algo en él), la mujer le había hecho un gran regalo, pues había descubierto sobre sí mismo una cosa que ignoraba: que era valiente. Siempre se había considerado un cobarde, pero ahora era consciente de que no le daba miedo morir. Ellos lo matarían, pero él se encargaría antes de que la información que poseía, la que ella le había confiado con ese sencillo acto en el café, llegara al agente de policía Fabel y a otras personas. Había comprendido que enviar la información por correo electrónico no funcionaría. Estaba al corriente de los sofisticados conocimientos y los recursos técnicos de aquella gente. Admiraba algunos de sus trabajos. Eran realmente creativos.

Pero también, peligrosos. Lo primero que harían en cuanto lo encontraran sería borrar todo el tráfico de su correo y eliminar su presencia en los blogs. Es decir, silenciar su voz electrónica.

Tampoco ignoraba que no podía depositar tan solo su confianza en Fabel, porque lo más probable era que pronto también estuviera muerto. Roman y Fabel representaban el cerco exterior de la telaraña por la que se había propagado la información. El círculo que había que cerrar para que no trascendiera.

Pero eso era únicamente en el mundo real. Y Roman no solo existía en el mundo real. Él conocía lo que había de verdad y de falso en la fantasía de esa gente sobre la vida eterna digital. Existía, pero no podías alcanzarla si no

aceptabas la muerte total del ego. Una sombra de realidad desprovista de alma. Lo conocía, porque había pasado allí gran parte de su joven vida.

Terminó de decodificar los archivos. Ahí estaba: había descubierto el gran secreto sobre el Proyecto Pharos que ellos no podían permitir que se supiera. Debían de haber estado muy locos para creer que podrían ocultarle al mundo algo semejante. Pero, por otro lado, la Gran Mentira era siempre la más duradera, la más fácil de sostener.

En cuanto acabó de convertir los archivos a los formatos que él quería, Roman recorrió el apartamento, abriendo las cortinas. Tuvo que forcejear con un par de ventanas abatibles, pero consiguió abrirlas para ventilar un poco el ambiente.

Luego salió.

Hacía sol. El primer día realmente soleado del año. La calle Wilhelmsburg le parecía llena de bullicio en comparación con el silencio de su piso. Pensó que los albaneses que vivían debajo no eran tan ruidosos, en realidad. Él se había mostrado intolerante con ellos porque, sencillamente, no conseguía aislarse por completo de la humanidad y del mundo real. A lo largo de la historia, estaba bien enterado de ello, había habido gente exactamente igual que él: los monjes medievales que escogían la austeridad de una celda monacal y la realidad virtual de la religión, o los antiguos filósofos que se encerraban en una cueva o en un tonel, y disertaban sobre la condición humana de la que se habían desvinculado.

Tardó mucho tiempo en llegar al centro, pero estaba decidido a ir caminando. Lo cual significaba que debía apoyarse de vez en cuando en una pared para recobrar el aliento; también se sentaba en algún banco municipal, siempre que se presentaba la ocasión, o bien —una de las veces— sobre la tapa de un cubo de basura.

Notaba cómo lo miraba la gente. Pero le daba igual. Tenía una misión que cumplir, un objetivo que —por una vez en la vida— no se relacionaba exclusivamente con él. Fue a la oficina de correos, compró cinco sobres acolchados e introdujo un lápiz de memoria y una nota manuscrita en cada uno. Se detuvo un momento antes de soltar los sobres y dejar que se deslizaran por la rampa; se detuvo y pensó en Meliha, la mujer del café, la mujer que estaba detrás de la verdad. Confió en que la joven, de algún modo, en algún lugar, supiera lo que estaba haciendo por ella.

Al salir de la oficina de correos, fue a un cajero automático y sacó quinientos euros; dobló los billetes pulcramente y los metió en un sexto sobre. De regreso a su casa, entró en dos cajeros más, usando cada vez una tarjeta distinta y sacando cada vez quinientos euros. Cuando llegó al portal de su casa, resollaba y sudaba profusamente. Se apoyó en la pared y alzó la vista al cielo. Muy arriba, el destello de un jet iba dejando una estela de vapor, como una aguja dando puntadas blancas en un paño de seda azul. «Nunca hay una única realidad»,

pensó mientras observaba el avión y se preguntaba qué verían de Wilhelmsburg los pasajeros desde aquella altura. Hay tantas realidades como personas en el planeta: la realidad es lo que hay en la cabeza de cada una de ellas.

«Cuando me maten —se dijo—, mi realidad llegará a su fin, pero yo no percibiré cómo se extingue. Del mismo modo que carecía de conciencia antes de mi nacimiento, no tendré conciencia después de mi muerte, así que el tiempo solo existe cuando lo percibo. El tiempo empezó conmigo y terminará conmigo. Soy inmortal».

Cuando se recobró lo suficiente, entró en el edificio e inició el lento y doloroso ascenso por la escalera. Su respiración se había vuelto sumamente trabajosa al llegar a la puerta del apartamento situado debajo del suyo. Cuando el albanés abrió y lo reconoció, el rostro se le ensombreció de rabia. Enseguida advirtió, sin embargo, el estado en que Roman se encontraba, y la rabia cedió su lugar a la inquietud.

—¿Se encuentra bien? No tiene buen aspecto...

—Jetmir... —farfulló Roman entre sus sibilantes jadeos—. Es así como se llama usted..., ¿verdad?

El albanés asintió y salió a ayudarlo. Roman casi se echó a reír: Jetmir era un hombre menudo y enjuto, y quedaría aplastado si se desplomaba sobre él.

—Entre. Usted no está bien. Quizá llamo al médico.

—Nada de médicos, Jetmir. Perdóneme. Era yo el que llamaba a la policía. Usted ya lo sabía, pero se lo digo igualmente; era yo y le pido perdón. —Le puso al albanés en las manos el sobre con los quinientos euros—. Tome. Quiero que se lo quede. Sé que gana muy poco.

El albanés miró fijamente el dinero.

—¿Por qué? —preguntó, aunque no hizo amago de devolverlo.

—Porque yo he sido un mal vecino. Y porque quiero que me haga un favor. Es un pago por adelantado. —Roman hizo una pausa. Un dolor empezaba a recorrerle el pecho y el brazo derecho. Agarró al albanés por la camisa y lo atrajo hacia sí. Con la otra mano, le dio un segundo sobre—. Esto es para la policía —dijo—. Es muy importante que lo reciban. Hay unos hombres malos que van a venir, Jetmir. Vienen a por mí.

—Entonces llamo a la policía ahora...

—¡No! —gritó Roman, y sujetó con más fuerza al albanés—. No. Podría ser peligroso para usted y su familia. Escuche. Si me pasa algo, tiene que darle este sobre a la policía. Pero solo a un policía que se llama Fabel. Jan Fabel. Su nombre está escrito en el sobre. ¿Ha entendido? No se lo dé a nadie más.

El albanés asintió enérgicamente.

—Espere aquí. Voy a buscar un poco de agua.

Tuvieron que pasar quince minutos para que se aplacara el dolor y para que Roman, dando lentos sorbos de agua, recuperase en parte el aliento. Mientras

permanecían sentados en la escalera, el albanés y él estuvieron charlando. Charlaron de cosas intrascendentes: del hogar que Jetmir había dejado en Albania, de sus hijos, de que actualmente casi parecían alemanes... Pero la expresión preocupada no desapareció del rostro de Jetmir durante todo el rato. Roman recordaba que el hombre había tratado de congeniar con él cuando la familia se había instalado, que todos habían hecho un esfuerzo para granjearse su amistad. Se sentía mal al pensar en ello. Eran personas, al fin y al cabo; no solo una molestia, o un engorro en la periferia de su existencia.

—No se preocupe por mí —dijo Roman, levantándose lenta y dolorosamente—. Todo saldrá bien. No olvide su promesa.

—No la olvidaré. Ahora somos buenos vecinos. Usted es mi *fqinj*, mi vecino. Nos cuidaremos el uno al otro.

El albanés ayudó a Roman a subir el resto de la escalera hasta su puerta.

—Ya está bien. Gracias por su ayuda, Jetmir. —Roman abrió la puerta, sonrió y aguardó en el umbral mientras el hombre bajaba de nuevo. No entró en su apartamento hasta que oyó cómo se cerraba la puerta en el piso de abajo.

Roman echó un vistazo alrededor. No dejaba de ser un lugar agradable si lo hubiera mantenido limpio y ordenado. Ahora se arrepentía de eso; se arrepentía de un montón de cosas. Permaneció apoyado contra la puerta, todavía jadeando.

Había tres de ellos en el apartamento. Nadie dijo una palabra. Todos vestían trajes grises idénticos y llevaban auriculares Bluetooth en los oídos, como si los tuvieran incrustados allí. Uno de ellos estaba sentado frente a los ordenadores de Roman; el otro tenía el móvil de Meliha en la mano, y el tercero permaneció de pie frente a Roman, mirándolo fijamente sin expresión.

Él sabía de antemano que se los encontraría allí. Antes de salir a hacer sus gestiones, había vuelto a montar el móvil de Meliha, con el rastreador incluido, y lo había dejado encendido. Una señal. Un faro digital. A ellos se les daban muy bien ese tipo de metáforas, pensó.

Se echó a reír por lo absurdo que era todo mientras el consolidador que tenía delante se le aproximaba, le metía por la cabeza la gran bolsa de plástico que sostenía entre las enguantadas manos y tiraba del cordón para tensarlo.

## Capítulo treinta y uno

Fabel estaba seguro de que sería el pánico lo que lo mataría. Trató de fijar esta idea en la mente. Con el primer impacto, se había quedado sin aliento y sus pulmones estaban faltos de oxígeno. Un instinto primario gritaba en su interior que abriera la boca y respirara: que absorbiera la repugnante agua del río; que llenara sus pulmones con algo, con cualquier cosa.

La flotabilidad natural de su cuerpo lo empujaba hacia el techo de tela mientras el coche se hundía, y él se daba cuenta de que estaba siendo arrastrado a las profundidades del Elba. El muelle había sido construido originalmente como amarradero de descarga, lo cual implicaba que el agua debía ser lo bastante profunda como para acoger a un barco de gran calado. Profunda y oscura.

Ahora ya no veía nada. Este era el coche que había usado durante diez años, pero su interior se había vuelto de golpe totalmente desconocido. Un medio extraño y tóxico. Una ventanilla, le constaba, estaba abierta y le ofrecía una salida rápida. La otra seguía cerrada. Una elección bien sencilla: un lado u otro. Se impulsó hacia lo que creía que era la derecha del coche, donde no estaba el volante. Encontró el borde de la ventanilla del copiloto y se deslizó por la abertura. Ya estaba fuera. Y subiendo. Sus pulmones aullaban y le ardían en el pecho con un dolor que jamás había sentido. Veía la superficie, pero no parecía que se acercara lo más mínimo. La luz de arriba fue disminuyendo y el agua de alrededor se tornó otra vez oscura. Sintió un pánico renovado al comprender que estaba a punto de desmayarse. Iba a perder el conocimiento y ya no lo recuperaría jamás. Brazos y piernas se le volvieron de plomo y notó que se hundía de nuevo.

Todo el temor lo abandonó. Y dejó escapar el aliento contenido en una explosión de burbujas.

Inesperadamente, algo se abatió sobre su boca y le pinzó la nariz. Una mano. Había alguien con él en el agua. Un brazo se deslizó bajo una de sus axilas y en torno a su pecho. El comisario forcejeó instintivamente con la mano que le

apretaba brutalmente la boca y la nariz: la idea de que esa mano, en realidad, evitaba que aspirara el agua mugrienta del muelle no lograba abrirse paso en su mente atenazada por el pánico.

Intuía que estaban ascendiendo, pero el agua se volvió aún más oscura. Negra. Dejó de sentir los miembros, el frío del agua, el martilleo en el pecho...

Se encontró sentado de nuevo en el estudio de su padre, en Norddeich. Ya había oscurecido, y el estudio se hallaba iluminado únicamente por la lámpara de la mesa. Afuera, al otro lado del dique, sonaba el fragor de una tormenta. Mientras escuchaba el viento y la lluvia, advirtió que, sentado delante de él, se hallaba Paul Lindemann que tenía un orificio de bala en mitad de la frente, con un cerco de sangre seca y negruzca.

—¿Te duele? —le preguntó Fabel.

—Ya no.

—Lo siento.

—No fue culpa tuya. No fue culpa de nadie. Sucedió. Había llegado mi hora.

—Ahora ha llegado la mía. ¿Esto es real?

—No, no ha llegado tu hora —dijo Paul, y sonrió—. No sé si es real. ¿Te acuerdas de aquel caso que investigaste, el caso de un asesino que creía que todo era inventado, que el mundo entero, incluido él mismo, formaba parte de un cuento?

—Sí, lo recuerdo.

—Quizá tenía razón, a fin de cuentas. Quizá no exista esa cosa llamada realidad. —Paul hizo una pausa—. ¿Viste los libros?

—¿Qué libros?

—Los que ella tenía en su mesita.

—Sí, los vi.

—¿Los llevas encima? ¿Los tienes aquí, en el agua?

—No estoy en el agua. Estoy aquí.

—Estás en el agua, Jan. ¿Llevas los libros encima?

—No. Los guardó Anna. En una bolsa.

—Acuérdate de los libros. —Paul frunció el entrecejo, y la piel alrededor del orificio se le arrugó—. No te olvides de los libros.

Fabel quería responderle, pero notó que se adormecía. El estudio se tornó oscuro y el fragor de la tormenta se desvaneció.

Un dolor penetrante lo recorría de arriba abajo, hasta el último milímetro de su ser. Sonó un bramido como de olas rompiendo contra las rocas, pero mucho más rápido: uno tras otro. El dolor se incrementaba con cada rugido, y Fabel comprendió que era su propia respiración. Notaba algo sobre la nariz y la boca, y trató de agarrarlo. Una mano lo sujetó de la muñeca.



—Tranquilo. —Una voz femenina, tranquilizadora y autoritaria a la vez—. Es una máscara de oxígeno.

Intentó incorporarse, pero varias manos lo contuvieron.

—Soy Anna, *Chef*. Se pondrá bien. Está en una ambulancia. Lo estamos llevando al hospital.

La visión del comisario en jefe se aclaró: Anna y una sanitaria estaban inclinadas sobre él. Recobró totalmente el conocimiento sintiendo una especie de descarga eléctrica.

—¿Los has atrapado? —Quiso sentarse, pero se lo impidieron de nuevo. El dolor le palpitaba en la cabeza y le producía náuseas—. Me han empujado al río. Han intentado matarme. —Vio que había otra persona en la ambulancia: se hallaba sentada junto a Anna; el mojado pelo se le pegaba a la frente y una manta le cubría los hombros.

—Este es Herr Flemming, Jan —le dijo Anna—. Ha sido él quien lo ha sacado del agua. Vio que el coche caía al río y se ha lanzado al agua para salvarlo.

Fabel recordó la mano que había notado sobre la nariz y la boca, el brazo que lo había rodeado y arrastrado hacia arriba.

—¿Usted me ha salvado la vida?

El hombre se encogió de hombros bajo la manta, y murmuró:

—Estaba en el sitio y en el momento justo.

—Mucho más que eso. Ha arriesgado su vida para salvarme.

—Jan... —Fabel percibió cierta vacilación en el tono de Anna—. Herr Flemming trabaja para Seamark International.

—Pero yo creía...

—Tenía razón, Herr Fabel —dijo Flemming—. Lo seguíamos. Pero estamos en el mismo bando. Descanse ahora. También a mí me llevan al hospital. Ya hablaremos luego.

—¿Era usted quien me llamó anoche por teléfono? ¿Es usted el Klabautermann?

Flemming se echó a reír.

—Quizá haya sido hoy el Klabautermann. Pero yo no lo llamé.

Fabel se tendió del todo en la camilla. El oxígeno fue serenando su respiración. Cerró los ojos y trató de contener las náuseas que le venían una y otra vez en grandes oleadas. La ambulancia arrancó y dio una sacudida al pasar sobre algún obstáculo. El comisario se quitó la mascarilla, se giró de lado y, sacando la cabeza fuera de la camilla, vomitó. La sanitaria lo sujetó mientras no se le pasaban las arcadas; luego le preguntó si se sentía mejor y lo ayudó a tenderse de nuevo. Mientras permanecía así tumbado, notó en la muñeca los dedos de la sanitaria (debía de estar tomándole el pulso), y advirtió con sorpresa que se le cerraban los ojos. Se estaba durmiendo.

Susanne llegó al hospital de Sankt Georg media hora después de que Fabel hubiera sido ingresado. Estaba consternada y, al verla con esa cara junto a la cama, el comisario se preocupó más por ella que por sí mismo. Susanne no se movió de su lado en las horas siguientes, mientras él era sometido a repetidas exploraciones. Su expresión angustiada no se disipaba por mucho que él trataba de tranquilizarla diciéndole que estaba bien, ni siquiera aunque los médicos le explicaran que no había motivo de que preocuparse.

—No he tragado mucha agua —le aseguró Fabel—. Ese Flemming me lo ha impedido. En realidad, me ha sacado muy deprisa, Susanne. Estoy perfectamente, de verdad. —Le puso la mano en la mejilla, y sonrió. Ella le cubrió la mano con la suya.

—Han tratado de matarte, Jan —dijo con incredulidad—. Esos maníacos creen de verdad que pueden matar a un mando de la policía y salirse con la suya.

—La verdad, por lo que yo sé, es que se están saliendo con la suya. No disponemos de ningún dato que relacione al vehículo que me ha embestido con el Proyecto Pharos o con los Guardianes de Gaia. Ni con nadie, a decir verdad. Podrían argumentar que no ha sido más que un ataque vandálico al azar. No lo sé. Pero los atrapemos, no sufras, Susanne. Los atrapemos.

Anna Wolff entró inesperadamente en la habitación; advirtió que Susanne tenía la mano de Fabel entre las suyas y, momentáneamente, dio la impresión de que se sentía incómoda.

—No te preocupes, Anna —dijo Susanne. A Fabel le pareció detectar un rictus gélido en su sonrisa. Ella se levantó, se inclinó y le dio un beso posesivo en la frente—. Me voy a buscar un café. Vuelvo en un minuto.

—Perdone, *Chef* —se disculpó Anna—. No pretendía...

—No importa, Anna. ¿Qué sucede?

—A Flemming le han dado permiso para marcharse, pero está esperando porque ha supuesto que usted querría hablar con él. Si está en condiciones, claro.

—Vaya que si quiero hablar con él... ¿Te ha explicado por qué me estaba siguiendo?

—Mejor que sea él quien le cuente los detalles, pero, según lo que yo he averiguado, Seamark International trabaja para una empresa llamada Demeril Importing. Es un importador turco de tejidos y alfombras, allá en el Speicherstadt. Seamark trabaja para un montón de empresas de ese tipo; se ocupa de la seguridad de los bienes importados y exportados, llevando hombres armados a bordo de los barcos para proteger la carga. Al parecer, cuentan con su propio departamento de investigación. Básicamente, porque los cargamentos y los buques que tienen bajo vigilancia pasan a través de muchas jurisdicciones y

sistemas legales distintos.

—¿Y qué demonios tiene que ver todo esto con nosotros?

—El dueño de Demeril es Herr Mustafa Kebir. Su hermano es un arqueólogo y ecologista muy conocido, Burhan Kebir, y resulta que este está muy inquieto por el paradero de su hija...

—¿Meliha?

—Meliha Kebir, nuestra Meliha Yazar, es ecologista militante y periodista de investigación de publicaciones alternativas. No pudimos encontrar ni rastro de ella porque nunca firma como Meliha Kebir ni como Meliha Yazar. Todo su trabajo aparece en Internet en páginas de grupos políticos y ecologistas bajo la firma *Sirena*. Ha desenmascarado a bastantes empresas que se habían dedicado a joder el medio ambiente. En dos casos, el escándalo que ha desatado en Internet se ha extendido a los medios principales y ha cobrado tal magnitud que se han presentado acusaciones contra las compañías a las que había denunciado.

Fabel se incorporó en la cama. Le dolía la cabeza de mala manera e hizo una mueca de dolor por el esfuerzo. A pesar de todo dijo:

—Exactamente el tipo de persona que el Proyecto Pharos no querría ver ni en pintura.

—Me he puesto en contacto con el sanatorio mental de Baviera donde Föttinger fue internado por sus padres. Conseguí una orden para obtener su historial, y a ver si lo adivina...

—¿Sufrieron un problema informático y todos sus archivos se han borrado misteriosamente?

Anna pareció defraudada por no haber podido soltar el bombazo ella misma.

—¿Una deducción afortunada?

—Más bien informada. ¿Algo más?

—Sí. Nicola Brüggemann ha venido a verlo.

—¿Qué tal te llevas con ella?

—Bien. Es una buena poli, como usted dijo.

—¿Nada más?

Anna se encogió de hombros.

—¡Ah, sí! Otra cosa. Fabian Menke ha llamado para anular la cita. Ha dicho que había quedado con usted, pero que le había surgido otra cosa y que si podía reprogramarlo para mañana a la misma hora y en el mismo sitio.

—Era con él con quien había quedado cuando me han tirado al río.

—¿Estará mañana en condiciones de hablar con él?

—La única herida que tengo es la de la inyección del tétanos en el culo. Estoy bien. Un poco conmocionado, nada más.

—Quieren que pase la noche aquí, en observación.

—Que me observen por control remoto. ¿Quieres buscarme la ropa mientras hablo con Nicola? Susanne ha traído ropa limpia para cambiarme. Y mejor que

la encuentres antes de que vuelva ella porque querrá que me quede aquí.



—¿Qué tal, Jan? —preguntó Brüggemann con su grave voz de contralto, sentándose en el borde de la cama—. ¿Tienes un minuto para charlar? Quiero decir, ¿no tendrás nada planeado, no? Un chapuzón quizá...

—Muy graciosa, Nicola. ¿Has tomado lecciones de sarcasmo de Anna Wolff?

—Hay pocas cosas que la joven Anna pueda enseñarme, Jan. Y esa no es una de ellas.

Anna reapareció con la ropa de Fabel.

—Dese prisa —dijo—. Creo que han avisado a la enfermera jefe y viene hacia aquí hecha una furia. Ya se las arreglará usted.

Cuando Anna salió, el comisario le hizo una mueca a Brüggemann, quien se dio media vuelta mientras él se levantaba y se vestía. Aún le dolía la cabeza, y se sintió un tanto inseguro al ponerse de pie.

—Todo este cuento de situarme a mí al frente de la investigación del Asesino de la Red, porque tú estabas en una posición comprometida... —dijo Brüggemann—. He hablado con el director de homicidios Van Heiden, y él coincide en que el intento de acabar con tu vida confirma que era todo una inmensa gilipollez.

—¿Una «inmensa gilipollez»? —Fabel sonrió—. No habrás utilizado esa expresión con Horst van Heiden, ¿verdad? Ya está, por cierto. Ya estoy visible.

Ella se volvió.

—De hecho, sí la he utilizado. ¿Sabes?, para ser un policía con una trayectoria tan larga, un policía que debe de haber visto y oído lo suyo, se escandaliza muy fácilmente. En todo caso, opina como yo que quienes intentaron implicarte han optado a todas luces por un método más directo, y está de acuerdo en que dirijas de nuevo toda la investigación.

—¿Quieres retirarte?

—No necesariamente. Estoy muy metida en el caso y me gustaría continuar. Bajo tu supervisión, desde luego. Si tú te sientes cómodo. Es como ha funcionado hasta ahora, en realidad. Extraoficialmente.

—¿Cómo te ha tratado el equipo?

—Muy bien. Has reunido a un gran grupo, Jan. Werner se ha portado de maravilla; Dirk, Henk, Thomas y los demás también han estado impecables. Anna puede llegar a ser un poco... peleona. —Brüggemann sonrió al decirlo.

—Nicola... ¿esto es una solicitud de trabajo?

—Podría ser, Jan. Sé que te falta un agente veterano desde que Maria Klee...

—Se interrumpió. Todo el mundo había aprendido a pasar de puntillas sobre lo

sucedido con Maria—. Es que tú y yo siempre hemos trabajado bien juntos, y me parece que para mí sería un reto interesante. Y sé que no te vendría mal un refuerzo; a menos que creas que no estoy a la altura...

—No seas tonta, Nicola. Ya sabes lo mucho que te valoro. Pero tú tienes tu propia unidad. ¿Seguro que quieres volver a estar en segunda fila?

—Tu equipo tiene fama en toda la República Federal, Jan. Nadie lo va a considerar como un paso atrás para mí. Y además, una no puede trabajar indefinidamente en la unidad de crímenes infantiles sin que te afecte de verdad.

Fabel asintió. Podía imaginárselo perfectamente. La unidad de crímenes infantiles estaba en la misma planta que la brigada de homicidios, y él pasaba a menudo por allí. En la unidad tenían una habitación aparte, de un colorido incongruente con el resto de la decoración del Präsidium, que servía de cuarto de juegos: una habitación con muñecos, juguetes y libros infantiles. La intención era que los niños que aterrizaban allí estuvieran a sus anchas, que contaran con un espacio donde seguir siendo niños a salvo. Cada vez que pasaba junto a esa habitación, el comisario jefe pensaba en el precio que cada uno de ellos debía de haber pagado para poder jugar allí.

—Otro factor es que yo tengo experiencia en el trato con ese bicho raro de Kroeger. Me da la sensación de que no congeniáis demasiado. Desde la unidad de crímenes infantiles, he trabajado estrechamente con él. Su ayuda me ha resultado inestimable a veces y nos llevamos bien. Si continúo con el caso del Asesino de la Red, a lo mejor podría aportar una relación más positiva con la unidad de cibercrimen.

—¡Ah, sí..., te necesito por tu don de gentes! —Fabel sonrió—. De acuerdo, Nicola. Déjame que lo hable con el director de homicidios. No voy a fingir que no me gustaría incorporar tu experiencia y tus dotes a mi equipo, pero Herr van Heiden querrá encontrar primero un sustituto para tu puesto.

—Mi adjunta en la unidad está preparada para tomar el mando. Pero, naturalmente, habría que encontrarle sustituto a ella.

—Bueno, aparte de venderme tu currículum, supongo que querías contarme algo más.

—Sí. Mientras tú te dabas un saludable chapuzón en el Elba, yo estaba leyendo el informe de la autopsia de Julia Henning, la última víctima del Asesino de la Red. No acabo de entender que el asesino la mantuviera en una cámara frigorífica. Como tú dijiste, no encaja. ¿Por qué pretendía despistarnos sobre el momento de la muerte?

—No lo pretendía. Y no fue el asesino quien la conservó a baja temperatura. Escucha, Nicola, creo que ya lo tengo todo claro en mi cabeza. Pero no puedo demostrar nada. Voy a reunir al equipo para analizar lo que me parece que ha sucedido. Pero antes debo hablar con Flemming, el tipo que me ha sacado del río.

Susanne volvió a entrar en la habitación y saludó a Nicola. Se conocían desde

hacia tiempo, porque Susanne efectuaba exámenes psicológicos tanto de las víctimas como de los sospechosos detenidos por la unidad de crímenes infantiles. Su actitud amistosa se transformó de golpe en una expresión ceñuda al ver que Fabel se había vestido. Él alzó las manos en señal de disculpa, y ambos se enzarzaron en una breve discusión sobre los pros y los contras de darse el alta por su propia cuenta. Al final, Susanne acabó cediendo.

—Supongo que será mejor que nos vayamos en mi coche —dijo ella, aún disgustada.

—¡Mi coche...! —exclamó Fabel, repentinamente consternado, como si no hubiera caído todavía en la cuenta de que su BMW descapotable estaba en el fondo del Elba.

—Sobre todo, conduce tú, Susanne. A menos que hayas pasado por casa para recoger el bañador... —Al ver que ni Fabel ni Susanne se reían, Brüggemann cambió de tono—. Estaban trabajando allí con una grúa ahora mismo —explicó—. Lars Kreysig ha asumido personalmente la tarea de sacar el coche. Pero va a ser un siniestro total, como te podrás imaginar.

—Me encantaba ese coche —masculló Fabel, melancólico.

—Bueno, no deberías haberlo probado en el agua —dijo Brüggemann—. Ya sé que todo el mundo en el Präsidium cree que eres capaz de caminar sobre las aguas, pero...

Él le sonrió con aire sarcástico y, volviéndose hacia Susanne, determinó:

—Después de lo ocurrido, creo que deberíamos pedir escolta para regresar a casa. Y quiero también que revisen el apartamento. En un minuto estoy contigo, Susanne. He de hablar con el tipo que me ha salvado el cuello.

Flemming lo estaba esperando en la recepción. Llevaba un mono azul oscuro y estaba tomándose un café en un vaso de poliuretano.

—Me lo han prestado aquí —dijo señalando el mono, e hizo una mueca burlona—. Ya le mandaré la factura cuando lleve el traje a la tintorería.

—Puede mandarme la factura de un traje nuevo. Estaba convencido de que no salía de esta. No sé ni cómo darle las gracias por lo que ha hecho.

—Un Armani estaría bien para empezar. —Flemming volvió a sonreír de oreja a oreja. Era un hombre fornido, de hombros musculosos, aunque delgado por lo demás. Fabel supuso que, para él, mantenerse en forma debía de ser más que una afición. Le calculó unos cuarenta y cinco años. Bajo el oscuro pelo rizado, tenía una cicatriz que descendía hasta su ceja.

—¿Cuáles son sus antecedentes profesionales? —inquirió el comisario—. Quiero decir, antes de Seamark International.

—Estuve diez años en la división portuaria de la Polizei de Kiel. Y antes, en la Kampfschwimmer Kompanie.

—Entonces hoy ha sido mi día de suerte. —La Kampfschwimmer Kompanie era la unidad de fuerzas especiales de la Marina alemana. Un comando de buzos —. ¿Cuánto tiempo?

—Doce años. Ese chapuzón para sacarlo del agua lo he ensayado unas cuantas veces. Si quieres alistarte en la Kompanie has de ser capaz de bajar al menos a treinta metros sin traje de submarinista y aguantar como mínimo sesenta segundos bajo el agua sin respirar. Lo de hoy no ha sido gran cosa.

—Créame, lo ha sido para mí. ¿Puedo invitarlo a otro café?

—Ya está bien, gracias.

Después de los cumplidos, Fabel adoptó un tono profesional.

—¿Por qué motivo exactamente me ha seguido desde unas dos semanas atrás?

—¿Tanto hace que me descubrió? —Flemming soltó una risita—. Debo de estar perdiendo facultades.

—¿Y bien?

—Verá. Mustafa Kebir es más que un cliente; es un amigo. Él conoce mi trayectoria profesional, así que cuando desapareció su sobrina, acudió a mí. Obviamente, lo primero que hice fue decirle que recurriera a la policía. Pero él me dijo que Meliha se lo tomaría a mal. Ella es totalmente antisistema.

—¿Sabía que es un grave delito hacerse pasar por un agente de policía?

—No sé a qué se refiere, Herr Fabel. —La expresión de Flemming seguía siendo abierta, franca. Era bueno, pensó el comisario.

—Alguien tuvo las pelotas de entrar en Butenfeld, mostrar una placa de la Polizei de Schleswig-Holstein y pedir que le permitieran ver el torso que había sido arrastrado por la tormenta hasta el Fischmarkt. Yo lo atribuí a la gente del Proyecto Pharos, pero...

Flemming se encogió de hombros y dio un sorbo de café.

—¿No es mucha coincidencia que el «comisario Höner» mostrara una placa de la división Kiel? Precisamente en la que usted sirvió... Vamos a ver, Flemming. —Fabel se giró en la silla para mirar de frente a aquel tipo fornido—. Después de lo que ha hecho hoy por mí, no quiero crearle problemas. Pero yo podría pedir que el celador de la morgue viniera a comprobar si hay aquí alguien que se parezca al detective de Schleswig-Holstein que fue a ver ese torso...

—De acuerdo. Era yo. Quería comprobar si era Meliha.

—¿Y?

—Usted ya sabe cómo estaba el torso. El único modo de obtener una identificación segura sería comparar su ADN con el de la familia, cosa que dejo en sus manos, ahora que ya sabe dónde encontrar a un pariente suyo.

—Pero ¿qué le dice su instinto?

—Nada. Cuando yo vi el torso, ya lo habían degasificado (ya sabe, para evitar que explotara), pero aún estaba muy inflado. Podría ser Meliha, pero

podría ser cualquiera. Como ya se imaginará, he visto un montón de cadáveres flotantes a lo largo de los años, y siempre es muy difícil determinar la edad y sacar conclusiones. Ese torso del Fischmarkt había pasado sin duda mucho tiempo en el agua. Y cuanto más prolongada la inmersión, más difícil es determinar la edad con precisión. Por consiguiente, de poco me sirvieron mis triquiñuelas.

—Está bien. Pediré un cotejo de ADN con Herr Kebir. Entretanto, no meta las narices en asuntos oficiales de la policía.

Flemming suspiró y se echó hacia delante, con los codos en las rodillas.

—De acuerdo. Pero si hay algo que yo pueda hacer, y quiero decir cualquier cosa, no dude en decírmelo.

—Se lo agradezco. Puede empezar contándome todo lo que sepa de Meliha Kebir...

Al día siguiente, Fabel llegó al Präsidium temprano. Se había despertado sobresaltado, teniendo conciencia de que algo siniestro había sucedido el día anterior, pero sin lograr recordar durante unos segundos qué era. Se había sentado en la cama, con la frente cubierta de sudor frío, y había aguardado hasta que volvió a recordarlo todo.

A Susanne siempre le había preocupado la tensión a la que el trabajo lo sometía. En una época, impulsado por las pesadillas que sufría prácticamente todas las noches, el propio Fabel había sopesado la posibilidad de abandonar la Polizei de Hamburgo. Pero, esta vez, la cara de Susanne cuando se habían levantado superaba cualquier expresión que él le había visto. Más que inquietud, era miedo lo que reflejaba. Alguien había intentado matarlo y por poco no lo había logrado.

Cuando se despidieron, ella lo abrazó con fuerza. Susanne se iba al Instituto de Medicina Legal, pero, invirtiendo la rutina habitual, primero lo había dejado a él en el Präsidium. Y encima, con toda puntualidad: el detalle más insólito desde el punto de vista de Fabel.

Al entrar en la brigada de homicidios, se encontró con un sombrío recibimiento. Estaba presente todo el equipo, incluidos los agentes que no se hallaban de servicio. Era evidente que Nicola Brüggemann los había convocado y les había explicado de modo no oficial lo sucedido. Varios miembros se le acercaron para preguntarle cómo se encontraba y expresarle su apoyo, todos ellos con la debida gravedad. Fabel advirtió que había un chaleco antibalas Kevlar colocado de pie sobre la mesa que Nicola tenía detrás.

—Lo hemos estado hablando, *Chef*—dijo esta, muy seria, utilizando ese título informal para dejar sentado que Fabel era su superior—, y consideramos que necesitas protección suplementaria. Werner, por favor... —Se hizo a un lado, dejando a la vista el chaleco. Werner lo cogió y lo apartó teatralmente, como el



mago que alza el pañuelo de la jaula para mostrar que han desaparecido las palomas. Todos estallaron en carcajadas: sobre la mesa, oculto por el chaleco, había un par de manguitos hinchables amarillos, cada uno de ellos rematado con la cabeza y el pico rojo de un pato.

Riéndose, Fabel se quitó la chaqueta y se colocó los manguitos sobre las mangas de la camisa. De pronto, notó que todo el mundo se ponía serio y, al volverse, vio al director de homicidios Van Heiden plantado en el umbral.

—Fabel..., si tienes un minuto.

Él se quitó los manguitos algo cohibido y, sin hacer caso de las risitas burlonas, condujo al director a su despacho.

Fue una reunión muy breve. El comisario jefe se dio cuenta de que ese era el modo en que Van Heiden le mostraba su apoyo, ahora que había quedado libre de sospechas. El director general le confirmó lo que Brüggemann ya le había dicho en el hospital: que estaba otra vez al mando de todas las investigaciones y que podía tomar las medidas que creyera oportunas y solicitar los recursos necesarios. A Van Heiden, obviamente, la situación seguía superándolo más que antes, pero alguien había tratado de matar a uno de sus hombres, y eso había disparado el instinto de policía que también él poseía.

—No acabo de entender lo que está pasando —dijo con sincera perplejidad.

—Yo sí —afirmó Fabel—. Por eso me empujaron al río. Pero no puedo probar nada. Y dudo que lleguemos a ser capaces de probarlo todo, ni tan siquiera una parte. Pero existe sin duda el peligro de que intenten atentar otra vez contra mi vida debido a lo que sé, de manera que te lo voy a contar.

Tardó diez minutos en explicarse. El director permaneció en silencio, asimilándolo todo, aunque con una invariable expresión de perplejidad.

—Lo pondré todo por escrito —anunció Fabel—. Pero si no te importa, no lo enviaré por correo electrónico. Ordenaré que te lo entreguen en mano en tu despacho, porque no sé cómo está afectado nuestro sistema informático.

—Entonces, ¿estás convencido?

—Sí. Pero, como digo, no puedo probarlo. He llamado a Herr Menke para analizarlo con él. Nos hará falta toda la ayuda posible en este caso.

Por alguna razón, Fabian Menke había respondido a la llamada de Fabel pidiendo que no se reunieran ni en el Präsidium ni en la oficina de la BfV. Le había propuesto un lugar en la orilla sur del río, junto a los muelles. Fabel se hizo con un coche del parque móvil y aparcó detrás del BMW serie 3 de Menke. «Un coche muy corporativo», pensó el detective, preguntándose si el agente de seguridad vendería pólizas de seguros en su tiempo libre. Al bajarse del vehículo, cayó en la cuenta de que estaba otra vez en un embarcadero, aparcado justo al lado del agua. Le sorprendió el repentino escalofrío que le recorrió la espalda y

se percató de que el agua le daba miedo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Menke mientras se daban la mano.

—Sí, estoy bien. Aunque un poco conmocionado después de mi último paseo por el puerto.

—¡Ay, Dios, es cierto! Debería haberlo pensado. Un lugar de reunión muy inoportuno. Disculpe. ¿Quiere que vayamos a otro sitio?

—No, no, está bien.

Menke abrió la marcha a lo largo del muelle. Desde allí, se veía todo el arco de Hamburgo en la orilla opuesta, desde el puente Köhlbrandbrücke hasta el Speicherstadt y HafenCity. Este lado del Elba, la orilla sur, era el corazón industrial de la ciudad. Detrás de ambos hombres, las enormes grúas colocaban en altísimas pilas los contenedores de los cargueros, como si fueran piezas de juguete.

—Antes de empezar —dijo Menke—, ¿lleva teléfono móvil?

—Claro. Pero está apagado y lo he dejado en el coche.

—Veo que comprende claramente con qué nos enfrentamos en este caso.

—Nos enfrentamos con una idea, más que con una realidad. Sé que esta gente tiene a su disposición unos recursos y unos conocimientos tecnológicos enormes, pero tampoco creo que sean tan omniscientes como los pintan.

—¿Ah, no? —se extrañó Menke—. Yo estoy en el negocio de la vigilancia, Fabel. Dispongo de unos medios tecnológicos que ni se los imagina: puedo apostarme en el exterior de una casa y ver qué están mirando en la pantalla del ordenador. Y no estoy hablando de piratear la señal Wi-Fi ni de nada parecido; ni siquiera hace falta que estén conectados a una red. Contamos con un sistema de análisis de pulsación que nos permite descubrir qué se ha tecleado en un ordenador sin necesidad de meternos en el disco duro... Y todo ello llevado a cabo externamente. O pongamos este sitio donde ahora estamos... Hay al menos cinco servicios de inteligencia nacionales que tienen acceso a una tecnología por satélite tan sofisticada que podrían llegar a descifrar lo que estamos diciendo en este momento. ¿Ha leído el material que le pasé sobre el Proyecto Pharos? —preguntó cuando llegaron al final del muelle.

—Sí, lo he leído; y cuanto más leo más seguro estoy de que ese proyecto tiene relación con la muerte de Berthold Müller-Voigt y con la desaparición de Meliha Yazar. También estoy seguro de que, directa o indirectamente, son ellos los responsables del asesinato de Daniel Föttinger, y creo saber por qué. Quería hablar con usted porque imagino que puede ayudarme a reunir todas las piezas del caso Föttinger.

—Haré cuanto pueda, Herr Fabel.

El comisario hizo un gesto de agradecimiento, y continuó diciendo:

—Ayer encontramos un cuerpo en el río, y yo creo que es el del motorista implicado en el ataque a Föttinger. Es el tipo sobre el que le mandé una nota:

Harald Jaburg.

—Lo sé. Tiene razón cuando dice que la muerte de Föttinger fue urdida de un modo indirecto. —Guardó silencio mientras contemplaba el agua un momento, y se volvió de nuevo hacia Fabel—. ¿Sabe algo de física cuántica: superposición, teoría unificada de cuerdas, principio holográfico, ese tipo de cosas?

—Sin rodeos: no.

—La teoría cuántica está lanzando unas ideas que conseguirían darle dolor de cabeza. Y cada secta, cada mesías de estar por casa, cada gurú chiflado del New Age recurre a esas teorías para conferir cierta credibilidad a sus disparatadas concepciones. Y las utilizan para captar a los elementos más vulnerables de nuestra sociedad. —Menke sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Fabel, que negó con la cabeza—. Harald Jaburg es, en efecto, una persona de interés para la BfV. Me alertaron en cuanto entró su nombre en el sistema. Para nosotros, está marcado en rojo: es un conocido miembro de los Guardianes de Gaia, un grupo ecologista radical.

—¿Uno de los grupos extremistas sobre los que usted no quería entrar en detalles con Müller-Voigt?

—Exacto. Este trabajo me ha vuelto paranoico. Los Guardianes de Gaia creen en la acción directa contra cualquier individuo, grupo o institución que consideren que pone en peligro el medio ambiente. Por ahora se han limitado a organizar protestas y actos vandálicos menores.

—¿Quemando coches?

—Entre otras cosas. Nuestras informaciones señalan que se están volviendo cada vez más combativos.

—Nada más combativo que cuatro balas en la cabeza.

El investigador de la BfV meneó la cabeza con energía, y protestó:

—No, eso no es justo. Según lo que sabemos, todavía no han herido a ninguno de los que ellos consideran enemigos, ni mucho menos han llevado a cabo ejecuciones internas. Este es un caso extraño, no cabe duda. Decía usted en su mensaje que Jaburg llevaba un tatuaje característico. Esa letra gamma verde en el pecho es para ellos el símbolo de Gaia.

—¿La diosa griega de la Tierra?

—Nominalmente, sí. Pero ellos lo interpretan más bien en el sentido de la Hipótesis Gaia, formulada en los años setenta. En aquella época se consideraba estrafalaria y propia del New Age, pero ahora incluso la ciencia convencional la está adoptando. Es la creencia de que la biosfera de la Tierra, de la que formamos parte, es, en realidad, un único sistema vivo integrado, o sea, un organismo en sí mismo.

—Suena bastante inofensivo.

—Sí, bueno, los Guardianes de Gaia poseen una estructura típicamente paramilitar. Creen que «Gaia» se está muriendo y que la humanidad es la

infección que la está matando. Por tanto, supongo que comprenderá nuestro interés por este grupo. Ellos se consideran soldados: soldados en guerra abierta contra las fuerzas de la globalización y la industrialización. Y en cierto modo contra la humanidad misma.

Al recordar el lívido y esquelético cadáver del joven que había visto en la camilla de la morgue, Fabel dijo:

—Tal vez alguien ha disparado el primer tiro.

—Harald Jaburg era un personaje totalmente menor entre los Guardianes. Un chico de los recados. Y desde luego, no tenía perfil de asesino.

—¿Un motorista para salir huyendo?

—Muy posible. Según nuestras informaciones, Jaburg había trabajado varias veces con un tal Niels Freese, un individuo de una ralea completamente distinta. Sé más cosas de Herr Freese que de Jaburg.

—¿En qué sentido es distinto?

—Freese tiene una percepción distorsionada del mundo. Es un tipo imprevisible, violento, titular de un historial de graves trastornos mentales.

—¿Incapaz, entonces, de haber planeado y ejecutado el ataque del Schanzenviertel?

—Yo no diría eso, ni mucho menos. Freese es, oficialmente, un discapacitado: daño cerebral al nacer. Lo cual no parece haber embotado su inteligencia. Y está capacitado para comportarse de una manera normal en muchos sentidos, pero sufre todo tipo de problemas, en especial, de carácter neurológico, que lo convierten a veces en una mente delirante. Pero es inteligente, ya lo creo. Aunque, por otro lado, muy vulnerable a la manipulación y la sugestión. Su estado mental implica que se le puede convencer de casi cualquier cosa, siempre que esté bien argumentada y que encaje en su peculiar percepción del mundo.

—¿Qué clase de trastorno sufre? En concreto, quiero decir.

—Es algo trágico, de hecho. Freese percibe la realidad de un modo verdaderamente distinto que los restantes mortales: sufre una paramnesia casi constante, un trastorno desconcertante que equivale a experimentar un *déjà vu* permanente. Y padece frecuentes episodios de la alteración que los loqueros llaman paramnesia reduplicativa. Cuando se encuentra en ese estado, el pobre infeliz cree que alguien lo ha abducido del mundo real y ha creado a su alrededor una réplica falsa pero perfecta.

—Le preguntaré a mi pareja. Que es *loquera*, por cierto.

—¿Ah, sí? —Menke solo pareció vagamente incómodo—. Bueno, sin duda ella podrá hablarle del tema con más conocimiento de causa que yo. En todo caso, ese trastorno ha convertido a Freese en una persona influenciable si se da pábulo a sus ideas paranoicas. Influenciable, pero no controlable. La naturaleza de su peculiar dolencia lo convierte en una presa fácil para toda clase de teorías estrambóticas sobre realidad cuántica y singularidades medioambientales.

—¿El galimatías que predicán los Guardianes de Gaia?

—Y el Proyecto Pharos.

—¿Hay conexión?

—Nosotros no podemos demostrarlo —dijo Menke. De nuevo se quedó callado un momento mientras ambos contemplaban un buque de mercancías, cargado de contenedores hasta una altura increíble, que pasaba frente a ellos silenciosamente—. Pero ha habido ciertos indicios de que los Guardianes de Gaia podrían estar controlados directamente por el Proyecto Pharos.

—Sus ideas, no obstante, son distintas en absoluto.

Menke le entregó un papel con unas anotaciones a mano, diciéndole:

—Esta es la última dirección conocida de Niels Freese. El segundo nombre no lo conoce nadie fuera de la BfV..., salvo usted desde ahora. Es el nombre, según nos consta, del Comandante, el jefe supremo de los Guardianes de Gaia de Hamburgo. Si Freese ejecutó el ataque en el que Föttinger acabó muerto (y ese «si» hay que ponerlo en mayúsculas), entonces este es el hombre que dio la orden.

Fabel leyó el nombre en voz alta:

—Jens Markull... ¿Por qué tanto secretismo sobre él?

—Porque es..., era uno de los nuestros. Usted dio por supuesto que tenemos infiltrados, agentes encubiertos que trabajan para nosotros. Bueno, así es. Él era uno de ellos.

—¿Es agente de la BfV?

—No. Markull era simplemente un tipo dispuesto a venderse. Pero algo sucedió, por lo visto, que lo impulsó a dejarlo. Estábamos sacando de él una información excelente y, de golpe, la fuente se secó. Lo último que supimos fue que se había reunido con gente del Proyecto Pharos. Y entonces, sin más ni más, lo ascienden a jefe supremo de la división de Hamburgo de los Guardianes de Gaia, y ya no quiere saber nada de nosotros.

El comisario se guardó la nota en el bolsillo y los dos hombres echaron a andar otra vez hacia los coches.

—Me gustaría hacerle una pregunta sobre Niels Freese —dijo Fabel.

—Adelante.

—Esos problemas neurológicos que tiene, ¿incluyen una cojera?

Menke se detuvo y, mirando a Fabel con expresión de sorpresa, respondió:

—Sí. Sufre una cojera. El resultado de una parálisis leve ocasionada por la falta de oxígeno al nacer.

## Capítulo treinta y dos

Heiner Goetz era un hombre robusto que andaba en la mitad buena de los sesenta. Se peinaba hacia atrás el canoso pelo, más bien ralo, dejando despejada la contundente y amplia frente y las pobladas cejas. Unas gafas de fina montura metálica reposaban de modo permanente en su gruesa nariz, manteniendo el equilibrio casi en la punta de esta. Fabel siempre tenía la sensación de que esas gafas constituían una afectación deliberada: un detalle para disimular el aspecto que tenía Goetz de trabajar en la construcción. Pero no, Heiner Goetz no era un robusto albañil; era el fiscal jefe del estado de Hamburgo.

Estaba sentado en su despacho de Georg-Fock-Wall, mirando por la ventana, mientras Fabel enumeraba —por tercera vez ese día— sus sospechas sobre el Proyecto Pharos, es decir, sobre el papel que la secta había jugado en la desaparición y probable asesinato de Meliha Kebir, así como en las muertes de Berthold Müller-Voigt, Daniel Föttinger y Harald Jaburg.

Se esforzaba todo lo posible, pero sabía que no contaba con ninguna prueba contundente en la que basar sus afirmaciones. Obtener la orden judicial parecía una misión imposible. Consultó el reloj y le echó una mirada a Werner Meyer, que lo había acompañado. Llevaban hablando casi toda la mañana, y el comisario ya quería regresar al Präsidium. Tras su conversación del día anterior con Menke, había emprendido una búsqueda exhaustiva para localizar a Niels Freese.

Goetz siguió mirando por la ventana cuando Fabel terminó de hablar, sin dar muestras de haber escuchado cuanto le había dicho. El comisario aguardó pacientemente en silencio; había negociado con Goetz en innumerables ocasiones y sabía de sobra que el fiscal jefe siempre se tomaba su tiempo para pensar bien las cosas. O eso, o disfrutaba viendo cómo los policías perdían la esperanza de echarle el guante a un sospechoso.

—Entonces, ¿todas esas muertes han sido autorizadas para mantener oculto un secreto?

—Eso creo.

—Pero no tiene pruebas sustanciales, ¿cierto?

—Ninguna, Herr Goetz. Necesitamos las órdenes pertinentes para requisar sus ordenadores y obligarlos a prestar declaración. Es el único modo que tenemos de llegar al fondo de este asunto.

—Herr Fabel, usted lleva el tiempo suficiente como agente de policía para saber que si yo concediera órdenes judiciales basándome en este tipo de especulaciones, y si la ejecución de dichas órdenes no rindiera ninguna prueba sustancial, tanto usted como yo nos veríamos obligados a buscarnos muy pronto otro trabajo. Si me hubiera pedido órdenes de vigilancia, como escuchas telefónicas, interceptación de correos electrónicos y otras medidas similares que, gradualmente, nos permitieran obtener pruebas más convincentes, quizá le habría dado más crédito.

—Pero ¿no ve, Herr Goetz —dijo Fabel, procurando ocultar su exasperación— que tales medidas son inútiles ante un oponente que posee recursos tecnológicos infinitamente superiores a los nuestros? Fuera cual fuese el sistema de vigilancia electrónica que usáramos, ellos lo detectarían y lo contrarrestarían de inmediato.

Otro silencio mientras el fiscal jefe seguía mirando por la ventana.

—Todo este invento de Internet —dijo al fin— es un nuevo medio para el crimen; y nosotros no tenemos ni las leyes ni los conocimientos elementales para combatirlo. Hace cosa de seis meses me presentaron el caso (no fue su brigada, sino una de las agencias de protección infantil) de una chica de quince años, si no recuerdo mal, que se había arrojado bajo las ruedas del tren. Había sido víctima del llamado ciberacoso y no logró librarse de él. Era un goteo despiadado de crueldades y vilezas enviadas constantemente a su ordenador y a su teléfono... Una auténtica campaña para destruir el espíritu de un ser humano, facilitada por toda esa tecnología que ha de servir, se supone, para mejorar nuestras vidas. La chica sintió que no podía escapar y se arrojó delante de un tren. Quince años. Una vida segada antes de haber comenzado, propiamente hablando. Yo deseaba atrapar a las chicas que la habían empujado a hacerlo. Pero, repito, no contamos con las leyes ni tampoco con los conocimientos necesarios. Esa pobre chica, inducida a tomar semejante...

Volviéndose de repente y alejándose de la ventana, Goetz se inclinó sobre el escritorio, encorvando sus corpulentos hombros, y dijo:

—Tenemos cuatro víctimas y, por lo que usted me ha dicho, esta gente es lo bastante arrogante como para creer que puede matar a todo aquel que se interponga en su camino, incluido un senador del estado de Hamburgo, o tratar de asesinar a un mando de la policía de esta ciudad. Si algo me saca de mis casillas, caballeros, es que alguien se crea por encima de la ley. —Goetz estampó las dos palmas sobre la mesa—. Le concederé las órdenes. Registro, incautación y

arresto. Procuraré tenerlas esta tarde, pero hay un conflicto jurisdiccional dada la ubicación del Pharos, o como se llame la sede de esa secta. He de hablar con la oficina del fiscal de Baja Sajonia.

Fabel se levantó, radiante.

—Gracias, Herr fiscal...

—¿Cuándo vamos a ejecutar las órdenes? —preguntó Werner, una vez en el coche que le habían facilitado a Fabel.

—Mañana por la mañana. Cuando volvamos, necesito que te ocupes de la coordinación con la Polizei de Baja Sajonia.

—Eso está hecho.

Fabel sacó el móvil del bolsillo y llamó a Susanne a su oficina del Instituto de Medicina Legal.

—¿Qué tal? —preguntó—. Estabas algo alterada esta mañana.

—¿Es que no tengo motivos? ¿Tú estás bien?

—Perfectamente, ya te lo he dicho. También un poco conmovido aún, pero he de seguir con mi trabajo. ¿Has terminado de mirarte el historial y la evaluación psicológica que he conseguido de Niels Freese?

—Sí. Es un caso interesante, te lo reconozco. Según su historial, ese chico sufrió un daño cerebral al nacer que le dejó una propensión al síndrome de falsa identificación delirante.

—¿En términos profanos...?

—Todos padecemos una forma leve de ese trastorno cada vez que experimentamos un *déjà vu*. Así como nosotros sufrimos en ese caso el «delirio» de haber vivido algo antes, los pacientes con el síndrome plenamente desarrollado tienen una serie de delirios característicos más exuberantes.

—¿Qué tipo de delirios?

—Escoge el que más te guste: el delirio de Fregoli te persuade de que todo el mundo que te rodea es, en realidad, la misma persona disfrazada; si sufres el delirio de Capgras crees que los miembros de tu familia o tus amigos han sido reemplazados por impostores idénticos, y si sufres el delirio de Cotard no crees que estés vivo siquiera. Lo que Freese parece tener es una paramnesia reduplicativa. El pobre infeliz piensa que ha sido trasladado a una copia exacta del mundo real.

—Bueno, suena como si estuviera bastante loco.

—Lo más triste de estos delirios es que nunca son el resultado de una enfermedad mental. En la raíz siempre hay una lesión neurológica: una herida cerebral, un derrame, una enfermedad de Alzheimer o algo similar. El pobre Freese ha sufrido ese trastorno desde que nació. A nosotros, Jan, casi nos es imposible imaginarnos su realidad. Piénsalo: un *déjà vu* casi continuo, la



sensación de que los objetos, las personas y los hechos más ordinarios encierran un profundo significado, y, luego, los largos periodos de recuerdos en cortocircuito y la convicción de que todo lo que te rodea es falso, o sea, una conspiración. Son todos los rasgos de la paranoia, pero sin la esquizofrenia. Niels Freese es un hombre cuerdo que vive en una realidad totalmente loca.

—Pero es un asesino. Y por lo que me dices, este tipo de personas no son peligrosas...

—Todo delirante es peligroso. Ha habido pacientes con delirio de Capgras que han abierto en canal a sus esposas para examinar el mecanismo o los circuitos de robótica de dentro. O bien, con frecuencia, la gente que sufre un delirio de Cotard se mata, o mata a otros, creyendo que no importa, porque de todos modos nadie está vivo. Si quieres mi opinión profesional, Jan, te sugiero que encuentres a Freese lo más aprisa posible. Antes de que haga daño a otros o a sí mismo.

—Tengo que encontrarlo cuanto antes, no hay duda. Por lo que a mí se refiere, él es la clave para llegar a la realidad. En él se juntan todas las piezas del caso.

Después de hablar con Susanne, Fabel marcó el número de Anna.

—¿Has conseguido la información que te pedí?

—Sí, *Chef*. Tim Flemming es realmente quien dice ser y su historial es el que nos contó. No ha tenido problemas disciplinarios ni de otro orden: ni en la Policía del Puerto de Kiel ni en las fuerzas especiales de la Marina. Pero ha aparecido algo interesante: su hermana menor estuvo metida en un grupo religioso extremista que más tarde fue investigado por la BfV. Al parecer, Flemming la sacó del grupo contra su voluntad y la retuvo en un lugar secreto de Dinamarca, donde él trabajó con especialistas en desprogramación para neutralizar el lavado de cerebro. El procedimiento funcionó, así que no hubo denuncia.

—Pero, déjame que lo adivine, Flemming es conocido en radio macuto como el tipo al que has de acudir para arrancar a tus seres queridos de las garras de una secta...

—Más o menos. Aunque corren rumores de que él y sus colaboradores son bastante contundentes en ese proceso. Dicen que no conviene cruzarse en su camino. Es un tipo duro. Aparte de esto, todo lo que explicó sobre su empresa es cierto. Realmente, se dedican a asesorar y proporcionar personal de seguridad a los importadores y las compañías navieras.

—Gracias, Anna.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Werner cuando Fabel colgó.

—Vamos a hacerle una visita a Herr Flemming.

La gente solía hacerse una idea más bien estereotipada del aspecto que debía de tener un aficionado a los trenes eléctricos. Frank Lesing lo sabía bien y se reía con frecuencia ante las reacciones de la gente cuando les hablaba de su afición.

Frank tenía treinta y dos años. Era un tipo alto, guapo, de pelo oscuro y tupido. Su aspecto físico, le constaba, había constituido una ventaja para su carrera, puesto que en el mundo de los negocios, a la gente le gustaba tratar con personas atractivas. Aunque resultara muy superficial, era cierto. Su aspecto y su jovial personalidad le habían granjeado popularidad en el colegio y la universidad, y habían contribuido a facilitar su rápido ascenso en el banco internacional donde había encontrado trabajo. Todo le había resultado fácil a Frank; tan fácil que a veces parecía irreal. Como directivo que era, se esperaba de él, en general, que sus almuerzos fuesen de trabajo: que se comiera un sándwich entre reuniones o que se llevara a algún cliente a almorzar. Pero siempre que salía a comer por su cuenta, era aquí a donde venía: al museo del tren eléctrico, situado en el Speicherstadt. La maqueta que había comenzado siendo de un tamaño considerable se extendía ahora a lo largo de doce mil metros de vía: la maqueta de tren más grande del mundo. Aunque se había convertido en mucho más que eso: contaba con autopistas, carreteras, calles con tráfico en movimiento, oficinas, iglesias, teatros, doscientas mil figuras realizando cualquier actividad humana imaginable, y una réplica perfecta del centro de Hamburgo. Buques de mercancías, trenes, autobuses, coches, camiones de bomberos (todos ellos en modelos a escala, regulados por ordenador desde una sala de control central) se desplazaban en torno a aquel paisaje en miniatura y producían en el espectador la ilusión de estar contemplando desde gran altura una ciudad viva y totalmente real.

El museo estaba tranquilo para ser la hora del almuerzo, y Frank no había tenido que esperar apenas para entrar: la afluencia de gente que accedía a la exposición se controlaba en todo momento. Se pasó cinco minutos contemplando una parte del Elba donde un buque carguero navegaba sobre agua real hasta alcanzar los muelles erizados de grúas. Fue entonces cuando advirtió la presencia del joven que se encontraba a su lado. Había algo en él que lo inquietó. Iba vestido con ropa oscura de aspecto mugriento, y Frank percibió el rancio hedor a sudoración que desprendía. Tenía el pelo apelmazado y el aire típico de quien ha dormido a la intemperie. Pero no fue tanto su aspecto lo que lo intranquilizó como la expresión de sus ojos; había en ellos una excitada desesperación. El joven contemplaba la enorme maqueta del Köhlbrandbrücke, el puente que se extendía sobre el río allí donde el Elba sur se convertía en el Elba norte. Era uno de los monumentos más imponentes de Hamburgo, y la maqueta también resultaba impresionante: media seis metros de largo y uno y medio de alto.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Frank, titubeando. Estaba convencido de que era una mala idea dirigirle la palabra (el tipo probablemente era un yonqui),

pero siempre le había resultado irresistible el impulso de echar una mano a la gente.

—Yo creía que no te dejaban pasar —contestó el joven, sin apartar sus enloquecidos ojos de la maqueta del Köhlbrandbrücke.

—¿Cómo?

—El puente. Yo pensaba que únicamente dejaban pasar coches. Hay gente caminando ahí. Y gente en bicicleta.

—¡Ah, y a...! —Frank sonrió—. Se supone que es la carrera ciclista. Lo abren para eso una vez al año. Y los que van a pie son, supuestamente, los ecologistas protestando.

El joven se desplazó un poco más lejos para cambiar de ángulo. Frank observó que cojeaba ligeramente y que examinaba ceñudo la réplica del puente.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—¿Es real?

—El qué es real? Me parece que usted necesita ayuda. —Frank miró alrededor, buscando a algún empleado.

—¿Es real? —repitió el joven con voz inexpressiva.

—¿El qué? ¿El puente? Pues claro que es real. Todo lo que hay aquí es una copia de la realidad.

—¿Una copia? ¿Todo es una copia? —El joven alzó la vista de golpe y, por primera vez, Lesing vio directamente el torbellino de sus ojos: una tormenta de furia, temor y confusión. Se sintió muy incómodo y se alejó del joven de la manera más natural que pudo mientras trataba desesperadamente de encontrar al vigilante.

—¿ES REAL? —gritó el joven a su espalda. Todo el mundo en el museo se volvió para ver quién gritaba. Cuando Frank se dio media vuelta, se encontró frente al cañón de una automática. El joven la sujetaba temblorosamente con los brazos extendidos. Ahora Lesing vio que estaba llorando y que le resbalaban gruesos goterones por las mejillas—. Quiero..., quiero... que me..., que me lo diga... ¿ES REAL?

—¿El qué es real? —Frank repitió la pregunta, dominado por el pánico. Al fondo, atisbó a un empleado que hablaba por su *walkie-talkie*—. ¿Se refiere al puente? ¿A todo lo que hay aquí?

—¿Es real? —insistió el joven, esta vez con más calma, pero apuntándolo claramente con la pistola.

—¡Claro que no es real! —Ahora Frank gritaba—. Es solo una maqueta. Un simulacro.

Los ojos del joven se abrieron desmesuradamente, y Frank aguardó el sonido del disparo. El tiempo se había ralentizado, cada segundo se prolongaba por efecto de la adrenalina, y se sorprendió preguntándose si llegaría a oír la detonación, o si ya estaría muerto antes de que su cerebro registrase el sonido.

—¿No es real? —preguntó el tipo, sollozando.

—No. Claro que no.

Frank retrocedió instintivamente cuando el joven se abalanzó hacia él, apartándolo de un empujón, para abrirse paso entre la gente despavorida y cruzar la puerta de salida; notó de golpe que las piernas le fallaban y tuvo que sujetarse de la barandilla. Así fue como se encontró contemplando el Köhlbrandbrücke justo a la altura de la calle, desde donde un manifestante ecologista pintado a mano le devolvió la mirada, desafiante.

Muy adecuadamente, las oficinas de Seamark International estaban en HafenCity. A primera vista, una sede bastante modesta. Las oficinas eran nuevas y, como el resto de HafenCity, constituían un canto al nuevo siglo y a sus promesas. Pero no eran muy grandes: no constaban más que de un vestíbulo y tres despachos.

—Lo estaba esperando —dijo Flemming cuando llegó Fabel en compañía de Werner—. Será mejor que tomen asiento.

—Dígame, ¿cuál es la más importante de sus actividades? —le preguntó el comisario jefe, una vez que la recepcionista hubo traído una bandeja con café—. ¿La seguridad marítima o la desprogramación de miembros de sectas?

—Veo que ha descubierto mi afición favorita —contestó Flemming, sonriendo.

—¿Lo de rescatar y desprogramar a miembros de sectas? Sí, lo he descubierto. Una interesante actividad suplementaria.

—No lo hago por dinero. Me doy por satisfecho si puedo cubrir los gastos. Y a veces ni eso. Odio las sectas. Odio lo que le hacen a la gente.

—¿Y el Proyecto Pharos constituye su esencial foco de interés, Herr Flemming?

—En la última época, probablemente. Vivimos tiempos extraños, Herr Fabel. Gran parte de las certezas religiosas y espirituales se han ido quedando por el camino. Cristianismo, marxismo, nacionalismo... Todo está cambiando; todo está volviéndose más tecnológico, más globalizado, más rápido. La gente se siente abrumada y busca ideas cada vez más abstractas para encontrar alguna orientación. El Proyecto Pharos es muy astuto en su discurso, sobre todo frente a las personas vulnerables. En mi opinión, es la secta más peligrosa del planeta.

—¿Así que Herr Kebir cree que Meliha ha sido reclutada y sometida a un lavado de cerebro?

—No; me temo que todos estamos seguros de que Meliha ha sido asesinada. Ella no era una adepta, sino una infiltrada. Pero yo la buscaré mientras no sepamos con certeza una cosa u otra. Siempre cabe la posibilidad de que la hayan mantenido viva en alguna parte.

—Berthold Müller-Voigt era su amante. Estaba convencido de que ella había descubierto un secreto que le habría causado un daño enorme al Proyecto Pharos. ¿Usted opina que esa joven andaba detrás de algo tan grande?

—No lo sé. —Flemming se encogió de hombros—. Podría ser. Yo solo me involucré en el asunto *a posteriori*, por así decirlo. Pero creo que es muy posible que ella hubiera descubierto algo sobre la corporación Korn-Pharos o sobre el Proyecto Pharos. Meliha estaba totalmente dedicada a desenmascarar a los falsos profetas del ecologismo, por lo que me han contado.

—Pero ¿tiene usted experiencia en el trato con personas que hayan estado metidas en el proyecto? —preguntó Werner.

—Hasta ahora, hemos liberado a cuatro antiguos integrantes del grupo. Técnicamente, hemos infringido la ley en cada caso, pero una vez que estas personas han sido «desprogramadas», se han sentido agradecidas y no han querido presentar ninguna denuncia. Usted me ha preguntado por qué mantengo tanto secreto sobre nuestra actividad. Pues bien, creo que ahora ya empieza a hacerse una idea de lo despiadado que puede ser Pharos. No les gusta perder a ninguno de los suyos; no solo porque les moleste perder una fuente de ingresos, sino porque es probable que los exmiembros cuenten lo que ocurre en el seno de la secta.

—Y los que ustedes han liberado... ¿han hablado?

—Sí, pero la secta está estructurada de tal modo que cada integrante tiene una visión muy restringida del conjunto de la organización. Juntando datos parciales, sin embargo, nos hemos hecho una idea de los aspectos más secretos del proyecto.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, experimentos no regulados de interfaz cerebro-computadora, una rama de la neurociencia que encaja casualmente con las extravagantes ideas de Dominik Korn. Consiste en implantar finísimos microsensors en el cerebro de gente discapacitada para conectarla con dispositivos tecnológicos externos: ciegos capaces de volver a ver por medio de un ojo artificial, amputados disponiendo de pleno control sensorial sobre sus prótesis robóticas, ese tipo de cosas. Hay también versiones complejas ya desarrolladas para ayudar a personas con ciertos tipos de parálisis. Ya comprenderá usted por qué Dominik Korn, paralizado como está en una silla de ruedas, tiene un interés personal en financiar los avances en este terreno.

A Fabel le vino a la memoria Johann Reisch, un hombre desesperadamente necesitado de esa clase de tecnología. Aunque en su caso había sido demasiado tarde.

—¿Realmente insinuó que el Proyecto Pharos está efectuando operaciones ilegales a sus miembros con el fin de diseñar una silla motorizada más sofisticada para Korn? —preguntó el comisario.

—Ha de tener presente que muchos integrantes de la secta están deseosos de participar en el proceso. La «potenciación» se considera un paso en el camino hacia la singularidad.

—Dios mío... —exclamó Fabel—, ¿esa gente realmente se traga estas cosas?

—Por muy sofisticada que sea su tecnología y por mucho dinero que posea, el Proyecto Pharos no deja de ser una secta destructiva tan disparatada como cualquier otra. Es decir, utilizan los mismos trucos de siempre: restringen la ingesta de calorías y las horas de sueño de sus miembros para amortiguar sus reacciones mentales; a veces los sedan ligeramente. Todo ello hace que los nuevos adeptos sean más receptivos al adoctrinamiento. El problema que tenemos, cuando «liberamos» a uno de ellos, es que se trata a todos los efectos de un rapto. Los retenemos contra su voluntad en un lugar secreto y utilizamos las mismas técnicas de lavado de cerebro que las sectas de cuyas garras los estamos liberando, solo que al revés. Luego los volvemos a poner en manos de sus familias. Ahí termina normalmente el proceso, pero algunas sectas se esfuerzan en localizar a sus exmiembros. En el caso del Proyecto Pharos, utilizan a los consolidadores: funcionarios de la Oficina de Consolidación y Objetivos.

—¿Y cree que eran ellos los que empujaron mi coche al Elba?

—Estoy seguro. Corren rumores de que algunos consolidadores han sido «potenciados»: han dado un paso más allá en el proceso de la consolidación a base de implantes especiales para aguzar el oído, vista mejorada por medio de visión de infrarrojos, o cosas así. Personalmente, creo que son todo exageraciones de la secta. Ni siquiera el Proyecto Pharos dispone de este tipo de tecnología. Todavía.

—Bueno. Debo reconocer que su labor de investigación es excelente. Vamos, que parece estar extremadamente bien informado...

—Hemos de estarlo. Nos enfrentamos a enemigos muy sofisticados.

—Humm... —murmuró el comisario, pensativo—. ¿Conoce por casualidad a un tal Fabian Menke? Trabaja para la BfV.

—No. La verdad es que no —respondió Flemming, y no había nada descifrable en su expresión—. ¿Debería conocerlo?

—No. Pero pensaba que quizá sus caminos se habían cruzado.

Acababan de abandonar la oficina de Flemming cuando Anna Wolff llamó al móvil de Fabel.

—Jan, creo que hemos encontrado a Freese.

—Qué rápido.

—A decir verdad, nos lo ha puesto muy fácil. Hay un tipo caminando por el puente Köhlbrandbrücke. Ha disparado al tuntún a los coches que pasaban. Parece ser el mismo hombre que, según nos han informado, ha esgrimido una

pistola en el museo del tren eléctrico del Speicherstadt. A juzgar por la descripción, debe de tratarse de Freese.

## Capítulo treinta y tres

El Köhlbrandbrücke, un gran puente para vehículos que trazaba una amplia curva sobre el Elba, se hallaba suspendido de unos puntales de ciento treinta y cinco metros de altura que parecían gigantescos tenedores invertidos. Cuando Fabel llegó allí con Werner, la policía uniformada ya había cortado el tráfico por el puente. Unos setecientos metros más allá de la barricada policial, el comisario en jefe vio un vehículo blindado Thyssen TM 170 de los Comandos Móviles de Asalto MEK de la Polizei de Hamburgo, cruzado sobre los carriles de la calzada. Un grupo de agentes del MEK, provistos de casco negro y chaleco antibalas, se parapetaban tras el blindado y apuntaban con sus armas a la figura que estaba de pie sobre el antepecho del puente, mirando hacia abajo, con una pistola en la mano. Fabel calculó que el hombre se encontraba, aproximadamente, en el centro del puente, lo cual significaba que se abría ante él un abismo de unos cincuenta metros hasta el agua.

—Tengo que ir allí —le dijo al comisario uniformado de la barrera, señalando el blindado—. Necesito un megáfono.

Una vez equipados con cascos y chalecos antibalas, Fabel y Werner corrieron medio encorvados hacia el TM 170 detrás de dos agentes del MEK, que los cubrían del hombre armado con escudos antidisturbios.

—Lo único que nos faltaba..., turistas —masculó el mando del MEK cuando los agentes de la brigada de homicidios llegaron al blindado.

—¿Qué tal te va, Bastian? —preguntó Fabel—. ¿Le has disparado últimamente a alguien que yo conozca?

Bastian Schwager señaló la figura del puente, y contestó:

—¿Qué interés tiene tu brigada en ese idiota?

—Creemos que mató al tipo que sacamos ayer del río. Es una especie de ecoterrorista. Pero además, padece graves problemas mentales. Es un suicida en potencia.

—Si vuelve a apuntar hacia aquí con la pistola, Jan, voy a tener que ahorrarle



las molestias de tirarse.

—Escucha, Bastian, ese tipo es un testigo clave. Tengo que hablar con él. ¿Podemos acercarnos un poco más?

—¿Y ofrecerle un blanco fácil? No lo creo. Por lo que me dices, con enfermedad mental o sin ella, no solo representa un peligro para sí mismo. —Schwager resopló y señaló el megáfono—. De acuerdo, utiliza esto y dile que vamos a acercar el blindado para que puedas oírlo.

—Niels... —Sonó un pitido de acoplamiento. Fabel se acercó más el megáfono a la boca—. Niels..., soy el comisario en jefe Fabel de la Polizei de Hamburgo. Quiero hablar con usted. Quiero escuchar lo que tenga que decir, pero desde aquí no puedo. Estoy demasiado lejos. Vamos a aproximar el vehículo blindado hacia usted. Nadie le va a disparar ni tratará de atraparlo. Solo quiero hablar con usted. Si está de acuerdo, levante por favor la mano derecha.

Niels gritó algo.

—No puedo oírlo, Niels. Levante el brazo si está de acuerdo en que nos acerquemos.

La figura del puente se mantuvo inmóvil, sujetando flácidamente hacia abajo la pistola y mirando fijo el agua, que se deslizaba a cincuenta metros.

—Niels...

La figura siguió sobre el antepecho sin moverse durante una eternidad. Finalmente, levantó el brazo con desgana.

Bastian Schwager ladró una serie de órdenes a sus hombres, primero de viva voz y luego por radio. El TM 170 arrancó con un gruñido, se encarriló y avanzó lentamente. La unidad MEK, así como Fabel y demás agentes, se parapetaron junto al flanco del vehículo. Cuando el blindado se detuvo, los tiradores volvieron a apuntar a Niels, que se hallaba a veinte metros.

—Niels... —lo llamó Fabel, una vez que el motor del blindado enmudeció—, quiero que se baje de ahí. Quiero hablar con usted sobre todo lo ocurrido.

El chico no respondió de inmediato; seguía de espaldas, mirando fijamente hacia abajo. Al fin dijo:

—¿Quiere saber algo gracioso? Yo antes le tenía miedo al agua. Y a la altura. ¿Divertido, no?

—Niels... —Fabel mantenía un tono sereno y equilibrado—, tiene que dejar la pistola en el suelo. Se está poniendo en peligro a sí mismo con ese chisme en la mano. Quiero que la suelte.

—¿Esto? —Niels alzó la automática y la miró como si nunca hubiera visto una pistola. Fabel percibió que los hombres del MEK se aprestaban a abrir fuego, y alzó la mano para contenerlos—. Yo pensaba que ya la había tirado. Y que ya había pensado que la había tirado cuando la tiré la otra vez. No sé si esto es una pistola. Quizá la primera era... Da igual, ya no la necesito.

Abrió la mano y dejó que se le escapara el arma, que golpeó el antepecho

con un chasquido y cayó al vacío.

—Hizo exactamente lo mismo la otra vez —afirmó.

Como Niels ya no representaba un peligro para nadie, salvo para sí mismo, Fabel y los demás agentes salieron de detrás del TM 170. Bastian Schwager ordenó a todos sus tiradores, excepto a uno, que bajaran las armas.

—Muy bien, Niels, así me gusta —dijo Fabel—. Ahora necesito que baje del antepecho, no sea que se vaya a caer.

—No. No voy a hacerlo. Me voy a quedar aquí. Se ve mucho mejor desde la altura. En todos los sentidos, quiero decir. ¿No le parece divertido? Sí, eso que le he dicho, que a mí antes me daba miedo el agua y la altura. ¿No es gracioso que ahora esté aquí arriba, a tanta altura, sobre el agua? Pero ya no tengo miedo. ¿A qué altura debo de estar?

—No lo sé. Cincuenta, o cincuenta y cinco metros. Lo bastante para morir si resbala. Así que, ¿por qué no se baja de ahí?

Niels levantó la vista del río y contempló la ciudad.

—¿Sabe? Es un crimen que este puente esté cerrado a los peatones. Hay una vista fantástica desde aquí. Pero así es el mundo en que vivimos. El coche es Dios. —Se calló, repentinamente turbado—. O al menos yo creía que es el mundo en que vivimos. Estoy confuso. Quizá este sea el otro lugar. Lo tenía todo bien claro en mi cabeza, pero ahora se ha vuelto a embrollar y ya no sé cuál es cuál.

—Se ha hecho un lío con un montón de cosas, Niels. Está cansado y confuso. ¿Por qué no viene conmigo y lo hablamos? Lo aclararemos todo.

—No voy a ir a ningún sitio a donde no quiera ir. Y usted me llevaría a algún sitio al que no quiero ir, donde no podré ver las cosas que quiero ver, ni ir a donde yo quiera.

—Niels, ¿por qué mató a Daniel Föttinger?

—¿A quién?

—Al hombre que murió abrasado en el Schanzenviertel.

—¡Ah, ese! Me dijeron que lo hiciera. Era un enemigo de Gaia.

—Pero ese hombre estaba trabajando en proyectos, en tecnología destinada a proteger el planeta.

—Eso no importa —dijo el chico con aire distraído, encogiéndose de hombros, mientras continuaba contemplando el paisaje desde lo alto—. Había hecho cosas. Cosas malas. Cosas que habrían dejado en mal lugar al movimiento.

—¿Qué cosas, Niels?

—¡Ah! No lo sé. —Volvió a concentrarse en el río, a sus pies—. ¿Usted cree que el agua es como un espejo?, ¿que debajo hay una copia exacta de nuestro mundo?

—No, Niels, no lo creo. ¿Quién le dijo que matara a Föttinger?

—El Comandante. Pero a él se lo dijeron los trajes grises, me parece. Y yo sí

lo creo: creo que esa es la verdad. —Hablabo repentinamente animado, como si acabara de resolver un gran enigma—. Mejor dicho..., es lo lógico. Esa sensación que tengo de que todo esto no es real. ¿No lo ve? No es real. El mundo real está al otro lado del agua. Somos nosotros los que estamos bajo la superficie. —Señaló el río—. El mundo real esta ahí abajo..., quiero decir, ahí arriba...

—Niels, necesito que se concentre. Dígame, ¿quiénes son los trajes grises? ¿Quién le dio al Comandante la orden de matar a Föttinger?

Como si no hubiera escuchado una palabra, el chico siguió volcando toda su atención en la lejana superficie del agua.

—No lo había comprendido antes, pero ahora todo cobra sentido. Yo siempre supe que esto era una especie de copia. Que es una especie de copia. Que yo solo soy una especie de copia. El mundo real y el yo real están allí...

Fabel vio que Niels se había inclinado un poco hacia delante, y sintió que se le encogía el estómago.

—Niels, escúcheme... Esto es el mundo real. No hay nada allá abajo, solo la muerte, créame. Y ahora, por favor, ¿quiere venir conmigo para que podamos aclararlo todo?

Por primera vez, Freese volvió la cabeza y miró al comisario directamente.

—No. Usted se equivoca. No lo culpo, porque es todo muy convincente, está muy bien recreado, pero yo no me trago que este sea el mundo real. Creo que está al otro lado del agua. Voy a echar un vistazo...

Dicho esto, dio un paso y desapareció de la vista de Fabel.

Los demás agentes corrieron a asomarse al antepecho. Fabel permaneció en su sitio. No quería ver el cuerpo destrozado de Freese flotando en las oleaginosas aguas del Elba. Así, al menos una parte de él podría creer que el deseo del chico se había cumplido, que ahora se encontraba en otra realidad.

Una realidad más amable con él. Una realidad donde vería las cosas tal como eran realmente.

## Capítulo treinta y cuatro

Fabel levantó la vista hacia el cielo de las siete de la mañana. Había sido como esperar la entrega de un paquete retrasado, pero ahí estaba, por fin, el signo inequívoco de que había llegado la primavera. Era una mañana cálida y soleada, y el cielo estaba totalmente despejado.

—Fantástico, ¿no? —dijo Anna.

—Ya era hora. —Fabel se ajustó las correas del chaleco antibalas en los costados—. ¿Todos listos?

Los miembros de su equipo asintieron: Anna, Werner, Henk, Dirk y Thomas. Nicola Brüggemann estaba forcejeando con el chaleco.

—¿Soy la única persona de la Polizei de Hamburgo con TE-TAS...? —dijo gritando la última palabra hacia el jefe de la unidad MEK que le había proporcionado el chaleco. Luego, dirigiéndose a Fabel, añadió—: Esto obviamente ha sido diseñado por un hombre. —Tras un poco más de forcejeo y maldiciones, consiguió ajustarse el chaleco antibalas.

Además del equipo de la brigada, contaban con una unidad de ocho comandos especiales del MEK, con Fabian Menke y dos hombres más de la BfV. Detrás de los coches había un furgón para detenidos con tres policías uniformados. Habían aparcado todos los vehículos a la vuelta de la esquina de la casa okupa, pero Fabel se decía que deberían moverse deprisa. Aun a esa hora de la mañana, la noticia de la presencia de la policía en el Schanzenviertel se propagaría rápidamente.

—¿Algún movimiento? —le preguntó al jefe del equipo. Habían mantenido frente a la casa una unidad de vigilancia encubierta desde que Niels Freese se había arrojado del Köhlbrandbrücke la tarde anterior. Fabel había conseguido que el suceso no trascendiera a la prensa, pese a la interrupción del tráfico y al gran contingente policial desplegado en el puente. Había un acuerdo extraoficial con la prensa para minimizar los suicidios desde el Köhlbrandbrücke, e impedir que se convirtiera en un punto aún más popular donde cometer suicidio.

—Casi nada. Una mujer ha llegado hace cosa de media hora y ha abierto ella misma. Cosa rara, iba elegantemente vestida; no era el tipo de mujer que relacionarías con esa pandilla.

—¿Ha salido ya? —preguntó Fabel.

—No; sigue ahí.

—¿Tenemos todos claro lo que hemos de hacer? —preguntó el comisario jefe. Más gestos de asentimiento.

—No deberíamos encontrar muchas dificultades —aventuró Menke—. Por ahora los Guardianes se han limitado a protestar. No hay motivo para creer que tengan armas. Pero, dado el radicalismo que han demostrado últimamente, es mejor asegurarse.

Fabel asintió y, dirigiéndose a todo el equipo, dijo:

—Muy bien. En cuanto entremos, detenemos a todos los ocupantes. Los ponemos boca abajo, los esposamos, los cacheamos, y después hay que montar una cadena para trasladarlos al furgón. Ya habéis visto todos la fotografía de Jens Markull. Es nuestro fundamental objetivo: el vínculo entre Niels Freese y quien ordenó la muerte de Daniel Föttinger. Nicola, llévate a Thomas y Dirk, rodea el edificio y entra por detrás con un par de agentes MEK. Los demás entraremos por la puerta principal. Anna, tú te quedas con los agentes del furgón.

—¿Me toma el pelo?

—No le tomo el pelo a nadie, comisaria Wolff. Le he asignado un puesto.

—Jan, no van a dispararme otra vez. Y desde luego no van a dispararme en semejante sitio. Lo máximo que van a hacer esos idiotas es apedrearnos con lentejas.

—Anna, haz lo que te digo.

—De acuerdo —dijo ella con aire resignado.

—Recordadlo, quiero que salga todo el mundo lo más aprisa posible —indicó Fabel, dirigiéndose de nuevo al equipo y repasando lo que ya había explicado en la sesión informativa—. No me interesan tanto ellos mismos como las pruebas de las que podamos incautarnos. Puesto que Freese se arrojó al río, necesitamos hallar alguna prueba que relacione a los Guardianes y el Proyecto Pharos con el asesinato de Daniel Föttinger. No permitáis que nadie borre datos o destruya documentos. Y no olvidéis que Jens Markull tiene prioridad sobre los demás.

Menke le había explicado a Fabel que, normalmente, había en la casa alguien de vigilancia, así que decidieron no acercarse a pie. En cuanto Fabel dio la señal por radio, todos los vehículos doblaron la esquina y se detuvieron frente al edificio. El furgón para detenidos los siguió unos segundos más tarde: el tiempo suficiente para que los agentes salieran disparados de los coches y corrieran hacia la puerta, encabezados por los hombres del MEK. Dos de ellos llevaban ariete, y la puerta de madera, aunque maciza, cedió con sorprendente facilidad.

Fabel siguió a los comandos de uniforme negro hacia el interior de la casa,

gritando: « ¡Polizei de Hamburgo!» . Oyó un estruendo de madera astillada en la parte trasera y dedujo que el otro equipo ya había ganado acceso al edificio. En la planta baja había cuatro habitaciones mugrientas. Ningún vigilante; solamente tres hombres y una mujer durmiendo, a los que despertaron y levantaron bruscamente, y esposaron de inmediato. Se los veía sucios, desnutridos, abrumados por la inesperada violencia de la redada. Fabel observó con rapidez las caras: demasiado jóvenes para ser Jens Markull.

—¿Dónde está Markull? —le gritó a la chica, quien respondió escupiéndole.

Se oyó ruido arriba.

—Henk, ven conmigo. Tú también —le dijo Fabel a uno de los agentes MEK. Subieron la escalera de tres en tres. Arriba había cuatro habitaciones más. Le hizo una seña a Henk y este y el comando abrieron a patadas la puerta más cercana al rellano. Nada. Otro ruido.

—¡Aquí! —gritó Fabel, y también abrió de una patada la segunda puerta.

Tardó menos de un segundo en abarcar la habitación con la vista, pero su cerebro no consiguió procesar toda la información en ese lapso. Esa habitación no parecía formar parte de la casa. Estaba inmaculadamente limpia y contenía una serie de equipos informáticos de aspecto muy caro que llenaban el ambiente de un ligero zumbido. Las ventanas habían sido tapiadas por completo con tabloncillos, pero la habitación estaba profusamente iluminada. Fabel reconoció en el acto a Jens Markull. Se hallaba sentado tras un gran escritorio y lo miraba a él directamente, pero era obvio que el activista ya no podía ver a nadie. Tenía un lado del cráneo aplastado y el pelo, cubierto de sangre y masa encefálica. Parecía que lo hubieran matado y colocado luego en la silla.

Y en el centro de la habitación, había una mujer. Fabel la reconoció también en el acto. Llevaba exactamente el mismo traje de chaqueta de color gris que aquella noche cuando se le había acercado en el muelle y le había mostrado el documento de una mujer que ya estaba muerta.

—¡No se mueva de ahí! —Fabel la apuntó con su SIG-Sauer, pero no percibió en su expresión el menor signo de alarma, violencia o temor. Ella permaneció sencillamente en el centro de la habitación, mirándolo con unos ojos casi tan muertos como los de Markull. Tenía algo en la mano, pero no se trataba de una pistola. Era algo más pequeño. Como un mando a distancia.

Fabel percibía que el agente MEK estaba justo detrás de él. Y entonces, inesperadamente, el comando lo agarró del cuello del chaleco y lo obligó a retroceder hacia el rellano. Estaba a punto de protestar, pero oyó que el agente gritaba: « ¡Bomba!» para alertar también a Henk y a cualquiera que anduviera cerca.

Habían bajado a trompicones la mitad de la escalera cuando el artefacto hizo explosión. El comisario sintió que le clavaban en los oídos algo afilado y ardiente y, al mismo tiempo, que el mundo desaparecía bajo sus pies.

Los tres —Fabel, Henk y el agente MEK— se desplomaron junto con la escalera destrozada hasta la planta baja. De súbito, el comisario tomó conciencia de que Werner se agachaba a su lado, y luego también Anna. Le parecía como si sonara un pitido junto a su oído y le faltaba el aliento. Pero aparte de eso, tanto él como los otros dos agentes parecían de una pieza.

—Gracias —le dijo al joven agente MEK cuando los ayudaron a los dos a ponerse de pie.

—Será mejor que salgamos —dijo el comando—. Podría haber otros artefactos. Hemos de llamar a la brigada de artificieros. Hay que obligar a todo el mundo a salir.

—Claro —contestó Fabel, aunque estaba seguro de que no habría ninguna otra bomba en la casa okupa. La que había estallado arriba bastaba para cumplir la misión que tenía encomendada: destruir todos los equipos informáticos y los datos almacenados en ellos.

Mientras salían, Fabel no podía quitarse de la cabeza la cara de la joven que había activado el artefacto. Ella no había ido allí para encontrar la muerte.

—Retiro el chiste de las lentejas —dijo Anna cuando estuvieron a cierta distancia de la casa. Una columna de humo negro se alzaba desde la planta superior. El comisario dedujo que la bomba tenía un componente incendiario—. ¿Seguro que está bien?

—Haré que me echen un vistazo.

—¡Por Dios, Jan! —exclamó Anna—. Una bomba suicida. Esta gente es tan peligrosa como los islamistas radicales.

—No estaba previsto que fuera una bomba suicida, Anna. Esa mujer era la misma que me salió al encuentro en el muelle. Ella no tenía por qué morir. Estaba ahí para cerrarle el pico a Markull, permanentemente..., y destruir las pruebas. Luego tenía que salir y detonar la bomba desde lejos. —Se tocó el oído y se miró los dedos. No tenía sangre. El tímpano estaba intacto. Entonces le comentó:

—Deberías haber visto los equipos informáticos que había en esa habitación. Una organización de mierda como los Guardianes de Gaia no podría permitirse nada parecido. Markull tenía a alguien detrás, y ese alguien estaba cortando el vínculo por lo sano. Yo diría que esa mujer le ha machacado la cabeza y luego lo ha colocado en la silla para que pareciera que las heridas se debían a la explosión. De este modo daría la impresión de que los Guardianes de Gaia, cada vez más radicalizados, habían empezado a fabricar bombas, y que Markull había cometido una torpeza al montar un artefacto. —Contempló un momento el edificio en llamas, y con tono duro y resuelto, ordenó:

—Reúne al equipo. No vamos a permitir que esto nos detenga.

—¿Seguimos con el plan? —preguntó Werner.

—Sí. Ahora mismo vamos al edificio Pharos.



Fabel sabía perfectamente que los divisarían con mucha antelación. No había más que dos maneras de acercarse al Pharos: por el río o por la orilla. En ambos casos, no había modo de ponerse a cubierto, por lo que la comitiva sería identificada a medio kilómetro de distancia. En esta redada, la rapidez lo era todo; cada segundo malgastado implicaría perder más datos, y contar, por tanto, con menos pruebas que aportar ante un tribunal.

El comisario en jefe había aleccionado una y otra vez a sus colaboradores. Pero ya habían pasado cinco valiosas horas desde el frustrado asalto a la casa ocupa de los Guardianes de Gaia, y él temía que la gente de Pharos estuviera esperando también una redada policial. Sus hombres estaban respaldados por agentes MEK, tanto de la Polizei de Hamburgo como de la Polizei de Baja Sajonia. La Policía del Puerto dirigía el asalto desde el agua. Fabel no tenía motivos para suponer que la policía encontrara resistencia, ni tampoco le constaba que los llamados consolidadores encargados de la seguridad estuvieran armados. A pesar de todo, como había señalado durante la reunión informativa, en la historia reciente abundaban los casos de sectas que acababan recurriendo al suicidio en masa. Y él no quería que la operación se convirtiera en un Waco alemán.

Menke estaba presente con el grupo de la BfV que había investigado el Proyecto Pharos, y Fabel había reclutado también a Kroeger y a otros agentes de la unidad de cibercrimen. Ellos habrían de sacar todos los datos que pudieran con la mayor celeridad. El comisario estaba convencido de que el Proyecto Pharos disponía de algún *software* autodestructivo para afrontar, precisamente, esa clase de emergencia.

Fabel, Werner y Brüggemann iban en la embarcación más destacada de la policía portuaria: un bote hinchable de casco rígido que avanzaba a toda velocidad por el río, alzando la proa por encima del agua y saltando sobre el ligero oleaje. La pequeña flotilla se mantenía pegada a la orilla para evitar que la divisaran durante el mayor tiempo posible.

—¿Te encuentras bien, Jan? —gritó Werner, superando el estruendo del motor. Fabel, encorvado y apretando la mandíbula, se aferraba a los costados del asiento.

—Estoy perfectamente. Pero el agua no es lo mío.

El edificio Pharos también resultaba impresionante desde el río. El bote describió una pequeña curva hacia el centro de la corriente y se deslizó entre dos columnas de sujeción (de las doce que había), y por debajo de la planta de Pharos que se proyectaba sobre el agua, en la que se encontraba, como bien sabía Fabel, la oficina de Peter Wiegand.



Había un embarcadero en el centro, a la sombra del edificio. Dos consolidadores de traje gris observaron cómo se aproximaban los botes de la policía. Uno de ellos parecía estar hablando, pero no lo hacía con su compañero. Fabel dedujo que su llegada estaba siendo anunciada al edificio principal.

Cuando llegaron al embarcadero, recibió por radio un mensaje de Anna, avisándole de que el equipo que ella guiaba ya había cruzado la verja y se dirigía a la entrada.

Los agentes MEK ocuparon el lugar, pusieron a los consolidadores contra la pared y los cachearon por si llevaban armas. Nada.

—Esto no significa que los demás no estén armados —advirtió Fabel—. No corráis riesgos.

Una redada policial entraña una violencia contenida, un despliegue de fuerza destinado a dominar la situación e imponer el control. Para el peatón inocente sorprendido en medio de una redada, y para la mayoría de los delincuentes, constituye una experiencia traumática. Sin embargo, mientras recorrían el edificio a paso de marcha, reduciendo a cualquier consolidador con el que se tropezaban, Fabel notó que los demás miembros de la secta observaban su avance con absoluta pasividad. No había escenas de pánico. Y lo que más le preocupaba era que no se veía a nadie volcado sobre un monitor tratando desesperadamente de borrar datos.

Como la última vez que el comisario jefe había charlado con él, Peter Wiegand los estaba esperando en su oficina. Se hallaba sentado tras su enorme escritorio con estudiada calma. Su jefe de seguridad, Bädorf, permanecía de pie a su lado, con las manos entrelazadas, como un mayordomo aguardando instrucciones.

—Deduzco que quiere mantener esa charla que mencionó la última vez que estuvo aquí, Herr Fabel —dijo Wiegand con una sonrisita educada que indicaba que encontraba un tanto tedioso al comisario—. La que habíamos de mantener en su oficina...



Peter Wiegand se las arreglaba siempre para transmitir una sensación de autoridad: de que él era el dueño y señor del entorno inmediato, aun cuando ese entorno fuese la sala de interrogatorios del Präsidium de la Policía de Hamburgo. Estaba sentado con toda compostura, como de costumbre, y con un aspecto impecable. Esa pulcritud iba, en su caso, mucho más allá de la indumentaria: llevaba la barba cuidadosamente recortada, y el rasurado craneo lo tenía irreprochablemente bruñido. Era un hombre más bien bajo y fornido, y no obstante, había una consistencia particular en él, una especie de eficiencia física

en su modo de moverse.

Sentada junto a él, había una atractiva mujer de poco más de cuarenta años. Se había recogido el cabello, de un color rubio platino, en un moño, y llevaba un traje de chaqueta que, ciertamente, no contenía ni una hebra sintética y que probablemente, pensó Fabel, costaba más de lo que él ganaba en un mes. La había reconocido de inmediato: Amelie Harmsen no era el tipo de representante legal con la que él estaba acostumbrado a medirse. Era una de las abogadas más destacadas de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo, aunque mucho más conocida por ganar indemnizaciones por daños y perjuicios para sus famosos clientes que por defender casos criminales. Harmsen no era, desde luego, una adepta adoctrinada del Proyecto Pharos. Ella representaba a Wiegand como multimillonario, en lugar de como líder de una secta.

—Quiero saber cuánto tiempo pretende mantener detenido a mi cliente, comisario en jefe —dijo la mujer—. Y si tiene algo de que acusar a Herr Wiegand, me gustaría oírlo. Ahora.

—También me gustaría a mí, Herr Fabel —añadió Wiegand con su sempiterno deje de aburrido desinterés.

El comisario sonrió educadamente. Werner le dio una carpeta. Él la cogió, la puso sobre la mesa y empezó a hojear las páginas.

—¿Sabe?, estos documentos son muy interesantes —dijo en tono informal—. ¿Sabía que Daniel Föttinger estudió filosofía en la Universidad de Hamburgo?

—No, Herr Fabel. No lo sabía.

—¿De veras? Yo habría dicho que ustedes hablarían de estas cosas. Al fin y al cabo, el Proyecto Pharos se dedica de modo intensivo a la filosofía de la mente, ¿no es así?

Wiegand no dijo nada. Se limitó a sostenerle la mirada con frialdad y desdén.

—No le fue muy bien en sus estudios —continuó Fabel—. Por lo que hemos podido averiguar, tenía tendencia a quedarse estancado en un aspecto muy particular de la filosofía. Casi de un modo obsesivo. Le faltaba disciplina intelectual, por lo visto; carecía del rigor necesario; sus disertaciones eran consideradas entre sus profesores muy limitadas y escasamente documentadas... Mire esta, por ejemplo: se suponía que debía consistir en un análisis general de la teoría de las formas de Platón, pero acaba convirtiéndose en una divagación extremadamente proliza sobre la simulación platónica. —Continuó hojear el documento—. Pero donde se pone interesante de verdad es al analizar el concepto de *qualia*. En fin, yo no soy filósofo, pero *qualia* significa para mí las experiencias sensoriales que tenemos del mundo, cómo percibimos nuestro medio ambiente.

—¿El aburrimiento entra en ese concepto, Herr Fabel? —inquirió Wiegand con hastío—. Tengo la esperanza de que pretenda llegar a alguna parte con todo esto.

—Bueno, digámoslo así: la personalidad de Daniel Föttinger, a mi modo de ver, se manifiesta claramente en estas páginas. La misión de la filosofía es, a fin de cuentas, darle sentido a la experiencia del mundo del individuo. Föttinger estaba interesado en un concepto en particular relacionado con *qualia*: el concepto del «zombi filosófico». Es decir: la idea, postulada en ciertos campos filosóficos, de que solo hay una minoría de personas en el mundo que sean reales; que algunas personas —la mayor parte de ellas, de hecho— no existen realmente en el sentido estricto de la palabra. Y reaccionan a los estímulos tal como podría esperarse: manifiestan sentimientos de pena, dolor, cólera, amor, pero no los experimentan realmente, porque no tienen una conciencia sensorial real.

—¿Conclusión? —preguntó la abogada de Wiegand.

—Simplemente, que resulta muy interesante que estas páginas indiquen que Daniel Föttinger estaba obsesionado con ese concepto. Ahora bien, he hablado con un montón de personas sobre Herr Föttinger, y he conseguido comprender un poco la naturaleza de su personalidad. Y debo decir que no resulta una personalidad muy agradable. Creo que, en su juventud, estaba obcecado con estas ideas porque encajaban a la perfección con su peculiar percepción del mundo.

—¿Qué clase de percepción? —preguntó Wiegand.

—La de que la gente no importaba realmente. Daniel Föttinger era una persona por completo desprovista de empatía: era incapaz de concebir que los demás tuvieran una conciencia de algún modo similar a la suya. —Fabel cerró la carpeta—. Föttinger era, sencillamente, un sociópata.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi cliente? —cuestionó Harmsen.

—A eso voy. La sociopatía es un trastorno de la personalidad más corriente de lo que podría uno creer. Una personalidad levemente sociópata constituye con toda probabilidad una ventaja en el mundo corporativo: el «ejecutivo despiadado» es, con mucha frecuencia, una persona egocéntrica en grado sumo, totalmente ciega a los sentimientos de los demás. Daniel Föttinger era sin duda un ejecutivo de este tipo, como lo había sido antes su padre, por lo que he averiguado. Föttinger no debía de ser un candidato ideal para reclutarlo en el Proyecto, pero usted, Herr Wiegand, ya contaba con la esposa de ese personaje, una mujer con su propia fortuna personal, y necesitaba que la empresa del marido trabajara en plena sintonía con la corporación Korn-Pharos. No lo sé, pero creo probable que su intención, una vez que le hubiera lavado bien el cerebro a Daniel, era que Tecnologías Medioambientales Föttinger fuese absorbida por el imperio Korn.

—Sigo sin ver... —intentó decir la abogada de Wiegand.

—Sus técnicas de lavado de cerebro empezaron a funcionar en Föttinger, especialmente porque el concepto de un mundo virtual poblado de programas

autoconscientes resultaba muy atractiva para las retorcidas ideas que él albergaba ya desde joven. Pero ese tipo no dejaba de constituir un engorro, ¿no es así, Herr Wiegand? Me imagino que su conducta se volvió cada vez más errática. También me imagino que usted consideró problemática la manera que él tenía de relacionarse con los miembros femeninos del grupo Korn-Pharos. — Fabel guardó silencio un momento—. Y bien, ¿qué tiene todo esto que ver con usted, Herr Wiegand? Se lo voy a decir: una joven activista del ecologismo y periodista de Internet, que se hacía llamar Meliha Yazar, logró infiltrarse en su organización. De algún modo, ganó acceso a las informaciones más confidenciales del proyecto. Descubrió algo grave; tan grave que podía acabar con el propio proyecto en cuestión. Y como había adquirido ese conocimiento, usted ordenó matarla. Después, como sospechaba que ella le había transmitido la información a su amante, Berthold Müller-Voigt, ordenó que lo mataran también. Y planeó que me empujaran a mí por un muelle y me arrojaran al Elba, porque temía que me estuviera acercando demasiado a la verdad, lo cual era cierto.

—¿Nos va a explicar cuál es esa verdad? —preguntó Wiegand.

Fabel advertía que el multimillonario no se sentía amenazado en absoluto: sabía de sobra que una cosa era plantear acusaciones, y otra muy distinta contar con las pruebas para respaldarlas. Su abogada permanecía en silencio.

—En primer lugar, hablemos de la muerte de Daniel Föttinger: usted también organizó esa ejecución. Sus consolidadores dirigen, de hecho, a los Guardianes de Gaia y usted utilizó al pobre y trastornado Niels Freese para matar a Föttinger.

—¿Y por qué —preguntó Harmsen— habría de hacer mi cliente tal cosa?

—Por el gran secreto que Meliha Yazar había descubierto: el secreto que Herr Wiegand ha tratado de borrar por todos los medios de la faz de la Tierra.

—¿Y cuál es ese « gran secreto » ? —quiso saber la abogada.

—Que Daniel Föttinger era el Asesino de la Red.

Hubo un silencio. Ningún signo en el rostro de Wiegand. Una expresión menos segura en el de Harmsen.

Fabel se volvió de nuevo hacia Wiegand, y expuso:

—A medida que Föttinger se dejaba llevar por las estrambóticas ideas del Proyecto Pharos (ideas que encajaban con su propia experiencia, tal como había sucedido con Niels Freese), se fue volviendo más y más incontrolable. Se pasaba más de seis horas todas las noches en *Virtual Dimension*, llevando una vida sucedánea que se extendía al mundo real. Concertaba citas con las mujeres que había conocido *on-line*, las violaba y las estrangulaba, y arrojaba los cuerpos en los canales de la ciudad. Usted lo descubrió, pero no pudo detenerlo antes de que matara a la primera víctima. En realidad, sospecho que usted no lo descubrió hasta que atrapó a Meliha Yazar. ¿Me equivoco?

Wiegand permaneció impasible.

—Así pues, sus consolidadores realizaron una operación de limpieza —

prosiguió Fabel—, borrando cualquier huella de contacto *on-line* entre Daniel Föttinger y Julia Henning y las demás víctimas. Ustedes conservaron el cadáver de esta mujer en una cámara frigorífica hasta después de la muerte de Föttinger, para que él no pudiera ser relacionado con los asesinatos.

Wiegand permaneció en silencio un instante y luego estalló en carcajadas. Su abogada, sin embargo, ni siquiera sonrió.

—¿Sabe una cosa, Fabel? —Wiegand se inclinó hacia delante. El rasurado cráneo le relucía bajo la luz artificial de la sala de interrogatorios, y sus ojos tenían una expresión dura y fría—. Es usted quien tiene un problema con la realidad. Todo lo que ha dicho es absurdo. Una pura fantasía.

—¿Ah, sí? Desde luego, era una situación muy embarazosa para usted. Manipuló la mente de Föttinger un poco más de la cuenta, y demasiado deprisa. Ya he dicho que él tenía tendencias sociópatas que no eran evidentes de entrada y, en todo caso, de ese tipo que produce ejecutivos despiadados. Pero lo que usted ignoraba era que tenía un historial de ataques sexuales, todos encubiertos por papá. Las excéntricas teorías que usted le ofrecía empezaron a excitar su sentimiento de superioridad, así como su creencia de que había gente en el mundo que no era estrictamente real y también la idea de que tal vez todo lo existente no fuera la realidad, sino una especie de simulación. Un juego, vaya. Probablemente, se convenció a sí mismo de que las mujeres que violaba y estrangulaba ni siquiera sentían lo que les hacía; debía de creer que eran «zombis filosóficos» programados para simular miedo y dolor.

—¿Tiene usted alguna prueba tangible con la que respaldar estas afirmaciones? —preguntó la abogada.

—Ese era el objetivo de las redadas de esta mañana. La primera no ha sido precisamente un éxito. Había una mujer joven en la guarida de los Guardianes de Gaia, la misma que intentó colocarme en una posición comprometida al presentarse con la identidad de Julia Henning antes de que el cuerpo de esta fuese identificado. En todo caso, esa joven iba vestida de modo muy parecido a sus consolidadores, Herr Wiegand, y ha activado una bomba que ha borrado todas las pruebas que necesitábamos, borrándose ella misma del mapa, también. Pero tenemos en nuestro poder los equipos del edificio Pharos y el departamento técnico se está encargando de desmontarlos, pieza a pieza, ahora mismo. Me temo que será usted nuestro invitado mientras no terminen.

—Entonces le deseo suerte —dijo Wiegand—. Porque si no encuentra ninguna prueba con la que sustanciar estas afirmaciones monstruosas, yo mantendré una larga conversación con Frau Harmsen, aquí presente, para estudiar nuestras opciones.

Tras interrumpir el interrogatorio, Fabel volvió a la brigada. Se sentó ante su

escritorio y miró distraídamente los tres libros que Anna le había dejado allí; los libros que habían encontrado en la mesita de noche de Meliha Kebir: *Mil novecientos ochenta y cuatro, Primavera silenciosa y El juez y su verdugo*.

Werner entró y se desplomó en la silla de enfrente.

—Estamos jodidos, ¿no?

—Creo que eso resume bastante bien la situación. Vamos a retenerlo esta noche y a confiar en que los chicos del departamento técnico encuentren algo. ¿Qué tal les va a Anna y a Henk con Bädorf?

—No les va. Bädorf ha mantenido la boca cerrada, salvo para exigir que presenten las pruebas contra él. Son una pandilla de tipos muy seguros de sí mismos, Jan. Por cierto, en la segunda planta del Pharos hay una «enfermería» completa. Los que la han registrado dicen que, a juzgar por su tamaño, los miembros del proyecto deben de ser propensos a los accidentes o tener una salud muy deteriorada.

—¿Una sala de operaciones?

—Da la impresión de que había una, pero que la han desmantelado. De nuevo, ninguna prueba que presentar ante un tribunal. ¿Estás pensando en ponerte al día con tus lecturas? —dijo señalando los libros que había sobre la mesa.

—¿Tú crees que hay que hacer caso de los sueños? —preguntó Fabel.

—No te estarás desmoronando ante mis ojos, ¿eh, Jan?

—Volví a soñar con Paul Lindemann. Me dijo que no olvidara estos libros.

—No, Jan. Tú te dijiste a ti mismo que no te olvidaras de estos libros. Así es como funcionan los sueños. La gente que aparece en ellos no es real, ¿sabes? Aparecen para decirte lo que ya sabes; lo que tienes guardado en algún rincón de tu subconsciente, o alguna chorrada por el estilo.

—Ya lo sé, Werner. Pero es extraño. Se parecía tanto a Paul.

Alguien llamó a la puerta. Kroeger asomó la cabeza y preguntó si podía sumarse a la reunión.

—¿Y bien? —le preguntó Fabel, cuando el agente de la unidad de cibercrimen hubo tomado asiento junto a Werner.

—Nada. Tengo a media docena de mis mejores hombres en el edificio Pharos revisando cada archivo y cada documento; y he hecho traer aquí una docena de discos duros. Nos hemos centrado en los ordenadores de Wiegand y Bädorf, como usted ha sugerido, así como en los equipos utilizados en la Oficina de Consolidación y Objetivos, pero no hemos encontrado nada. Lo lamento.

—Entonces, obviamente, es que ha borrado cualquier dato inculpatario al vernos llegar, ¿verdad?

—Para ser sincero, no lo sé. —La alargada cara de Kroeger parecía más grisácea y sombría de lo habitual—. Lo siento. Normalmente, nosotros sabemos si han sido borrados los datos, y casi siempre (a menos que el disco duro haya sido destrozado, y quiero decir destrozado físicamente), podemos recuperar los

archivos eliminados. Pero no da la impresión de que hayan borrado lo que buscamos; es más bien como si no hubiera habido nada desde el principio.

—No puedo creer que no haya absolutamente nada en su ordenador central, o como demonios lo llamen. —La frustración de Fabel empezaba a bullirle por dentro y a transformarse en rabia—. Yo creía que usted y sus chiflados de la informática estaban considerados como los mejores del sector, pero veo que han encontrado la horma de su zapato. El Proyecto Pharos ha superado y burlado a su unidad.

Pareció que Kroeger reflexionaba en las palabras de Fabel, sin el menor atisbo de sentirse ofendido por sus afirmaciones.

—No... —dijo pensativamente—. No; no creo que sea así. Nosotros, en un caso corriente, habríamos encontrado alguna pista porque no puedes borrar de un ordenador todas las huellas de los datos anteriores. La única anomalía que hallamos es que muchos de los datos que estamos examinando han sido actualizados en las últimas horas. Son archivos nuevos. Y la hora de actualización, en algunos de ellos, ha sido manipulada. Pero yo creo que esto concuerda con lo sucedido con su teléfono móvil.

—¿A qué se refiere? —preguntó Werner.

—Estamos buscando una solución de alta tecnología a todos estos problemas —dijo Kroeger, concentrándose y frunciendo la frente—. Y quizá es mucho más sencillo que eso. Yo creo que el Proyecto Pharos se ha deshecho físicamente de sus datos, y que muchos de los ordenadores que estamos analizando los han traído de otra parte, o al menos les han cambiado el disco duro. Los originales deben de estar en el fondo del Elba, o los han triturado en una planta de reciclaje. Lo cual explicaría que haya tantos archivos nuevos en algunos de los ordenadores clave, sobre todo en los equipos de la Oficina de Consolidación y Objetivos. El servidor que tienen allí parece salido de fábrica. Mi idea es que se han traído esos ordenadores de sus otras empresas, los han cargado de datos inofensivos y luego han añadido algún material específico de Pharos para que parezca que llevan allí desde hace meses.

—¿Qué tiene esto que ver con mi teléfono móvil?

—Creo que ellos hicieron exactamente lo mismo, es decir, que el móvil que yo he estado analizando no es el suyo. Es un sucedáneo. Un clon. Y la red que usted usaba no es su red, sino que ellos lo amañaron todo de manera que usted estuviera conectado a una red controlada por Pharos y, durante todo el tiempo, lo han vigilado a través de ese móvil.

Fabel pensó en lo que acababa de explicarle el agente de la unidad de cibercrimen, y expuso:

—¿Me está diciendo que no va a encontrar nada en el sistema de Pharos? Wiegand saldrá sin una sola acusación si usted no encuentra nada, Kroeger, ¿se da cuenta?

—No puedo encontrarlo si no está. Y sinceramente, creo que estamos buscando en el sitio y en el momento equivocados. Si hubiéramos accedido a su sistema antes de que cambiaran los discos duros... Si es cierta su teoría y Meliha Yazar descubrió algo sobre ellos, tiene que averiguar qué es. Suponiendo que aún exista.

Anna Wolff entró en el despacho tras haber dado un ligero toque a la puerta.

—Perdone por molestarlo, *Chef*, pero hay algo que creo que le interesará.

—¿Qué es?

—Algo que parece un suicidio, en Wilhelmsburg.

—¿Y por qué ha de interesarme?

—Por dos motivos. Primero, porque parece que el tipo cometió suicidio con una *Exit Bag*, igual que aquel inválido, Reisch. Y segundo, porque el vecino del muerto está empeñado en hablar con usted personalmente. Ha dado su nombre...

—Esto no es lo mismo —dijo Fabel en cuanto entró en el apartamento—. Hay que llamar urgentemente a un equipo forense.

La enorme mole del muerto se encontraba desmoronada sobre la mesa de los ordenadores. A Fabel, antes de acercarse, le costó identificar claramente una forma humana; le pareció más bien una inmensa masa informe y oscura. A diferencia de la *Exit Bag* de Reisch, inflada de helio, la bolsa que este hombre tenía en la cabeza estaba ceñida a los rasgos de su cara.

—¿No cree que sea un suicidio? —preguntó Anna, que había entrado en el piso con el comisario.

—Tiene una bolsa en la cabeza, pero no hay ningún bote de helio o de otro gas inerte. Este tipo ha muerto con todos sus instintos pidiendo aire a gritos. Tendrías que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para quedarte aquí sentado, sin las manos atadas, y no arrancarte la bolsa de la cabeza.

—La fuerza de voluntad no parecía su fuerte —observó Anna—. Sobre todo si había pasteles a mano. Una cosa es segura: no se ha muerto de anorexia...

—Qué corazón más grande tienes, comisaria Wolff.

—Si hay alguien aquí con un corazón más dilatado de la cuenta, no soy yo. ¿Cuánto cree que pesaba?

—Dios sabrá. Cerca de doscientos kilos.

—¿Qué está pensando? —dijo Anna, descifrando la expresión ceñuda de Fabel.

—¿Ves todos estos equipos informáticos? Aquí hay una inversión de miles de euros.

—Deduzco que el tipo no salía demasiado.

—No. Es más que eso. Hay algo profesional en este montaje. No puedo



evitar la impresión de que esto podría estar relacionado con todo el asunto del Proyecto Pharos.

—Podría tratarse de una coincidencia. Por cierto, ¿usted cree de verdad que Daniel Föttinger era el Asesino de la Red?

—Estoy convencido. Kroeger y sus cerebritos se han incautado del ordenador de Föttinger; no creo que vayan a encontrar nada, pero también han conseguido una orden judicial para obtener los registros del proveedor de Internet, así como sus cuentas de móvil. Aunque no podamos demostrarlo, yo me jugaría el sueldo de un año a que ya no aparece ninguna otra víctima. —Fabel señaló con la barbilla el cuerpo derrumbado—. ¿Qué ha dicho el forense de la policía?

—Que lleva muerto bastante tiempo y que tenía, evidentemente, un historial de problemas respiratorios, a juzgar por los medicamentos y los aparatos del dormitorio. También ha opinado que debe de haber sido fácil y rápido con el sistema de la bolsa. Quizá por eso no había helio.

—¿Dónde está el vecino que quiere verme?

—En el piso de abajo.

Jetmir Dallaku estaba agitado e impaciente. Era obvio que llevaba mucho rato esperando a que llegara Fabel.

—¿Es usted el comisario en jefe Jan Fabel de la Polizei de Hamburgo? —El enjuto y menudo albanés formuló la pregunta con tal seriedad y formalidad que el comisario tuvo que reprimir una sonrisa.

—Yo soy, sí. ¿Quería verme?

—¿Tiene una placa? ¿Una tarjeta con el nombre?

Fabel le echó un vistazo a Anna, que lo miraba con expresión burlona; buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó su identificación de policía. Dallaku la estudió con el ceño fruncido.

—Herr Kraxner, el vecino del piso de arriba, sabía que alguien iba a venir a hacerle daño.

—¿Se lo dijo él? —preguntó Fabel.

—Sí. Dijo que si algo malo le ocurría, yo debía hablar con usted, solo con usted, y darle esto... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre cuidadosamente doblado—. Herr Kraxner era un hombre triste. Un hombre solitario. ¿Por qué querría nadie hacerle daño?

Fabel miró un momento el sobre, vio que llevaba su nombre escrito, y levantó la vista hacia el techo, como si a través de él pudiera ver el apartamento del muerto.

—Klabautermann...

—¿Cómo? —se extrañó Anna.

El comisario se volvió hacia ella, y le ordenó:

—Llama a Kroeger. Tengo más trabajo para él; dile que quiero que se lleven todos los equipos del apartamento y que los sometan al mismo escrutinio que los ordenadores del Proyecto Pharos.

—¿Era él el tipo que lo llamó por teléfono? —preguntó Anna—. ¿El que le dijo que tenía algo que contarle?

Fabel volvió a mirar el sobre.

—Yo diría que, seguramente, aún tiene algo que contarme.

## Capítulo treinta y cinco

—Espero que haya dormido bien —dijo Fabel, tomando asiento frente a Wiegand. La verdad era que el multimillonario parecía tan fresco como si hubiera pasado la noche en el hotel Vier Jahreszeiten. El personal de Korn-Pharos le había traído una muda completa de ropa. Amelie Harmsen parecía igualmente impecable y serena.

—El alojamiento era soportable —afirmó Wiegand—. Pero permítame que lo exprese así: tengo la intención de abandonarlo hoy mismo. Antes de una hora, para ser exactos. Y le aseguro que mi estancia aquí va a resultar muy cara. Para la Polizei de Hamburgo, desde luego.

—Yo en su lugar, no contaría con ello —contestó Fabel, sonriendo.

Werner Meyer y Nicola Brüggemann entraron entonces y se sentaron a uno y otro lado de Fabel. Werner tenía un montón de periódicos, que dejó en el suelo junto a su silla.

—Veo que hoy vienen en manada, Hauptkommissar —apuntó Harmsen.

—¿Eh? No, no, en realidad, no. Pero es que este es el momento cumbre. —Fabel señaló la cámara montada en lo alto, en un rincón de la habitación—. Debo decirle que el resto de mi equipo está en la habitación contigua, mirándonos a través de los monitores. Nadie quiere perderse este instante.

Wiegand mantenía un aire indescifrable. En cambio, el comisario jefe notó que Harmsen no las tenía todas consigo, aunque se apresuró a eliminar de su expresión el menor atisbo de inquietud.

—Si lo que insinúa es que ha encontrado en el edificio Pharos pruebas de algún delito —dijo el vicepresidente—, no me cabe duda de que se está marcando un farol.

Fabel sonrió de nuevo y replicó:

—Parece estar muy seguro, ¿verdad? Mi error ha sido olvidar que hoy en día vivimos en un mundo donde todo cuanto hacemos, cada comunicación que establecemos, produce una serie de ondas a lo largo de este océano de ruido

electrónico. Por ejemplo, los preparativos de la redada de ayer en el edificio Pharos. O la redada en el piso franco de los Guardianes de Gaia. Sí, estoy seguro de que nosotros provocamos las ondas suficientes para que usted estuviera advertido de antemano y pudiera llevarse de allí algún que otro equipo informático.

—Si lo que dice es cierto, quiere decir que no ha hallado ninguna prueba. Claro que nunca la hubo. Pero supongamos que existió alguna: me parece que la única manera de llegar a ella sería viajar hacia atrás en el tiempo... —El vicepresidente de Pharos sonrió, satisfecho de sí mismo. A Fabel le entraron ganas de borrarle la sonrisa de un puñetazo. Optó por sonreír a su vez.

—La premisa básica de su secta... —empezó diciendo.

—El Proyecto Pharos no es una secta, Herr Fabel. Me ofende el uso de esa palabra.

—La premisa básica de su organización me parece intrigante. Y al frente de ella se encuentra el misterioso Dominik Korn. Ayer le hice una llamada, por cierto.

Wiegand soltó un bufido y preguntó:

—¿Y qué le dijo, Herr Fabel?

—Nada. Se negó a hablar conmigo. Aunque, por otro lado, usted ya lo sabía. Simplemente pensé que, dados todos los problemas que está usted sufriendo en Alemania, *mister* Korn estaría tal vez interesado en hablar conmigo. Pero... —Se encogió de hombros—. Lo que me interesa especialmente del Proyecto Pharos es su sistema central de creencias —prosiguió—. Esa idea de que la singularidad, la «consolidación» como ustedes la llaman, será la salvación del medio ambiente. Yo no sabía que había muchísimas teorías similares en el mundo de la ciencia. Es decir, que algunos físicos cuánticos creen que todo «esto» podría ser una simulación, que la realidad está en algún punto lejano de los confines del universo. Si me pregunta mi opinión, toda esa singularidad, o punto omega, o consolidación, o como quiera llamarlo, son sandeces. Pero hay personas por ahí, seres vulnerables, incluso con trastornos mentales, que desean desesperadamente creer en ello. No es muy distinto de la promesa de vida eterna que la religión ha pregonado durante milenios. La gente quiere encontrar alguna justificación, convencerse de que la vida que lleva y que odia con toda su alma no es lo único que existe: creer que les está esperando un gran verdad que la transformará radicalmente. En su caso, se trata de una verdad basada en la pseudociencia y la filosofía barata. Demasiada ciencia ficción y muy poco sentido común.

—Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión —dijo Peter Wiegand—. Pero le diré una cosa, y es la verdad: yo creo que nosotros estamos entrando en la siguiente etapa de la evolución humana y que nosotros mismos dirigiremos esa evolución en lugar de hacerlo la naturaleza. ¿Se ha parado a pensar en lo deprisa que están cambiando las cosas, Fabel? Quiero decir, ¿recuerda cuando era un

adolescente, por ejemplo? Piense en los saltos descomunales hacia delante que hemos dado en este tiempo: más que en todo el resto de la historia de la humanidad. Esto es la « gran aceleración », comisario. Piense en las diferencias en tecnología y crecimiento demográfico entre, digamos, los años 1200 y 1500. Apenas un ínfimo avance en trescientos años. Y luego piense en los cambios inmensos producidos entre 1800 y 1900, cuando la Revolución industrial lo cambió todo en nuestro modo de vivir. Pero fíjese en el siglo veinte, en los increíbles avances tecnológicos, la explosión demográfica... Y luego piense también en el período comprendido entre 1975 y la actualidad: es un cambio increíble. Cada vez más y más rápido. Tecnología cibernética, genética, nanotecnología, femtotecnología... Inclusive nuestra idea básica de cómo funciona el universo que nos rodea: ahora estamos logrando en una década lo mismo que antes nos costaba un siglo. Pronto ese período se acortará y pasará a ser de cinco años, de uno... La « gran aceleración », como he dicho.

—Déjeme adivinarlo: ahora me dirá que solamente el Proyecto Pharos discierne las consecuencias de ello —replicó Fabel—, y que solamente se puede confiar en ustedes para llevar a la humanidad hacia la dirección correcta. Y si ello implica hostigar a todo el que critique o abandone su secta, infiltrarse en los cuerpos del Estado, o cometer asesinatos a sangre fría..., bueno, está todo justificado, ¿no es así?

—Nosotros no cometemos asesinatos. Somos un grupo pacífico. —El tono de Wiegand seguía siendo controlado, sereno—. Pero sí, a veces casi parece como si todos los demás estuvieran ciegos ante lo que sucede. Como especie, nos estamos desplazando hacia algo. Hacia nuestro destino. Pero hay muchas probabilidades de que previamente a que lleguemos a ese punto, seamos destruidos por el daño que causamos al medio ambiente.

—Y si conseguimos llegar ahí, ¿qué nos reserva ese mundo feliz que ustedes predicán?

—Llegará un momento, y llegará pronto, en el cual construiremos máquinas inteligentes y conscientes de sí mismas, capaces de « acelerar la aceleración ». Una tecnología que usted no puede ni imaginarse. La nanotecnología y la femtotecnología nos permitirán construir ordenadores de una potencia inconcebible a una escala microscópica: ordenadores contruidos molécula a molécula. Y la nueva ciencia de la ingeniería genética ha dado lugar ya a la creación de la primera vida puramente artificial... Los ordenadores del futuro quizá sean tan orgánicos como nosotros. Es nuestra única esperanza: desconectarnos del medio ambiente y usar la tecnología para ofrecer un nivel superior de existencia, de conciencia. Parece que usted opina que yo no creo en lo que el Proyecto Pharos representa. Pues bien, se equivoca. Lo creo todo. Creo que es el futuro de la humanidad.

El comisario jefe miró a Harmsen, que ahora mantenía la vista fija en la

mesa, y dijo:

—Pero usted no quiere salvar a la humanidad, Wiegand. Usted quiere salvar a unos pocos escogidos. No es más que otro niño rico con un complejo mesiánico. La gente adinerada como usted llega a estar tan alejada de la vida que llevan los demás mortales, que acaba totalmente desconectada de la realidad. Dios sabe que comprendo cómo afectarían todos estos planes a una persona como el pobre *mister* Korn, varado en aguas internacionales en su yate de lujo, enchufado a todo tipo de aparatos simplemente para mantenerlo vivo. Pero de lo que usted está hablando no es de una humanidad «potenciada». No es ni siquiera la humanidad. Es menos que eso: es un empobrecimiento.

—Usted es un hombre de intelecto limitado, Fabel. Y de menos imaginación aún. No tengo interés en prolongar esta conversación. —Wiegand hizo un amago de levantarse, pero Werner le puso una persuasiva mano en el hombro.

—No va usted a ninguna parte, vicepresidente —lo atajó Fabel.

—Entonces considero que debe formular alguna acusación en concreto —dijo Harmsen. Fabel percibía que la abogada estaba arrepintiéndose de no haberse limitado a representar a actrices de televisión víctimas de operaciones chapuceras de estética.

—¿Cree usted en la otra vida? —le preguntó Fabel a Wiegand en tono informal—. ¿Sabe que un tal Nikolai Fyodorov, allá en el siglo diecinueve, predijo que desarrollaríamos una capacidad computacional de tal magnitud que podríamos devolver prácticamente a cualquiera a la vida?

—Sí, lo sé.

El comisario puso entonces un lápiz de memoria sobre la mesa.

—¿Sabe?, yo creo que hay alguien vivo aquí dentro. Sí, en este pedazo de plástico y silicio. —Se calló. Ni Wiegand ni Harmsen dijeron nada, pero la mirada fría y dura del multimillonario se mantuvo fija en el lápiz USB.

—La persona viva que está ahí dentro era un gran hombre en el mundo real. Así tal cual. Según el patólogo, pesaba ciento ochenta kilos. Se llamaba Roman Kraxner y era un individuo profundamente problemático, como otra persona que conocí hace poco: Niels Freese. Pero su problema capital es que era un genio. Y su peculiar talento estaba relacionado con la informática. ¿Le suena su nombre, Herr Wiegand?

—No, no me suena.

—Es raro, porque creo que usted ordenó que lo mataran. O tal vez usted no sabía su nombre, pero sí sabía que era la persona que tenía el móvil de Meliha Yazar. Y quienquiera que lo tuviese en su poder debía morir, ¿no es así? De todas formas, Roman Kraxner vivía más en el mundo virtual que en este. Y debo reconocer que, si hubiera sobrevivido, nos habría gustado hablar con él sobre ciertas transacciones que había efectuado, así como sobre el virus Klabautermann, que, según opinamos ahora, fue una creación de Herr Kraxner.

—Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa—. Tenía razón, Wiegand. Yo no puedo retroceder en el tiempo para recuperar los archivos comprometedores que usted guardaba en sus ordenadores y en su centro codificado de datos. Todo ese alboroto y ese espectáculo..., la redada, quiero decir. Reconozco que es todo muy tosco. Ahora bien, Roman era diferente. Él era una torpe mole humana en nuestro mundo real, pero sabía moverse con sigilo y elegancia a través de las redes, los sistemas y las barreras de control de acceso. Él hizo una visita al Pharos, ¿sabe? Están ustedes muy orgullosos de su tecnología y sus conocimientos, pero comparados con Roman, son meros aficionados. Ese hombre rebasó su sistema de seguridad y fue copiando un archivo tras otro, un documento inculpatorio tras otro.

La sonrisa de Wiegand se tornó despreciativa. El vicepresidente preguntó:

—Inculpatorio, ¿para quién? Si alguien del Proyecto Pharos ha infringido la ley, lo condeno sin reservas. Pero va a necesitar mucha suerte si supone que puede culparme de nada personalmente.

—Sí, reconozco que quizá resulte difícil. Pero podemos hacer un buen intento, y yo cuento aquí con las pruebas suficientes para formular una acusación. Ah, por cierto, se me olvidaba: Roman envió copias de esto a todos los periódicos y cadenas de televisión importantes y, naturalmente, a una docena de páginas de Internet. Supongo que ahora mismo, mientras hablamos, la noticia ya circula por todo el mundo. El Proyecto Pharos está acabado.

—Lo dudo mucho —masculló Wiegand—. Y como le digo, podemos hacernos todos viejos antes de que usted saque las pruebas suficientes de este chisme —señaló el lápiz de memoria—, para poder llevarme siquiera de visita a una prisión.

—Tal vez sea así —respondió Fabel. Entonces abrió la carpeta otra vez y puso un libro de bolsillo en la mesa junto al lápiz USB. El ejemplar de *El juez y su verdugo*, de Friedrich Dürrenmatt, que habían encontrado junto a la cama de Meliha Yazar—. ¿Ha leído este libro? —preguntó Fabel.

Wiegand no le hizo el menor caso.

—Es uno de mis favoritos —afirmó el comisario—. Toda una filosofía para un policía. La cuestión es esta: si no puedes llevar ante la justicia a un criminal por el crimen que ha cometido, ¿es moral que sea castigado por un crimen que no ha cometido?

—Una vez más, Herr Fabel —protestó Harmsen—, ¿podría concretar a dónde quiere ir a parar?

—Me equivocaba por completo ayer, ¿verdad? Yo estaba seguro de saber lo que Meliha Yazar había descubierto —continuó Fabel—. Pero lo entendí todo mal. Bueno, no todo... Acertaba al decir que ella averiguó que Föttinger era el Asesino de la Red. Pero por muy grave que esto fuera (potencialmente, demoledor para el proyecto), no era el gran secreto que esa joven había

descubierto, ¿verdad, Wiegand?

Este permaneció de brazos cruzados y ofreciendo una dura expresión.

—No la mataron a causa del asunto Föttinger, o al menos, esa no fue la razón fundamental. Usted decidió que Daniel Föttinger debía morir porque sus actividades, tarde o temprano, acabarían repercutiendo negativamente en el proyecto. Usted ordenó que Meliha Yazar y Müller-Voigt fueran asesinados porque imaginaba que sabían demasiado. Pero el secreto por el que ambos tenían que morir no era lo de Föttinger. No, era un secreto mucho más grave: uno que usted debía impedir por todos los medios que saliera a la luz. Estaba tan paranoico al respecto que interceptó mis comunicaciones y trató de apartarme de la investigación; y como eso no funcionó, arregló las cosas para que me diera una buena zambullida en el Elba. Usted, seguramente, intuía que Müller-Voigt no sabía nada concreto, pero temía que me hubiera transmitido alguna información que pudiera conducirme a la verdad, tal vez sin que ninguno de los dos fuéramos conscientes en aquel momento.

—¿Qué secreto? —preguntó Harmsen. Wiegand continuó callado. Su expresión era pétrea.

—Todas esas chorradas que usted suelta me dieron que pensar..., y fueron el motivo de que me preguntara si es posible que una persona exista siendo una suma de datos..., cibernéticamente, pero no físicamente. Es decir, que esa persona no tenga una conciencia real, ni que exista en realidad, pero sí que parezca que exista para los demás cuando, de hecho, no existe.

Fabel cogió el lápiz de memoria y le dio vueltas entre los dedos mientras lo contemplaba con aire pensativo. Y añadió:

—Lo curioso de las sectas es que, por muy distintas que sean sus creencias esenciales, o por muy distantes que sean los lugares donde operan, todas poseen rasgos comunes. Y el rasgo número uno de esa lista es que siempre tienen algún líder carismático. Una figura icónica inspiradora. Y nadie encaja mejor en la retorcida filosofía del Proyecto Pharos que Dominik Korn. Al fin y al cabo, él está a medio camino de la «consolidación», pues es una persona que depende por completo de los medios tecnológicos para seguir existiendo. A lo cual se añade su heroica supervivencia a un trágico accidente en las profundidades del océano...

—Créame, Fabel —dijo Wiegand—, Dominik Korn posee una inteligencia y una fuerza de voluntad que alguien como usted no puede ni siquiera imaginar.

—¿Ah, sí? —Fabel volvió a dejar el lápiz de memoria. Se incorporó a medias y, colocando las palmas de las manos sobre la mesa, acercó el rostro al de Wiegand—. Yo sé cuál es el secreto, Wiegand. Sé cuál es la verdadera razón de que toda esa gente tuviera que morir.

—¿Cuál? —preguntó Harmsen en voz baja. Wiegand no dijo una palabra.

—¿Tenía usted conocimiento, Frau Harmsen, de que Meliha Yazar descubrió



que Dominik Korn realmente era, después de todo, su « Atatürk del ecologismo » ; que él no había adoptado esas estrambóticas ideas sobre la « consolidación » y que su voluntad y sus instrucciones para el futuro de la corporación Korn-Pharos han sido tergiversadas por Herr Wiegand?

—¿Qué quiere decir? —preguntó la abogada—, ¿que Herr Wiegand está reteniendo a Dominik Korn contra su voluntad y obligándolo a acatar lo que él decide?

—No, no. Verá, ese es el gran secreto, la gran mentira que anida en el corazón del Proyecto Pharos. No hay ningún inválido en silla de ruedas navegando en su yate de lujo. No hay reuniones de alto nivel junto a su lecho con los vicepresidentes de Korn-Pharos. No hay ninguna fuente primordial de la filosofía de Pharos. —El comisario en jefe clavó su mirada en Wiegand—: No hay ningún Dominik Korn.

—No dice usted más que tonterías, Fabel —aseguró Wiegand, aunque sin el menor atisbo de ira.

—Dominik Korn está muerto, y yo diría que lleva muerto casi quince años. Creo que sobrevivió al accidente, pero no mucho tiempo, y que murió antes de que Herr Wiegand hubiera podido manipular todos los documentos que había dejado. Mire, Frau Harmsen, Korn advirtió la codicia y la megalomanía de este hombre, de quien sospechaba que había desviado fondos del proyecto, y tras el accidente, llegó a la convicción de que su colaborador había sabotado el *Pharos Uno* para hacerse con el control absoluto de la corporación. En los meses siguientes al accidente —el tiempo que sobrevivió—, Korn se encargó de que Wiegand fuera excluido de la organización. Naturalmente, Herr Wiegand podría haber emprendido acciones legales; pero, a fin de cuentas, la corporación Korn-Pharos era cosa de un solo hombre: Dominik Korn. Así pues, cuando sucumbió a las secuelas del accidente, Korn fue reinventado como una persona virtual: un falso líder para una secta imbuida de falsas ideas. Como parecía que Korn llevaba una vida recluida y como sus declaraciones, generadas por usted, se volvían cada vez más extravagantes, a nadie le extrañó que se convirtiera en una figura remota, en un recluso al que solo tenía acceso un círculo íntimo de colaboradores. Y, fíjese qué sorpresa, él le otorgó a usted unos poderes legales casi absolutos.

El vicepresidente se echó a reír.

—¿Sabe una cosa, Fabel? Se va a pasar la vida tratando de demostrar todo esto ante un tribunal. Contenga lo que contenga ese chisme... —señaló burlonamente el lápiz de memoria—... no tiene usted documentos originales ni testimonios. En cuanto a los demás asesinatos, me apena descubrir que Bädorf, un empleado de confianza, haya resultado ser un psicópata y que haya utilizado la Oficina de Consolidación y Objetivos para sus propios fines. Nunca podrá demostrar que yo tuve la menor relación con todo ello. ¿Y qué puedo decirle

respecto al accidente de Dominik? Eso queda fuera de su jurisdicción. Lo mismo que el propio Dominik, si vamos a eso. —Wiegand se levantó con actitud y mirada desafiantes—. Y créame, nunca jamás podrá demostrar que Dominik no existe.

—Cierto —admitió Fabel—. Por eso tiene libertad para marcharse. Pero hay unas personas que lo esperan abajo. Han viajado esta noche desde la embajada de Estados Unidos en Berlín. Creo que uno de ellos es del departamento de Estado, y la otra es una joven dama del FBI. Después de todo, Dominik Korn es, o más bien era, un ciudadano americano. Y le aseguro que están deseosos de hablar con usted del paradero de *mister* Korn. Creo que traen una orden judicial de *habeas corpus*.

El vicepresidente del Proyecto Pharos miró fijamente a Fabel sin saber qué decir.

—Ya lo ve —dijo el comisario jefe, tamborileando con los dedos sobre el ejemplar de *El juez y su verdugo*—, quizá yo no pueda probar que Dominik Korn no existe. Pero espero, por su bien, que usted pueda demostrar que existe.

## EPÍLOGO

Durante los meses siguientes, Fabel siguió con interés las noticias sobre Peter Wiegand que aparecían en todas las portadas, y se sorprendió al verse a sí mismo utilizando Internet para estar al día sobre el caso en los canales informativos americanos. Wiegand litigó con gran energía para evitar la extradición, pero perdió, y, cuando el yate de lujo de Korn atracó finalmente en Portland, Maine, las autoridades americanas comprobaron que Dominik Korn no estaba a bordo.

Como Fabel había previsto, el FBI acusó a Wiegand del asesinato de un ciudadano americano fuera de Estados Unidos. El comisario no creía que Wiegand hubiera causado la muerte de Korn, e imaginaba también que a las autoridades americanas les costaría sustentar una acusación oficial de asesinato. Pero a medida que la investigación avanzaba, salieron a la luz más y más revelaciones sobre los manejos del vicepresidente del Proyecto Pharos. Los delitos corporativos, advirtió Fabel, provocaban más titulares en Estados Unidos que un simple asesinato, por lo que dedujo que ya era muy improbable que Peter Wiegand volviera a ver la luz del día.

La prensa alemana también tuvo mucho de qué informar: Frank Bädorf, el jefe de la Oficina de Consolidación y Objetivos, hizo una confesión completa y reconoció haber organizado los asesinatos de Berthold Müller-Voigt, Daniel Föttinger y Jens Markull. No hizo, sin embargo, ninguna declaración inculcando a su jefe, ni tampoco acerca de Meliha Kebir, o Yazar, como ella se hacía llamar. Lo cual fue una lástima, porque la noche antes del juicio Bädorf se quitó la vida, asfixiándose con una bolsa de plástico pasada de contrabando.

Hubo tres cosas más que sucedieron casi al mismo tiempo, más o menos una semana después del arresto de Wiegand. La primera, que el análisis del ADN familiar demostró que el torso arrastrado por la corriente al Fischmarkt no tenía relación con Mustafa Kebir. La segunda, que la Polizei de Baja Sajonia encontró los cuerpos de dos hombres en una granja abandonada de un paraje remoto, cerca de Cuxhaven; ambos tenían el cuello roto. La acción se había realizado de

un modo muy profesional.

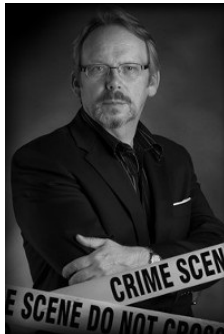
La tercera fue la más extraña: un carnicero de Wilhelmsburg entró en la comisaría local y, deshaciéndose en lágrimas, confesó el asesinato y desmembramiento de su insoportable esposa, cuyos restos pulcramente seccionados había arrojado en medio del río.

La cumbre de «Hamburgo, problemas globales» arrancó con escasas protestas. En la sesión plenaria de inauguración, se dedicó un minuto de silencio a la memoria de Berthold Müller-Voigt. No se hizo ninguna mención de Daniel Föttinger.

Fabel asistió al funeral de Berthold Müller-Voigt en un día soleado y sin una nube, junto con una gran representación de lo mejor y más granado de Hamburgo. No sabía muy bien por qué se había sentido obligado a hacer acto de presencia; simplemente, le parecía que entre el político y él había existido una conexión que debía conmemorar de algún modo. Mientras permanecía junto a la tumba, en Osdorf, comprobó con sorpresa que Tim Flemming estaba allí, a cierta distancia de la multitud, en compañía de una joven cabizbaja cuya cara quedaba oculta por un sombrero y cuyos temblorosos hombros evidenciaban que estaba sollozando. A Fabel, sin embargo, lo poco que pudo ver de su cara le recordó una fotografía que le habían enseñado una vez.

Observó cómo se marchaban los dos antes que nadie y consideró la posibilidad de detenerlos e interrogarlos sobre los dos consolidadores encontrados con el cuello roto.

Pero al final decidió abstenerse. Como si no existieran.



CRAIG RUSSELL. Nació en el Reino de Fife, en Escocia, y ha trabajado como agente de policía, corrector de textos en una agencia de publicidad y director creativo. Es autor de la exitosa serie que protagoniza Jan Fabel, ambientada en Hamburgo y que está traducida a más de 23 lenguas.

Russell empezó a escribir la serie de Jan Fabel debido a su profunda estima y prolongado interés por Alemania, su idioma, su cultura y su gente.

Russell también es autor de la próxima serie Lennox, novelas que se desarrollan en la ciudad de Glasgow durante la década de 1950, cuando esta era la capital escocesa del crimen organizado.

En 2007, se le concedió el prestigioso premio Polizeistern (Estrella de la policía) que concede la Policía de Hamburgo. Ha sido el único autor extranjero en recibir este galardón. También en ese año fue finalista del CWA Duncan Lawrie Golden Dagger, la más importante distinción del mundo para escritores de serie negra, así como el SNCF Prix Polar en Francia. Ha resultado ganador de la edición de 2008 del CWA Dagger en las Bibliotecas.

## Notas

[1] El «shaka» es un gesto de saludo, de origen hawaiano, que se realiza con el pulgar y el meñique extendidos; la «mano cornuta», con el índice y el meñique extendidos, era un signo contra el mal de ojo, pero resulta ofensivo en muchas culturas. (N. del T) <<



[2] « No hay cólera del Cielo como la del amor en odio convertido, ni furia del Infierno como la de una mujer desdeñada» . <<